

# La constitución identitaria y el espacio biográfico

## Análisis de un corpus de relatos sobre la vida de Carlos Gesell

Autor:

Raimondi, María Amalia

Tutor:

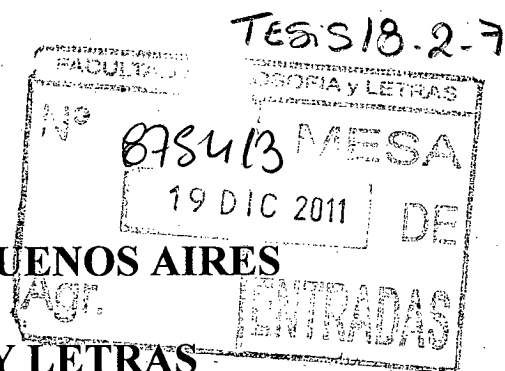
Pereira, Maria Cecilia

2011

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Análisis del Discurso

Posgrado

Tesis  
18.2.7



UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



MAESTRÍA EN ANÁLISIS DEL DISCURSO

**La constitución identitaria y el espacio biográfico: análisis de  
un corpus de relatos sobre la vida de Carlos Gesell.**

Tesis presentada para obtener el título de Magister en Análisis del Discurso

**Maestranda: Lic. María Amalia Raimondi.**

**Directora: Prof. María Cecilia Pereira.**

**Diciembre 2011**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

1. Presentación del tema, objetivos y metodología.....	p.1
2. Constitución del corpus. Caracterización inicial.....	p.4
3. Acerca de la biografía y su vínculo con la construcción de identidades.	
3.1. Su historia. Consideraciones actuales.....	p.9
3.2. Relaciones con lo real.....	p.13
3.3. El valor de la biografía. La narración como condición de posibilidad de la construcción identitaria.....	p.15
4. Memoria e identidad.....	p.23

### PRIMERA PARTE

#### RETRATOS

La construcción identitaria del personaje.....	p.28
--	------

#### CAPÍTULO 1

<u>HISTORIAS DE VILLA GESELL</u> .....	p.30
--	------

La hazaña fundacional: <i>El domador de médanos</i> , de Dante Sierra (1985). Del héroe al semi-dios.....	p.31
---	------

<i>La historia de Villa Gesell</i> , de Omar Masor (1995). Del loco al genio.....	p.46
---	------

El fundador múltiple. Efectos de la periodización historiográfica en <i>Las fundaciones de Villa Gesell</i> , de Mónica García y Claudia Palavecino (2002).....	p.55
---	------

Observaciones finales.....	p. 59
----------------------------	-------

## CAPÍTULO 2

### DEL “LOCO DE LOS MÉDANOS” A “DON CARLOS”. BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS

La exhibición de la intimidad..... p.61

1- *Carlos I. Gesell, su vida*, de Rosemarie Gesell (1983). La dualidad del hombre..... p.62

1.2- Una reformulación: “Biografía de Carlos Idaho Gesell” (2003). El prócer humanizado..... p. 79

2- *Mi Abuelo... Carlos Gesell*, de Marta Soria Gesell (2007)..... p.81

La celebración de la mirada desmitificadora: *El Viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994)..... p.95

Observaciones finales..... p.114

## SEGUNDA PARTE

### AUTORRETRATOS

La construcción identitaria del narrador..... p.117

## CAPÍTULO 3

### HISTORIAS DE VILLA GESELL

Figuras de creador: *El domador de médanos*, de Dante Sierra (1985)..... p.118

Representaciones del historiador I. *La Historia de Villa Gesell*, de Omar Masor (1995)..... p.122

Representaciones del historiador II. *Las fundaciones de Villa Gesell*, de M. García y C. Palavecino (2007)..... p.125

Observaciones finales.....	p.128
----------------------------	-------

#### **CAPÍTULO 4**

##### **BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS**

El yo de la narración de vida.....	p.130
------------------------------------	-------

1- Rosemarie Gesell en <i>Carlos I. Gesell, su vida</i> (1983).....	p.131
---	-------

2- Marta Soria Gesell en <i>Mi abuelo... Carlos Gesell</i> (2007).....	p.136
--	-------

El cronista / detective. <i>El viejo Gesell</i> , de Guillermo Saccomanno (1994).....	p.142
---	-------

Observaciones finales.....	p.148
----------------------------	-------

### **TERCERA PARTE**

#### **POSTALES**

La construcción de la identidad comunitaria.....	p.151
--	-------

#### **CAPÍTULO 5**

##### **HISTORIAS DE VILLA GESELL**

La receta del “sabor peculiar”: <i>El domador de médanos</i> , de Dante Sierra (1985).....	p.154
--	-------

“Esta es su historia”. <i>La Historia de Villa Gesell</i> , de Omar Masor (1994).....	p.160
---	-------

Entre la resignificación del acontecimiento y el informe demográfico. <i>Las fundaciones de Villa Gesell</i> , de M. García y C. Palavecino (2007).....	p.163
---	-------

Observaciones finales.....	p.164
----------------------------	-------

## **CAPÍTULO 6**

### **BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS**

#### **VILLA [de] GESELL**

“Su hija predilecta”. La identidad local en *Carlos I. Gesell, su vida* (1983)..... p.167

La identidad local en *Mi abuelo... Carlos Gesell* (2007). La ciudad/cobijo..... p.171

La voz del pueblo. *El viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994)..... p.175

Observaciones finales..... p.179

**ANEXO: LOS LUGARES DE MEMORIA**..... p.181

**CONCLUSIONES**..... p.187

**BIBLIOGRAFÍA**..... p.194

## INTRODUCCIÓN

### **1. Presentación del tema, objetivos y metodología**

“Se dicen muchas cosas de mi padre. Cuando se llega donde él llegó, la gente siempre dice cosas”

Juana Gesell.

“Yo le debo un libro a Villa Gesell”, aseguraba el folclorista Argentino Luna al recordar su vínculo con la ciudad y su fundador en una entrevista para un programa de radio emitido en enero de 2009 por una emisora porteña. Esta afirmación vehemente y algo exagerada ejemplifica con fidelidad la pulsión testimonial que parece signar en particular la relación de habitantes o turistas frecuentes con ese referente: la aventura de la urbanización a partir de medanales y las peripecias de su creador. Dicha pulsión testimonial parece originarse en los comentarios que van constituyendo al personaje como tal (un ejemplo sólido es la referencia que se hace en todos los relatos del corpus con el que trabajaremos acerca del modo en que la denominación de los otros muestra la proyección del héroe<sup>1</sup>) y al balneario mismo (la frase publicitaria “Villa Gesell, el balneario que se recomienda de amigo a amigo”, se acuña, supuestamente, a partir de la acción verbal multiplicadora de los dichos de Stark, el primer turista). Así, en el ámbito de la oralidad, se despliega a partir de los testigos, y es reproducida y recreada por medio de anécdotas que constituyen el acervo local; en el ámbito de la escritura, en tanto, estas historias reaparecen, bajo la forma de publicaciones, en muchos casos autofinanciadas, reorganizadas y valorizadas, contemplando en mayor medida uno u otro polo de la dualidad ciudad / fundador que, en el caso que analizamos, suele presentarse como una relación indisoluble. Uno de los múltiples ejemplos locales de las características de esta relación es el hecho de que la página web de la Asociación Apícola Villa Gesell, bajo el título “Historia de la Villa (Gesell)”, levante un artículo de la página web oficial de la ciudad en el que se reproduce literalmente la

---

<sup>1</sup> Las frases que aluden al poder creador de la palabra, como “‘El loco de los médanos’ empezó a ser conocido como Carlos Gesell ‘el domador de médanos’” junto con la designación del fundador de la ciudad como “el profeta de los médanos”, aparecidas en un modesto artículo de circulación electrónica (Paternostro, Ana, “Historia de Villa Gesell (Argentina)”, 2007), dan cuenta de lo mencionado.

“Biografía de Carlos Idaho Gesell”, de la Lic. Amalia Oestreicher (2003), publicada como un folleto por la Secretaría de Turismo de la Municipalidad de Villa Gesell. Otro, a nivel nacional, es que en una serie de historias de balnearios argentinos titulada “Reloj de arena” que el noticiero de Canal 13, *Telenoche*, emitió durante los primeros días de marzo de 2010, la única emisión cuyo título aludía directamente al fundador fue la correspondiente a Villa Gesell: “Gesell. La epopeya de un héroe”.

El objetivo de este trabajo es analizar el modo en que las prácticas discursivas han contribuido a construir y consolidar esta identidad balnearia tan peculiar y duradera. Con este propósito, a través de la indagación en diversas publicaciones existentes acerca de la historia de la ciudad de Villa Gesell que contemplan el relato de la vida de su fundador, y otras, de intencionalidad más claramente biográfica, estudiaremos no sólo la constitución identitaria del protagonista (asunto usualmente abordado por los estudiosos de los relatos biográficos), sino también la de los enunciadores de esos textos, y la de la comunidad. La estructura de la tesis se organizará alrededor de la constitución de las distintas identidades (la del protagonista – que desarrollaremos en una sección denominada “Retratos”-, la del enunciador - en la sección titulada “Autorretratos”- y, finalmente, la colectiva<sup>2</sup>- que estudiaremos en la tercera parte del trabajo, “Postales”). Por cuestiones de orden metodológico, la primera parte será considerablemente más extensa que las otras dos, dado que del análisis exhaustivo de la configuración identitaria del biografiado -para el cual, en muchos casos, adoptaremos una lectura particular hacia el interior de cada capítulo y de su sucesión- se desprenderán posteriormente observaciones referidas a las restantes configuraciones identitarias.

---

<sup>2</sup> En nuestro trabajo, utilizaremos indistintamente, para aludir a la identidad colectiva que se construye en estos textos, los adjetivos “local”, “comunitaria” y, con algunas especificaciones, “social” (en el sentido de “de la sociedad”), sin tener en cuenta las distinciones entre sociedad y comunidad que ha realizado la Sociología clásica, debido a que resultan intrascendentes para nuestra perspectiva, aunque las consideramos absolutamente necesarias para futuras investigaciones que remitan a diferencias comunitarias puntuales en el interior de la sociedad geselina.



En cada caso, agruparemos los escritos en función de su pertenencia genérica. Así, el análisis contemplará, por un lado en cada historia de la ciudad y, por otro lado, en cada biografía,

a) la descripción y comparación de los procedimientos a través de los cuales se construye el referente en los diversos relatos (selección y organización de contenidos, elaboración de figuraciones, estrategias nominativas –metáforas, metonimias, metalepsis-, modelos actanciales invocados, uso de anécdotas, alternancia relato/comentario, inclusión de testimonios, documentos, etc.);

b) la descripción y la comparación de los procedimientos a través de los cuales se construye el enunciador en los diversos relatos (distancia narrativa/ identificación respecto del personaje, empleo de juicios valorativos, conformación del *ethos* discursivo, grado de participación en la diégesis, legitimación de voces, incorporación de paratextos autorreferenciales, etc.); y

c) la descripción y la comparación de los procedimientos a través de los cuales se construye la identidad colectiva en los diversos relatos (inclusión de testimonios y documentos, constitución y afianzamiento de mitos fundadores, reivindicación del patrimonio, formulación y reformulación de linajes y genealogías, etc.).

El desglose descrito no impedirá el estudio de la articulación de las diversas identidades en el interior de los relatos, así como tampoco el de la relación intertextual (por cita, alusión, reformulación, etc.) que se establece entre los textos que integran el corpus.

Con este fin, y a través de una metodología propia del Análisis del Discurso, además de recurrir a los aportes de la narratología, revisaremos los de la teoría de la enunciación y de la polifonía, que exploran la presencia del sujeto en el enunciado y las diversas voces que lo constituyen, así como la investigación sobre estereotipia y los desarrollos de la teoría de la argumentación en lo concerniente a los objetos de acuerdo elegidos, las técnicas empleadas para construir la valoración y la configuración de un *ethos* auténtico, y por lo tanto, creíble. El abordaje de las figuraciones del héroe que permite la teoría de la descripción de Hamon

(1991) se verá complementado por el propuesto por la lingüística textual de Adam (1989), que describe las operaciones por medio de las cuales se revelan los diversos aspectos del objeto que componen su retrato.<sup>3</sup>

## 2. Constitución del corpus. Caracterización inicial<sup>4</sup>

Nuestro objeto de estudio está constituido por cinco libros y dos folletos de divulgación municipal, aparecidos entre 1969 y 2007, que abordan el relato biográfico sobre Carlos Gesell, fundador de Villa Gesell (aunque tres de ellos se presenten como historias de la ciudad que requieren de una representación de su fundador). Estos son, enumerados por orden de aparición:

Libros:

·Sierra, Dante ([1969] 1985): *El domador de médanos. Historia de Villa Gesell*, Villa Gesell, ed. del autor

·Masor, Omar ([1975] 1995): *La historia de Villa Gesell*, Villa Gesell, Ediciones Gesatel)

·Gesell, Rosemarie ([1983] 1993): *Carlos I. Gesell, su vida*, Villa Gesell, ed. de la autora y, en forma subsidiaria, Gesell, Rosemarie (2008): *Carlos I. Gesell. Su vida*, Villa Gesell, ed. de la autora.

·Saccomanno, Guillermo (1994): *El Viejo Gesell*, Avellaneda, ed. Alfonsina

·Soria, Marta (2007): *Mi abuelo... Carlos Gesell*, Villa Gesell, ed. de la autora)

Folletos de circulación municipal:

---

<sup>3</sup> Nota importante: los subrayados en el interior de los fragmentos son nuestros y pretenden destacar sus zonas significativas. Evitaremos volver a aclararlo en cada oportunidad.

<sup>4</sup> Para facilitar la lectura de la tesis, adjuntamos un dispositivo de lectura electrónica con el material utilizado escaneado.

·Oestreicher, Amalia (2003): “Biografía de Carlos Idaho Gesell”, Villa Gesell, Museo Archivo Histórico Municipal

·García, Mónica y Claudia Palavecino (2006): “Las fundaciones de Villa Gesell”, Villa Gesell, ed. de Mónica García.

Se trata de un corpus exhaustivo (dado que incluye todo lo publicado sobre la cuestión hasta la fecha de presentación del proyecto de tesis<sup>5</sup>), de producción local y difusión con proyección turística: la importancia que reviste el protagonista, incluso más allá de las fronteras de su creación es notoria en el hecho de que el libro de Saccomanno surge de una previa publicación de sus capítulos por entregas en un periódico de tirada nacional. Su heterogeneidad genérica (historias, ensayos, biografías, crónicas noveladas, textos académicos, folletos de divulgación), sus distintas intencionalidades (ensalzar al héroe creador y urbanizador en los primeros textos, rescatar los aspectos más íntimos del ya devenido protagonista en el caso de las biografías escritas por familiares (Rosemarie Gesell y Marta Soria, hija y nieta de Carlos respectivamente), descubrir los secretos que se esconden tras el mito o consolidar al héroe como un prócer en las ediciones municipales), así como sus diferentes condiciones de producción, nos permitirán extraer conclusiones que contemplen y comparen las variadas concepciones acerca de la presencia de lo biográfico en cada publicación.

Si bien podríamos decir que en todos estos textos el personaje de Carlos Gesell es delineado a la luz de una concepción decimonónica del sujeto que valora al individuo en su singularidad, por aquello que lo vuelve único, cada uno presenta diferencias en su tratamiento y en el del género. El primero, *El domador de médanos* (1985)<sup>6</sup>, redactado en 1969 por el escritor Dante Sierra a pedido del propio Carlos Gesell, tiene un formato

---

<sup>5</sup> En diciembre de 2010, el docente y periodista Carlos Ortiz publicó *Los incautos. Historias de Villa Gesell y sus alrededores* (Bs. As., ed. Alfonsina). Si bien su publicación reciente lo dejó fuera del alcance de nuestro análisis, su pretensión abarcativa, que remonta la historia de la localidad a las migraciones bárbaras del norte de Europa hacia el sur y las muy posteriores expediciones españolas de conquista del territorio americano, su estructura fragmentaria, su defensa del fundador y su tono, por momentos, sarcástico y desencantado podrán ser objeto de futuras indagaciones.

<sup>6</sup> Es necesario mencionar que, en su interior, el libro adquiere, entre paréntesis, otro subtítulo: “(Pequeña semblanza de un pionero)”, el cual se relaciona íntimamente con la primera parte del volumen.

inusual que se vincula con la literatura ensayística; en su primera parte, más biográfica, figura al fundador en coincidencia con algunos clichés frecuentes en las narrativas identitarias regionales que reconstruyen la memoria colectiva<sup>7</sup>, y dedica su última sección a tipificar a personajes comunitarios por medio de breves relatos interpretativos. Es destacable su función inaugural, ya que “el domador de médanos” se ha convertido en una metáfora recurrente en los discursos sobre el fundador de Villa Gesell, aunque su abordaje epopéyico del héroe y costumbrista de la ciudad –propio de sus condiciones de producción– lo haya convertido en una reliquia (de los textos más antiguos del corpus es el único que no ha merecido reediciones en los últimos tiempos).

Con un soporte documental mucho más marcado, *La historia de Villa Gesell*, de Omar Masor (1995), cuya primera publicación data de 1975, continúa el intento de representar la identidad colectiva de la mano de la identidad del fundador de la ciudad, y en ella, como en *El domador de médanos*, tampoco se encuentran datos biográficos anteriores a la llegada de Gesell a las tierras que luego ocuparía la ciudad (hecho que Saccomanno (1994) atribuye a la creencia del propio Gesell en su condición legendaria). La historia de Masor celebra el progreso y se organiza a partir de testimonios orales y escritos seleccionados, artículos periodísticos, documentos oficiales y estadísticas.

El registro académico –que de todos modos no desdeña una aproximación emocional en los paratextos– aparece en el folleto “Las fundaciones de Villa Gesell”, de Mónica García y Claudia Palavecino (2006). Como dijimos, las autoras, investigadoras del Museo y Archivo Histórico, basan la novedad de su historia sobre el origen y la evolución de la ciudad en un enfoque que la divide en momentos fundacionales, a la vez que reivindican su rigurosidad en un manejo cuidadoso de las fuentes.

Por su parte, las biografías escritas por familiares (*Carlos I. Gesell. Su vida*, de Rosemarie Gesell (1983), y *Mi abuelo... Carlos Gesell*, de Marta Soria Gesell (2007)) muestran un deslizamiento creciente, cifrado en la herencia, del protagonismo del sujeto

---

<sup>7</sup> Descriptas en el trabajo del equipo de investigación de la UNPA, encabezado por Nora Muñoz (2006), al estudiar las narrativas que aluden a los orígenes santacruceños y que retomaremos en el interior de nuestro trabajo.

biografiado hacia el biógrafo / testigo y actor. Dicho deslizamiento es, por supuesto, omitido por la Lic. Amalia Ostreicher en el folleto institucional “Biografía de Carlos Idaho Gesell” (2003), que abreva en la biografía de Rosemarie Gesell como una fuente equiparable a la de los documentos del Archivo del Museo Histórico Municipal. La biografía de la hija, Rosemarie Gesell, que fue interpretada desde diferentes ópticas (Saccomanno (1994), Ortiz (2010)) como un intento de reconciliación con la imagen paterna o como un ajuste de cuentas, utiliza la estructura cronológica convencional de las biografías para contar la historia de un personaje por sobre todo ambivalente, amparando la veracidad de lo narrado en la vivencia. Aunque parte del mismo supuesto (la legitimidad radica en la vivencia), la biografía de la nieta retorna al panegírico, interpretando de un modo pintoresco lo que su tía había calificado como despótico<sup>8</sup>. La identidad social se perspectiviza, consecuentemente, desde las connotaciones subjetivas de la experiencia personal.

Una mirada más contemporánea sobre el género sugiere la representación de la actividad del biógrafo y su imposibilidad de acceder a una verdad completa en *El Viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994). Publicado originariamente a la manera de crónicas sucesivas durante el verano de 1992, en el diario *Página 12*, *El Viejo Gesell* se presenta como el producto de una investigación acerca de un personaje muy conocido sobre el que, sin embargo, se cierne la sospecha de una información incompleta e interesada. Su mentado carácter multifacético se combina, en este caso, con una historia de vida que también tiene múltiples caras, algunas de ellas, para el narrador, deliberadamente en sombras. La identidad comunitaria se cifra, también, en la recuperación de la cara oculta, esta vez del balneario (el invierno, las calles desiertas) y sus habitantes (que brindan información parcial o reticente), con un punto de vista que admite diversos puntos de contacto con el desarrollado por Juan Jesús Oviedo en *Balneario rico, pueblo pobre. Una mirada crítica a los centros turísticos de la costa bonaerense* (2008).

---

<sup>8</sup> “Quiero reivindicar su figura, resarcirlo, que la Villa vuelva a ser lo que él quiso y que se respeten todos los árboles que él plantó”, afirma Marta en la entrevista realizada por Romina Magnani “Escribí la historia de mi abuelo bajo mi visión” (2008).

Desde una perspectiva marxista, este autor analiza el fenómeno del balnearismo en la costa atlántica. Tras observar diversos contrastes propios de dicho fenómeno (verano-invierno, turista -residente, peatonal-barrio periférico, edificios altos-pueblo, balneario-pueblo), señala que la historia oficial, con su relato de los orígenes vinculado con la lucha del hombre contra la naturaleza, sólo rescata uno de los polos de esos contrastes. En su opinión, la difusión de un pasado epopéyico y la elección desinteresada de un estilo de vida en contacto con la naturaleza ocultan las motivaciones económicas del surgimiento de los balnearios con la finalidad de lograr adhesión funcional de los sectores populares a una burguesía local explotadora del turismo estacional. Así, desde la oralidad se instala un colectivo en el cual el narrador se presenta como parte interesada, por generar el hecho y por contarlo, integrando una cadena de narradores ancestros míticos junto a otros contemporáneos.

Según Oviedo, cuya inquietud se genera en Villa Gesell, pero se extiende a todas las localidades balnearias bonaerenses, lo que se repite es un modelo semejante, producto de un discurso de clase acuñado por la burguesía acomodada que explota el lugar. Retomando la concepción barthesiana de mito<sup>9</sup>, el autor analiza cómo en los balnearios el relato de los orígenes procura fundamentar como naturaleza y eternidad lo que es intención histórica y contingencia, de modo que, por ejemplo, para la población costera termine resultando natural no conseguir trabajo en el invierno. El autor señala que la narración mítica reitera la historia del héroe fundador, omitiendo la condición de clase a la que estos héroes pertenecen, dado que parte del mito de los orígenes narra la alianza entre burgueses y proletarios para que llegue a buen puerto la iniciativa privada del balneario, exaltando un sentido solidario igualador de clases supuestamente presente en el esfuerzo común del pionero y el peón que lo acompaña y comparte su mérito. El pionero, consecuentemente, reproduce el esquema de la visión burguesa, contratando mano de obra para sus emprendimientos particulares, y los museos, las escuelas, las casa de cultura se organizan en función de la reproducción de ese mito de origen, aludiendo a la presencia de clase tanto en el nivel material (con la exhibición de objetos pertenecientes a los fundadores y

---

<sup>9</sup> Para Barthes, el mítico es un sistema de significación que se caracteriza por transformar un sentido en forma, ocultando lo real. (Barthes, R. (1999)).

plantaciones), como en el simbólico (con la exposición de cartas y documentos). Esta perspectiva puede resultar de utilidad, también, para caracterizar el destinatario previsto por la mayoría de los textos del corpus, ya sea habitante o turista, que suscribe esos ideales burgueses, con mayor o menor conciencia, y permite consolidar –incluso cuestionándolo– al mito como tal.

Finalmente, las características del corpus, someramente descriptas hasta aquí, lo convierten en un interesante objeto de análisis de las modalidades que puede desplegar lo biográfico en el interior de los relatos. Creemos que el análisis de las conformaciones identitarias en el interior de cada texto en particular y de su articulación en el corpus podrá conducirnos a conclusiones que, si bien se aplican estrictamente a este recorte, pueden extenderse, al menos parcialmente, al análisis de otros materiales que integren el denominado “espacio biográfico” (Lejeune, 1980).

### **3. Acerca de la biografía y su vínculo con la construcción de identidades**

#### **3.1. Su historia. Consideraciones actuales**

Los estudios sobre el género (Mazine, 2000) reconocen como sus antecedentes tanto a los elogios fúnebres (*laudatio*) como a las hagiografías medievales, de valor didáctico-argumentativo. De hecho, suele destacarse, al margen de su función referencial, el carácter conativo de las biografías, debido a que estos relatos invocan modelos de vida (Bajtín (1982))<sup>10</sup>

Tres procedimientos centrales de estos relatos (su estructura cronológica, la adopción de un narrador en tercera persona del singular y el desarrollo de anécdotas significativas del biografiado) son los que determinan que se considere a Plutarco, con sus *Vidas paralelas*, el primer biógrafo, aunque la constitución de la biografía como género que busca la exactitud

---

<sup>10</sup> Incluso se ha llegado a afirmar: “quien ha merecido que se escriba su vida merece también ser modelo de vida” (Groupe μ (1982)). Esta afirmación, que no resulta completamente aplicable a los relatos biográficos que circulan en la actualidad, podría adecuarse teniendo en cuenta las consideraciones bajtinianas.

ocurre a partir de la publicación de James Boswell, en 1791, de la *Vida de Samuel Johnson*. Boswell, contratado por el propio Johnson, publicó, luego de su muerte, un texto que recupera las notas que tomó de su permanencia con el escritor inglés.

Si bien estaban dedicadas a los hombres significativos de la historia y de las artes, en los últimos tiempos comenzaron a publicarse biografías de seres anónimos, menores, debido a un creciente interés, tanto de los historiadores como del público lego, por este tipo de relatos.

Preocupada por describir las características de la conformación de la subjetividad en la contemporánea “sociedad del espectáculo”, Paula Sibilía (2008) coincide con Lejeune (1975) y con Bourdieu (1997) en señalar la heterogeneidad del yo, el hecho de que su identidad resulte ilusoria debido a su constitución a través de relatos dialógicos, en relación con lo otro.

Sibilía abreva en estudiosos de la vida privada, como Chartier (1998), o en sociólogos interesados por la relación entre individuo y sociedad, como Simmel (1981), y distingue tres momentos de la constitución narrativa del yo, dependientes de diversos contextos socioculturales: una primera instancia (entre los siglos XVI y XVIII) en la que las biografías, memorias y anotaciones testimoniaban el hacer de los biografiados como una representación de un yo ideal, un hombre abstracto; un segundo momento, durante el siglo XIX, en que irrumpe lo íntimo en diversos ámbitos y en que el yo se delinea como único, irrepetible “con todas las espesuras, repliegues y complejidades del *homo psychologicus*” (Sibilía, 2008, p.125); y un tercer momento, actual, en que la interioridad se disuelve en una subjetividad éxtima que se proyecta en las pantallas de las computadoras y el yo se estructura, debido a la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación, alrededor del cuerpo (sustancia que podría modelarse para lograr la adecuación a los modelos de felicidad impuestos por los medios), la apariencia y lo visible, abandonando el territorio íntimo y privado y orientándose más a la mirada ajena, a la exhibición frente a los otros, que a la introspección.

En referencia a las manifestaciones actuales de la subjetividad, la autora observa cierta voracidad por consumir vidas ajenas y reales, acrecentada por las posibilidades



exhibicionistas que Internet les brinda a las personas comunes de que lo que antiguamente pertenecía a la esfera de lo privado se convierta en público, con un estilo conciso y coloquial, de factura descuidada y vocabulario limitado.

Si bien la afición por publicar la intimidad parece semejante a la de escribir diarios íntimos en el siglo XIX, cuando lo más valioso de cada sujeto era su unicidad, sin embargo, la lógica de la velocidad que rige las tecnologías informáticas, junto con la posibilidad de obtener una difusión masiva y de interactuar con los lectores que dichas tecnologías ofrecen diferencia radicalmente la subjetividad que se construye, cuya primordial característica sería su visibilidad<sup>11</sup>: hoy, para ser, según Sibilia, hay que aparecer. Así, opone las personalidades introdirigidas, para las que la reconstrucción del pasado resultaba fundamental para su existencia, y las contemporáneas extrodirigidas, para las que predomina el puro presente o la posibilidad de moldear el pasado a voluntad<sup>12</sup>.

¿Cómo explicar, entonces, la aparente contradicción que implica el actual éxito editorial de las biografías y autobiografías y la permanente creación de blogs personales que revalorizan las historias individuales o familiares o que rescatan a personajes anónimos del pasado? La autora arguye una persistencia de la voluntad decimonónica de retener el tiempo que responde, en este caso, a nuevos modos de experimentar la temporalidad y de construirnos a productores y lectores como sujetos, con relatos de sí que tienden a ser cada vez más instantáneos, presentes, breves y explícitos.

Mientras la novela burguesa buscaba la totalidad en la duración, capturar a partir de diversos episodios hilados el sentido de una vida, los blogs publican lo instantáneo, lo presente. Lo real requiere de los mecanismos que la tecnología le brinda para ficcionalizarse y así lograr consistencia. Cuanto más se ficcionaliza la vida cotidiana, más se busca una verdad, lo cual se manifiesta en el ansia por consumir la intimidad ajena de un yo supuestamente real, lanzado a la visibilidad total. El interés del público de las biografías

---

<sup>11</sup> “El *homo privatus* se disuelve al proyectar su intimidad en la visibilidad de las pantallas, y las intimidades introdirigidas se extinguen para ceder el paso a las nuevas configuraciones alterdirigidas” (p.127).

<sup>12</sup> Sibilia explica, en ese sentido, la búsqueda científica de compuestos que permitan borrar recuerdos traumáticos, por ejemplo.

se centra en los asuntos privados. Abundan, también, las biografías de familiares que apuntan a dar cuenta de una época a través de un caso concreto, íntimo y verídico.

En las biografías renacentistas, era necesario que la vida narrada fuera extraordinaria. En las modernas, era importante que estuviera bien escrita. En la actualidad, según la autora, lo que importa es la visibilidad que otorga la pantalla. Lo que importa es lo que se es (o lo que parece ser) y no tanto lo que se hace, una personalidad eficaz y visible, capaz de mostrarse en la superficie de la piel y de las pantallas, un yo alterdirigido.

Los textos de nuestro corpus son contemporáneos, pero fueron producidos en diversos estadios: el primero a fines de la década del '60, el segundo en la del '70, el tercero en los '80, otros dos en los '90 y los últimos en 2002 y 2007. Podría decirse que, si nos atenemos a la clasificación de Sibilia, tanto las biografías de Rosemarie Gesell (1983) como la crónica de Saccomanno (1994) o la perspectiva de Marta Soria Gesell (2007) debieran inscribirse más claramente en el tercer momento que menciona la autora, aunque en todos los casos pareciera construirse un sujeto único y singular, más propio del discurso íntimo decimonónico. ¿En qué sentido, entonces, podría sostenerse que los relatos de la última década del siglo XX y la primera del XXI –por otra parte, los más predominantemente biográficos en el interior del corpus- admitirían ser considerados dentro de ese tercer momento? ¿Qué aspectos de la mirada sobre el personaje, qué modalidades de la constitución de la identidad del narrador, cuáles de la constitución de la identidad colectiva podrían integrar estas narraciones, al menos parcialmente, a la percepción de la subjetividad teñida por la pretensión primera de visibilidad?

La perspectiva de Leonor Arfuch (2002) también pretende explicar la fruición del hombre contemporáneo por los relatos biográficos que, en nuestra época, oscilan entre el testimonio, la novela y el relato histórico, el ajuste a una cronología y la invención del tiempo narrativo, la interpretación de documentos y la develación de espacios íntimos a los que sólo el yo podría acceder. Según la autora, a pesar de que sabemos que en la sociedad contemporánea los mismos dispositivos que generan nuestra ilusión de omnipresencia y de completud, la ilusión de que todo puede ser visto y verificado, son los que permiten falsear y multiplicar la experiencia, sentimos una particular voracidad por comprender nuestras

propias vidas a partir del relato de las ajenas. Entre las múltiples interpretaciones posibles de este fenómeno, Arfuch menciona una compensación paradójica en la sociedad de la comunicación de carencias, anonimatos, realidades virtuales e incerteza de lo porvenir en un mundo cada vez más inequitativo. Esta ilusión de que se puede llegar a la verdad se concreta fuertemente en nuestro corpus en los relatos de los familiares y su empeño por mostrarse portadores de información inaccesible, por íntima, para los extraños o en el del cronista que, asumiendo el papel de detective, involucra al lector en la búsqueda de la realidad que el mito pretende ocultar.

### **3.2. Relaciones con lo real**

En un intento por diferenciar al biógrafo del historiador, el escritor Marcel Schwob ([1896] 1987) desestima a los biógrafos latinos como tales, debido a que cree que el mayor desarrollo de lo que denomina “sentimiento de lo individual” se produjo en la modernidad. Así, sostiene que el biógrafo, a quien identifica con un creador, debe elegir, de la totalidad del material con el que cuenta, aquello que hace único al personaje biografiado, sea quien fuere, independientemente de su relevancia histórica.

El crítico y biógrafo León Edel ([1984] 1990), por el contrario, reivindica la fidelidad a las fuentes al punto de que califica a la narración de vidas como “una provincia de la historia”, lo que determina la necesidad de que esas vidas contemplen su inscripción en la historia y la sociedad.<sup>13</sup> Esta pretensión equipara la labor del biógrafo con la del investigador por su agudeza para desentrañar misterios, descubrir y ordenar los detalles significativos, escudriñar los materiales con los que cuenta con habilidad analítica y hallar la forma literaria exacta, única (y por lo tanto, no necesariamente cronológica), que le corresponde a la narración de cada vida. Asimismo, lo asimila al historiador, por la imprescindible fidelidad a la verdad y a los documentos, dejando de lado toda subjetividad.

---

<sup>13</sup> En la misma línea, el ensayista argentino Jaime Rest (1991) concibe la biografía como una “auxiliar fundamental del historiador” y a la del biógrafo como “una tarea casi científica de paciente indagación” (p.19).

El arte de la biografía reside, así, para el autor, en clasificar temas y patrones, no fechas y acontecimientos, y considera que, en este sentido, puede emplear los mismos procedimientos que le han dado su fuerza narrativa a la ficción.

En este sentido, aunque sostiene que “una generación educada en el respeto hacia la verdad científica exige, para abandonarse al entusiasmo, sinceridad en el biógrafo”, André Maurois (1935) desconfía de que este pueda ser completamente objetivo, ya que su juicio puede verse afectado por sus emociones, excepto en muy pocos casos (como el de Strachey, por ejemplo) en que el autor no critica ni juzga a sus personajes. Si, para Maurois, el problema de la biografía radica en que de un lado está la verdad y del otro la personalidad, considera que el arte y la ciencia “deben reconciliarse” y que el “homo biographicus”, en manos de un “doctor hábil” puede tener la vida interior característica del “homo fictus” sin que se atente contra la verdad.

En la actualidad, la cuestión ha sido revisitada desde perspectivas que involucran otras consideraciones teóricas. La noción de pacto referencial entre el autor y el lector, acuñada por Philippe Lejeune (1975), que, según el autor, relaciona la biografía con la autobiografía, refuerza la idea de que lo que se busca en una biografía es, principalmente, acceder a la verdad, para lo cual se recurre a citas, mención de fuentes, fechas y nombres propios que lo garanticen. Siguiendo las consideraciones (que desarrollaremos con mayor extensión en el apartado siguiente) del filósofo Paul Ricoeur (1995; 1999)), quien en su teorización acerca de la constitución narrativa de las identidades sostiene que se produce un entrecruzamiento entre la historia y la ficción, la doctora Régine Robin (1996) señala, por su parte, que el hecho de que la biografía se construya sobre el modelo de la ficción manifiesta la percepción de la dificultad de decir verdad.

La aparente paradoja de que la veracidad se fundamente en una convivencia entre los procedimientos empleados en el corpus para señalarla, como la reproducción de documentos y sentencias célebres, la apelación a fuentes de fiabilidad cierta (fundamentalmente basada en la legitimidad que otorga la proximidad -genética o de otros tipos- respecto del personaje central), y los recursos propios de la ficción, como la

dramatización de situaciones y la utilización de estilo directo en la recreación de diálogos, será objeto de nuestra reflexión.

### **3.3. El valor de la biografía. La narración como condición de posibilidad de la construcción identitaria**

Más arriba hemos mencionado la importancia creciente de lo que ha sido denominado “narrativas del yo” en la actualidad. A los géneros más clásicos, como la biografía, las memorias, la autobiografía, los diarios íntimos, la correspondencia personal, se han sumado otros (historias de vida, entrevistas, reality y talk shows, blogs y fotologs), en muchos casos alentados por los avances tecnológicos. En este sentido, vale la pena retomar el concepto bajtiniano de “valor biográfico” que permite, por un lado, incluir la biografía propiamente dicha dentro del conjunto más amplio de las “narrativas del yo” y, por otro, recuperar la noción de “identidad narrativa” propuesta por Ricoeur, central para nuestro trabajo.

En *Estética de la creación verbal* (1982), Bajtín le atribuye al valor biográfico (presente en las biografías y autobiografías, pero extensible también a las novelas o a cualquier otro texto donde la vida como cronotopo<sup>14</sup> tenga sentido) una capacidad doble: organizar y dar sentido a la vida narrada, a la vez que a la propia vida del lector. El autor identifica dos tipos de valor biográfico (o “conciencia biográfica valorativa”): el heroico y trascendente, al que le atribuye los tópicos de la gloria, el amor y la fábula (entendida como la “aceptación positiva del fabulismo de la vida”, que implica el carácter inacabado del proceso vivencial y por lo tanto, la posibilidad de la aventura), y el cotidiano (vinculado con el amor y la comprensión).

---

<sup>14</sup> El cronotopo artístico es entendido por Bajtín como la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. Distingue, así, distintos cronotopos, vinculados con los diferentes géneros, y señala el del “hombre que recorre el camino de la vida” como un cronotopo propio de los géneros biográficos y autobiográficos antiguos y al del “héroe solitario” como uno característico de las biografías medievales.

Paul Ricoeur, por su parte, en *Tiempo y narración II* ([1983] 1995) y en *Historia y narración* (1999), considera que el sí mismo se conoce indirectamente, gracias a la mediación narrativa, dado que el conocimiento de uno mismo es “ser una interpretación de sí” (Ricoeur, 1999, p.227). Según el filósofo y antropólogo francés, la narración permite acceder a la experiencia humana a través de su carácter temporal, dado que el relato confiere a las acciones un orden lógico y causal por el cual resultan inteligibles. El autor distingue tres tipos de mimesis (entendida como una configuración del mundo llevada a cabo por la ficción) para desglosar el procedimiento por medio del cual se produce esta operación de inteligibilidad. De esta manera, denomina “mimesis I” a la prefiguración del mundo, su comprensión práctica, que permite integrar las acciones en el interior de una cadena significativa, con causas y consecuencias. En la “mimesis II”, o configuración, momento en el cual las tramas narrativas reconocidas por el lector convierten una mera sucesión de acciones en una historia comprensible como una totalidad causal, con una dimensión cronológica, que secuencia los hechos, y otra lógica, que remite a su motivación (no olvidemos la importancia que adquiere, en el caso de la biografía, la dimensión lógica, que fundamenta cierta coherencia del personaje a través de sus acciones). La trama media, en primer lugar, entre los acontecimientos individuales y la historia considerada como un todo; en segundo lugar, integra factores heterogéneos -discordantes, según la terminología de Ricoeur- y es el lector quien resuelve las discordancias que se presenten apelando a sus propios valores; en tercer lugar, consigue la unidad temporal, transformando los acontecimientos individuales en una historia con límites precisos, mediando entre el tiempo cosmológico y la conciencia de la temporalidad gracias al esquematismo, que crea tipos textuales y géneros en los que las tramas se inscriben, así como una tradición, constituida por la historia de estos tipos y géneros. Finalmente, por medio de la “mimesis III”, o refiguración, se produce una intersección entre el mundo del texto y el del lector, quien también emplea los procedimientos de esquematización y tradicionalidad en el acto interpretativo, y se identifica con el protagonista de la acción narrada (en el sentido de que se apropia de los significados que la narración atribuye a las acciones del héroe), otorgándole, por medio de esta acción, inteligibilidad a su propia vida<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Observaciones como las realizadas por el Grupo  $\mu$  (1982) en la década del '70, anticipan, de algún modo,

Por otro lado, como narrar es siempre volver presente lo ausente, Ricoeur considera que, como la identidad se constituye en y por la narración, incluso la imagen que se construye de sí en una autobiografía es imaginada, ya que la recuperación del pasado sólo puede hacerse desde un presente en el que el sujeto es diferente del que ha sido. El sujeto como un *continnum* se constituye en el relato y se organiza gracias a una memoria selectiva orientada por el presente, que refigura constantemente el pasado. Así, el relato histórico (al que por su pretensión referencial podríamos asociar con el biográfico) toma del ficticio sus tipos de construcción de trama y sus estrategias elocutivas, contribuyendo, a su vez, a otorgar a ciertos acontecimientos comunitarios el poder de reforzar la conciencia identitaria de esa comunidad.

Teniendo en cuenta estas observaciones, ¿qué diversos presentes condicionan el relato del pasado en las historias de Villa Gesell y en las biografías propiamente dichas del fundador? Estas preguntas nos permiten indagar, también, acerca de la constitución de la identidad del biógrafo en el interior de la narración y la de la identidad social, comunitaria.

Según Ricoeur, la identidad se constituye en la narración, entre la *mismidad* (todo aquello que remite a la estabilidad continua de la personalidad) y la *ipseidad* (que remite a la idea de que una identidad no está nunca concluida, sino siempre en construcción: la historia de una vida se halla sujeta a las rectificaciones de relatos previos, del mismo modo que la historia de una comunidad). Al respecto, Stuart Hall (1996) privilegia la *ipseidad* ricoeuriana como característica de la construcción identitaria cuando atribuye a la perspectiva discursiva la idea de que, aunque tiene condiciones determinadas de existencia, la *identificación* (concepto que prefiere al de identidad) es condicional, se encuentra siempre en proceso, por lo que es una fantasía su aparente conclusión. Para el autor, la identificación es un proceso de articulación, de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que construyen las prácticas discursivas, un proceso de sutura, que actúa a través de la diferencia y necesita de lo que queda afuera para consolidarse; el discurso es, pues, lo

---

esta propiedad identificatoria que Ricoeur confiere a cualquier clase de narración, aunque la atribuyen en mayor medida a la biográfica: "La biografía en general es, sin duda, de todos los géneros literarios, aquel donde juega más el proceso de identificación-proyección" (p.153).

que produce los “efectos de frontera”, de exclusión del Otro constitutivo, que permanentemente amenaza su aparente estabilidad. Sin embargo, Régine Robin (1996) (en aparente coincidencia con lo que postula el etnólogo Marc Augé (2006)<sup>16</sup>, que concibe la coexistencia contemporánea de la globalización uniformizadora con la individualización particularizante como una paradoja propia de la “sobremodernidad”) considera que, a pesar de que suele creerse que el modo en que se constituyen las identidades en la actualidad se debe más bien a la predominancia de la flexibilidad y la fluidez propias de la *ipseidad*, en realidad se produciría una polarización entre ambos extremos: por un lado, la multiplicidad de posibles identidades y, por otro lado, la rigidez de la fijación de las identidades “fuertes”, étnicas, nacionales y tribales. En el caso puntual de las biografías, especialmente las que estudiamos en este trabajo, pareciera predominar la *mismidad*, la cual se consolida a través del establecimiento de linajes –reales o metafóricos- y la vinculación interpretativa de las diversas acciones del personaje que desembocan, por ejemplo, en la consideración de Villa Gesell como el invento finalmente exitoso de una serie con altibajos que comienza en la niñez de su creador, aunque sus verdaderos orígenes se remontan a las aficiones paternas y al espíritu aventurero familiar. En la misma dirección, estudiaremos las reiteraciones de figuraciones estereotípicas, anécdotas y acontecimientos significativos que la recurrencia a las fuentes parece determinar. Será interesante observar, no obstante, en una mirada transversal, los procesos por medio de los cuales las identidades se reconfiguran con rectificaciones de relevancia variable entre los diversos textos.

Estas observaciones acerca de la constitución de la identidad narrativa, principalmente en lo referente al concepto de refiguración, por medio de la cual el lector configura su propia identidad, podrían hacerse extensivas a la constitución de la identidad narrativa del yo que asume la producción biográfica. A modo de ejemplo, se podría mencionar el análisis que realiza Arfuch, en *El espacio biográfico* (2002), de la narración de vidas ilustres característica del siglo XVII. Allí, sostiene que, por un lado, las vidas de los otros son utilizadas para explicar los grandes acontecimientos por medio del “lado oscuro” de sus

---

<sup>16</sup> Según el autor, la sobremodernidad se caracteriza por ampliar y diversificar el movimiento de la modernidad por medio de una lógica que vincula el exceso de información, el de imágenes y el de individualismo.



protagonistas y, por otro, que la “descripción de la vida de otro (...) es a la vez la razón de la propia vida” (p.39), sobre todo en el caso de las que han sido escritas desde la óptica de un testigo privilegiado.

En este sentido, tanto Bajtín (1982) como Ricoeur ([1983] 1995; 1999) parecen coincidir en la concepción de que la construcción de la identidad sólo es posible en y por el relato, el cual le otorga sentido y valoración. Los procesos de constitución de la identidad, desde ambas perspectivas, son posibles gracias a la narración y a la identificación –no lineal- con lo narrado.

En “Identidad y discurso: espacios de lo biográfico”(1992), Leonor Arfuch recuerda la distinción que propone Lejeune (1975) entre biografía y autobiografía -la cual radica, según el autor, en que la biografía sólo puede construir un objeto aproximado a la referencia-, pero prefiere la consideración de Mijail Bajtín (1982), que niega completamente la existencia de identidad entre autor y héroe, incluso en la autobiografía, basándose en la diferencia entre la experiencia vivencial y lo que él denomina “totalidad artística”. Para Bajtín, el biógrafo, al contar la vida del héroe, realiza un proceso de identificación y de valoración. Como se explica más arriba, el “valor biográfico” no sólo organiza la narración de la vida del otro, sino que también permite al biógrafo y, posteriormente, al lector, la comprensión de la propia vida. “Dar razones del éxito, de la vocación, de la filosofía que rige los comportamientos, parece ser un mecanismo clave de la ejemplarización”, apunta Arfuch (1992, p. 177).

Si bien lo biográfico se construye como un espacio de mediación entre lo público y lo privado, estos espacios se encuentran, tanto en las biografías como en las autobiografías, en permanente tensión, dado que las vivencias del individuo están condicionadas por lo social y por su pertenencia a una familia, grupo o sociedad. El mundo interior se abre al exterior para existir y, a su vez, la ajenidad del mundo debe ser interiorizada, apropiada por el individuo.

En su libro homónimo, Arfuch (2002) recupera el concepto de “espacio biográfico” acuñado por P. Lejeune (1980) para considerar una amplia gama de “narrativas del yo”,

pero propone examinarlas también desde el interior de cada uno de los géneros en los que dichas narrativas se inscriben. Esta perspectiva pretende, en línea con la noción bajtiniana de “valor biográfico”, analizar la orientación ética, los modelos de vida que estas narrativas proponen, consecuentes con los procedimientos utilizados en cada una de sus manifestaciones; estudiar las especificidades sin perder de vista su dimensión relacional, lo que permitiría extraer conclusiones vinculadas con el escenario cultural en que se producen, dado que todo relato de la experiencia es de algún modo expresión de una época.

Con respecto a esa peculiar constitución de la identidad narrativa que es la biografía, Arfuch observa una inevitable tensión entre objetividad y subjetividad, debido a que estos relatos intentan restaurar una supuesta verdad, pero a menudo se constituyen con la pretensión de ensalzar o de denigrar a sus sujetos. En todos los casos, los valores puestos en juego en la construcción biográfica son indisociables de la inscripción del sujeto en su contexto familiar, sociohistórico y cultural y, al mismo tiempo, de los condicionamientos que el propio momento de enunciación implica.

Del abordaje de la autora nos resultará interesante, además de la recuperación de las teorías de Benveniste<sup>17</sup>, Bajtín y Ricoeur para analizar las narrativas del yo como constituyentes necesarios de la identidad, retomar sus consideraciones acerca de la relación entre la identidad individual y la social (sobresaliente en nuestro corpus), y la importancia que estas narrativas adquieren para la conformación de la memoria colectiva<sup>18</sup>, aspecto extremadamente relevante si se pretende abordar la historia del fundador de una ciudad. El rescate que realiza Arfuch de la vivencia, concepto relevado por Gadamer en *Verdad y método* (1977) para atender a las unidades significativas que se destacan del flujo de la vida, pero que adquieren una relación inmediata con la totalidad, puede resultar útil para el análisis de los acontecimientos reiterados en las biografías del corpus y la valoración de la anécdota como unidad constitutiva del relato biográfico que estamos estudiando.

---

<sup>17</sup> La constitución de la subjetividad en y por el lenguaje y la intersubjetividad implícita en la idea de que un yo siempre se dirige a un tú, hipótesis centrales de la teoría de Benveniste (1979), son las matrices en que parecen formularse los postulados de Ricoeur ([1983] 1995; 1999) acerca de la conformación narrativa de las identidades.

<sup>18</sup> Para Arfuch (2002), toda biografía es colectiva desde el momento en que indica siempre una pertenencia a una familia, a una clase, a una comunidad o a una nación.

La concepción de la vida como una totalidad que sólo el relato vuelve inteligible aparece también en las consideraciones del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1997) sobre las biografías. El autor piensa la historia de una vida como una convención, una ilusión retórica que combina un orden cronológico con un orden lógico, dotando a la existencia de sentido<sup>19</sup>: el comienzo es, a la vez, un origen y una razón de ser; el término es el fin del individuo, pero implica también su realización. Así, el nombre propio se convierte en una institución totalizadora más allá de todos los cambios biológicos y sociales, garantizando la identidad que requiere el orden social. En nuestro trabajo, nos interesará preguntarnos, como dijimos, por las diferentes operaciones que confieren unidad interpretativa a la vida del biografiado, y por cómo la oscilación de los modos de nominar al personaje implican, también, una particular construcción identitaria del narrador.

La aproximación de Patrick Charaudeau (2009), desde el Análisis del Discurso, parece coincidir con Stuart Hall (1996) al señalar que la identidad es una conciencia de sí determinada por la diferencia respecto de otros. Por ello, el lingüista enfatiza que es necesario analizarla en el interior de las situaciones comunicativas consideradas como contratos psicosociales que prefiguran la puesta en escena del discurso. La identidad resulta, así, una cuestión compleja, constituida por la acción lingüística de un enunciador que intenta construirla e imponerla, y un intérprete, que no puede dejar de lado sus propios a priori en la atribución de identidad. El autor distingue, entonces, dos componentes básicos: una identidad social, por la cual un sujeto tiene derecho a la palabra y se legitima en un contexto social determinado, y una identidad discursiva, que intenta consolidar su credibilidad y su capacidad persuasiva y seductora por medio de diversas estrategias definidas en relación al “contrato” que rija cada situación comunicativa. Esta perspectiva también respalda nuestro criterio genérico de organización del corpus y resultará de utilidad cuando analicemos los mecanismos de constitución de las diversas identidades.

---

<sup>19</sup> La contundencia de esta postura recuerda la que asume Paul de Man (1991) respecto de las autobiografías, cuando llega a considerar la vida como un resultado de la escritura.

En un intento por articular en la argumentación la perspectiva retórica y la perspectiva crítica, Christian Plantin (2009) revisa el “lugar de la persona” como tópico argumentativo, que permite caracterizar a un individuo por un conjunto de coordenadas que le atribuyen una identidad social, en el sentido utilizado por Charadeau (2009). A tal efecto, el autor recuerda una extensa categorización del retórico latino Quintiliano, que considera a la persona a partir de su pertenencia familiar, su nacionalidad, su sexo, su edad, su formación educativa y cultural, su época, su status social y económico, su carácter, su estilo de vida, sus ocupaciones, etc., para concluir que el uso argumentativo de la persona permite construir, mediante la selección operada por el orador, una identidad para la ocasión, funcional al punto en debate. Hasta aquí, este planteo tiene diversos puntos de contacto con el que realiza Perelman. ([1977] 1997) cuando analiza los nexos de coexistencia como argumentos basados sobre la estructura de lo real que enlazan la persona y sus actos, sus acciones, sus juicios y sus obras. Sin embargo, la perspectiva de Plantin releva, además, la importancia que para la teoría crítica tiene el receptor como deconstructor de las estrategias *ethicas*. Creemos posible extender algunas de estas observaciones sobre el lugar de la persona al estudio de las diversas construcciones identitarias del personaje objeto de discurso en los textos del corpus. Los retratos, entonces, serán considerados también desde una perspectiva argumentativa que se relaciona necesariamente, según nuestra hipótesis, con las identidades enunciativas y comunitarias que en ellos se constituyen.

A su vez, las reflexiones de Graciela Montes (2009) sobre la construcción intersubjetiva de la identidad en textos polifónicos, más precisamente las vinculadas con el modo en que las imágenes de los actores se construyen a través de la referencia a sus acciones, sus palabras y las valoraciones subjetivas de las que es objeto, serán de utilidad a la hora de analizar la configuración del retrato, en tensión con el posicionamiento alineado, polémico o contradictorio del enunciador.

#### 4. Memoria e identidad

Debido a las características de nuestro corpus, constituido por historias de Villa Gesell que contemplan de diversas maneras la biografía de su fundador y por narraciones más claramente biográficas sobre esa figura, se vuelve imprescindible una indagación de dirección múltiple: por un lado, acerca de los modos en que se constituye, se sostiene y se modifica la identidad colectiva a partir de los diferentes relatos sobre el héroe fundador y, por el otro, acerca de los modos en que los diversos posicionamientos de los sujetos enunciadorees en relación con la comunidad y con el personaje biografiado construyen la identidad de Carlos Gesell –con intención prosopopéyica o desmitificadora- al tiempo que las suyas propias, aliándose, pero a la vez buscando individualizarse.

Teniendo en cuenta las ideas de que la identidad es una construcción, de que la memoria no es una restitución fiel del pasado, sino una reconstrucción constante del mismo, y de que memoria e identidad son conceptos estrechamente unidos, el antropólogo francés Joël Candau (2001) se pregunta cómo se realiza el pasaje de las formas individuales de la memoria a las formas colectivas, cómo se gesta una identidad común, dado que los individuos se mueven dentro del registro de la memoria –entendida como un juego de recuerdos y olvidos- para construirla.

Luego de distinguir la protomemoria (de utilidad procedimental y social), de la memoria propiamente dicha (la memoria de recuerdo o reconocimiento), y la metamemoria (la representación que cada individuo se hace de su propia memoria), Candau vincula esta última con la construcción identitaria por su capacidad representativa y concluye que la memoria colectiva es una forma de metamemoria, “un enunciado que los miembros de un grupo quieren producir acerca de una memoria supuestamente común” (Candau, 2001, p.23). Las expresiones “quieren producir” y “supuestamente” sugieren su carácter inestable, que se confirma en la consideración de que la memoria compartida es una ilusión y de que las identidades colectivas son producto de procesos dinámicos de inclusión y exclusión regulados por la interacción social. De lo dicho se infiere que las sociedades más pequeñas –como la geselina, en el caso que aquí examinamos- tienen una memoria colectiva más

arraigada, con referentes compartidos y representaciones del pasado parcialmente homogéneas, dado que sus miembros tienen una mayor posibilidad de interacción.

Si, como señala Candau, “quien recuerda domestica el pasado, pero sobre todo se lo apropia, lo incorpora y le imprime su sello, en una suerte de etiquetaje memorialista que cumple la función de significante de la identidad.” (Candau, 2001, p.70), y si convenimos en que se recuerdan con mayor intensidad los acontecimientos investidos de valor afectivo que los neutros, el estudio de las configuraciones identitarias en el interior de nuestro corpus tendrá por objeto analizar las maneras de comprender el mundo y el propio posicionamiento del enunciador en ese mundo a partir del recuerdo -inevitablemente modelado por el presente del que lo evoca-, de una figura que, en todos los textos, se manifiesta digna de memoria por sí misma, por la comunidad de la que se muestra artífice y, en algunos casos con mayor evidencia y en otros de una manera más sutil, por el vínculo con aquel que se presenta como un portavoz autorizado de la historia<sup>20</sup>.

Como no es posible una memoria total, el campo de lo memorable se articula a partir de ciertas marcas temporales, de las cuales las más significativas son el momento de origen y lo que Candau denomina la “experiencia fenoménica del acontecimiento”. Con respecto al momento de origen, en los textos biográficos se identifica con el nacimiento del personaje, mientras que en las historias de la ciudad, con aquello que le dio origen, que en el corpus es el propio personaje. En este sentido es que analizaremos las diversas concepciones del momento original y cómo se establecen, por desplazamientos metafóricos o metonímicos, relaciones entre ellos. En cuanto a los hechos elevados a la categoría de acontecimientos, para que se constituya una memoria colectiva es preciso que las representaciones individuales resulten relativamente convergentes en el interior de una comunidad. Cuando se producen discordancias, observa Candau, surgen identidades múltiples y compuestas por el debilitamiento de la memoria grupal. Al estudiar las identidades que se construyen en cada texto, estudiaremos, también, cómo se constituyen y

---

<sup>20</sup> “...el acto narrativo no se carga de un tiempo abstracto (...), sino que se estructura alrededor de indicadores temporales centrados sobre el narrador” (Candau, 2001, p.89).

consolidan como acontecimientos ciertos hechos y cómo las diferentes perspectivas los reivindicaban como tales en la mera reiteración, los explican en su inclusión en marcos sociohistóricos, psicológicos y relacionales que los exceden, o bien los reconsideran o rectifican, en reconocimiento a la integración de cada relato en una sucesión imposible de ignorar.

Recordando la distinción entre la transmisión histórica y la memorialista propuesta por Pierre Nora (1984), Candau destaca una diferencia central en su tratamiento del referente: mientras que la historia se propone como objetivo –independientemente de su logro- la exactitud de la representación, la memoria, “atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos” (Candau, 2001, p.127), se propone instaurarlo, fusionándose con él, instalando el recuerdo en lo sagrado. Sin embargo, el antropólogo reconoce que la historia -hija de la memoria, aunque reniegue de sus objetivos- también puede ser parcial, selectiva y simplificadora, responder al presente del historiador y asumir, así, estrategias identitarias. Sin ignorar estas diferencias y dado que incluimos materiales de diverso grado de pretensión histórica, aunque nos interesa analizar en primera instancia los procedimientos por los cuales la memoria construye el referente, también retomaremos las categorías propuestas por Roland Barthes para clasificar los diferentes modos de producción de la historia, que resultan pertinentes para nuestra aproximación. En *El discurso de la historia* (1994), Barthes distingue entre una historia “metafórica”, en la que predominan las unidades indiciales que otorgan a cada momento un significado simbólico, una historia “metonímica”, emparentada con la epopeya, en la que predominan las unidades funcionales, y una historia “reflexiva” o “estratégica”, que intenta reproducir la estructura de las elecciones realizadas por sus protagonistas. Consideraremos pues, en nuestro corpus, la convivencia -con diversos grados de predominio en cada texto- de estas modalidades.

En su interpretación de lo que denomina “cultura de la memoria”, Beatriz Sarlo (2005) postula como un rasgo de la actualidad el desdibujamiento de los límites que distingue Nora entre los procedimientos de la historia y los de la memoria. La autora estudia como un dato de época el “giro subjetivo” que ha provocado que, por ejemplo, el testimonio se haya transformado en un “ícono de la Verdad o en el recurso más importante para la

reconstrucción del pasado” (Sarlo, 2005, p.23), aún cuando se suele desconfiar del carácter referencial de los relatos, y concluye que la inmediatez de la experiencia y la capacidad de colaborar con la reparación del daño sufrido, en el caso de las experiencias traumáticas, son las características del testimonio que pretenden sostener su valor de verdad.

La memoria genealógica y familiar –y, por extensión la generacional, aunque con una intensidad menor- es, según Candau (2001), donde la operación de construcción de la identidad se observa más fácilmente, debido a que la búsqueda identitaria hace jugar una genealogía naturalizada por la pertenencia a una estirpe o a un suelo, con una simbolizada, en referencia a un relato fundador. Las sociedades producen un imaginario de la continuidad -articulado como memoria de la familia, de la estirpe o del lugar- defendido por cada individuo que, al proteger la memoria de sus ancestros, protege también la propia, y esto explica la permanencia en el tiempo de rituales y saberes. A su vez, esos individuos, encargados de transmitirlo, se apropian de ese pasado y lo reelaboran, confrontándolo con las versiones de los otros miembros de esa familia o comunidad. Casi todas las versiones de la historia de Carlos Gesell que aquí recuperamos son producidas por individuos que se sienten integrantes de la comunidad y, por lo tanto, portavoces autorizados de la memoria, más todavía en el caso de las biografías escritas por familiares del fundador, donde se exteriorizan con mayor claridad, como veremos, las continuidades que aseguran la pertenencia al linaje y las discrepancias que individualizan las versiones en conflicto. Justamente la crónica novelada de Saccomanno, cuyo autor se asume con claridad como un agente externo que requiere del testimonio de informantes de distinta clase de proximidad al personaje central para indagar en una historia con matices ocultos, es la que pone al descubierto con mayor evidencia las tensiones que implican esos procedimientos identitarios.

La memoria generacional produce prosopopeyas memorialistas que idealizan y postulan como ejemplos a los hombres que se constituyen en objeto de memoria, y los monumentos a esos hombres muertos se convierten en la imagen de la permanencia que el grupo sueña para sí mismo, así como las conmemoraciones intentan desarrollar el espíritu histórico y el sentimiento de continuidad de un pueblo. Los lugares de memoria, los



“lugares destacados”, se constituyen en los refugios materiales del patrimonio que requiere una teoría de la identidad planteada en términos de huellas. En la tesis, nos preguntaremos también acerca de la inscripción discursiva del personaje (en su versión prosopopéyica o su contrapartida desmitificadora) en relación con la recuperación o instauración de los lugares de memoria (más universales, en el caso del cementerio, o más locales, como el bosque creado por Gesell y sus residencias allí instaladas, o los negocios emblemáticos). A la manera de un anexo, contemplaremos algunas coincidencias entre esa recuperación discursiva y algunas operaciones manifiestas en monumentos, edificios y otros espacios públicos de la ciudad.

## PRIMERA PARTE

### RETRATOS

#### La construcción identitaria del personaje

El objetivo de esta primera parte, como lo adelantamos en la Introducción, es estudiar las figuraciones del biografiado en los diferentes textos del corpus. Si bien se trata, en todos los casos, de textos narrativos, nos parece pertinente realizar algunas observaciones acerca de los procedimientos descriptivos, que pueden resultar de utilidad para pensar la emergencia de dichas figuraciones.

El análisis se detendrá en los retratos que construyen cada uno de los textos, involucrando procedimientos propios de la secuencia descriptiva dominada o no por la narración, con la intención de deslindar núcleos que remiten a la construcción de la función “héroe” en los relatos y analizar los modelos de vida que se rescatan en las figuraciones del sujeto representado.

En primer lugar, es preciso observar que un retrato reúne tanto la descripción física (prosopografía) como la psíquica y moral (etopeya) del personaje retratado. Los relatos del corpus incluyen, en la mayoría de los casos, ambas dimensiones, privilegiándose la etopeya, prácticamente excluyente en los textos de divulgación municipal. Como es habitual en los retratos, la descripción física tiende a vincularse con la moral, que en este personaje, se identifica en mayor medida con rasgos de carácter y, particularmente en el texto de Saccomanno (1994), con consideraciones ideológico políticas que el autor intenta relacionar con el carácter.

En lo referente a los procedimientos descriptivos, siguiendo la distinción propuesta por Jean-Michel Adam en *Le texte descriptif* (1989), analizaremos los usos del nombre propio, los modos en que se manifiestan los aspectos del biografiado y las operaciones de asimilación por comparación o metaforización, muy importantes en la mayoría de estos

relatos y predominantes en el tratamiento que algunas de las “Historias de Villa Gesell” hacen del fundador, así como las de contigüidad espacial o temporal del objeto con respecto a otros coexistentes, que aparecen de manera preponderante en los textos más claramente biográficos, y las de reformulación, que tal vez adquieran, en *El Viejo Gesell* (1994), su mayor elaboración.

Por otra parte, las consideraciones acerca de la función del héroe en la literatura serán de utilidad para pensar la importancia del linaje y de los procesos de aprendizaje que conducen a la asunción del propio destino, los cuales, en este caso, se identifican con las etapas de la hazaña en cuya consecución, al principio, solamente el héroe puede confiar (Artal, 1998).

Del mismo modo, el análisis de las diferentes figuraciones del biografiado que conforman los relatos del corpus será vinculado con los modelos de vida que cada uno de esos relatos invoca (Bajtín, 1982; Grupo  $\mu$ , 1982). En este sentido, nos detendremos en algunas anécdotas que, referidas en los diversos volúmenes integrantes del corpus, en muchos casos reiterándolas, singularizan al personaje como un héroe digno de memoria. De etimología que reivindica la transmisión oral (*anécdotas* significa, en griego, “inédito”), la multiplicidad de anécdotas reales y ficticias son una característica de la construcción discursiva de este personaje<sup>21</sup>. En este trabajo, aludiremos a varias anécdotas reales que merecieron su transcripción y a algunas ficticias, con la intención de analizar cómo, por su intermedio, las diferentes perspectivas contribuyen a reforzar el o los modelos de vida que cada narración pretende constituir.

---

<sup>21</sup> El periodista Carlos Rodríguez resume, en el título de su artículo sobre las anécdotas acerca de Carlos Gesell, su popularidad y su función singularizante y organizadora de la memoria. El autor, incluso, asemeja la vida de Gesell a una novela, debido a la relevancia que estos relatos adquieren en la conformación del personaje como tal (Rodríguez, Carlos (2010). “Los relatos sobre la vida del fundador forman parte del patrimonio de la Villa”, Buenos Aires, *Página 12*, 31 de enero).

## CAPÍTULO 1

### HISTORIAS DE VILLA GESELL

Como observamos en la introducción, la historia de la ciudad y la de su fundador aparecen íntimamente ligadas en todos los materiales que refieren a una y al otro. En este capítulo, estudiaremos los retratos del fundador de la ciudad que se construyen en el interior de textos que suponen una figuración del héroe subsidiaria a su papel de fundador y urbanizador de la ciudad.

Dos son los textos del corpus que se reivindican claramente como historias de Villa Gesell. En todos los casos, estas historias dedican gran parte del relato al fundador, construyendo imágenes de él de variable intensidad laudatoria. El primero (*El domador de médanos. Historia de Villa Gesell*, Sierra (1985)), escrito en 1969, anuncia en su subtítulo que el relato de la hazaña del fundador, el “domador de médanos”, conducirá a la historia del lugar, historia que no construye sino por medio de pequeños relatos que sólo son útiles para configurar retratos de sus habitantes y a través de recorridos guiados por la Calle Mayor (denominación que adopta Sierra para la avenida principal). El segundo (*Historia de Villa Gesell*, Masor (1995)), cuya primera edición es de 1975, declama su intención histórica, reivindicando el trabajo del historiador como una búsqueda de la verdad que le permite expurgar las fuentes (“...los testimonios crecen hasta tornarse inabarcables. (...) De allí la deliberada omisión de cuantos pudieran arrogarse el título de pioneros”, Prólogo Original, p.7) y al libro como “una novela que responde a hechos reales y probados puntualmente por los testimonios que documentaron los protagonistas oportunamente” (Prólogo a la 2º Edición, p. 3).

Una tercera obra -*Las fundaciones de Villa Gesell*, García y Palavecino (2007)-, muy posterior, propone reconstruir la historia de la ciudad con apoyatura documental, acuñando la idea de que esta puede segmentarse por medio de varios “momentos fundamentales” de “un aspecto y un espíritu diferentes” (Prólogo, p.7).

A continuación, analizaremos las distintas modalidades en que se presenta la dimensión biográfica y la conformación de diferentes retratos de Carlos Gesell, que implican diversos modelos de vida, en los textos que se plantean como objetivo primordial historiar la ciudad.

### **La hazaña fundacional: *El domador de médanos*, de Dante Sierra (1985). Del héroe al semi-dios**

Como dijimos cuando presentamos el corpus, el peculiar libro de Dante Sierra no es una biografía en sentido estricto, pero tampoco es una historia convencional. Al pie de la portada se aclara que se trata de la “Historia de Villa Gesell”, aunque en una de las variadas ocasiones en que se presenta el título del ejemplar en el interior del volumen se afirma entre paréntesis que se trata de la “(Pequeña semblanza de un pionero)”. En su primera parte, más bien refiere al fundador a través de la majestuosidad de su obra. Todo lo que de él se afirme estará emparentado con su hazaña y a partir de la misma es que deberán interpretarse o reconstruirse las predicaciones. En su segunda parte, “El domador de médanos. BromAnálisis de Villa Gesell”, excepto en el capítulo “Frégoli”, en el que se narra la gestión de Carlos Gesell ante las autoridades del Ministerio de Obras Públicas en procura de la construcción de un camino, la “Historia de Villa Gesell” que, según el subtítulo, Sierra pretende construir, deriva hacia un conjunto de observaciones sobre la ciudad, sus habitantes y sus turistas en la década del '60 que tienden al pintoresquismo, alejándose del género proclamado.

Inaugurando la serie de textos que de diversas maneras abordan la creación de la ciudad y a su creador, *El domador de médanos* se presenta también, dentro del corpus, como el que propone la metáfora eficaz, extensamente retomada en diversas fuentes para referir al héroe por su obra. El tono epopéyico que Guillermo Saccomano (1994) advierte en su lectura y que atribuye al financiamiento del libro por parte del propio Gesell es el producto de un lenguaje que se deleita en la metáfora, la polisemia y la asociación. A su

vez, la referencia a los orígenes (del universo, de los desiertos, etc.) y a los linajes, así como la frecuente recuperación de situaciones más generales para explicar lo local se encuadran en los límites de una narración, que por otra parte se sabe inicial, de la fundación de una ciudad.

Retomando una observación de Vernant, publicada en *El individuo, la muerte y el amor en la Antigua Grecia* (2001) acerca del modo en que en la Grecia arcaica se constituía una memoria común del héroe muerto, el etnólogo francés Joël Candau, en *Memoria e identidad* (2001), señala su importancia cohesiva para la existencia social del conjunto de los helenos, quienes conciben su propia identidad por referencia al ejemplo heroico. En el caso que nos ocupa, el panegírico se consolida alrededor de un héroe vivo —el fundador y, por lo tanto, el necesario punto de partida para construir una historia de la ciudad— que se propone como modelo, inalcanzable por las dimensiones de la gesta realizada, “domar los médanos” y “edificar sobre la arena”, y venerable, como se puede observar en el símil final de la semblanza, al que nos referiremos más adelante.

El volumen se introduce con la recreación de una anécdota que narra la llegada de una turista a la Villa Gesell de los primeros años y su encuentro con un hombre enigmático que le brinda ayuda. Si consideramos el género en que pretende inscribirse, la anécdota podría ser verídica; sin embargo, su utilidad parece cifrarse más bien en la consolidación del retrato consecuente con la concepción de lo biográfico como espacio de construcción de modelos de vida (Bajtín, 1992). Una primera descripción del hombre que ofrece ayuda a la turista, elaborada desde su propia mirada recelosa (“El hombre tiene cara seria. Parece formal, pese a la canosa y puntiaguda barba”, p. 8), desvía la atribución a un posible personaje secundario, integrante del coro de pobladores solícitos (“La mujer recuerda la tradicional decencia de la gente de campo y acepta el ofrecimiento”, p.8 y 9). Esta descripción se retoma al final del capítulo, dilucidando el enigma por medio de la inclusión del nombre propio completo: “El servicial paisano de la barba recortada a lo Hemingway, la camisa mostaza, la mirada altiva y la sonrisa franca, se llamaba Carlos Idaho Gesell” (p.10).

“Prohibido dar propina”, el título de esta introducción (*El domador de médanos* vuelve a presentarse con portada y dedicatoria, posteriormente a este capítulo), manifiesta, bajo la forma de una sentencia nunca expresada aunque sugerida por las comillas del título, un rasgo del personaje, la posibilidad de admitir o prohibir en su territorio, restituyendo el status trastocado por la confusión de la forastera que lo considera un paisano y que provoca las risas del hombre, incomprensibles para los viajeros y para el mismo lector, hasta que el nombre propio del final actúa como principio aclaratorio. Este procedimiento descriptivo aparece, también vinculado a una anécdota inicial, como veremos, en la historia de Omar Masor (1995). Denominado por J-M. Adam (1989) “afectación”, invierte el orden prototípico del texto con función informativa, denominado “anclaje” (nombre del objeto, partes, cualidades propiedades) y adopta una estructura más lúdica, similar a la de la adivinanza (cualidades, propiedades y luego, finalmente, la revelación del nombre del objeto), acercando aún más el relato a lo mitológico, por su proximidad con los procedimientos de la ficción. Su efecto enigmático pretende captar el interés en la historia *a través* del personaje; por otra parte, la revelación final le permite al lector, identificado con los viajeros recién llegados, advertir desde el inicio la peculiaridad del personaje, que combina en su excepcionalidad características de diversos estereotipos que incluso habitualmente se presentan como opuestos.

En esta historia -predominantemente metafórica, según la clasificación barthesiana (Barthes, 1995)- que pretende ensalzar más que narrar y, por lo tanto, subordinar la historia al retrato, convertirla en su justificación, los títulos de los capítulos “El domador de médanos”, “La arena que anda”, “El potro de arena” son sólo algunas de las múltiples metáforas que Dante Sierra prodiga en su texto para destacar la adversidad con que se enfrenta la tarea del fundador y su consecuente grandeza. En su estudio sobre la construcción del discurso identitario en textos de escritores santacruceños (Muñoz y otros, 2006), los investigadores Muñoz, Musci, Gasel y Vega distinguen, en un grupo de estos relatos que exaltan el paisaje e incluso lo animizan para construir imágenes de pertenencia y de cohesión social, el modo en que se enfatiza que los héroes con nombre y apellido, los fundadores, dejaron atrás comodidades para instalarse con su familia en el nuevo territorio

y en que los pioneros anónimos, seres abnegados, en los casos en que la naturaleza les resultó hostil, vencieron la batalla, considerándose los por metonimia, parte del paisaje. En el caso de *El domador de médanos*, la metáfora condensa el paisaje en la figura de un potro indómito y colabora con la caracterización del personaje por oposición. Podría decirse que Sierra (1985) utiliza las metáforas para profundizar la estereotipia (Amossy, 2003) vinculada a los relatos que recuerdan los orígenes.

La perspectiva cognitivista acuñada por Lakoff (1995) concibe la metáfora como una forma de conocer el mundo. Según el autor, las metáforas lingüísticas se inscriben en metáforas conceptuales (producidas en el nivel de la comprensión) que las agrupan porque expresan relaciones semejantes entre lo que considera el dominio fuente (aquel de donde se extrae la metáfora) y el dominio meta (el cual se quiere metaforizar). El enunciador del libro de Sierra subsume las numerosas metáforas que emplea para figurar al héroe y su hazaña en una metáfora conceptual que propone que la vida es una lucha, animizando, en consecuencia, lo inanimado (los médanos). Así, la lucha del hombre para doblegar la naturaleza (qué es, si no, la fundación de una ciudad en un desierto) adquiere tintes épicos gracias al combate de dos fuerzas que, naturalmente heterogéneas, se equiparan para enfrentarse.

En coincidencia con lo que señala Candau (2001), el trabajo sobre los textos santacruceños señala, también, que en ellos se evidencia la construcción de la memoria colectiva por medio del establecimiento de genealogías, una continuidad con el pasado que asegure la identificación. Del mismo modo, la genealogía postulada, gracias a la cual los habitantes de una comunidad adquirirían identidad, se extrema, en *El domador de médanos*, al punto de establecer y analizar abolengos hasta en el reino vegetal (“En la heráldica Geselina<sup>22</sup> está la triangular copa del pino”, p.91), y de enmarcar el relato de la creación de la ciudad en los orígenes del universo (la afirmación “Respecto al origen de la vida en nuestro planeta han sido formuladas variadas hipótesis desconociéndose cuál de ellas es la cierta.” (p.35) inaugura el capítulo “Allá lejos y hace tiempo”).

---

<sup>22</sup> En mayúscula en el original.



En esta *Historia de Villa Gesell*, la semblanza del fundador sólo es posible a través de la reconstrucción de las dimensiones de sus actos. En su primera parte y también en el capítulo “Frégoli”, de la segunda, Carlos Gesell se presenta como un héroe único que, con mano firme de “domador de médanos” y gracias a su capacidad inventiva, su obstinación y su tesón (“De pinos hay un millón de ejemplares plantados. Tarea terca, repetida, monótona. (...) Le ha hecho su desafío a la arena y quiere cumplirlo”, p.79), logra una hazaña ímproba en la que se destaca su carácter fundacional.

“La arena que anda” es el primer capítulo, propiamente dicho, de la primera parte del libro. Allí se propone una oposición inicial: mar y tierra se separan por un muro “que los hace vecinos y adversarios” (p.13), y también el primer retorno al origen: “ese muro, que los hace vecinos y adversarios tiene registrada la historia de la formación de la corteza terrestre” (p.13). Los lexemas “batalla”, “combate”, “invasor desembarcado”, “penetración del enemigo”, “adversario” articulan el campo semántico de la lucha que se postula como el origen de la vida (“Con esa materia prima construyen sus conchas y caparazones la gran mayoría de los seres que llenan los mares. En su labor, fijan nuevamente esa sustancia. La alquimia de la vida la sintetiza en estado sólido. Con la batalla pasiva la activa.”, p.14). Así, el relato pormenorizado de la ingestión de un molusco por parte de una estrella de mar se vuelve necesario para comprender los orígenes de la arena que conforma los médanos. Paradójicamente, los médanos serán considerados en el texto seres vivientes<sup>23</sup> (más adelante se los comparará con potros a los que hay que domar), pero fríos y estériles, aunque tengan forma de senos (“redondos tazones de arena con la suave forma de los pechos desnudos de una doncella estéril”; “el médano es frío. Camina, se mueve y muda de lugar, pero no engendra”; “no se produce en su seno la transformación creadora. Ni siquiera es capaz de putrefacción, pues esta es el resultado de la vida. Asfixia.”, p. 17). El énfasis en la esterilidad del médano no parece responder a otra cosa que a la exaltación de la figura del fundador, que combatirá su infecundidad con la forestación. En el capítulo

---

<sup>23</sup> Algunas de las animaciones por medio de las cuales se hace referencia al médano son: “Arena que anda”, p.13; “alza su lomo al borde del mar y hunde su boca en la hierba, sin comer de ella”, p.18; “es despiadado y no perdona”, p.20; “potro de arena”, p. 18.

siguiente, “El potro de arena”, se despliega la metáfora: el médano es un potro que se encabrita cuando pretenden domarlo: “Tiene una muda pelea con el domador invisible. Le ahoga los ayudantes que, con forma de arbustos y de hierbas, se atrevieron a acercarse hasta su pie con intenciones de abozalarlo” (p.19) y que, a pesar de “arquearse, doblarse, inclinarse, bufar” se diferencia del verdadero potro indómito en que este último tiene vida: “Es que nada imita la vida sino la vida y él no la tiene. Es el potro de arena” (p.20).

Así, una vez anclado el nombre propio tras la anécdota inicial, el retrato revela un sujeto radicalmente distinto al conjeturado por la visitante, que lo desconoce y se guía por indicios sólo útiles en el terreno de lo ordinario. Animizaciones y metáforas sirven para delinear la excepcionalidad del héroe a través de la majestuosidad del contrincante.

Los siguientes capítulos, “La vida en una probeta”, “La creación universal”, “La usina de la vida”, “Allá lejos y hace tiempo”, “La arena tiene historia” tienen vocación explicativo-argumentativa. La explicación de la transformación en desiertos de las selvas verdes y tupidas de Arabia y el Sahara, de “La vida es una probeta”, es seguida por la localización de los médanos en la Bahía de Samborombón y por el señalamiento de la importancia –territorial y patrimonial- de la acción civilizatoria de los pioneros: “Si los pioneros no le hubieran puesto arneses al médano que anda, vaya a saberse dónde galoparía hoy el potro de arena. La vida que poseía, apta para las probetas, se convirtió al presente en patrimonios incorporados de diez mil millones de pesos en construcciones (computando solamente Villa Gesell)” (p. 24).

“La creación universal” se ocupa de la vida subterránea de los médanos, la vegetación, atacada por múltiples enemigos (nuevamente se convocan términos del campo semántico de la batalla). Así, las semillas ocultas son comparadas con los cristianos en las catacumbas, el viento será el “aliado” de los médanos, “centinela caliente”, “centinela frío”, “demasiados enemigos para el débil adversario” (p.29). Los médanos son “tercos colosos” que “no ceden la defensa de su heredad” (p. 30).

En “La usina de la vida”, en cambio, se describe la posibilidad de subsistencia del mundo vegetal. Siempre valiéndose de animizaciones y metáforas, se presenta a la vegetación en franca lucha contra sus depredadores (caracoles, tuco – tuco, comadrejas, liebres, cuises, armadillos) y sobre el final del capítulo, a Gesell, al que se alude como “domador de médanos” y del que se reivindica su saber, como su protector: “La magnitud y resistencia de estos adversarios son conocidas a fondo por el domador de médanos” (p.34).

La apelación al saber establecido retorna en el comienzo de “Allá lejos y hace tiempo”. La mirada genealógica se manifiesta aquí en la recurrencia a la explicación por el origen (“Respecto al origen de la vida en nuestro planeta han sido formuladas varias hipótesis, desconociéndose cuál de ellas es la cierta. No existen dudas sobre el comienzo de la vida en las aguas”, p.35) y a la postulación concreta de la herencia, respaldada en el discurso científico: “Algunos sabios consideran que ningún ser humano ha podido liberarse por completo de cierta dependencia con el medio marino de origen. Llevamos esa herencia. Nuestro cuerpo está formado en su mayor parte por agua y sales en disolución, al igual que las grandes masas líquidas terrestres” (p. 36). Así, el mar se convierte en el “procreador” y “padre ancestral” (p.37) del hombre, en su “universal genitor” (p.38), y el hombre, a su vez, se comporta como su “adversario” o como su “hijo pródigo” (p.37). En la batalla entre el mar, fuente de vida, y la arena “yerta” (p.36), el hombre “disputa con el médano y lo convierte en pradera, en bosquecillo. Luego se detiene y lo contempla con respeto, ya vecino” (p. 37). La actitud del hombre en particular del que se ocupa este texto, “nuestro pionero”, como se lo denomina, se inscribe en las reglas generales, y al mismo tiempo se engrandece en la consideración, al punto de que se define su tarea como una “misión” que se califica como “fanática” (p.37), mientras que Guerrero, el otro pionero que se propone como ejemplo de lucha contra el médano, es diferenciado del héroe del relato por su “distinta dimensión” (p. 38).

En “La arena tiene historia”, nuevamente la frase inicial refiere a un genérico “Hombre” que se relaciona con su entorno (la diversidad de los ejemplos de los usos del hielo por parte de los esquimales, de las ramas por parte de los africanos y de los troncos

por parte de los indígenas no hacen más que contribuir a la idea de que ese genérico es lícito) y repara la afirmación de que la arena es un elemento singular, destacable por su universalidad (“tiene un puesto general en todas las historias”, p.39). Sus múltiples usos prácticos son seguidos de sus múltiples usos lingüísticos en expresiones figuradas consagradas por la tradición que la acción de “nuestro pionero” demuestra inexactas: “edificar sobre arena” y “sembrar sobre arena” resulta, gracias a su intervención, posible. De este modo, se muestra, incluso a nivel del lenguaje, el carácter innovador del personaje y se plantea, luego, su necesaria derivación: “escribir sobre arena” se transforma en un acto perdurable porque “En Villa Gesell hay Historia escrita sobre arena” (p. 42).

Un gesto fundador se imagina en el capítulo “Plantas de abolengo”. Después de disertar sobre la artificialidad del establecimiento de abolengos (“Es el hombre al intervenir quien establece abolengos por decreto. Al legalizarlos y perpetuarlos hace con la Naturaleza lo que ha hecho de su imagen y semejanza”, p. 43) y de analizar los abolengos en el mundo humano y en el animal, Sierra observa: “Al mundo verde le fueron dictadas categorías” (p.44). El gesto del pionero (“el pionero extendió por primera vez la mano y marcó un lugar en la arena”, p.45) estaba acompañado por plantas sin abolengo (“en el cuello de la planta que sostenía no había nombres en latín”, p.45) que, a su vez, parecen remedar ese gesto al colaborar con el fundador: “Ella [la acacia] y el tamarindo le tendieron la mano al pionero” (p.46), permitiendo que se instalaran sobre las dunas, posteriormente, las plantas “de abolengo”. Diez capítulos después, en “Fábrica de plantas”, en el que se describe el procedimiento de embreado por el que los pinos pueden afianzarse, se retoma la cuestión del abolengo para seguir sosteniendo la humildad del reino vegetal (“El mundo verde casi no ha producido familias con heráldicas”, p.90) y para argumentar, ahora, la pertinencia de una “heráldica Geselina” con el pino como protagonista. Nuevamente se oponen los nombres latinos de las especies vegetales a los que les otorga el pionero: “Su celador es un añoso viejo que nos enseña las plantas por su nombre” (p.92), “Lo que palpita es el nombre que él les da a sus plantas. Por esos nombres se piden y por esos nombres se las reconoce” (p.93). El pionero es, así considerado, el que tiene la capacidad de nominar.

“El desafío y la respuesta” parece encerrar en su título la lógica de la batalla, que gobierna el capítulo. La primera oposición que se establece es entre el desarrollo alcanzado por la ciencia y la técnica en el momento de escritura del volumen y el escaso de los tiempos de la fijación de médanos (“A medida que la Ciencia progresa, la Tecnología se ve provista de medios más efectivos para aliviar tareas arduas y planes imposibles. (...) En los tiempos de nuestro pionero la lucha contra el médano se realizaba de otra manera. (...) Los materiales que se usaban (paja y ramas) se recolectaban en el mismo lugar de la batalla.”, p.47/48). La sentencia del técnico alemán Bodesheim, traído por Gesell para asesorarlo, según la cual no crecería el verde en esos médanos se consigna en un doble y opuesto sentido: como la respuesta al desafío del pionero y, a la vez, como el desafío a la respuesta íntima de este último (“La de don Carlos Gesell estaba incubándose en los pliegues secretos de su corazón”, p.49).

“Cuidado con el ciervo” grafica el procedimiento figurativo dominante en el libro. El ejemplo del cartel preventivo ante las jaulas de los zoológicos sirve para ensalzar al pionero frente a otros que intentaron la conquista de los médanos con fines más prosaicos. “Uno de los que se interesó en estos montículos de arena” (p.50), “El ensayista anterior” (p.51), “El criador” (p.51) son las formas de referir a los predecesores, que contrastan claramente con la comparación entre Gesell y el Quijote que cierra el capítulo: “como aquel sublime caballero que se atrevió contra molinos de viento y deshizo mil entuertos, Don Carlos Gesell, al reconocer la advertencia, recordando al Quijote Inmortal, debió decirse: ¿leoncitos, a mí?”(p.52).

“El ómnibus perdido” aporta elogios a la semblanza: “tan inquebrantable tesón”, “semejante espíritu”, “convicción que guía”, “conductor” (p. 53), que culminan con la afirmación que juega con lo sobrenatural: “Junto con espartines y álamos el pionero estaba sembrando su extraña magia” (p. 56). El recuerdo de Wolf, uno de los ayudantes de Gesell, resulta útil para consolidar una dupla en la que el pequeño (“pequeñas voluntades”, “el pequeño Wolf”, p.53, “pequeño montaraz”, p.54, “voluntad sencilla”, p.56) secunda al grande. “Si el pionero es la convicción que guía, el entusiasmo sencillo es la credulidad que

reconforta” o “Conductor y conducido se aglutinaron” (p.53) son frases que sintetizan, por un lado, la necesidad y, por otro, la diferencia jerárquica implícitas en la dupla héroe/ayudante. El desarrollo posterior vuelve a plantearse a través de la metáfora genética: “los tamaños desafiante de las unidades que llegaron a empresas (...) son hijos de aquella infernal cafetera desahuciada” (p.56). Casi sobre el final de la primera parte, más precisamente en su anteúltimo capítulo, “Busca a la mujer”, el ayudante será femenino, “Doña Emilia Luther de Gesell”. Ella es, en este texto, un oído (“Necesita de alguien que lo escuche para no sentirse enajenado”, p. 97), una “sombra”, un “sostén”, un “freno” (p.97) para el pionero, una “celadora y peona en el sembrado”, “dama de la reunión”, “maestra”, etc. Su descripción destaca la serenidad, la paciencia, la sabiduría, el amor, la sensatez y, por sobre todas las cosas, la discreción: “La historia que ella escribió está hecha de silencio y de secretos. Jamás los revelará” (p.98). La comparación final que propone Sierra de la “pionera” con el melilotus (“de alma esteparia y resistencia pertinaz”, “acopio de soledad y fuerza”, p.99) la encuadra en el ámbito natural, asociándola con la sentencia que inaugura el capítulo: “Así como en la Naturaleza no se manda sin obedecerla, únicamente compartiendo sus ideales puede lograrse ascendiente dentro del corazón de un pionero” (p.96).

Todo sugiere futuro en “Tomando medidas”. Después de un comienzo que reitera el retorno al origen (“En el comienzo de la parcelación de la tierra argentina las subdivisiones se hacían a ojo de buen cubero”, p.57), se eligen aquellos aspectos de la vida del héroe que funcionan como indicios de lo que vendrá. Inmediatamente después que se menciona que “el joven Gesell iba modelando su personalidad” (p.58), aparece una breve biografía del padre; aunque no se establecen vínculos expresos entre la impronta del hijo y la de su progenitor, como sí podemos encontrarlos en otros materiales del corpus, su posición inicial en la enumeración induce las conclusiones del lector, además de remitir al orden cronológico que esta semblanza recupera muy parcialmente. Las conjeturas del enunciador acerca de la influencia de los lugares en los que vivió o la empresa en la que trabajó y su hazaña posterior (“Sin duda lugares como Miami Beach y Winter Heaven debieron impresionarlo (edenes surgidos sobre marismas y pantanos). Tal vez en esa pasión suya por

el agua y la arena mucho tienen que ver las riberas de San Isidro”, p.58; “El negocio en el que participa con su hermano, “Casa Gesell”, por la índole de los artículos que producían y vendían (cunas, mecedoras, cochecitos infantiles) tiene algo de premonición. No siempre nacen pioneros. Estos necesitan, para su gestación, cunas en cierta manera encantadas”, p.58/59) pretenden probar lo que se juzga “evidente”: “Lo evidente es que la vocación se va formando como inexorable imperativo” (p.58). El tema esbozado en el principio (la agrimensura) se retoma hacia el final; luego de narrar el infructuoso intento de crear Ostende, se relata la utilización de una rueda de carro como agrimensora “desaprensiva” y se introduce una nueva característica: “la ambición del pionero” (p.61), que se ligará al determinismo anteriormente analizado por medio de la polisemia: “La rueda del destino había comenzado a girar” (p.61).

Las comparaciones por contraste son claves para la constitución de la singularidad del héroe. En “El ave pide su nido”, el emplazamiento de la primera vivienda es el hito biográfico que permite mostrar su soledad: “A diferencia del agricultor o del ganadero, (...) el producto que el pionero venía a elaborar no daría frutos en las primerizas cosechas” (p. 62). Ni los primeros pobladores de Villa Gesell, conocedores de la crudeza del invierno, “entienden la capacidad de soledad demostrada por este hombre” (p. 64), y la pertinacia que, finalmente, consigue sus frutos: “Si el terco personaje cumplía la promesa, a un sulky seguirían otros, vendrían hoteles y luego un autobús” (p. 64). La personificación del sauce caído por un vendaval, fechado en el texto como si se recordara una muerte, que puede resumirse en el apelativo “criollos así” del paisano que lo exhibe en la página 66 (para completar el cuadro, con reminiscencias de Santos Vega), sugiere una comparación final que concilia, como en el resto del volumen, al hombre con la naturaleza.

Ya instalado el pionero, en “Los materiales de la obra” se vuelve a la técnica. Como el título del volumen lo indica, *El domador de médanos* tiene como tema principal la conquista del territorio indómito. Nuevamente se invoca una frase hecha y se la ejemplifica con un suceso que, consagrado por la historia, respalda y legitima las afirmaciones que se hagan sobre la gesta del pionero; en este caso, la frase “trabajo chino” se ejemplifica con la

tenacidad de los chinos para construir un camino alternativo durante la Segunda Guerra Mundial. El espartín que sirve para la fijación del médano se constituye así en un “soldado de las primeras líneas” (p.68) y se propone una etimología bélica: “Este espartín, con reminiscencias de Esparta, es el Espartaco a quien se le confía la inicial fijación de la duna” (p.69). El quinchado será un “verdadero fortín de campaña” (p.69) y el conjunto de la plantación será la “trampa”, el “bozal herboso” (p.70) para el “potro de arena”, sobre el que se afirma que “se tomará desquites, arrasará, recuperará el resuello, pero la mano del domador es firme” (p.70).

En el capítulo siguiente, “Las herramientas de trabajo”, Sierra se ocupa de la tecnología auxiliar. El carácter ímprobo de la tarea se subraya con un símil: “Rebajar médanos es similar a llenar toneles de agua con cucharas de sopa” (p.71) y se mencionan el sembrador, y los posteriores topadora (con su correspondiente metáfora “bisonte de hierro”) y tractor de empuje y arrastre para marcar los progresos tecnológicos por medio de los cuales se perfeccionó la tarea. En este punto, comienzan a vislumbrarse los éxitos del pionero por medio del empleo de una metáfora, “bajar la empinada cuesta” (p.73), que remite a la más difundida, subirla (“Subiéndola, había dejado jirones de su voluntad. Ilusiones y credulidad”, p.73), utilizada para indicar la dificultad. Esos éxitos implican la dilución de la batalla con la Naturaleza y su conversión en alianza: “La Naturaleza, que a tan duras pruebas lo venía sometiendo, acabó por reconocerlo su cariñoso amigo” (p.73).

“Cronología en letra menuda”, capítulo al que volveremos en detalle cuando hagamos referencia a la conformación identitaria del narrador, combina una introducción en la que se menciona la “doble vocación” del pionero, “invención-aplicación”), que posibilita la equiparación con inventores célebres, “Henry Ford, Tomás A. Edison, Firestone” (p.75), con una cronología de hitos que van del '31 al '57, acompañados de nombres de lugares, de primeros pobladores y ayudantes del fundador a partir de algunos de los cuales también se establecen causalidades, convirtiéndose en indicios augurales (“Hay nombres que parecen predestinados para producir determinados resultados”, p.82; “Si al nombre del señor Stark se le hubiera caído la letra “a” dando paso a la “o”, sería cosa de creer en las



premoniciones”, p.83). La reflexión sobre la importancia del esfuerzo (“La idea es diamante en bruto. Nadie es rico sino luego que se lo ha tallado. La obra de Don Carlos Gesell se aprecia en la totalidad de su belleza y magnitud cuando se la considera a la luz de este principio”, p.76) conduce a la humanización de las cifras por la humanización del héroe: “en este pedazo de papel son simples citas, fechas frías, nomenclatura híbrida. En la vida de todo luchador son muchos miles de horas de angustia. (...) el domador de médanos (...) no es de piedra. A veces desfallece. Se comprende que caiga de bruces y lllore el desaire de la arena hembra” (p.79/80); “el rugir de las tormentas de la costa, sin duda recordará también los rugidos que el pionero soltó en cada oportunidad (...) ¿De qué están hechos hombres así?”. A las vencidas adversidades naturales le suceden impedimentos burocráticos que el pionero también deberá sortear. En “Frégoli”, en la segunda parte del libro, se calificarán como un “Vía Crucis” las gestiones del pionero para conseguir la autorización de un camino. Esta figura hiperbólica que habitualmente se utiliza para sobrevalorar las dificultades señala, a la vez, la grandeza del que las soporta y las vence. La vinculación final entre un rasgo físico (la barba blanca) y un rasgo moral (la templanza) (“Algunos dicen que, desde ese momento, Don Carlos Gesell comenzó a usar su señera barba blanca. Puede ser. Muchas cosas crecen sobre los escritorios provinciales, municipales y nacionales”, p.173) contribuye eficazmente con los objetivos de la semblanza y aporta una imagen cercana a la representación física de la divinidad.

El último capítulo de esta primera parte, dedicada a la semblanza del pionero, pone en juego los procedimientos analizados (metaforización, personificación, etc.) para consolidar el retrato panegírico con un símil hiperbólico con Dios. Su título, “Tú eres la paz”, que en un principio parece referir por medio de la segunda persona al bosque (“La virtud del bosque es la convivencia. La moral que predica se llama Paz”, p.101) termina ampliando su referencia al propio pionero por medio del sistema de relaciones que el propio capítulo (y el libro en general, en particular en esta primera parte) ejercita: “El silencio es necesidad, sistema de relaciones”, se advierte en la página 101. De este modo, los cipreses son “centinelas”, los abetos y pinos “proveen candelabros”, los tamariscos “no disputan ni se perturban”, los árboles son “serpentinadas leñosas”, los pájaros son “una feliz feligresía

trinadora” y todo converge en la asociación del bosque con el “paraíso terrenal”. El recuerdo de un relato en que un grupo de hombres se encuentra con un Dios sencillo, leñador, y le reclama por los avatares penosos de la vida deriva en la aproximación física y moral del héroe a la imagen divina. En una introspección, el narrador señala: “Pensando el bosque en el bosque, comprendí el móvil y el secreto de todo pionero.” (p.106). Sin embargo, el aspecto físico y la actividad del Dios que figura el relato, junto con la identidad finalmente propuesta, particularizan el símil y extreman la apología del personaje: “Me preocupa pensar que, si llego a dar con un viejo cansado, de larga barba blanca, que aún sigue sembrando, no sabré discernir con claridad si estoy frente a Don Carlos Gesell o si estoy frente a Él.” (p.106-107).

No es, sin duda, la voluntad narrativa la que sostiene esta “historia” de Sierra, aunque cierta secuencia de los hechos pueda desprenderse de su lectura. Es más, podría asegurarse, en ese sentido, que resulta más clara la evolución de la vida en el planeta que la sucesión de hechos que posibilitaron la “conquista del desierto”. Lo que sobre todo importa es plasmar el tamaño de la hazaña y por eso la permanente remitencia al origen, pretendidamente explicativa, es menos didáctica que ejemplarizante. La valoración de la ciencia se convierte, paradójicamente, en un argumento de la predicación de semi-divinidad del fundador de una ciudad sobre lo yermo. La naturaleza, antigua enemiga de la acción civilizatoria, se vuelve aliada del héroe gracias a su intervención, que logra someter lo natural, estéril, con herramientas naturales prolíficas. Los títulos de los capítulos van orientando la construcción de la figuración heroica que culmina en la comparación con Dios, la cual recupera la dimensión etopéyica inicial del retrato, pero para fortalecer, ahora, la necesaria lectura simbólica.

Si, en todos los textos que conforman nuestro corpus, el modelo de vida que se reivindica, con matices y cuestionamientos, es el del hombre excepcional que logra lo que parecía imposible, *El domador de médanos* inicia la serie, llevando al extremo dicha figuración por medio de un paralelismo que basa en la Creación los ribetes hagiográficos de la semblanza.

Como vimos, el relato de Sierra configura al personaje con características extraordinarias que lo convierten en un luchador solitario, enfrentado a las indómitas fuerzas naturales, que se someten a su dominio, en un recorrido que finaliza con su asimilación hiperbólica a una imagen divina. El análisis de la dimensión argumentativa del relato (Adam, 1984) permite estudiar la conformación del modelo de vida (Bajtín, 1982), en este caso, claramente heroico, por medio de la recuperación de varios tópicos propios del lugar de la persona (Plantín, 2009). Así, el linaje (explotado como recurso, en distintos niveles, en la mayoría de los capítulos) se combina preponderantemente con el carácter excepcional, para constituir un contrincante a la medida de las fuerzas naturales que se animizan (“El potro de arena”, “La arena que anda”, “La creación universal”, “La usina de la vida”, “Plantas de abolengo”, etc.) para enfrentarlo. La narración de los orígenes del lugar se enmarca en la de los orígenes del mundo para desembocar en una figuración del héroe que, en una escala ascendente, lo asimila a grandes inventores en una primera etapa (“Cronología en letra menuda”) que culmina sugiriendo la divinidad (“Tú eres la paz”). El auditorio que prevé este relato inaugural, redactado en pleno auge del balneario, es como en la mayoría de los casos presentados en este corpus, doble: por un lado, el del turista que suscribe el ideal aventurero, pero protegido por el marco de una infraestructura balnearia que le brinda un entorno adecuado a la expectativa burguesa (Oviedo, 2008); por otro lado, el del poblador entusiasta que reconfigura su propia identidad como miembro de una comunidad que requiere de un mito de origen para reconocerse como tal (Candau, 2001). Así, este relato que se acerca a la epopeya (no se trata de la mera fundación de una ciudad, sino, más bien, de una conversión -por conquista- de la barbarie en civilización) produce la persuasión del lector a través de la narración de un pasaje local del Caos al Cosmos que reproduce, a su vez, el primigenio, adquiriendo ribetes místicos, para ensalzar la figura del Creador por medio de un relato con pretensión inicial.

### *La historia de Villa Gesell, de Omar Masor (1995). Del loco al genio*

Ambos prólogos de la obra de Masor son reveladores. Mientras que el correspondiente a la segunda edición, de 1995, a pesar de que la considera la “epopeya de un visionario” insiste en que se trata de “la historia de un lugar y no la de su protagonista central” (p.3) para justificar la omisión de “datos biográficos puntuales del pionero” (p.3), el original, de 1975, postula una “curiosa similitud entre la fisonomía del lugar y la personalidad de su fundador” (p.6) que explicaría la “yuxtaposición de ambos perfiles” como “una constante a través del examen objeto de este libro” (p.6). Este prólogo termina con una dedicatoria que encierra en la ambigüedad referencial del pronombre posesivo “su” la multiplicidad de su objeto, constituyendo a *La historia de Villa Gesell* a la vez en la historia de los habitantes y la del fundador: “Vaya esta historia dedicada a todos aquellos para quienes la Villa fue el ensueño de incontables crepúsculos de luz vaga y dilatada. Luz que perduraba aún en sus rostros mientras escuchaban las fábulas del “loco de los médanos”, mucho después de caída la noche. Esta es su historia” (p.7). Es importante destacar, en este sentido, que en las dos ediciones, la imagen del fundador ilustra las tapas.

Masor agrega, también en la segunda edición, el testimonio de Rodolfo G. Schmidt, el primer inversor, y una frase del propio Carlos Gesell, a la manera de epígrafe, sin más datos que el año (1934), que corresponde a los acontecimientos más que a su relato, bastante posterior. Schmidt avala, por haber sido testigo, el carácter testimonial de la obra y la distingue, en ese sentido, de cualquier otra publicada hasta el momento: “Fui testigo de la mayoría de los acontecimientos que se relatan en este libro y me considero en condición de afirmar que por primera vez se publica un verdadero testimonio de la epopeya geselina. El contenido de este volumen, del que revisé minuciosamente sus originales, es exacto y cronológico. (...) [Tiene un] adecuado e inédito tratamiento estadístico y fotográfico (...). Por eso creo que el título de la obra está cabalmente plasmado en la realidad” (p.4). Sobre el final, evalúa la tarea del fundador como una “titánica empresa”, el espacio primitivo como una “estéril costa de médanos voladores” y la actualidad como una “florecente ciudad”. El epígrafe del propio Gesell que preside el relato (“En mi mente retumbaban las

voces de los que me vaticinaron el más rotundo de los fracasos. La palabra derrota cobraba en mí un significado patético. En la confusión de mis pensamientos llegué a considerar válida la sentencia de la gran mayoría, lo que implicaba una forma de admitir que yo no estaba en mi sano juicio. La idea que surcó mi mente como un relámpago me sobresaltaba aún más. ¿Habré perdido la razón?”. Carlos I. Gesell, 1934.”), en cambio, reconduce la cuestión a la dimensión de la tarea emprendida y a su originalidad, por medio del contraste entre la palabra de los otros y sus propios pensamientos, y a través de la intensidad dramática que adquiere el momento de vacilación en el cual el héroe llega a preguntarse por la posibilidad de que, efectivamente, tal como las voces que le auguraban el fracaso parecían sugerir, hubiera enloquecido.

Como en el libro de Dante Sierra (1985), el primer capítulo, “Una cita en la tranquera”, recrea una anécdota: en este caso, la tortuosa llegada a Villa Gesell del primer turista, Emilio Stark, narrada en primera persona. Este acontecimiento, que más adelante es retomado en el libro de Masor en el interior de un relato más cronológico, resulta funcional para iniciar la historia de un balneario. Nos interesa detenernos aquí en la imagen que se construye del fundador. La extrañeza (“la cita no puede ser más extraña”, “nuestro curioso anfitrión”, p. 11; “¿Qué clase de locura es esta?”, “el excéntrico propietario de la cabaña”, p.12) y la terquedad (“El hombre insiste”, p.11; “-¿Vieron cómo se puede? Es cuestión de intentarlo nada más. Así son todas las cosas.”, p.12) son los rasgos relevados de un personaje sobre el que se crea suspenso y se plantea un equívoco (del mismo modo que en el texto de Sierra) para luego presentarlo con el nombre completo, en este caso, iniciando una descripción física que lo aspectualiza (Adam, 1997), procediendo de lo más objetivo (la edad, la altura) a lo más valorativo (la rudeza), y de lo externo (la barba) a lo interno (la voz, los dientes), en un intento por reproducir la aproximación a lo desconocido de un observador externo: “Carlos Idaho Gesell (...) tiene alrededor de cincuenta años. Es alto, un metro ochenta aproximadamente y de complexión fuerte. Una pequeña barba sin recortar hace más intensos y firmes los rasgos que denotan claramente su ascendencia germana”, p.14; “Veo una cabeza importante, apoyada en una mandíbula fuerte, dominante, voluntariosa”, p.15; “extiende un brazo rígido y de piel bronceada que señala adelante”, “la

línea blanca de dientes dibuja una sonrisa limpia en medio de la barba”, “una cara acostumbrada a recibir la dureza de los inviernos y los soles”, p.16. La observación acerca de la voz del personaje condice con la imagen excéntrica y poderosa del inicio (“Habla... ¿cómo diría...? un idioma distinto; poblado de fuerza y convicción”, p.16), y la casa a la que finalmente llega la comitiva hiperboliza, por medio de una comparación, la figuración del héroe constructor: “En medio de un bucólico paisaje, puesta como por la mano de un gigante, la casa domina el lugar” (p.17). El capítulo concluye alineando, por medio de la asimilación, al personaje con su obra, tal como lo había anunciado el prólogo, y anunciando el flashback de una historia que se desarrollará cronológicamente a partir de allí: “para haber ganado con su travesía un lugar en esta historia, otra, superlativa en vicisitudes y plena de avatares, había comenzado a gestarse con estoicismo once años atrás” (p.17).

El capítulo 2, “Estrepitosa quiebra” inaugura la historia propiamente dicha. El relato se alternará con fragmentos testimoniales o de documentos con función complementaria, no siempre ilustrativa. En este caso, al comienzo del capítulo puede observarse un contrapunto entre el tono objetivo, aportando datos, cifras, precisiones científicas y ejemplos previos de un extenso fragmento de *La fijación de médanos*, de Miroli, de 1925, que sirve como soporte bibliográfico a la acción, y los comentarios del narrador, que con tono poético y apologético presenta al personaje como un “colonizador” visionario (“es menester la mano de un hombre con visión”) que “irrumpió en el territorio de los médanos” (p.19), alineados con los fragmentos apasionados del “Memorial”, de Carlos Gesell, que también reaparecerán en el capítulo 3, “La arena olvidada” (“Allí estaban los médanos: mudos, erguidos, imponentes, enseñoreados sobre el desastre que habían ocasionado a los que se atrevieron a dominarlos”, p.26). Acudiendo también a la personificación del médano y a la metáfora de la lucha (“En una lucha que no concederá armisticio Gesell le cuestionaría su porfiada supremacía”, p.19), el enunciador pretende traducir los pensamientos del personaje, su interioridad (“su visionario sueño le deja entrever que, muy pronto, la mesa suntuosa del Atlántico perderá para siempre sus espaldas de mar, encerrada entre hormigón y vidrio”, p.20) y valorar al héroe dentro de una “estirpe” de “amos absolutos de su utopía y su quimera” y a su hazaña como un “sueño” o una “alquimia misteriosa más profunda que

el raciocinio” (p.20). El tiempo se espacializa para instalar el evento fundacional como un mojón, una frontera: “A desmedro del panorama desalentador, Carlos Gesell continúa adelante. Nada lo detiene ni lo detendrá ya. Hacia atrás, el desastre y la destrucción, hacia delante, la proyección de un presente duro, pero realizador.” (p.27).

La predicación de locura, anticipada en el epígrafe de Carlos Gesell que inaugura el volumen, aparece con claridad en el cuarto capítulo, “El loco de los médanos”. Un epígrafe del capítulo, ahora bíblico, de Mateo (“... Le compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena”), señala las dimensiones de la transgresión (“Contraría principios elementales de cordura que no auguran buen fin para nadie”, p. 33; “Gesell principia su epopeya aceptando el peligroso desafío del precepto bíblico”, p.35), y refuerza la unicidad –y, por lo tanto, la soledad- del héroe que proponen las descripciones del capítulo: “En aquellos tiempos, el solitario pionero no se instala definitivamente en el desolado paraje. Sus interminables caminatas con el viento salado y sempiterno como único acompañante, concluyen en crepúsculos fríos, forjados en la meditación y el soliloquio junto al mar” (p. 33); “Carlos Gesell se quedará solo muchas veces” (p.36). En “El loco de los médanos” se reúnen la atribución popular de locura (“Los corrillos entre el personal comienzan a ser insistentes. Primero con timidez para luego expandirse nutriendo de escepticismo todas las conciencias: lo que quiere hacer este hombre es una locura... una obra faraónica...”, p.36) con la confirmación científica del experto Bodesheim de la inviabilidad del proyecto. “Era a todas luces una locura”, comenta el madariaguense Nicolás Klisich cuando recuerda el intento de Gesell de plantar papas en la arena. En este texto, que se distingue dentro del corpus por su profusión testimonial, es interesante la función bivalente que adquiere el testimonio: por un lado, convalidar la posición unánime de rechazo de sus colaboradores (y, por lo tanto, distinguirlos del héroe: “Mi incredulidad siempre fue compartida por todos. Aunque me parece que a Gesell nunca le importó demasiado. Es más, creo que lo alentaba”, p.36) y, a su vez, mostrar, en la particularidad de una anécdota pequeña, un concentrado de los resultados de la acción macro, la conquista del desierto: un milagro menor que atestigüa el mayor (“Era a todas luces una locura. Pero al poco tiempo una huerta saturada de extraordinarias papas me llenaría de asombro.”, p. 36), el cual permite, también, el enlace

con la anécdota de cariz milagroso del hallazgo providencial de la adesmia incana, que aparece recurrentemente en el corpus y que Masor presenta en el capítulo siguiente, “Doscientos pasos en la arena”.

La modalidad hagiográfica de la interpretación de la anécdota relatada por Gesell del hallazgo de la planta exacerba la caracterización heroica del personaje. Así, el “visionario” adquiere un carácter “profético” y se transforma en un “individuo elegido” (p.41); su “empresa titánica” excede la hazaña personal y se convierte en una tarea que “la vida pone en las manos de un hombre” (p.41), que “raya con lo sobrenatural. Construir una casa en el desierto, por ejemplo, a partir de unas pocas semillas.” (p.44). Al mismo tiempo que refuerza la figura del héroe, se consolida la del constructor. En este sentido, es interesante la asimilación que propone Masor entre la construcción urbana (“una casa”) y la paisajística (“a partir de unas pocas semillas”). Este relato, posteriormente, será retomado en *El Viejo Gesell* (Saccomanno, 1994), enfatizando en ese caso la duda del personaje frente a la posible presencia de lo sobrenatural y su consecuente complejidad, señalada en todo el volumen en diversos niveles. A su vez, reaparece adoptando una nueva orientación argumentativa en el libro de Marta Soria, que pretende restituir una mirada favorable hacia su abuelo haciendo eje en la relación con su nieta: allí, se reproducen textualmente las palabras del *Memorial* de Carlos Gesell, pero se reduce la interpretación milagrosa a una mera forma de “graficar aquellos tiempos” (Soria, 2007, p.46) de lucha con la Naturaleza. Resulta interesante, en consonancia con dicha orientación, que un artículo de la Revista *Nueva* (2008), aparecido a propósito de la publicación del libro de Soria, recuerde justamente las palabras de Carlos Gesell con referencia al hallazgo de la adesmia incana para reivindicar la línea sucesoria que el libro de la nieta se empeña en postular (“Las palabras de Carlos Gesell aún laten en la memoria del otrora desierto frente al mar. Doscientos pasos separaron a Villa Gesell de la vida y la muerte. Alrededor de ochenta años después, ese atrapante relato se recupera en la figura de Marta Soria, su 16º nieta y responsable de seguir izando la bandera del fundador de uno de los balnearios más bellos de la costa atlántica.”)



La transgresión del personaje, luego de la anécdota milagrosa, abandona el carril de la locura y se interna definitivamente en el de la excepción: en el capítulo “Ecología: en busca del equilibrio perdido”, la desobediencia es lo que “marca el final de un problema. El Non Plus Ultra, más que anunciar un límite, anima su necesidad de conocimiento” (p. 48). El testimonio del propio Gesell, en sus *Relatos* de 1973, parece confirmar esta caracterización y es allí donde la faceta de inventor, explorada al extremo en otros relatos del corpus, determina su singularidad: “Siempre me gustó transitar por los caminos nuevos, intrincados, difíciles. Es mayor el deleite del éxito cuando se vencen aquellas dificultades que otros han querido derrotar sin conseguirlo. Ese ha sido siempre mi afán. Tengo una antigua predilección por inventar” (p.48). Ideas, ensayos e inventos aplicados a la forestación del suelo se congregan en el capítulo y otorgan coherencia a la trasgresión del genio, alejándola de la del loco.

Refiriéndose a un apotegma en particular (“No es fracasado el que malogra un intento sino el que claudica en su derrotero”, p.49), Masor releva otro rasgo del personaje. “Gesell maneja con destreza el apotegma y lo testimoniará con su obra” (p. 49). Manejar el apotegma implica ser una celebridad y manifestarlo a través de la palabra, a través de la posibilidad de ser fuente de enunciación, origen del enunciado. El Gesell proverbial que rescatan los relatos plenamente biográficos se insinúa en *Historia de Villa Gesell* en el capítulo sexto, pero se extiende a lo largo de toda la obra en la utilización de la cita como recurso privilegiado. En este capítulo, el historiador resume y explica lo que el documento informa; los *Relatos*, intercalados con la narración, autentican la palabra y transmiten, también, lo que al historiador le resulta intransferible, la experiencia personal.

Las figuras secundarias, los ayudantes, son necesarias en estos relatos en que se construye la figura del héroe. *La Historia de Villa Gesell*, de Masor, reitera el estereotipo analizado en los capítulos “El ómnibus perdido” y “Busca a la mujer”, de *El domador de médanos*, donde tanto a Wolf como a Emilia Luther, respectivamente, se los presenta como los pequeños imprescindibles para la acción del grande. Aquí, en sucesivos capítulos, se expresa con claridad el objetivo de poner en primer plano al protagonista por medio de un

contrapunto paradójicamente complementario con sus ayudantes, a los que se confina a “anónimos rincones”, pero a la vez se considera basales: “Cuando se relatan las vicisitudes que forjaron la historia del lugar no se puede dejar de realzar la figura central de esta epopeya: el héroe de la gesta, su promotor, Carlos Idaho Gesell. Pero cuando se rastrean los curiosos vericuetos, los anónimos rincones de la acción, se descubre la presencia de una mujer. Desde allí, con su amor investido en coraza protectora, cimienta los muros del bastión en los que el visionario compromete su lucha” (p.63); “cuando se recapitulan los momentos culminantes de la aventura, para no ser injustos en el encuadre de los personajes, al nombrar “la empresa solitaria del pionero” se deberá inexcusablemente incluir la presencia de Emilia Luther” (p.64). Además de “El Loco de los Médanos”, apelativo reforzado por la descripción (“su figura barbada en constantes caminatas erráticas sobre la arena” (p.65), en el capítulo se denomina a Gesell “el sembrador infatigable” y el reconocimiento a su esposa se conjuga con el reconocimiento a sus peones Aguinaga y Wolf, representando a los “paisanos de la zona que iban engrosando las filas del personal de Gesell” (p.65). En ambos casos, se destaca su carácter de proveedores y de “enlace con la civilización” (p.67). La urbanización posterior a la conquista del territorio, primordial en una historia de la ciudad, se consolidará con la llegada de nuevos ayudantes: el primer turista, Emilio Stark, considerado “adelantado” (p.71), “osado” (p.76), “propagador” (p.76) y “divulgador de maravillas” (p.82) por el autor, quien interpretará “La Golondrina”, la casa que éste ocuparía, como un “símbolo de cambio” (p.75), y los primeros compradores (“Los compradores pasarían a integrar la naciente cofradía de geselinos. (...) Sus nombres están emparentados con la epopeya: Schmidt, Weiske, Hennequin, Cloes”, p.83). La figura dual del “hombre decidido a atrapar un puñado de arena en una mano fuerte, dulcemente cerrada” (p.75) encierra la convicción, fortaleza y tenacidad del “visionario” junto con la humanidad del luchador (“Y Gesell ya ‘toca fondo’. El esfuerzo ha sido terrible y además de minar repetidas veces su resistencia ha drenado también en forma alarmante sus disponibilidades de dinero”, p.74). Los inicios de la urbanización llegan, pues, de la mano de la calificación paradisíaca (“El edén en gestación comenzaba lentamente a develarse”, p.75), inspirada por los folletos que el propio creador y enunciador primordial ha diseñado: “VILLA GESELL, PARAÍSO DE LA JUVENTUD” (p.76). Al visionario se agrega, con el

loteo y el sistema de venta implementado, el estratega (“el loteo publicado en folletos es una hábil argucia esgrimida por Gesell”, p. 82): todos aquellos que percibieron al visionario se alinearon, convirtiéndose en la “fangosa hermandad de los pioneros” (p.95), contrastando con el testimonio del arrepentido, Nicolás Klisich, representante de los que se quedaron en las habladurías originadas en la etapa de conquista del territorio (“Algunos amigos me comentaron que el vendedor era conocido como el ‘loco de los médanos’. (...) Desistí de la compra. Demás está decir que a los pocos años me arrepentí de haberlo hecho”, p.81-82). A partir de la urbanización, todas las acciones del fundador, devenido “urbanizador” (p.147) se verán secundadas por los pioneros: sus luchas –contra la burocracia, por ejemplo- se exhibirán colectivas y el solitario se transformará en su líder, indisolublemente unido por la metáfora al crecimiento de la ciudad (“el pionero atraviesa el gráfico del crecimiento con su ascendente criterio. Todo un pueblo se adhiere a la resistencia”, p.144/145).

En el “Epílogo”, el sosiego del que ha cesado la lucha se representa en el sosiego de la tarde. La hazaña se articula en el recuerdo y la contemplación, alternando el relato del presente plácido de la pareja Gesell con fragmentos de citas textuales de la propia obra que refieren las inclemencias pasadas. Maite Alvarado (1994) señala que el epílogo, al igual que el prólogo, tiene una función informativa–interpretativa y una argumentativa–persuasiva, aunque su posición posterior con respecto al texto propiamente dicho con frecuencia le confiere, también, una función correctiva, que aquí deberíamos desechar. En este caso, el epílogo lo es por la distancia temporal entre lo narrado en la Historia propiamente dicha, que aparece de manera fragmentaria, y esa escena ficticia del paseo de los esposos que intenta recrear una posible, contemporánea al escrito. Podría decirse que la dimensión interpretativa y la persuasiva dominan el epílogo, que se vale de la ficcionalización y la metáfora. La frase final reivindica “el amor con que se persigue una idea, una obsesión y la mano de un hombre que sepa hacerla crecer en un desierto inhóspito que debió resignar su alucinante espejismo” (p.156), coherente con la combinación entre una imagen romántica del héroe humanizado, obsequiándole una rosa a su esposa y una

imagen científico-didáctica del que la define como un “extracto químicamente puro de arena, aire, sol y agua” y sabe hacerla crecer en el desierto con la firmeza de su mano.

Bajo el título “Los documentos de la historia”, Masor publica un anexo de fotografías, manuscritos, gráficos y planos, que reivindica como parcialmente novedoso. El afán documental de la obra lo conduce a utilizar material de archivos cedido por particulares. Su organización no responde a criterios cronológicos, sino, según el autor, a un intento por lograr una percepción “ágil y comparativa” (p.160). En todos los casos, los extensos epígrafes que acompañan los gráficos y las fotos (excepto la última, del matrimonio Gesell en su madurez, que no lo tiene) amplían considerablemente la información que suministran las imágenes, repitiendo el tono y la orientación argumentativa del cuerpo del texto.

Si bien Masor intenta, como vimos, despegarse del modelo preexistente, el libro apologetico de Sierra, argumentando su diferencia en su respaldo documental, ambos coinciden, con gradaciones, en la construcción del retrato de un hombre extraordinario. En el primer caso, su excepcionalidad radica en la posible analogía con la divinidad; en el segundo, en la genialidad que el relato distingue de la locura gracias a la realización: la ciudad, su desarrollo sostenido, es la prueba palpable de que lo que parecía imposible no lo es en manos de un ser atípico. La refiguración por medio de la cual, según Ricoeur, el lector se identifica con el personaje no debe ser entendida aquí como una mera proyección: ambos textos parecen invocar modelos de vida inalcanzables debido a la singularidad del héroe construido, por lo tanto, funcionan argumentativamente a la manera de los relatos hagiográficos, suscitando la admiración y, en este caso en particular, alentando, entre otras, la conjetura de que no hay que rendirse frente a la adversidad o la opinión contraria. Sin embargo, en la *Historia* de Masor, el personaje se justifica como tal en su obra (la cual es el objeto privilegiado de este texto) (Perelman [1977] 1997), y esa obra, a su vez, adquiere su verdadera dimensión explotando los subtópicos del carácter, de las ocupaciones y del estilo de vida del lugar de la persona (Plantin, 2009), a la luz de la grandeza, la excepcionalidad,

la índole visionaria y la estrategia del personaje, el héroe humanizado. Si, como dice Graciela Montes (2009), la referencia a la palabra ajena es una de las formas en que los locutores hacen explícitos sus propios puntos de vista, en este texto la inclusión de testimonios –habilitados como fidedignos por el propio compilador que filtra y selecciona– pretende objetivar una percepción en realidad personal del referente doble (ciudad/fundador), de modo de constituirse en el más evidente argumento de su veracidad y lograr la persuasión de un receptor que cree alejarse del mito para hallar el apego a la *res* que implica, al menos teóricamente, la historia.

**El fundador múltiple. Efectos de la periodización historiográfica en *Las fundaciones de Villa Gesell*, de Mónica García y Claudia Palavecino (2002)**

El trabajo de Mónica García y Claudia Palavecino se enmarca en las modalidades de los textos académicos. Ponencia presentada en el IX Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Buenos Aires, se respalda en los años de investigación de sus autoras en los archivos disponibles y en las historias de vida de los pioneros. La mirada que organiza la historia de la ciudad en etapas y le otorga a cada una de ellas carácter fundacional deja ver la importancia que se le confiere al acto original (Candau, 2001), que parece replicarse en cada instancia significativa. Así, a pesar de que el por entonces director de Cultura de la Municipalidad de Villa Gesell y del Museo y Archivo Histórico Municipal, licenciado en Museología Carlos Rodríguez, afirma explícitamente en su “Prólogo” que aunque “la vida de este hombre, que por momentos se nos presenta como fantástica, como quimérica (...), es parte de este relato”, *Las fundaciones de Villa Gesell* “no quiere ser biográfico”, esos períodos que la mirada histórica discrimina “se suman y enlazan” a la luz de su integración en “un mismo proyecto”, identificado como el “sueño de un visionario” (p.7). Del mismo modo, a la mención que realiza Mónica García en su presentación personal de los valores (creatividad, confianza, dignidad, inteligencia, sentido común, paciencia, solidaridad, entusiasmo de vivir) que la historia de Villa Gesell parece convocar, subyace

indudablemente la imagen de su fundador. La introducción de las autoras corrobora la percepción del prologuista cuando justifica la periodización escogida por el valor fundacional de cada uno de los momentos, a la vez que señala su unidad, signada por el mantenimiento de “una característica constante”: “la **originalidad** que desde la pura arena le imprimió a su obra un hombre: Carlos Idaho Gesell” (p.8).

De esta manera, la característica del hombre, su originalidad, caracteriza también cada etapa de la ciudad. Las dos primeras son años precisos: 1931, fecha en que Carlos Gesell construyó su casa, y 1941, fecha en que decide fundar una villa de veraneo; las dos últimas, décadas de gran desarrollo del proyecto urbanizador, la del '40, y las del '60 y '70.

Un expediente de 1968 es el primer dato que aparece en esta historia de documentos, debido a que permite rastrear la fecha de fundación de la ciudad, 14 de diciembre de 1931, estipulada por el propio Carlos Gesell a raíz del comienzo de la construcción de la primera casa del balneario, la suya propia. A pesar de que las autoras señalan que la intención de fundar una ciudad no estaba presente en 1931, argumentan la validez de la fecha en su condición de punto de partida y se constituyen en exégetas de las intenciones del fundador cuando afirman que “evidentemente así lo entendió” (p.11). El decreto mismo de la Intendencia Municipal de General Madariaga se expide a favor de la propuesta de Carlos Gesell agregando a sus argumentos un reconocimiento a sus trabajos en pos de la fijación de las arenas. Sin embargo, las historiadoras remontan la historia a los orígenes, el verano del '30 al '31, en el cual Gesell conoció a Guerrero y decidió comprar las tierras, y refrendan sus afirmaciones con un documento que Gesell dirige a la Dirección de Rentas. En negrita se aclara: “**No cabe duda, entonces, de que hay aquí un primer momento fundacional, ciertamente el único que tiene carácter fundacional**” (p.12). La figura del fundador se circunscribe, en este primer momento, al carácter original (por inicial) de la decisión tomada.

El segundo momento requiere de la narración. Los documentos aparecen como ilustraciones del texto y sólo se incorpora al relato algún fragmento testimonial y uno de la

muy anterior Ley sobre Fundación de los Nuevos Centros de Población de la Provincia de Buenos Aires para situar las intervenciones manuscritas por Gesell en sus márgenes. La negrita resume los motivos por los cuales podría ser considerada un hito fundacional: **“Y en 1941 Carlos Gesell toma la decisión de fundar una villa de veraneo”** (p.14); **“En el verano de 1941 a 1942, la llegada a “La golondrina del ejecutivo porteño de origen suizo Emilio Stark, considerado el primer turista de Villa Gesell, inicia la historia de este lugar como villa balnearia y marca definitivamente su futuro”** (p.15). La imagen del fundador se reviste, así, de intencionalidad; si se escribe la historia de un balneario, debe considerarse la conciencia fundacional de su creador.

La distinción entre el año 1941 y la década del '40 se relaciona con la diferencia que se intenta establecer entre la “decisión” del fundador y la población de la ciudad, con el afincamiento de los primeros vecinos y el arribo de inmigrantes, por ejemplo. La negrita destaca ahora la importancia de dicha población: **“Los años '40 constituyen la verdadera década fundacional de Villa Gesell”** (p.26). Las décadas del '60 y '70 resaltan la acción del fundador para alentar el desarrollo que se había detenido (**“Elaboró y puso en marcha el llamado “Plan Galopante”, otro hito fundacional para Villa Gesell”**<sup>24</sup>, p.28) y, por medio de un subtítulo, la conversión de la localidad en Municipio urbano y partido, esto último ocurrido en 1983. La inclusión de documentos vuelve a ser preeminente en esta sección, debido a la inserción de fragmentos de la ley y de palabras del Intendente en un acto celebratorio. En ambos períodos, la figura del fundador adquiere atributos vinculados con el estímulo del desarrollo y el liderazgo.

Si bien cada etapa justifica con distintos argumentos su condición fundacional, podría decirse que la ponencia permite que se vaya conformando una imagen del fundador cada vez más completa, debido a la sumatoria de esos aspectos. En todos los casos, es su figura la que articula las partes, poniendo en primer plano, incluso en la selección de las citas que

---

<sup>24</sup> Las negritas de las citas textuales pertenecen al original.

jalonan el relato, el “esfuerzo y trabajo personal”. A la creatividad anteriormente mencionada, se agregan su carácter práctico a la vez que visionario, su espíritu aventurero y emprendedor y su amor por los inventos (“don Carlos Gesell, uniendo, como solía hacerlo, la necesidad y la creatividad, lo rutinario con lo desafiante”, p.13; “Otra gran pasión de toda su vida, los inventos, lo ayuda a obtener ingresos en esta época de escasez”, p.14; “En cuanto a la llegada al mar, esto tuvo una solución inmediata y práctica, como todo lo que dependía directamente de la voluntad de Carlos Gesell”, p.15; la respuesta creativa de Carlos Gesell no se hizo esperar”, p.27). En las dos últimas “fundaciones” mencionadas, en que aparecen otros actores en el proceso de población, Carlos Gesell se presenta también como un modelo a seguir (los fundadores de los pueblos aledaños son concebidos como una continuidad del fundador: “visionarios que compartían en esencia el espíritu de don Carlos Gesell”; “continua manifestación de la esencia fundacional de Villa Gesell”, p.30) y como un benefactor, recogiendo las consideraciones del documento que le concede el cargo honorífico de Cavaliere Ufficiale nell’ Ordine al merito Della Republica Italiana (“Siempre animado por profundos sentimientos humanitarios, ha brindado desinteresado apoyo económico a numerosísimas familias italianas”, p.27), o, en ocasión de ser declarada municipio la ciudad, las palabras del ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que remarcan “su poderosa convicción de ideales puestos al servicio de la comunidad”, del intendente (“hombres así son los que posibilitan el engrandecimiento del país”), o del propio Carlos Gesell, que menciona como uno de sus fines “contribuir al progreso argentino mediante una obra de rescate de la tierra, urbanización y población de un lugar otrora desolado” (todas en página 31).

Sobre el cierre de la ponencia, sus autoras reivindican el carácter creador (“Un lugar que fue el gran invento de don Carlos Gesell”), la denominación consagrada (“el *domador de médanos*”) y su autodefinición (“gustaba definirse a sí mismo de otra manera, afirmando que su profesión era la de *fundador de ciudades*”), mostrando la centralidad de su figura en el procedimiento de estructuración de la historia de la ciudad. En este sentido, resulta interesante el diseño de tapa y contratapa del folleto que publica la ponencia. En él se superponen, de manera aleatoria, fragmentos de documentos en los que predominan



membretes con el nombre del fundador y una declaración suya manuscrita (“Mi mayor deseo es que Villa Gesell sirva para solaz y felicidad del mayor número posible de personas”). El recorte deliberadamente desprolijo de estos materiales sugiere la dedicación artesanal, una proximidad de lo personal que concuerda con el croquis de la casa originaria y la alternancia de letra impresa y manuscrita del título de la obra.

De esta manera, la perspectiva fundacional privilegiada por las autoras configura una identidad más humana para el personaje. Los valores del fundador que la ciudad parece reflejar, enumerados al comienzo de este apartado, los subtópicos del carácter, el estilo de vida y la obra que se enfatizan aquí para constituir el lugar de la persona (Plantin, 2009) distinguen al personaje, lo singularizan y lo convierten en un modelo de vida, pero no lo apartan de los límites de lo posible. Desde una perspectiva argumentativa que considera las posibilidades persuasivas de la narración, es preciso tener en cuenta la necesaria adecuación del orador a un auditorio (Perelman, [1977] 1997), en esta caso doble en un sentido diferente al que hemos expuesto en apartados anteriores, dado que difícilmente, por las características de su circulación, el lector del folleto sea un habitante: por un lado, entonces, un auditorio actual y académico –este folleto de publicación personal pero de venta municipal, originariamente fue una ponencia leída en un congreso en el año 2003– y por otro, uno integrado por el turista que siente curiosidad por la historia, reiteradamente presentada como peculiar, del lugar que eventualmente lo acoge. Dicha adecuación supone, entonces, la elección de objetos de acuerdo vinculados con la adhesión a valores excelsos, pero cercanos, posibles, propios del creador de una ciudad, que susciten admiración.

### **Observaciones finales**

En los textos que se proponen historiar a Villa Gesell podemos establecer una clasificación que distinga, por su inscripción genérica, el modo en que ellos abordan la

imagen de su fundador, aunque las valoraciones no difieran demasiado. En todos se destaca su carácter inventivo y visionario, y la lucha frente a las adversidades, aunque es necesario señalar una gradación determinada por su diversa aproximación al registro historiográfico. Como apunta Jean-Michel Adam (1989), los criterios por medio de los cuales se organiza la descripción están orientados por los géneros en los que se la incluye.

En el primer caso, *El domador de médanos* combina la prosopopeya con la etopeya, explotando la anécdota, la metáfora, las oposiciones, la apelación a los estereotipos y a la genealogía para constituir al biografiado en el héroe de un panegírico. En el segundo, *Historia de Villa Gesell*, los mismos recursos, utilizados con menor exaltación, son atemperados por la introducción de testimonios, estadísticas, gráficos, documentos oficiales, manuscritos y fotografías que intentan mostrar la veracidad de las afirmaciones con el respaldo de fuentes fiables. *Las fundaciones de Villa Gesell*, en tanto, por su inscripción a la vez académica e institucional (como ponencia y publicación, aunque propia, de venta exclusiva en un ámbito oficial), deja de lado las figuras retóricas y apela a la conformación del héroe que, como dijimos, subyace a la narración de la historia de la ciudad, a través de la mención de las virtudes que señalan a Gesell como un “visionario”, “creador”, “fundador de ciudades”, de “carácter práctico” pero con “espíritu aventurero” y “amor por los inventos”. En ese contexto, la referencia a la metáfora “domador de médanos” que realizan las autoras debe ser leída, en primer término, como la recuperación de la denominación original, un registro cuidadoso del valor de su historia enunciativa, más que como una suscripción a sus efectos cuasi míticos en la figuración del personaje.

## CAPÍTULO 2

### DEL “LOCO DE LOS MÉDANOS” A “DON CARLOS”. BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS

#### La exhibición de la intimidad

Empeñadas en la construcción de una memoria a la vez social, familiar y personal, las biografías de la hija y la nieta de Carlos Gesell son casos que merecen un análisis particular por el hecho de ser, cada una de ellas, una recuperación a caballo de la historia y la memoria, en tanto que su objeto es, además, un hombre público, y los textos suponen un interés que excede el de la memoria familiar, alentado justamente por el hecho de que los familiares suelen ser “productores de la memoria” autorizados para transmitirla, reconocidos por los receptores como los depositarios de la “memoria legítima”. Si bien los textos de pretensión histórica analizados en nuestro corpus, cuyos autores tienen algún vínculo con el lugar o con su fundador, no responden completamente a esta distinción, dado que no pretenden distanciarse del pasado, incluso en los casos en que se postulan como académicos, la distinción que el etnólogo Joël Candau (2001) propone entre la transmisión histórica y la memorialista en el juego identitario, desarrollada más extensamente en la introducción de esta tesis, podría resultar de utilidad para diferenciar las estrategias identitarias de las historias de Villa Gesell de la estrategia desarrollada por las biografías elaboradas por familiares. En ellas, los acontecimientos recordados están siempre en estrecha relación con el presente de las narradoras (con modalidades diferenciales en cada una), y así como sirven de principio organizador de sus propias identidades (como veremos en la sección “Autorretratos” de la tesis), resultan reformulados por la reapropiación singular de ese pasado que, siempre integrado en la memoria familiar, permite la confrontación entre las memorias de los miembros del linaje. Ciertos episodios conflictivos (fundamentalmente relacionados con las últimas etapas de la vida del biografiado) y la

interpretación de esos episodios constituirán el terreno en que se exhiban y contrapongan ambos movimientos identitarios.

### 1- Carlos I. Gesell, su vida, de Rosemarie Gesell (1983). La dualidad del hombre

“Hasta aquí he narrado su vida como príncipe,  
ahora narraré lo que queda como monstruo”

Suetonio ([circa 122] 1998): *Vida de los Césares*. Libro IV, 22,  
*Calígula* Madrid, Cátedra.

La biografía escrita por Rosemarie, la hija de Carlos Gesell, es, de todas, la que ha adquirido llamativamente, en el interior del corpus, valor documental. Muchos escritos posteriores la consideran su fuente privilegiada, como en el caso de la biografía que, con carácter oficial, publica el Museo Archivo Histórico Municipal a cargo de la Lic. Amalia Ostreicher. Es posible que esto se deba al hecho de que haya sido la primera que declaradamente constituye en objeto de estudio al personaje (tanto Dante Sierra como Masor consideraban sus textos, como vimos, historias de Villa Gesell, aunque abordaran inevitablemente a su fundador) y, por otra parte, a la idea ya mencionada cuando estudiamos la recepción de estos relatos, de que la proximidad es una condición importante para dar cuenta de la verdad y, por sobre todas las cosas, de la intimidad del personaje. Para ejemplificar su relevancia, resulta útil un dato: el texto de Rosemarie dramatiza un diálogo entre su padre y su tío, referente a la compra de los terrenos, en el que devela que la intención primaria de Gesell no fue fundar un balneario, sino forestar la zona con el propósito de explotar sus bosques comercialmente. Todos los textos que le siguieron, incluso los que se reivindicán como trabajos de investigación de archivo, como *Las fundaciones de Villa Gesell*, repiten el dato como cierto. A su vez, esta biografía es la que inaugura la memoria familiar que se hace pública, constituyendo ineludiblemente sistema por semejanza y oposición, como dijimos, con el bastante posterior relato de Marta Soria Gesell, *Mi Abuelo... Carlos Gesell*.

En un intento por organizar su contenido, la biografía de Rosemarie Gesell distingue una “Primera Parte”, de 1891 (fecha de nacimiento de Carlos Gesell) a 1926 (momento en que, por pedido de su padre, Carlos retorna a la Argentina para hacerse cargo del negocio familiar); una “Segunda Parte”, de 1926 a 1937, cuando el biografiado abandona definitivamente la empresa familiar, se divorcia y se muda con su amante a sus propiedades en la futura Villa Gesell; y una “Tercera Parte”, de 1937 hasta la fecha de su deceso, 1979. Estas escansiones indican la constitución de un nuevo criterio para el relato, tal vez vinculado con la consolidación del formato biográfico. La fundación de la ciudad ya no resulta central, sino los cambios personales, también ligados a traslaciones que implican decisiones vitales. La dedicatoria del volumen (“Dedico este relato a las personas que a través de su vida mantienen el valor de vivir de acuerdo a sus convicciones”) anticipa y explica la perspectiva privilegiada que denota un valor biográfico cotidiano (Bajtín, 1985) (Bajtín, 1985) predominando sobre el heroico, más propio de los relatos analizados en el capítulo anterior. Al mismo tiempo, si consideramos la dimensión argumentativa del relato consecuente con la reconfiguración propuesta por Ricoeur desde una perspectiva identitaria, esta dedicatoria reclama un auditorio que considere la singularidad un valor.

Sin embargo, probablemente para justificar la importancia de su tratamiento, la “Introducción” elige comenzar con una redefinición del lugar de pretensión reveladora: “Villa Gesell no es simplemente un balneario junto al mar (...) Es mucho más que eso.” El plus reiteradamente aludido está dado por su animización (si “La Villa atrapa a todo aquel que es sensible a su sutil encanto” es porque “es una forma de vida”) y por su asimilación con su fundador como causa eficiente, a partir de su originalidad y su unicidad, lo que también permite afirmar la individualidad de sus habitantes permanentes u ocasionales (“Villa Gesell es un lugar único en su esencia e imposible de repetir en ningún lado, porque fueron únicas las causas que le dieron esa característica. Una de ellas la inmigración europea de postguerra y la otra, mucho más importante, fue la personalidad de mi padre, que como sucede con toda creación, ha quedado prendida aquí en los mil matices de la Villa”, p.7).

El hecho de que la primera mención del biografiado en el interior de la obra sea “mi padre” resulta muy importante para completar la perspectiva desde la cual se narrarán los hechos: así, se tratará de un personaje valeroso por su estilo de vida, pero con la particularidad de, además, ser el padre de la narradora, lo que condicionará inevitablemente los hechos narrados y sus apreciaciones. Si bien el volumen se presenta como el relato de la vida de Carlos I. Gesell, este inmediatamente se perfilará como una narración interpretativa que requiere una previa caracterización del personaje, a partir de rasgos de su personalidad<sup>25</sup>, que funcione como clave de lectura: “Es muy difícil definir a mi padre como persona. Insólito, tenía muchas facetas, pero sobre todas una, que movía a todas las demás. Fue un creador incansable, afiebrado, en cuya mente bullían en increíble confusión, infinita cantidad de ideas al mismo tiempo y de las más variadas especies. Unas buenas, otras no tanto. (...). Excéntrico, déspota, humano, bueno, malo, humilde, vanidoso, sencillo, ególatra y profundamente religioso a su modo”, p.8. La heterogeneidad y la inestabilidad implícitas en la caracterización suponen una percepción admirada por su originalidad y, a la vez, una crítica, anunciada por la frase “Unas buenas, otras no tanto”, explicable por la dimensión personal que adquirirá el relato: “vivir con él o cerca de él fue una dura prueba para todos a los que nos tocó vivirla”. La afirmación “Era mi padre y esta es su vida” (p.8) cierra el prólogo vinculando la relación filial con la posibilidad de escribir verdad.

El capítulo primero de la primera parte recurre al relato de los orígenes, ahora del personaje, por medio de una breve biografía del padre de Carlos Gesell, Silvio. Como ya se insinuaba en las diversas historias de Villa Gesell y se consolida en el resto de los relatos, la figura del padre aparece como necesaria para explicar la del hijo, en una suerte de genealogía causal. De hecho, el capítulo se cierra con la justificación de la inclusión: “He hecho esta pequeña reseña sobre mi abuelo, porque su vida de lucha sin cuartel por lo que fueron sus ideas pese a que muchas veces lo consideraron loco, influyó en gran medida en

---

<sup>25</sup> Si bien más adelante aparecerán algunas referencias a los aspectos físicos del personaje, es indudable que en una biografía escrita por la hija son menos necesarios que en una historia de la ciudad, donde la figuración del héroe es útil porque no es necesariamente conocido para el lector y es, además, convencional (recordemos la relación que suele establecerse en los retratos entre las características físicas y las temperamentales).

el espíritu de lucha demostrado a su vez por mi padre durante toda su vida” (p.16). Así, todos los hermanos de Silvio y él mismo muestran un “espíritu aventurero”, fomentado por un hogar “donde lo que más importaba era la cultura y la libertad de pensamientos e ideales” (p.11), que los hace emprender los más diversos rumbos. Si bien la figura central para establecer la causalidad genealógica es, sin lugar a dudas, el padre (“Mi abuelo provenía de una familia donde el lujo era considerado un pecado, el vivir en medio de la naturaleza era fundamental y la mejor inversión en el hogar eran los libros. Educó a sus hijos con estos principios y así fue como papá amó la sencillez y la naturaleza desde siempre y los libros fueron sus compañeros inseparables durante toda su vida”, p.14), también se menciona la liberal educación materna, condicionada a su vez por su propia genealogía (“Ella, hija de un ingeniero alemán que había perdido su fortuna en inventos varios, ya estaba acostumbrada a los vaivenes de la vida, y no tuvo problema alguno en cruzar el océano, rumbo a lejanas tierras”, p.13-14), como su complemento necesario. Como posteriormente su hijo, Silvio elabora su proyecto –en este caso, una teoría económica- a partir de la coyuntura (“las ideas elaboradas después de cuatro años de observar el proceso económico argentino”, p.15) y esa teoría es calificada por su nieta Rosemarie como “la gran solución” (p.15), autorizando su palabra admirada en la de economistas prestigiosos (“Yo no soy quién para juzgar lo positivo o negativo de su sistema pero vale la pena acotar, para cabal apreciación del mismo, que John Meynard Keynes le reconoció el glorioso título de precursor de sus ideas, como más tarde lo hicieron el economista alemán Hopfer-Aschoff y muchos otros. También se lo considera como uno de los precursores del Fondo Monetario Internacional”, p.16). También, como le ocurre a su hijo, no es suficientemente tenido en cuenta y hasta es considerado un loco, aunque llega a ser frustrado Ministro de Hacienda de Baviera y, absuelto por su propia defensa de la cárcel política, se consagra en pocos años por medio de su obra.

El segundo capítulo narra desde la niñez hasta el casamiento de Carlos Gesell. En consonancia con lo que venimos observando acerca del símil que se pretende establecer entre la historia del padre y la del hijo, al cual de todos los hermanos se concibe en la biografía como el “niño prodigio (...) [alguien] que alguna vez, iba a hacer algo importante

en la vida” (p.18) -en consecuencia, heredero de la genialidad paterna-, podría afirmarse que la niñez de Carlos se muestra signada por las mudanzas y las dificultades que estas le acarrearán y por emprendimientos productivos fallidos, datos que el lector no podrá dejar de considerar genéticamente cuando Rosemarie relate sus propias vivencias tortuosas con su padre. La enumeración de los inventos –o los que se reducen a su carácter de experimentos– precoces y algo desafortunados del niño/adolescente, de la cual se harán eco todas las biografías posteriores enriqueciendo el anecdotario, se presenta como un anticipo de lo que vendrá (“Ya en esa época comenzó con sus inventos”, p.18), y en todo momento la biógrafa refuerza esa continuidad, sintetizando la interpretación y el objetivo doble que se evidencia en este relato: reconstruir en clave interpretativa la identidad del biografiado a la vez que la de la biógrafa, como integrante de la familia (“Estudiaba con la avidez de un espíritu sediento de conocimientos, olvidándose de comer, de dormir y hasta de su familia. Fue así durante toda su vida.”, p.20).

El punto de vista crítico sobre los peculiares emprendimientos paternos se filtra en los intersticios del punto de vista admirado, que prevalece en el segundo capítulo, en el cual se considera a Carlos como una mente en la que “bullían las ideas” (p.21) y un aplicado estudioso, émulo de Edison y Ford. Allí, se insinúa en la ironía (“con tan buen resultado, que casi vuela él mismo con cocina y todo”, p.19) o en los sectores claramente evaluativos (“Realmente fue una buena medida, porque, como se verá la vida que le hizo llevar a sus dos esposas, no fue, precisamente, acorde a la forma de ser de una mujer de ese tipo”, p.22). En cambio, en el tercer capítulo, ya casado con la madre de la biógrafa e instalados ambos en los EEUU, si bien se reconoce positivamente esa etapa como la del aprendizaje, opuesta y anterior a la de la acción (“El aprendizaje había terminado. Comenzaba la lucha”, p.29), la posibilidad de adquirir el “capital inapreciable de experiencias que después aplicaría” y “el trampolín desde el cual se lanzó y consiguió el éxito de sus empresas en la Argentina” (p.29), la introducción de la perspectiva materna intensifica la crítica, que se expresa por medio de la reiteración del contrapunto espacial, escandido por los viajes de una ciudad a la otra (“Mientras papá dejaba a mamá sola en la pensión donde vivían, él pasaba el día entero en las bibliotecas” / “Mamá se quedaba en una pensión, papá se pasaba



el día entero en las bibliotecas y en las oficinas de patentes” / “Mamá, en la pensión, al ver partir a papá hacia las bibliotecas y no volver hasta la noche...”, p.23); la constante diferencia de criterios respecto de la practicidad de los inventos del marido en la vida cotidiana (“Estaba de acuerdo con el sistema de vida natural, pero eso ya era una exageración”, p.26) o de la forma de organizar la vida familiar (“Mamá, preocupada por la falta de ingresos seguros” (p.26); la anticipación de la infidelidad futura, aquí representada por las bibliotecas (“Si de alguna manera papá le fue infiel a mamá en los Estados Unidos, fue por su amor hacia ese lugar con nombre del género femenino: biblioteca”, p.25); y el juicio explícito de la biógrafa, que se identifica con el materno (“Bueno, ese era el proyecto, pero el dinero no alcanzó”, p.24; “Lo lamentable era que dentro de esas tinas mamá ponía ropa en remojo, la cual sacaba después hecha jirones. En fin, vivir con un inventor no es tarea fácil”, p.26; “Sí, yo ya lo he dicho. Vivir con él no fue tarea fácil”, p.28). Si la esposa de Gesell “todavía no había tomado total conciencia de que se había casado con un hombre distinto, de un comportamiento completamente imprevisible”, es la hija biógrafa la que lo señala, anunciando el descubrimiento posterior de su madre y la coincidencia con su propia calificación inicial.

El llamado de su padre, Silvio, a Carlos articula la primera con la segunda parte, en la que se requiere que la herencia paterna se actualice en la colaboración de su hijo con él y en la ocupación literal de su lugar a cargo de la reestructuración del negocio familiar en Argentina, “Casa Gesell”, una empresa dedicada a la construcción y venta de productos para la primera infancia, (“La voz de mi abuelo sonaba preocupada, y la mirada puesta sobre mi padre era a la vez de interrogación y seguridad de que sabría solucionar de algún modo el problema. ¿Acaso no había dado siempre muestras de una gran inventiva?”, p.33). Las soluciones de Carlos, que contraponen al desabastecimiento por la crisis mundial la generación de recursos propios, conducen al éxito a la empresa, reproduciendo los principios paternos (“tenía un gran sentido social, heredado de su padre, y quería que sus obreros estuvieran lo mejor posible”, p.35) y la convierten en una familia (“Se trabajaba como en una gran familia”, p.36), mientras que a la propia la transforman en un insumo más de la fábrica (“ponía algún bebé o niño adentro, generalmente alguno de sus propios

hijos, y corría con él por terrenos desparejos para después observar cómo quedaba el cochecito. Generalmente, este quedaba menos afectado que el bebé (...). Por suerte, siempre estaba mamá cerca para socorrerlo.”, p.35). La distribución de linajes que se plantea al comienzo del primer capítulo de esta segunda parte (“Mientras mi madre, emocionada por la vuelta al hogar, tenía largas charlas domésticas con la suya, mi padre, pocas horas después de llegar fue con el suyo directamente al grano”, p.33) parece indicar las diferencias entre ambos cónyuges, que se profundizarán en los capítulos siguientes, donde hacen su aparición, según Rosemarie, los “otros aspectos”, por ejemplo, su por él ignorada vida familiar (“mamá corría sola con el peso de la crianza de los niños”, p.39; “La vida en familia no era tan plácida como podía sugerir el marco dentro del cual se desarrollaba”, p.39).

Así, nuevamente el contrapunto en el cual la madre es ubicada en el lugar de la sensatez y, a la vez, del sufrimiento, perspectiviza la narración. Ese lugar doble justifica la evaluación crítica del biografiado que se desprende del relato, en lo referente a su excentricidad, sus fracasos, su soledad, su egocentrismo, su imprevisibilidad y su autoritarismo (“la casa tenía defectos”; “mamá tenía que chapotear”; “los dichosos quemadores (...) nunca calentaban como era debido”; “siempre se bañaba con agua fría y consideraba que los demás debían hacer lo mismo”; “Tampoco le gustaban demasiado las reuniones sociales”; “Las crecientes extraordinarias del río le traían a mamá una angustia constante (...) / Papá consideraba ese pensamiento como algo que no podía suceder”; “Otro motivo de controversias con mamá era el tema del colegio. Papá quería que mis hermanos fuesen instruidos por mamá (...) / Para mamá era muy difícil cumplir con el deseo de su marido”; “Muy típico de papá era venir por ejemplo un lunes y decirle a mamá: -El viernes tomamos el barco (...) / -¿Por qué no me lo dijiste antes? Preguntaba mi madre desesperada”, p. 39-41). De esta manera, el relato biográfico parece ser concebido por Rosemarie Gesell como un extenso despliegue argumentativo y el lector, como un jurado que requiere ser persuadido: “Como se puede apreciar, había algunos temas de discordia” (p.41).

Es cuando parece comenzar a conciliarse el éxito laboral y la vida familiar, gracias a los esfuerzos de la señora (“Todo marchaba como sobre ruedas. La fábrica era un éxito, el negocio vendía más de lo que se fabricaba, y en su hogar los problemas se solucionaban de una u otra manera”, p.42), que Gesell conoce a Guerrero, forestador de la zona de Juancho, y decide adquirir los terrenos donde se emplazará posteriormente la ciudad. La reflexión que cierra el capítulo también evoca el conflicto, por medio de una calificación opuesta: “No supuso nunca que ese día, acababa de comprar su infierno y su gloria” (p.43).

En los capítulos siguientes, la oposición de puntos de vista entre los esposos se profundiza y se extiende a otros personajes. En el capítulo tercero de la segunda parte, a la desolación de la mujer (“Mamá recorre toda la casa. (...) Mira desolada a su alrededor. ¿Era éste el paraíso prometido?”, p.49), que de todos modos sigue resistiendo (“¿Qué se había imaginado? ¿O acaso todavía no había aprendido que al lado de él nada podía ser normal y lógico? No quedaba otra solución que tomar el toro por las astas y organizar la casa.”, p.50), se suma la de la familia extensa: el hermano (“Mientras los ojos de papá brillaban de entusiasmo, mi tío lo miraba pensando que había perdido el juicio”, p.45) y el personal de la fábrica (“La noticia cayó como una bomba entre el personal de la fábrica. Nadie dudaba de la capacidad del gerente industrial de la firma. Pero comprar un arenal... estaba más allá de toda lógica.”, p.45). La respuesta de Gesell a las objeciones es, aquí, la indiferencia (“Mi padre estaba inmutable. Él haría la gran plantación”, p.45; “¿Comer? Oh, no te hagas problemas. Ya nos arreglaremos. Mira por la ventana, ¿no es un paisaje grandioso?, p.50), y las diferencias se concentran en el espacio físico, al que se denomina “el tan discutido lugar” (p.48).

En los capítulos cuarto y quinto, los intentos de supervivencia de la señora Gesell, convertida por la biografía en hábil estrategia frente a la adversidad, la desplazan parcialmente de la oposición y la sostienen en la aceptación ingeniosa y, ocasionalmente, en el sufrimiento (“En la vida hay que ser prácticos. Ella ya lo había aprendido”, p.51; “De la experiencia anterior mamá sacó sus conclusiones: había que aprovisionarse bien”, p.54; “El peón parado a su lado la miraba como pidiendo disculpas. La ayudó a instalarse en el

único asiento. Ella conmigo en los brazos, apenas podía sujetarse en ese artefacto que emitía ruidos y quejidos totalmente insólitos”, p.54-55); “Mamá se acostumbró a la soledad, al ruido del mar y a tener que sacar todos los días la arena de la galería”, p.55; “La gran preocupación de mamá era que pudiese ocurrirle algún percance en los períodos durante los cuales estaba sola”, p.57; “Lo máximo que logró mamá fue una comunicación con la casa vieja”, p.58; “Afortunadamente, nunca sucedió nada salvo cuando mamá tuvo una terrible infección en una muela”, p.58; “mamá le encargó dos faroles más y en vez de ello trajo, todo feliz, un hermoso reloj a péndulo...”, p.59; “La necesidad siempre agudiza el ingenio. Amasaba en la casa nueva el bollo de pan, para el cual usaba levadura, y poniendo éste dentro de una fuente en una mochila que cargaba Roberto, iniciábamos todos la caminata hasta la otra casa. En las tres horas que duraba ésta (...) la masa dentro del calor de la mochila iba levando”, p.60). La anécdota resulta un instrumento probatorio, como en la totalidad del volumen, de que la respuesta de Gesell sigue siendo personal y, por lo tanto, indiferente a los reclamos ajenos: “Cuando mamá le pidió a su marido otro farol, este le respondió con asombro, ¿para qué? Hay que hacer como hacen los pájaros: levantarse e irse a dormir con el sol. Pues bien, eso era lo que hacíamos.” (p.56).

En su lugar, Bodesheim, el ingeniero agrónomo al que Gesell convoca para colaborar con la forestación, asume el papel conflictivo: “Cuando llegó a los médanos quedó boquiabierto. Jamás se había imaginado semejante extensión de arena completamente virgen. (...) Bodesheim le veía poco futuro a la plantación. Esos médanos... eran destructores en demasía”, p.53; “Era desesperante. Con Bodesheim las discusiones eran cada vez más frecuentes”, p.60; “Mientras tanto las discusiones entre papá y Bodesheim se volvían cada vez más ásperas. (...) ¿Para qué había hecho venir un ingeniero desde Alemania? Quería soluciones. Bodesheim le dijo que jamás lograría sujetar la arena de las dunas costeras. Que era un imposible y todo intento al respecto seguiría llevando inexorablemente al fracaso. Eso era lo último que papá estaba dispuesto a escuchar. Llegaron a la conclusión de que era inútil seguir juntos en la aventura. Bodesheim retornó a Alemania para no regresar.”, p.61).

El capítulo sexto cierra su etapa de desavenencia conyugal. La enumeración anafórica de complicaciones, anticipada por la frase “Durante el invierno del año 1935, la vida de Carlos Gesell se complicaba cada vez más” (p.63), (“Estaba la fábrica con sus problemas. Estaban los médanos, lucha cruel (...). Estaban su mujer con sus seis hijos (...) Y estaba... Emilia Luther, p.63), presenta en escena a la que posteriormente fue su segunda esposa como el detonante del fin. La oposición multifocal condiciona, también, múltiples rupturas, que se expresan por medio de disyunciones excluyentes: la de la sociedad económica, representada por el alejamiento de la fábrica (“Mi tío Ernesto estaba horrorizado (...) Tenía que renunciar a su aventura con Emilia y a su locura en los médanos. O renunciaba a ambas, o se vería obligado a tener que liquidar la sociedad, dándole su parte y retirándolo de la firma”, p. 64), y la de la sociedad marital (“Mi madre le planteó las cosas también. Que se decidiera por Emilia o por ella.”, p.64). Nuevamente, la moral particular del padre busca modelo en la del abuelo (“Papá no estaba dispuesto a renunciar a nada. (...) ¿Acaso Silvio Gesell, su padre, no había tenido otras mujeres y su esposa se lo había permitido? ¿Por qué no lo iba a hacer la suya?”, p.65), pero no logra su cometido. El relato lo muestra “acorralado”, “solo” (p. 65) frente a un mundo que “se había transformado de pronto en un sitio hostil” (p.65), y su mudanza definitiva a sus propiedades de la costa, es calificada, con tono trágico, como un “exilio, donde sus lágrimas las secaría el viento y los gritos de la frustración se ahogarían en el ruido del mar” (p.65); y en el capítulo siguiente, el primero de la tercera parte, el desértico exilio se transformará en un “refugio” natural, debido a que “los hombres lo habían defraudado” (p.69). Si anteriormente la esposa había ocupado el rol de sufriente, la mudanza invierte los papeles, ubicando a Carlos Gesell fuera de su familia, de su empresa y del entorno civilizado, que se presenta como hostil, ahora, para el protagonista.

La relación hombre – naturaleza que los equipara, ya sea como fuerzas antagónicas o aliadas, en metáforas que los libros anteriores (principalmente *El domador de médanos*) habían explotado extensamente, aparece relevada en *Carlos I. Gesell, su vida*, por primera vez en la tercera parte, ya instalado Gesell en sus dominios. Entonces, se postula la existencia de “pactos” con los “médanos indómitos” (p.69) y se opone, en un pie de

igualdad, la fidelidad de la Naturaleza (la mayúscula es nuestra) al abandono de los hombres (“Los hombres lo habían defraudado. Ella no lo haría”, p.69). Así, la igualdad se extiende a la lucha, que se plantea como un dominio que se logrará “usando sus propias armas [las de la naturaleza]” (p.69). El traslado, también, condiciona una mayor singularización del personaje respecto de su origen (“Siempre había amado a la naturaleza, ya por tradición. En adelante, la empezó a amar como refugio”, p.69) y un cambio de carácter (“Si antes había sido poco sociable, en adelante se volvió directamente huraño”, p.69), lo que, para la autora, funciona como indicio evidente de ese pacto cuyos límites desconoce (“¿Qué pactos habría hecho con los indómitos médanos [...]. No lo sé. Sólo sé que se operó en él un cambio”, p.69).

Un acto fundacional retoma en este capítulo el tema de la herencia: la decisión de denominar por primera vez a la zona “Parque Idaho” se explica por la “quimera” de su padre y su tío, que habían soñado con vivir juntos en el estado de Idaho, en EE.UU. El hijo, que fue llamado así en recuerdo a ese sueño, lo homenajea y lo vuelve accesible con su creación (“Pues bien, él haría un Parque Idaho, con grandes plantaciones”, p.70). El homenaje se retoma en el capítulo tercero de esta parte cuando se alude al nuevo bautismo de la ciudad, ya decidido su futuro como balneario, como “Villa Silvio Gesell”, en honor a su padre.

Nuevas figuras personifican la oposición en esta zona de la biografía que la autora repone a partir de la historia oficial: los pobladores de las zonas próximas (“Ese hombre debía estar loco. Se le empezó a llamar el loco de los médanos”, p.70) frente a los cuales el personaje adopta una postura a la vez indiferente (“Él estaba ajeno a todo eso”, p.70) y pedagógica (“Tenía que enseñarles a todos los descreídos lo que era capaz de hacer”, p.70). Dicha oposición aproxima su excentricidad a la imagen heroica de los relatos precedentes. A partir de mayo del '37, la narración de los hechos íntimos y buena proporción de los públicos dependerá de que hayan sido compartidos –y por lo tanto atestiguados– por la autora o por su hermano y compañero de aventuras Bubi, los que se convertirán en las nuevas víctimas de su padre en el ámbito privado, una vez desplazada de ese lugar la figura

de la madre divorciada. Emilia Luther será a la vez ayudante de su esposo y principal oponente de los hijos de él en la esfera íntima y, en capítulos posteriores, surgirán nuevos y eventuales ayudantes, como Paul Wolf, al que el mismo texto presenta como un “personaje” que “hizo su aparición”, p.77, en la esfera pública.

La vida cotidiana adquiere el carácter de peripecia: las dificultades para acceder al lugar y movilizarse, el abastecimiento de víveres, la educación de los hijos responden a una logística personal. “Todo estaba bien organizado, inclusive los estudios de Bubi y míos” (p.72) inaugura el relato de los peculiares métodos de enseñanza, que en su minuciosidad, ejemplifica la severidad paterna y excusa la rebeldía posterior de los niños. La mención de los sucesivos –y frustrados- intentos de alcanzar la rentabilidad de la región, previos a su concepción turística, conforma un bloque dentro del capítulo que continúa la imagen del excéntrico inventor sin suerte y prepara el advenimiento por descarte de la creación genial. En el capítulo siguiente, se retoma el inventor ingenioso y se enfatiza en el costado “espartano” del padre, a través de los efectos de ese carácter sobre los niños, a los que se describe disfrutando (“El melilotus con sus perfumadas flores blancas crecía tan alto, que con Bubi jugábamos a las escondidas con él”, p.78) y padeciendo el entorno como colaboradores insatisfechos (“...partíamos temprano a la mañana con los sacos llenos de esas estacas y no volvíamos hasta tenerlos vacíos al igual que nuestros estómagos, que no sabiendo de plantaciones, protestaban cuando ya era muy tarde y no habíamos comido nada”, p.78).

Si todos los relatos precedentes habían identificado los comienzos del balneario con la llegada del primer turista “oficial”, Emilio Stark, *Carlos I. Gesell, su vida*, que se propone mostrar los aspectos ocultos (por privados y por desacralizantes), revela los antecedentes: “En el transcurso del verano del 40 llegaron al Parque Idaho tres hombres mandados por amigos de Buenos Aires. (...) Quedaron encantados con el lugar y su entusiasmo le dio a mi padre la convicción de que ya podría comenzar a organizar el Parque Idaho como sitio para turistas que buscasen algo distinto” (p.79).

El capítulo tercero de esta parte, parece escindirse temáticamente en dos: además de narrar los primeros desarrollos de la Villa como sitio turístico, relata el creciente desagrado de los niños por los condicionamientos externos (“compartir nuestra playa con gente desconocida no nos gustaba en absoluto”, p.84) y por los internos: la configuración de Emilia como enemiga (“Mujer fría y dura como el viento del ártico, hacía que el abismo entre ambas partes fuese infranqueable”, p.85) conduce al intento frustrado de fuga y la posterior deportación a un colegio como pupilos. La puesta en marcha de la Villa, que en el capítulo sexto se mencionará como “hija predilecta” (p.107) de Carlos Gesell, expulsará a los verdaderos hijos, iniciándose así, capítulo a capítulo, una serie de idas y vueltas de los dos que, en los papeles de “eterno seguidor” (p.70 y 115) de su padre, en el caso de Bubi, o de “rebelde”, en el caso de la propia Rosemarie (p.70), se presentan como testigos privilegiados y, subrepticamente, como co-artífices de la futura ciudad.

El reencuentro padre-hijo después de cinco años de no verse, indicados por una elipsis explícita en la que se justifica la actitud de los hijos en la intransigencia correctiva del padre, presenta a un Gesell claramente tamizado por la perspectiva filial, como lo muestran la secuencia “sonrientes ojos azul-verdoso, una cara tostada, barba entrecana. Papá” (p.89) elegida por la narradora para dar cuenta del proceso de reconocimiento de su padre realizado por su hermano; la posterior descripción asombrada de los cambios de la ciudad (“Bubi no podía dar crédito a lo que veían sus ojos cuando entraron ya a la zona de arena”, p.90); y la caracterización del personaje central como observador y autosuficiente, producto del descubrimiento personal (“[Bubi] Acompañaba a papá en las recorridas diarias por las plantaciones y aprendía a su lado. Así se dio cuenta hasta qué punto papá era un profundo observador. Observaba y pensaba y las conclusiones a las que llegaba tras un profundo análisis las ampliaba mediante la consulta a sus bibliotecas (...) todas las conclusiones las sacaba él solo (...) papá no dejó nada librado al azar. Todo fue pensado. Detalle por detalle. Él confiaba en una sola persona él mismo. (...) Bubi miraba a su padre con admiración”, p.91-94). Es interesante hacer notar que la introducción de la caracterización física del personaje central aparece, en esta biografía, cuando su hijo ha tomado distancia de la figura que ha sido mostrada, hasta el momento, a través de sus cualidades o defectos. Así, el



recorrido descriptivo del retrato va del exterior al interior, reproduciendo el proceso de reconocimiento, hasta que la palabra “papá” resume el reencuentro y provoca el abandono de la prosopografía.

Tras una nueva elipsis de cuatro años marcada por la ausencia de los hijos, el regreso de los hermanos a Villa Gesell reitera el esquema del capítulo anterior, pero ahora la perspectiva se desplaza a los ojos de la narradora. La ciudad ha progresado aún más (“Esta vez al llegar a la estación Juancho ya no estaba la camioneta. Había un ómnibus para el traslado de los pasajeros (...) los árboles ya habían crecido mucho”, p.97) y ese desarrollo es acompañado por el creciente desorden del cuarto-escritorio: desde la concepción de la ciudad como balneario, cada capítulo establece un vínculo implícito entre ambos espacios (“En nuestra casa la habitación (...) empezó a verse cada vez más llena de papeles”, p.85 / “El caos del cuarto utilizado como oficina era total”, p.90 / “la increíble montaña que era su escritorio”, p.99). También ella se convierte aquí en observadora para construir la valoración del personaje en sus virtudes y en sus defectos. Así, destaca su generosidad (“...tuve la oportunidad de observar a papá como patrón. Era exigente pero comprensivo y bondadoso con su personal. (...) Enemigo acérrimo de los vicios, no permitía que se fumara”, p.98-99), su autosuficiencia (“Papá ya había decidido consigo mismo”, p.100), su practicidad (“Su eminente sentido práctico le hizo dar a su vez números en vez de nombres a las calles”, p.101 / “Con su gran inventiva daba solución a cualquier problema”, p.102), y su versatilidad (“De allí en más, sus actividades podían ser las de agrónomo, técnico en caminos, urbanizador, arquitecto, mecánico electricista, vendedor, experto en relaciones públicas”, p. 102). Así, también, el capítulo quinto de la tercera parte concluye con un nuevo distanciamiento que la autora justifica en las tensiones familiares y las falencias del protagonista: “Él no entendía al ser humano en profundidad y esa fue su falla que llenó su vida de tremendos vacíos” (p.103).

Las frases de Carlos Gesell (propias o apropiadas), esas que, como sus anécdotas, hallaremos recobradas por los textos que integran el corpus en un intento común de singularizar al personaje, se distribuyen en estos capítulos como una suerte de fundamento

verbal de sus actos, sellando, a su vez, la caracterización (“... de allí nació su famosa frase, tantas veces escuchada por aquellos que estuvimos cerca de él a lo largo de los años: -Nadie piensa. Toda la gente es imbécil”, p.92 / “Se basó en el más simple principio humano: ‘Dar para recibir’”, p.94 / “Lo que nunca variaba de su dieta era la manzana cruda, siguiendo los conceptos de un viejo dicho aprendido en los Estados Unidos: ‘Una manzana al día aleja al médico de tu vida’”, p.102).

El capítulo sexto se abre con la mención de los retornos esporádicos de la hija rebelde. Así, presenta al padre como un bromista autoritario, en el episodio en que se narra el despertar de la familia al son de la trompeta, y como un hombre solidario (“Recibía a todo aquel que necesitara de su ayuda, fuese material o moral”, p.110), como un exótico (“su ritmo de vida no concordaba con el de los demás”, p.107), y, cuando el relato familiar se diluye en el local, como un ser ideológicamente amplio (“Mi padre, apolítico por convicción, les daba a todos la misma bienvenida”, p.110) –incluso se llega a proponer un símil *sui generis* con un hippie- y como un estratega (“El éxito del plan fue total. Nuevamente Carlos Idaho Gesell había triunfado”, p.112).

El octavo es el capítulo más descriptivo del libro. Una pregunta inicial “¿Cómo era mi padre, ya octogenario?” (p.117) desencadena una respuesta en la que tanto la descripción física (“Sus ojos seguían mostrando un brillo juvenil y su cara generalmente tostada, contrastaba con la blancura de su pelo y barba”, p.117) como la de su personalidad exhiben más continuidades que novedades. Cada una de sus características, su poder observador, su energía y actividad intensas, su salud, su habilidad para la manipulación, su afición por la experimentación y la novedad, su irritabilidad, su intolerancia a los vicios, su escaso apego a la vida familiar, su exigencia desmedida y su humor variable –generalmente colérico– en el ámbito laboral, son ejemplificadas con acciones frecuentes o anécdotas puntuales que, propias de ese período, podrían haber ocurrido en otros. La reiteración es, por tanto, el procedimiento predominante y no sólo se vuelve a mencionar, como si fuera la primera vez, la composición del brebaje con el que Carlos cuidaba su salud, sino que varios párrafos explicitan el procedimiento comenzando con “mantenía” o “seguía manteniendo”. Es lícito

preguntarse, entonces, el sentido de esta periodización, de este detenimiento en el Gesell octogenario. Por un lado, podría decirse que mostrar la continuidad (con un leve agravamiento en el ámbito laboral, donde los hijos e hijas políticos terminan siendo nuevamente las víctimas de sus desplantes) contribuye a mostrar su vigor intacto. Por otro lado, esa misma agudización de su carácter colérico le permite a la enunciativa explicar, también reiteradamente en los capítulos posteriores, los perjuicios que la omnipotencia puede provocar en el ser humano y justificar el alejamiento de los familiares como inevitable. Si bien la narradora adopta una actitud comprensiva frente a la oposición de Carlos a los avances urbanos, distinguiéndose así de la incompreensión circundante (“Papá sabía lo que iba a suceder. La Villa dejaría de ser Ese Lugar que él planeaba. Lo dijo. No lo entendieron. Pensaron que ya estaba viejo, que había perdido su visión del futuro”, p.125) y se muestra a sí misma como una aliada de su padre (“podía confiar en mí igual que en Bubi”, p.131), en todo momento lo responsabiliza por su soledad. Incluso la mención de todos los galardones recibidos por su logro es inmediatamente seguida de una adversación que cuestiona el éxito que esos honores parecen confirmar (“Lo había logrado. Pero papá, de tanto querer dar la imagen de hombre omnipotente, se estaba quedando solo”, p.129-130). Las metáforas “viejo león” y “viejo monarca” que Rosemarie Gesell utiliza para mencionar a su padre poco antes de morir rescatan a la vez su vigor y su debilidad. Una metáfora final, “patriarca”, por medio de la cual Rosemarie evoca a su padre en su entierro, es clave para pensar la imagen que del padre/fundador se constituye en este relato.

Al despojarse del condicionamiento histórico, la biografía de Rosemarie Gesell propone abandonar la imagen heroica sin fisuras y explorar al personaje como un ser humano destacado, singular, pero heterogéneo. El modelo de vida -en el sentido bajtiniano del concepto- se constituye en la ambigüedad que toda vida humana supone y que, en el caso de una figura habitualmente considerada de un modo plano, la información privada logra develar. La novedad del aporte respecto de los textos anteriores no sólo se vincula con mostrar la intimidad del hombre público y, por lo tanto, los aspectos desconocidos o voluntariamente ignorados por la inscripción genérica de esos relatos, sino también el juicio

crítico, esencial para la constitución de un retrato cuestionador. Así, si bien pueden encontrarse algunos procedimientos ya utilizados en las historias de la ciudad (por ejemplo, el recurso a los orígenes y el establecimiento de linajes, ahora aplicados a lo familiar, o la representación de los oponentes, desplazada del ámbito público al doméstico<sup>26</sup>), *Carlos I. Gesell, su vida* innova, sobre todo, en la consideración plural del personaje: no es un héroe desmentido como hombre común, sino un genio (y un hombre de genio) complejo en su dimensión moral, compuesto de extremos, de opuestos. Así, el relativo acuerdo de la narradora con la imagen construida en los relatos habituales sobre Carlos Gesell en lo concerniente a la valoración del hombre por su obra (Perelman, [1977] 1997) se problematiza con la interpretación de la hija, fundada en su vivencia; de los aspectos íntimos de la vida familiar, el carácter y el estilo de vida, subtópicos de la figura de la persona (Plantin, 2009) que, en esta narración, puede transformar lo pintoresco en despótico o egocéntrico.

Por otra parte, si, como afirma Ricoeur (1999), la identidad se construye en el relato, condicionada inevitablemente por el presente de ese relato, podemos decir que el momento de enunciación tiene una influencia notoria en la conformación del retrato y en la dimensión claramente interpretativa que asume la narración para configurar la identidad del biografiado y producir la refiguración de su biografía (y del lector, que advierte un modelo de vida más acorde a la época, despojado de tintes heróicos). Asimismo, la apelación al discurso testimonial, definido por Charadeau (2009) como un discurso de verdad “en bruto” por su imposibilidad de ser puesto en discusión, le resulta a la biógrafa una estrategia insuficiente, dado que requiere, además, lograr la persuasión del lector por medio de la reconstrucción de otros puntos de vista (principalmente del entorno familiar), combinada con la reproducción de hechos y anécdotas, cuya permanente interpretación pretende sumar, a la legitimación de la palabra, su credibilidad.

---

<sup>26</sup> La vida del protagonista no deja de remitir a la metáfora conceptual “la vida es una lucha”, que ya analizamos. En el texto de Rosemarie Gesell se manifiestan nuevos frentes de batalla vinculados con la esfera íntima.

## 1.2- Una reformulación: “Biografía de Carlos Idaho Gesell” (2003). El prócer humanizado

La biografía oficial, publicada bajo la forma de un folleto por la Dirección de Cultura de la Secretaría de Turismo y Cultura de la Municipalidad de Villa Gesell (“Biografía de Carlos Idaho Gesell”), firmada por la Lic. Amalia Oestreicher, reivindica sólo dos fuentes: *Carlos I. Gesell, su vida* (1983) y el Archivo del Museo Histórico Municipal. Si bien aparece relevada –sin mención bibliográfica– información de otros libros incluidos en nuestro corpus, es interesante analizar cómo la reformulación con objetivo divulgador soslaya la mirada crítica de la fuente elegida, aunque mantiene la voluntad explicativa.

En efecto, el folleto sintetiza en doce páginas y media la biografía, expurgándola, principalmente, de las vivencias (hechos y apreciaciones sobre los hechos) personales y familiares que abundan en el libro de Rosemarie Gesell, que podrían hacer peligrar la imagen heroica que se pretende transmitir en la biografía oficial. En esta reformulación, se comienza por el nacimiento de Carlos, pero inmediatamente se narra, en una retrospectiva, una más breve biografía de su padre que mantiene las consideraciones acerca de la herencia Silvio/Carlos, realizando afirmaciones más directas, amparadas en la voluntad explicativa de la síntesis: “Carlos es el [hijo] que más se parece a su padre. Silvio va a tener el hobby de los inventos durante toda su vida, además de una gran habilidad para el comercio y estas condiciones las hereda su hijo Carlos”. Del mismo modo, diversas explicaciones causales intentan reponer las condiciones de crianza del niño Carlos, convirtiéndolo en una víctima de las decisiones parentales a quien su hija sólo muestra como un producto de tales decisiones: si Rosemarie afirma solamente que a Carlos en la Suiza francesa “el aprendizaje le resultaría difícil debido a que del alemán tuvo que pasar al francés del cual no tenía ninguna noción, pues, aunque mi abuelo lo hablaba no se lo había enseñado a sus hijos (...). Papá dejó de ir al colegio. Los continuos cambios hicieron nacer en él la idea apoyada por mi abuelo, de estudiar solo” (p.18 y 20), Oestreicher concluye que “la educación del niño se ve entorpecida por los constantes cambios (...) Ya en el secundario en Suiza tiene dificultades con el idioma francés y su padre, en lugar de ayudarlo, lo retira del colegio”; si Rosemarie

interpreta que “en el fondo, no haber seguido una carrera universitaria fue uno de sus [de su padre] traumas, pese a que nunca quiso admitirlo” (p.20), Oestreicher intensifica la idea, estableciendo relaciones causales explícitas y transformando los “traumas” en “resentimiento” (“su padre, en lugar de ayudarlo, lo retira del colegio. Es por eso que tanto (sic) Carlos (tal como había sucedido con su padre) no llega a tener una educación universitaria, lo que crea en Don Carlos un resentimiento durante toda su vida, que se trasluce en la manera con que habla y ‘desprecia’ a la gente que posee un título universitario”)<sup>27</sup>.

Esta biografía no descuida la narración de anécdotas e inventos. Es más, podría decirse que la totalidad del relato está jalonada por ellos y que lo que en *Carlos I. Gesell, su vida* funciona como argumento de las aseveraciones sobre el carácter paterno al mismo tiempo que como argumento de los padecimientos familiares, en la “Biografía de Carlos Idaho Gesell”, sólo alimenta el culto al fundador y el pintoresquismo. Es así como, de las críticas de Rosemarie, subsisten un tibio calificativo de “sufrida” para la primera esposa en la narración de uno de los inventos, la afirmación de que “todo su tiempo libre no lo dedica a su pequeña (?) familia sino que lo pasa en las bibliotecas estudiando y estudiando” y una ínfima mención a los sinsabores familiares con un elusivo “detalles de convivencia que exigía Don Carlos”. La objetividad con la que se cuenta, como un dato accesorio, el cambio de esposa en la biografía oficial (“Además, en 1936 Don Carlos se ha divorciado de Marta Tomys y está instalado con su nueva mujer, Emilia Luther”) y la omisión de actantes en la narración de hechos (lo que Rosemarie cuenta como un hecho conjunto (“Con Emilia arreglamos la casita. Llenamos la despensa con víveres indispensables y huevos frescos de

---

<sup>27</sup> En 2009, el Museo y Archivo Histórico reedita la biografía escrita por Oestreicher. Esta vez, anuncia en la portada que ha sido corregida por el Servicio Educativo del Museo y Archivo Histórico. Dichas correcciones se realizan sobre algunos errores gramaticales y de edición del texto, pero, por sobre todo, orientan la labor didáctica de sus autores a dos tareas: por un lado, completan información (suministrando los nombres completos y años de nacimiento de los hijos, mencionando al propietario original de las tierras, etc.) o la enmiendan (cambiando algunos datos inexactos), y por otro lado, diluyen el tono acusatorio con que Oestreicher se refiere a Silvio Gesell en el fragmento seleccionado, prefiriendo una formulación más cercana a la de la fuente original, el libro de Rosemarie: “En el transcurso de su educación en Suiza comienza a nacer en Carlos la idea (apoyada por su padre) de estudiar solo. En el fondo, el no haber seguido una carrera universitaria fue uno de sus traumas, aunque no quiso admitirlo” (ed. 2009).

nuestro gallinero”, p. 83 (Gesell, R. (1983)), Oestreicher lo relata como una acción individual de la esposa en conflicto (“La casita, que Emilia había adornado con flores y huevos frescos, espera a los primeros turistas que la ocuparán” (Oestreicher, 2003)) delatan la intención de atenuar cualquier opinión desfavorable de una fuente a todas luces polémica.

De esta manera, como dijimos, el discurso oficial –esta vez de explícita intención biográfica- retoma la figuración heroica más plana por medio de la cual las historias de Villa Gesell habían concebido al fundador de la ciudad, pero incorporando una fuente familiar que reivindica el valor biográfico cotidiano por medio del cuestionamiento a la sacralidad de la figura. Los repliegues que constituyen la singularidad del *homo psychologicus* que Sibilia (2008) identifica como paradigma de la segunda etapa de la representación biográfica se presentan en la biografía de la hija por medio de la construcción de un retrato moralmente ambiguo. Es imprescindible, entonces, que para lograr una biografía que rescate y publique la intimidad, con el fin de satisfacer la pulsión del hombre actual de conocer su propia vida a partir del relato de las ajenas (Arfuch, 2002), la perspectiva oficial, vinculada con la necesidad de consolidación de la identidad comunitaria (Arfuch, 2002; Augé, 2006) –y por lo tanto, necesariamente encomiástica e idealizada (Candau, 2001)- opere sobre la familiar, apelando a los mismos subtópicos para construir el lugar de la persona (Plantin, 2009), pero recortando la dimensión crítica, transformando el individualismo en singularidad, la crítica en mero resumen de excentricidades geniales.

## **2- *Mi Abuelo... Carlos Gesell, de Marta Soria Gesell (2007)***

Escrito veinticuatro años más tarde, *Mi Abuelo... Carlos Gesell* intenta disputarle a *Carlos I. Gesell, su vida* (1983) su valor testimonial, y probablemente en ello radique la insistencia del coordinador (y real redactor del volumen) en resaltar el “aporte” que implica

la obra<sup>28</sup>. Si el título del libro de Rosemarie Gesell pretende una objetividad que en su interior no ostenta, el del libro de Marta Soria delata su perspectiva intimista, en un gesto apropiador que le arrebató al personaje su independencia para convertirlo en un sujeto constituido en y por lo vincular. Si la hija de Gesell destaca en su dedicatoria las virtudes personales del protagonista, extensibles a otros seres semejantes (“Dedico este relato a las personas que a través de su vida mantienen el valor de vivir de acuerdo a sus convicciones”), su nieta lo dedica “a la memoria de mi [su] abuelo Carlos”, circunscribiendo con claridad los límites de la mirada. Ambas narradoras abordan los hechos centrales que constituyen a Gesell como un hombre de interés público y ambas, también, como ya vimos en el caso del libro de Rosemarie, lo perspectivizan desde su propia mirada. Sin embargo, en este caso, es notoria la reivindicación de la memoria como una forma simbólica de actualizar al personaje desde los recuerdos personales. En este sentido, Joel Candau (2001) pone en segundo plano el carácter informativo de los signos memorativos que, en los más diversos soportes, sostienen la memoria doméstica, para destacar su función garantizadora de la perpetuación del linaje: la imagen del biografiado (su memoria) se construye y se consolida en relación con la memoria de su nieta en tanto tal (“La casa [de mi abuelo] mantiene más no sea (*sic*) en mi interior, los latidos de vida de aquellos años”, p.11-12). Los agradecimientos especiales del libro de Marta Soria Gesell reconstruyen una genealogía podada<sup>29</sup> en la que la madre de la narradora orienta su acción (“haberme hecho conocer, entender y querer a mi abuelo”), y sus hijas y yerno, descendencia e “importante contribución” y otras personas de su círculo íntimo merecen la calificación de “destacado aporte”, “incondicional compañía”, o impulso a la concreción de la obra y “fuerza motriz de mi sueño”. El “Reconocimiento especial” se dedica a Héctor

---

<sup>28</sup> Una publicación electrónica local que anuncia la presentación del libro de Soria lo distingue en el corpus y destaca como una innovación su voluntad abarcativa, aparentemente identificada con el saber ancestral y, por lo tanto, con la verdad: “A diferencia de otras publicaciones –algunas dirigidas por el mismo Carlos Gesell, donde recreó su propio mito, otras en un acto de reconciliación y las que simplemente fueron especulaciones comerciales– el trabajo de Marta Soria Gesell comienza con sus tatarabuelos.” (“Mi abuelo... Carlos Gesell”, en *El Mensajero de la Costa on line*, (2007), publicado en <http://www.diario-elmensajero.com.ar>.

<sup>26</sup> Se excluye de esta genealogía otras voces familiares discordantes respecto de la perspectiva privilegiada y se reivindica la línea sucesoria de la autora de manera estricta.



Varela y su familia, que acompañó al abuelo y a su esposa “hasta último momento”, lo que le otorga en este relato de fidelidades, estatuto histórico “figura de relevante trascendencia en la historia de esta ciudad”.

La narración comienza y termina en el cementerio, en épocas distintas. La introducción instituye el presente como el filtro perceptivo del pasado, narrando, a partir de un homenaje al fundador en el cementerio local, una historia de la memoria, el origen del relato, que se autentifica en una relación entre el pasado y el presente de sustento claramente indicial. Así, en un recorrido del cementerio al Museo (antigua casa del fundador), cada acto de sus descendientes –nieta, bisnieta y tataranieta-, cada objeto que aparece en su camino, actualiza el pasado y genera la evocación: “Al regresar del acto, el especial calorcito nos invitaba a caminar y a hacer un bello paseo por la playa. Esa misma playa que en 1931 acariciaba las costas de una futura ciudad balnearia. Nos acercamos a ese inmenso mar azul (...), pisando la orilla que en ese momento estaba visitada por miles de caracolas. Los tres comenzamos a juntarlas. En ese momento llegaron a mi memoria los recuerdos de una Villa ya lejana donde los caminos de las casas estaban cubiertos de conchillas y caracoles, incluido el sendero a la vivienda de mi abuelo. (...) Llenos de entusiasmo seguimos andando hasta toparnos con un mangrullo, el cual me hizo recordar a la niñez y a uno especial de aquellos tiempos. Fue en ese momento en que vi la casa de mi abuelo, hoy convertida en un centro cultural y que fuera su vivienda personal desde el año 1955” (p.11). Del mismo modo en que los objetos escanden el recorrido y generan la memoria, provocan también la curiosidad de la bisnieta del fundador, que el relato presenta como su propio motor, ya que propone la narración (“Esta vista también despertó la curiosidad de Victoria, quien rápidamente me preguntó por qué no le contaba historias de esas épocas”, p.11) y propicia la investigación (“Y así fue como decidimos ingresar a la vivienda, donde los recuerdos, las vivencias, las historias de tiempos idos, iban apareciendo como desde la galera de un mago.” (p.11). El camino mismo es, pues, concebido como un “viaje por el tiempo” en el que sus descendientes vuelven a vivir los acontecimientos (“revivir las historias de mi abuelo, Carlos Gesell”, p.11) –y, por lo tanto, de alguna manera, a protagonizarlos, como estudiaremos con mayor profundidad en “Autorretratos”.

El recorrido se completa, inevitablemente, en la casa de la narradora/autora, donde “recuerdos, fotos, lugares, historias y vivencias personales” alientan la “firme idea de poder volcar todo en un libro” (p.12-13). El presente, entonces, provee los indicios del pasado y el relato revela, por medio de la recreación de su origen, la función de los descendientes, que, autorizados por el linaje que los convierte en huellas vivas de ese mundo recreado, se convierten en obligados transmisores de generación en generación de las historias familiares.

No resulta casual que sea este, de todos los que integran nuestro corpus, el texto que recupera en su interior el valor memorístico que implica el patrimonio, incorporando la tumba y las antiguas casas familiares, actuales museos, como puntos de partida de la acción de recordar. La razón de ser de los lugares de memoria, como señala Pierre Nora (1984), es detener el tiempo para bloquear el trabajo del olvido. Así, por medio de su conservación, estos lugares se convierten en huellas que hasta pueden generar la sensación de que no ha habido cambios a través del tiempo, lo cual resulta confirmatorio de la identidad personal y la colectiva. En este caso, los museos (instituciones que intentan conservar el pasado comunitario) son, a la vez, las antiguas residencias familiares y la tumba alrededor de la cual las autoridades deciden organizar el homenaje es, a la vez, la del abuelo. Si, como observa Marc Guillaume (1990), el patrimonio es un “aparato ideológico de la memoria”, dado que alimenta las ficciones históricas que se construyen acerca del pasado, la ficción de recorrido, junto con sus descendientes, del cementerio a las casas/museos y de allí al hogar propio, que elabora Marta Soria, tiene una función legitimadora de la palabra, ya que los espacios “disparan” el recuerdo personal y este, a su vez, la historia pública y la íntima que se contará a los descendientes y a los lectores. En *Mi abuelo... Carlos Gesell*, además, terminar el paseo en la casa de Marta Soria, donde los esperan las fotografías, implica integrar esa casa al circuito y, por lo tanto, constituir a la propia autora en la sucesora privilegiada, heredera natural también del protagonismo de su abuelo.

En “El mensaje fotográfico” (1995), Roland Barthes analiza en la fotografía de prensa la importancia de la sintaxis, entre otros procedimientos de connotación fotográfica. Al respecto, señala que en muchas oportunidades, su lectura debe realizarse en secuencia, dado

que lo importante es su encadenamiento. Esa mirada nos parece propicia para analizar las imágenes que Marta Soria incluye en cada capítulo, dado que su organización resulta en la totalidad de este volumen particularmente significativa. Las fotografías del primer capítulo, por ejemplo, parecen determinar no sólo los recuerdos –como ficcionaliza Soria cuando dice que a partir de su aparición surge la idea de escribir el libro–, sino también su orden de aparición, dado que este coincide con la cronología familiar (la primera es la de Matilde Talbot, la abuela del biografiado), y esta, junto con un retrato de Ernesto Gesell, su esposo, una pintura de Hermann Gesell y una fotografía de la Tía Laura, ya mayor, permiten introducir la enumeración y caracterización sintética de su prole en el primer capítulo “Desde la vieja Europa, la familia Gesell”. La mención, entre los hermanos, de Silvio se acompaña de un paréntesis que orienta al lector sobre su importancia “(padre de Carlos)”, y Laura merece un apartado, “Acerca de Laura Gesell”, por su vínculo con el biografiado, pero principalmente, con la biógrafa, constituida en garante de la fidelidad del retrato: “Tante [Tía] Laura, a quien yo conocí, vivió con mi abuelo en el chalet de Villa Gesell (...). Una anécdota personal la muestra así tal cual era” (p.20).

El capítulo 2 se centra en el padre del biografiado. “Silvio Gesell... ¡Qué personaje!” no aporta datos significativos con respecto a otras biografías del corpus. Como en aquellas, se rescata su espíritu viajero, su iniciativa de inventor y su condición de economista destacado, pero se enfatiza la excentricidad anunciada por la exclamación del título del capítulo con la mención de su etapa en una comunidad naturista y un más extenso relato de su profusa actividad amorosa, dato que revela la procedencia más íntima de la información. Si bien no se explicita la semejanza entre el padre y el hijo, como en el caso del libro de Rosemarie Gesell, la autora establece otras semejanzas (la primavera, estación en la cual nace Silvio, por su fuerza y su carácter innovador permite “graficar casi poéticamente la vida de Silvio Gesell”, p.23) y relaciones próximas al orden de la coincidencia (“Nuevamente en Alemania, Silvio se enferma de neumonía y muere el 11 de marzo de 1930. Un año antes del momento en que su hijo Carlos Idaho comenzaría su extraordinaria historia junto a las dunas ubicadas frente a un océano muy distante de aquella Alemania”,

p.26) que contextualizan la narración y le otorgan mayor pertinencia al capítulo en el interior del volumen.

Es necesario decir aquí, con respecto a la estructura del libro, que lo que ocurre con Silvio Gesell y, en una módica expresión, en el interior del primer capítulo con la Tía Laura, ocurre también con otros personajes secundarios que la autora juzga destacables. Si bien *Mi Abuelo... Carlos Gesell* intenta un recorrido cronológico de la historia del personaje, remontándose, como vimos, a los antepasados más remotos asequibles, alterna la narración lineal de esa vida con la cada vez más frecuente focalización en los distintos personajes que la acompañaron, a la manera de ramificaciones que oportunamente se desprenden de la historia y constituyen núcleos temáticos relativamente autónomos. Esta peculiaridad parece detener la narración central y constituir catálisis (Barthes, 1970) que muestran a los personajes secundarios en su devenir, en una lógica próxima a la de la semblanza. Este procedimiento podría interpretarse como una forma de apropiación del género que lo conecta con las memorias y, por lo tanto, con una forma más subjetiva de reconstrucción identitaria.

“Los primeros años de mi abuelo”, el segundo capítulo, narra previsiblemente los viajes, los inventos (por supuesto, no falta el experimento frustrado con pólvora), su vocación autodidacta (por la cual se lo identifica con su padre), su autoexigencia y los años en el servicio militar. El relato es jalonado por anécdotas de la vida del biografiado tamizadas por el filtro perceptivo de la biógrafa, en su calidad de escucha privilegiada (“Me solía contar una anécdota”, p.32) o, a la inversa, anécdotas de la biógrafa que se desprenden de las características del biografiado y de su íntima relación con él (“Mi abuelo fue sumamente exigente y rígido con él mismo y con nosotros (...) nos hacía rendir alguna especie de examen con preguntas que nos efectuaba sobre cualquier materia que se le ocurriese”, p.31)<sup>30</sup>.

---

<sup>27</sup> Rosemarie Gesell refería la misma anécdota sin descuidar su vocación rebelde, desplazada en este sistema de genealogías a su propia hija, a la que parece oponerse en el libro de Marta Soria otra imagen, fascinada, de la nieta hija de Juana: “Mi hija Claudia consiguió un día curarlo de sus costumbres. Cuando su abuelo le hizo una pregunta a la cual no pudo contestar, le retrucó con otra que ella sabía y papá no. Ser atrapado en

El capítulo “Carlos Gesell en los Estados Unidos” no contiene imágenes. En él el resumen de los hechos<sup>31</sup> se orienta a mostrar el espacio físico como un contexto propicio para el desarrollo de la característica inventiva de Gesell. “A ese mundo Carlos Gesell llegaba para incursionar en la tarea de la invención a la que tanto amó y dedicó gran parte de la existencia. Mi abuelo tuvo la fortuna de llegar a conocer a Ford y a otros tantos nombres del desarrollo industrial mundial” (p.35). La anécdota de la novia que tuvo antes de casarse con Marta Tomys confirma al abuelo en la imagen de “ser extraño” (p.35) también en el ámbito íntimo y destaca la complicidad con la nieta en su papel de confidente (“En sus charlas de escritorio, el abuelo Carlos, solía contarme historias de aquella novia estadounidense y que cuando iba de viaje solía verla (...) Hasta que entraba doña Emilia preguntándole qué cosas contaba, a lo que mi abuelo, guiñándome un ojo, respondía: “no, nada, nada”. Y los dos, compinches, sonreíamos ante la situación” (p.35). El capítulo se cierra sobre el mundo familiar de la biógrafa, narrando el nacimiento de su madre, y serán el relato de esta mujer y las fotos que ella aporta los que signarán la caracterización de cada uno de los hermanos que domina el capítulo siguiente, “Mi madre y sus hermanos” (“Mi madre recuerda que...”; “Mi madre cita...”; “Según narraciones de mi madre...”). El viaje del matrimonio a Mar del Plata de 1931, en el que Gesell conoce a Guerrero y compra los terrenos, permite abandonar la semblanza, retomar el relato y concluir el capítulo, generando intriga “Algo está por ocurrir.”(p. 39).

Los siguientes “Desierto en venta” y “La creación de un paraíso verde” reubican al lector en la biografía. En ellos se cuenta, a lo largo de escasas siete páginas para la

---

inferioridad de condiciones no le gustó en absoluto, y, por las dudas volviese a suceder, no hizo más cuestionarios” (p.121-122; Gesell, R., 1983).

<sup>28</sup> Resulta interesante analizar la manera en que el capítulo sintetiza narraciones precedentes. El nacimiento de Roberto Sirio, primer hijo del matrimonio, se subordina a la pasión inventiva y a las exóticas costumbres de su padre.

importancia que la cuestión debería tener en una biografía del fundador de la ciudad, la adquisición de los terrenos, la decisión irrevocable del personaje frente a la oposición de su hermano, la construcción de la casa, el traslado familiar, el contraste entre el juego despreocupado de los niños y los sufrimientos de su madre, aislada en el desierto, y la ardua forestación. Las fotografías que los acompañan parecen proponer también un contraste entre el “desierto” y el “paraíso”. Tanto la que lleva el epígrafe “La primera casa” como la denominada “Carlos Gesell analizando ‘su’ desierto”, de “Desierto en venta”, exhiben la aridez extrema del paisaje. Para “La creación de un paraíso verde”, la autora selecciona dos vistas aéreas de “los primeros años de la Villa” (una de ellas, incluso extemporánea, dado que ya se ha edificado uno de los hoteles emblemáticos de la ciudad) con la evidente intención de mostrar el desarrollo forestal incipiente, pero sostenido.

En lo que respecta a la construcción de la figura del héroe, en ambos capítulos reaparece, convencional y sucintamente, la figura del obstinado domador de médanos que lucha contra las adversidades en pos de su ideal. El afán resuntivo y testimonial conduce a incluir un fragmento de los propios relatos de Carlos Gesell, con el objetivo de “graficar” el carácter de la hazaña anunciada por medio de las hipérboles de rigor: “La tarea por delante era ardua, titánica, cualquier mortal hubiese abandonado...” (p.45). Por último, también recurre a la relación entre los vientos devastadores y los “vientos de la propia vida”, para sólo aludir (a diferencia del tratamiento que hacen del episodio Rosemarie Gesell y Saccomano) a “algunos avatares [que] se avecinaban” (p.48). Estos “avatares” silenciados son los que se sugieren con la semblanza inmediatamente posterior, en “Mi abuela Marta...”, de la primera esposa de Gesell, y con el posterior capítulo, “Doña Emilia”, dedicado a la segunda esposa.

“Mi abuela Marta” vuelve a desviar la narración hacia la semblanza del personaje secundario, al cual aborda a partir de su separación del protagonista hasta su muerte. Marta Tomys aparece principalmente por su condición de abuela de la narradora (“Marta Tomys fue mi abuela y de ella quiero comentar algunos aspectos en esta parte del libro”, p.49) y se la retoma simplemente como alguien a quien “ya había citado en un capítulo anterior”

(p.49). A nivel de la narración, se refiere la dureza de esa etapa en contraste con una vida anterior “extremadamente holgada” (p.50), la reubicación de los integrantes de la familia y el reacomodamiento posterior. La descripción atiende a sus cualidades de anfitriona y jardinera. La selección fotográfica la representa en un entorno exclusivamente femenino, con sus hermanas, sus amigas y la hija antecesora de la narradora, lo cual, como dijimos, delata la restricción al archivo personal. Casi como una contracara necesaria, el siguiente capítulo focaliza en la segunda esposa de Carlos Gesell. “Doña Emilia Luther” la considera la protagonista de la “nueva historia de amor” de su abuelo. Retoma su pasado elegante e independiente para destacar su arrojo amoroso y su fidelidad (“Dejó todo por amor. Una vida llena de lujos quedó atrás cuando decidió acompañar a mi abuelo en su aventura frente al mar, luchadora incansable se mantuvo junto a él hasta último momento y fue activa protagonista del desarrollo de lo que hoy es Villa Gesell”, p.53). El contrapunto entre su aspecto frío y “cierta calidez que había que saber descubrir y observar” revela la sagacidad de la narradora, sugiriendo su diferencia respecto de otras posibles miradas familiares, como la de su tía, expuesta en *Carlos I. Gesell, su vida*. Esta sagacidad parece, nuevamente, fundarse en la proximidad del vínculo, que casi se equipara en el relato con la importancia del personaje como compañera del fundador (“Las historias que involucran a doña Emilia me traen a la memoria cuando le regalaba uvas en la boca a mi hermano, que era muy apegado a ella. A mí me llevaba a comprar lindos vestidos y muñecas. Pero fundamentalmente estuvo codo a codo trabajando por la comunidad geselina...”, p.54). Si bien se califica a las imágenes que acompañan el capítulo como una muestra de la importancia de Emilia como “actora de la vida de esos años en la incipiente villa” (p.54), en realidad son todas fotos de la pareja en situaciones personales.

“Juana y Roberto, mis padres...” inaugura los relatos más evidentemente propios del libro. La reconstrucción del encuentro y matrimonio de los padres de la biógrafa repite la concepción nuclear del volumen. A partir de su unión (registrada en la única foto del capítulo, a la salida de la Iglesia) se cuenta el devenir marital e individual de cada uno y el de una línea de su descendencia, reservando la mención del nacimiento de la biógrafa al final del capítulo, y el comienzo del siguiente, “La primera nietita...”, el que permite

retomar al protagonista de la biografía en su carácter de abuelo amoroso. El valor de las frases del personaje, que hasta el momento había consolidado la figura pública, comienza a ser asignado a las dirigidas a su nieta, destacadas en negrita. En la narración de “La primera nietita...” aparece con fuerza la primera persona del plural, alternando dos nosotros de exclusión variada: uno al final del capítulo, por medio del cual parece referir a su núcleo familiar, y uno, predominante, con el cual construye la indisolubilidad del vínculo nieta-abuelo. La distribución y el sistema de epígrafes de las imágenes del capítulo, que analizaremos con mayor profundidad en “Autorretratos”, muestran la peculiaridad de ese vínculo. Finalmente, el capítulo 12, “Estadía muy especial”, relata las costumbres de los veraneos con el abuelo. Si bien comienza anunciando la diferencia (“No era muy fácil”, p.65), la valoración de la experiencia es opuesta a la de Rosemarie: los horarios estrictos se compensaban con los juegos y la bebida del desayuno (“auténticamente desagradable”, p.65) se compensaba con la “salvación” de los manjares de la tía Sonja. Así, la imagen de excéntrico y exigente (toca el gong para levantarlos, hace las “rigurosas preguntas de colegio”, p.66) del biografiado se suaviza y se aproxima a la de la narradora por medio de la de hombre-niño (“se reía mucho como un chico”, p.66) y la de ser caritativo con los animales. Los paseos aventureros por los dominios con el abuelo se complementan con los paseos de pretensión urbana con doña Emilia y en esos recorridos se definen, como veremos, los contornos de la ciudad.

“Los sesenta... aquellos años locos” centra la narración en los cambios de la ciudad y su constitución en un lugar hedonista (insistentemente, la autora apela a la denominación “dolce vita” para calificar su fama). La figura de Gesell como hombre sano, aficionado a la vida natural, emerge con mayor intensidad en este capítulo. La mención del brebaje contra la artritis y su extensión propedéutica al resto de los comensales en una cena de Navidad, cuya pertinencia parece inicialmente justificada sólo por la época en la que comenzó a tomarlo, se completa más adelante con la aclaración de que, en contraste con el devenir mundano del lugar, “a mi abuelo, que era una persona no partidaria de la noche, el alcohol, los cigarrillos, no le gustaba el juego, ni el casino; apostaba a una vida sana, levantarse temprano, bañarse con agua fría y salir a caminar, no le gustaban mucho los boliches ni esa



fama de la 'dolce vita' que su Villa iba teniendo por esos años" (p.74). Las fotografías son contemporáneas (en primer lugar, retratos familiares y, luego, paisajes urbanos: capilla, playa, estación de servicio), rematadas por una copia de una carta del abuelo a su nieta, parecen responder al archivo personal de la época más que al espíritu del capítulo. Sin embargo, la carta rescata el costado didáctico del abuelo, consecuente con el perfil moralista que adquiere aquí el personaje: "En todo caso, veo que te has esmerado y el esmero, o sea la voluntad de hacer bien lo que se está haciendo, es la base del éxito".

"Rumbo a la pasarela, entre carreras y progreso", "Mis primeros pasos en los setenta" y "La bisnieta de mi abuelo" son capítulos en los que las memorias personales se imponen a la biografía del fundador. En el primer capítulo de esta serie, el biografiado aparece en su faceta de hombre público y admirado ("Solía pasear del brazo de mi abuelo por el centro, a la tardecita y me encontraba con un montón de gente que se acercaba a saludarlo (...) se acercaban y no nos dejaban seguir avanzando ya que todos querían saludarlo y estrechar su mano o intercambiar algunas palabras con él.", p.80), así como la de activo responsable de su criatura ("El abuelo recorría todo y controlaba, su escritorio era un ir y venir permanente de gente y cada vez había más escuelas. En ese entonces, construye el colegio secundario Anna Bottgër de Gesell...", p.82). En el capítulo siguiente, retoma rápidamente las dos figuraciones anteriores (hombre activo y saludable) y enfatiza su generosidad (dona terrenos a todos sus hijos, por ese entonces unidos), que culmina con la asunción de un rol paternal con su nieta en el apartado "Rumbo a mi nueva vida" ("Cuando se lo presenté [al novio] a mi abuelo, él tomó el papel de padre", p.83). "La bisnieta de mi abuelo" combina la faceta personal (el bisabuelo que repite los gestos del abuelo con la hija de su nieta dilecta) y la faceta pública, mencionando su asistencia a homenajes (acompañado por su nieta), su configuración, que desplaza lo privado a lo público, de "Patriaraca Geselino" (p.93), y los riesgos del entorno "de peligrosa existencia" al que se atribuyen las desavenencias de los últimos años. Las fotografías, en tanto, repiten el esquema: los registros privados y familiares anteceden a los públicos, señalando su prioridad.

El breve capítulo “Honras al fundador” se dedica a enumerar distinciones y condecoraciones recibidas por Carlos Gesell. Sólo sobre el final, bajo el subtítulo “Último cumpleaños”, el recuerdo personal (“en ese instante una congoja muy especial invadió mi interior, como presintiendo lo que vendría”, p.100) anticipa el contenido de “Sombras grises en la Villa” (“Otras historias, ciertamente tristes, también se estaban gestando”, p.100), donde se narra el triste final de la vida de Gesell, enfermo y enjuiciado por todos los hijos, menos la madre de la narradora. Una foto, cuyo epígrafe la sitúa en la época que se quiere narrar (“Carlos Gesell, poco antes de su partida física, 1979”, p.103), y una reproducción final de la tarjeta funeraria cierran la biografía. Una vez muerto, el personaje adquiere el carácter de modelo y el discurso biográfico se instala claramente en el género epidéctico y en una construcción del héroe cercana a la de la hagiografía (“A partir de ese momento la figura del fundador de esta ciudad pasó a la inmortalidad de los grandes. Su conducta, su férrea voluntad, su hombría de bien, su especial personalidad, esa que había logrado convertir un desierto en una ciudad, comenzaban a vivir para siempre.// Carlos Idaho Gesell debería ser sin duda alguna materia de estudio, de homenaje, de reconocimiento constante (...) Las generaciones actuales y futuras pueden encontrar en este hombre la dosis apropiada para vencer obstáculos y alimentar un sueño hasta hacerlo realidad”, p.104). En el discurso biográfico, recorrer la ciudad debe estimular el conocimiento y el recuerdo de su creador (“Al caminar cada calle de la Villa, recorrer cada espacio de algún bosque, (...) cada habitante y cada turista deberían recordar y conocer su gigantesca obra”, p.104) y el agravio a la ciudad se propone personal, reforzando la identidad espacio/fundador que se estaba delineando (“deberíamos pensar muy bien antes de cortar un árbol, arrojar un vidrio en la arena o basura en alguna calle. Porque actuando así, no sólo denigramos el concepto de ciudad civilizada, sino que también estaremos agraviando la figura de un grande de la historia, mi abuelo... Carlos Gesell”, p.104).

El anexo se pretende “una pequeña recopilación de historias relacionadas con la vida de Villa Gesell”, p.107. En verdad, las historias “apasionantes y variadas” (p.107) que lo integran son curiosidades (la historia del primer comisario o de la primera empresa de ómnibus del lugar), que más allá del aporte de información que podrían representar, se

vuelven pequeños homenajes a la fidelidad del converso (“Emilio Luna se hizo geselino a pesar de haber nacido en General Madariaga”, p.108) o del que contribuyó al desarrollo del lugar (“don Carlos Gesell hizo la Villa, Antón la transportó”, p.111). En un texto como este, preocupado por la descendencia, cada historia se cierra señalando que en la ciudad crecieron los tres hijos del comisario y que los descendientes de los hermanos Antón transitaban hasta hace poco las rutas hacia el mar. La “Carta histórica” que culmina el anexo, enviada por Gesell en 1961 a las autoridades del Municipio de Madariaga, resume en términos laudatorios su empresa. La biografía de la nieta se encarga de destacar en negrita la última parte de la nota: **“Este es el porvenir que he ganado para las generaciones futuras con mi trabajo en los médanos”** (p.115) y de exhibir inmediatamente una foto de Marta Soria con sus hijas, yernos y nietos, y una de su madre bajo el subtítulo “Esta es mi familia”, como particularizando en el entorno íntimo el legado general. Las posteriores “Fotos que hicieron historia” se postulan como “documentos únicos” reunidos con el objeto de confeccionar un “resumen fotográfico de diferentes aspectos de la historia de la ciudad de Villa Gesell” (p.117).

La importancia de la estructura en este relato excede la que naturalmente tienen todas las biografías. Si en la de Rosemarie los capítulos integran partes que, como dijimos, organizan la vida del biografiado a partir de sus etapas vitales más o menos convencionales, pero sobre todo, a partir de sus traslados, indicadores de sus cambios de vida; en el caso de la biografía de Marta Soria, inicialmente se constituyen a partir de núcleos previsibles (antecedentes, primeros años, etc.), hasta que, después de los dos capítulos dedicados a la fundación del lugar, comienzan a organizarse, sin descuidar la sucesión temporal en su secuencia, a partir de personajes secundarios de la familia o a momentos de la vida de la propia biógrafa, a esas alturas, casi co-protagonista. El Prólogo de la obra y el comienzo del primer capítulo anticipan, de alguna manera, esta deriva del procedimiento: el libro es un producto de los recuerdos y la narradora, que, según sus palabras, cuenta la historia a los lectores después y debido a haberla narrado en primer término a sus descendientes, conjuga

como principios constructivos la sucesión temporal, propia de cualquier biografía, con la evocación más personal de las memorias.

El lugar de la persona (Plantin, 2009), concepto que permite analizar tanto los aspectos de la vida narrada como los del *ethos* enunciativo, manifiesta, en el caso de los personajes (indudablemente Gesell y su nieta), la prioridad de lo familiar sobre lo público y la dependencia del resto de los subtópicos a esa intimidad, y, en el caso de la enunciativa, una justificación de su autoridad basada, precisamente, en la singularidad del vínculo con el supuesto objeto de sus memorias. Tanto en el texto de Rosemarie Gesell como en el de Marta Soria, lo familiar pretende garantizar un *ethos* fiable. Sin embargo, la dimensión argumentativa de la biografía de Rosemarie parece sostenerse alrededor de la fundamentación, a través de su relato –y su evaluación-, de la figuración disruptiva del personaje respecto de miradas anteriores mucho más complacientes; en cambio, la recuperación de la imagen positiva del biografiado por parte de *Mi abuelo... Carlos Gesell* (2007), ahora planteada desde una perspectiva íntima y familiar, polemiza de forma moderada pero sostenida con la mirada de su predecesora, convocando a la identificación del destinatario más por una actitud de seducción, relacionada con la emoción que pretende despertar (Charadeau, 2009), que por una actitud demostrativa, más propia de la persuasión. No queremos decir con esto que *Carlos I. Gesell, su vida* (1983) no apele a la vía emocional para lograr la persuasión, pero nos parece necesario distinguir el procedimiento de su autora del de su sobrina, debido a que la compasión que la enunciativa trata de suscitar en el lector –y la comprensión que de ella se deriva (no perdamos de vista que tácitamente intenta justificar un final conflictivo de las relaciones familiares)- requiere de un mayor razonamiento, una mayor exhibición de pruebas que la alianza por identificación que convoca la manifestación de sentimientos socialmente aceptados (el amor, la ternura, la complicidad entre un abuelo y su nieta) a través de la narración biográfica.

La celebración de la mirada desmitificadora: *El Viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994)

En esta “crónica novelada”, publicada inicialmente por entregas en un periódico porteño y, posteriormente, bajo el formato libro, la ciudad en invierno se presenta en el primer capítulo (“Mito”) a partir de un plano (“Vista en un plano, la Villa es una ameoba de cuadrículas irregulares que se extiende a lo largo de la costa”, p.13) que permitirá el acceso a la ciudad a la vez que al relato de su fundación. Con una descripción que alude a lo fantasmal (“todo hace pensar en un pueblo fantasma, intimida. La Villa está enterrada en la soledad”, p.13), anticipa la intención de desnudar el lado oculto que el cronista, en su paseo por la ciudad deshabitada, supone en todo mito (“Al indagar sobre el Viejo Gesell se tropieza con una leyenda, todo un mito, con su correspondiente lado de sombra”, p.14) y, personalmente, verifica (“Por ahí se encuentra otra villa: villa miseria”, p.14).

El plano del comienzo y el recorrido invocado posteriormente (“Si uno viene en invierno se encontrará un pueblo quieto”; “De mañana, caminar por las lomadas de la costanera de arena, ver los balnearios cerrados...”, p.13) instalan al enunciador en el papel del investigador que indaga y se nutre de fuentes principalmente orales (aunque destina un capítulo a los libros publicados sobre el tema y se percibe tributario de ellos en varias oportunidades). Estas fuentes vehiculizan el testimonio a través de la confidencia, identificándolo con el tono bajo del rumor, de lo que se revela aunque no se debe (“En una mesa, el whisky afloja las lenguas”, p.14). La repetición del impersonal “dicen” después de cada breve afirmación, se cierra con una incitación al silencio que el investigador, fiel a su oficio, no cumple: “*Pero eso no lo pongas, dicen*”, consecuente con la frase “*Para qué escarbar, dicen. Pueblo chico, infierno grande, dicen*” (p.14) del cierre del capítulo.

A lo largo de los siguientes veinte capítulos (dado que del 23 al 32 retorna al presente de la investigación), se desarrolla la historia propiamente dicha, la que se pretende narrar, en la que se instaura otro presente: el del verano del 31, alternando el relato de los hechos individuales de Carlos Gesell con los hechos políticos en la Argentina y en el mundo, con

énfasis creciente en el devenir del nazismo y sus vínculos con los acontecimientos nacionales, en un coqueteo con los rumores filonazis que se reproducen en el capítulo 18, “Sospechoso”. Si bien en las reconstrucciones de época de las biografías encontramos puntos de inflexión o hitos que permiten entender con mayor profundidad esa vida y, de manera tangencial, asistir a la interpretación de ese contexto, en *El Viejo Gesell*, la conjunción del relato histórico y el político en el interior de varios capítulos pretende algo más: ponerlos en diálogo, sugerir coincidencias, imbricaciones.

Así como podría decirse, coincidiendo con Bourdieu (1997), que en una biografía los hechos narrados se seleccionan y se presentan en una sucesión que pretende garantizar la coherencia de esa vida, también podríamos decir que, en *El Viejo Gesell*, el retrato del personaje, que se construye simultáneamente al relato de los hechos por él protagonizados, gira alrededor de dos procedimientos claves en la totalidad del volumen: el contrapunto, cuya forma más recurrente será la adversación, y la nominación.

De forma complementaria, consideraremos la función de la narración de los sucesos políticos que, aparentemente independiente de la biografía propiamente dicha, no sólo la contextualiza, sino también funciona como un procedimiento que otorga inteligibilidad a las acciones del biografiado relevadas por el relato. Así, la causalidad entre el contexto y los hechos de la vida personal aparece más bien sugerida y se brinda parcialmente a la decodificación del lector, permitiéndole continuar en la lectura la escena interpretativa postulada por el relato de Saccomano: una investigación que se muestra en su proceso, cuyo éxito relativo –la imagen del protagonista no se propone como única y completa– depende de los testimonios y de la pericia del investigador para obtenerlos.

Consideraremos, entonces, contrapuntos, oposiciones, convivencia de opuestos y adversaciones, que en todos los casos, analizaremos como procedimientos singularizantes por medio de los cuales el biografiado es constituido como un ser único. Si bien esta última observación sobre el sujeto biografiado es común –como ya lo adelantamos– a todos los retratos del corpus, creemos que en esta crónica se explicita con mayor evidencia a través

de la recurrencia con que se emplean estos procedimientos, los cuales, además, evidencian una intencionalidad analítica y crítica del enunciador en su abordaje de la figura central.

Conjuntamente, examinaremos las diversas formas por medio de las cuales se denomina al personaje y la importancia que estas formas adquieren en su caracterización. Mientras que, como señala Bourdieu (1997), el nombre propio instituye “una identidad social constante y duradera que garantiza la identidad del individuo biológico en todos los campos posibles en los que interviene en tanto *agente*, es decir en todas sus historias de vida posibles”, podemos afirmar que las diferentes formas de denominar al personaje biografiado, las reformulaciones a las que alude Adam (1997), en el interior de un mismo relato biográfico dan cuenta de una puesta en perspectiva, una evaluación que permite la identificación estable, pero la matiza y la tiñe de interpretación, sobre todo en este caso, en que esas diferencias son especialmente valoradas. La identidad termina de conformarse al final del recorrido, en el que cada una de las diversas denominaciones, que hasta el momento han adquirido una significación particular, contribuye a la conformación del sentido global.

En el capítulo 2, “Madera”, que inaugura, como dijimos, el relato de los hechos, se presenta al personaje de un modo distante, como “el señor Gesell”, y también el escenario, los salones de un hotel de Mar del Plata, ciudad en la que está de vacaciones y donde un encuentro crucial con Guerrero, terrateniente que ha forestado sus propiedades lindantes con el mar, le ha suscitado el deseo de comprar un predio económico y extenso cercano donde podría plantar pinos y obtener madera para su emprendimiento de ese entonces, una fábrica de artículos para bebés. Desde el primer momento, se propone una diferencia entre la apariencia y la realidad, que se inscribe, a la vez, en la idea rectora de estas crónicas, develar lo oculto, y en el procedimiento contrastivo, que parecería una consecuencia estilística de esa idea. Así, “el señor Gesell (...) aunque lo parezca, no es alemán como su padre. Pero tiene su acento”. (p. 19). Más adelante, la adversación permite delinear al personaje en su excepcionalidad. Si en muchas biografías se lo sindicaba singular como su padre, un destacado economista, en la de Saccomano se postula la oposición, buscando ese

mismo efecto (la singularización), y se la articula por medio de la estructura adversativa: “El padre del señor Gesell escribió un ensayo titulado *El orden económico natural*, pero a su hijo no le interesa la política. Cuando el señor Gesell se acuerda de su padre, lo juzga idealista. (...) Su hijo, en cambio, se considera un hombre práctico. A pesar de que muchos de sus inventos no son fáciles de concretar.”(p.20). Del mismo modo en que se organiza la oposición padre/hijo (como dijimos, llamativa si la consideramos en comparación con la totalidad del corpus), se organiza también la oposición entre el personaje y los Otros, relegados al papel de representantes de la doxa, imagen reiterada en todos los textos que analizamos en el trabajo (“*Los hombres son imbéciles; no piensan*, es uno de sus dichos. La confianza excesiva que se tiene el señor Gesell suele interpretarse como un defecto. Para él, en cambio, es una virtud”. (p.21)). Esta oposición a la doxa reaparece en el capítulo 3, “Agua”, en la indiferencia frente a los fracasos anteriores: “Hace un rato, al pasar por Ostende, vio los rieles de lo que iba a ser una vía asomando entre las dunas. Pero no les prestó atención. Tampoco se la dio a los restos del muelle barrido por el oleaje y, a un costado, las construcciones hundidas hasta el techo en los arenales. Lo único que le importa ahora es averiguar si hay agua dulce cerca.” (p. 26-27).

El capítulo 4, “Idaho”, es también interesante para observar la importancia del nombre propio. Luego de contar la historia del primer nombre que su fundador le puso a la actual Villa Gesell (Parque Idaho), se refiere la historia de los nombres que el lugar había tenido con anterioridad a la llegada de su nuevo propietario. La genealogía, que reúne la continuidad sanguínea con la nominal, presenta al tío Herman en primer término, como si se hubiera convertido en el protagonista, y se lo denomina así, “el tío Herman”, exhibiendo, junto con el vínculo, la perspectiva familiar privilegiada. La herencia del nombre (el tío se afincó, luego de una vida exótica y bastante nómada, en el estado de Idaho, y se afirma que “en homenaje al tío Herman, a él [a Carlos] le pusieron Idaho de segundo nombre”, p.31) parece confirmatoria de un legado actitudinal: el sobrino, después de vivir en muchas partes, encuentra, como el tío, su lugar en el mundo, el que recibe, a su vez, el segundo nombre de su fundador y el del espacio elegido por el tío aventurero. La adversación aparece en el relato casi al final, enfatizando el contraste entre la reconstrucción del pasado



que implica el rastreo de los nombres anteriores y el espíritu innovador (y habría que agregar fundacional) de su nuevo propietario: “Pero al hombre que baja del carro y contempla los médanos no le importa la historia. A un inventor sólo le tiene que importar el futuro, piensa” (p.33). La faceta de inventor, recalcada en todos los relatos, es aquí sutilmente cuestionada, como veremos más adelante, a través de la imposición de un nombre que ignora la historia del lugar y se centra en el individuo, y es justamente el nexo adversativo el que transmite con mayor claridad esa dimensión polémica. El narrador, desde su lugar de investigador, parece adoptar la actitud opuesta, no sólo porque se interesa por reponer ese pasado, sino porque, además, señala aquello que está oculto, incluso para el personaje: “Paradoja o casualidad, el hombre que fabrica cunitas vino a dar al País de las cigüeñas” (p.33)<sup>32</sup>.

“Arenal”, el capítulo 5, comienza con la frase identificatoria “El hombre se llama Carlos Idaho Gesell” (p.37). Es este el momento en que el relato asume las formas de la biografía, narrando en pretérito el pasado del personaje y su formación, para -a partir de un dato menor como el hecho de que por sus múltiples viajes, usa el francés, el idioma del colegio, para hacer las cuentas- desembocar en el presente de “esta mañana [en] que recorre por primera vez los médanos” (p.38). Así, el lector encuentra al biografiado sacando cuentas sobre una hipotética forestación del desierto. Eso ocurre, se destaca, obstinadamente: “A pesar de que en Ostende se invirtieron millones de pesos y ahora no quedan más que ruinas cubiertas por la arena, el hombre no se amedrenta.” (p.38). Sobre el final del capítulo, el antagonismo familiar se manifiesta en esta suerte de sistema de adversaciones en el que se representa, por medio del estilo indirecto libre, la posición de su hermano Ernesto (“Hasta ahora toleró sus fantasías de inventor, pero esto de comprar médanos fue demasiado lejos” (p.39), del mismo modo que la acotación del narrador, que manifiesta un antagonismo más extendido: “Pero no sólo su hermano lo mira como si hubiera perdido la razón. También el personal de la fábrica” (p.39). El contrapunto culmina

---

<sup>30</sup> El nombre originario del lugar era “Tuyú”, nombre indígena que significaba tanto “barros blancos” como “país de las cigüeñas”.

con la reproducción de los pensamientos descalificadores de Gesell, a quien el texto vuelve a llamar “el señor Gesell”, como lo hacen sus empleados: “*Imbéciles*, piensa el señor Gesell.” (p.39).

Si el cuarto capítulo indaga en el pasado del lugar y el quinto en el del propio Gesell, el sexto, “Personaje”, recupera su pasado como objeto de la narración. Hasta el momento, Gesell ha sido el personaje de tres libros que Saccomanno analiza con el mismo espíritu crítico que utiliza para abordar al biografiado. En ellos, devela cómo el tono y los contenidos de los dos primeros libros están condicionados por la propia intervención de Carlos Gesell, dictando o financiando, y cómo el tercero, escrito por su hija cuando el padre ya ha muerto, muestra lo que en este libro interesa señalar: sus contradicciones. Aquí, la denominación se adecua a la percepción del personaje por parte de los biógrafos: “Gesell, el Viejo” o “el Viejo” no sólo manifiestan su edad, sino también la adopción de formas de tratamiento de circulación comunitaria que el mismo Saccomanno usará para titular su crónica.

En “Preparativo”, la oposición se expresa en la alternancia entre el relato histórico, que contextualiza los acontecimientos, y la narración de las acciones del personaje. Si bien hasta este capítulo la función del contexto mundial en relación con el nacional era, más bien, explicativa, dado que los modos de actuar o de pensar del personaje parecían justificarse en los hechos externos, aquí, en cambio, aparece para destacar la diferencia: la crisis económica del '30, con sus consecuencias en el ámbito político, se resumen para mostrar posteriormente la independencia de las determinaciones del sujeto en un contexto desfavorable, lo cual contribuye a su individuación: “Estos acontecimientos, en un país que está haciéndose, no afectan al señor Gesell (p.48)”. En esta misma línea, en el capítulo 8 (“Expedición”), se observa la excepcionalidad de la figura en la unión de los opuestos: “Los obstáculos lo enervan. Y a la vez, como de costumbre, lo estimulan. (p.53)”. La magnitud de esos obstáculos requiere, para adquirir su verdadera dimensión, un nuevo contrapunto que humanice al personaje y exalte, en el mismo movimiento, su proeza: “Naturista rígido, el señor Gesell abomina del tabaco y el alcohol. Su bebida predilecta es

vinagre de manzana con miel. Sin embargo, esa mañana en que llega empapado y temblando al almacén de la estación (...), es la única vez en que se lo ve al señor Gesell pedir una grapa doble (p.54).” Nuevamente, la nominación se contamina de la percepción de los otros, opositores silenciosos: “El señor Gesell está nervioso (...) al preguntar por el estado de los caminos, le dicen que están intransitables. (...) Mientras el mal tiempo demora la travesía, muchos miran con desconfianza a ese hombre de casi un metro ochenta, con su calvicie precoz, que repasa como un maniático los detalles de la carga” (p.48-49).

El capítulo “Señora” elabora el contraste focalizando en la esposa de Gesell (“señora Gesell”, se la denomina, para construir con claridad a su vez a la compañera y la oponente del hasta aquí llamado preponderantemente “señor Gesell”). En este capítulo, la narración se detiene para remontarse a la época en que se conocieron y a las peripecias vividas juntos. El retrato de Marta Tomys (primera esposa de Carlos Gesell) y el de Gesell mismo en ese momento es retomado casi textualmente del segundo capítulo de *Carlos I. Gesell, su vida*, aunque en *El Viejo Gesell* se altera el orden de presentación debido, justamente, a esta nueva –y eventual– focalización: “...así fue como mi papá conoció a Marta Tomys, quien hacía poco había terminado sus estudios de Agronomía y Jardinería. Papá se enamoró del carácter alegre de la joven de ojos azules y largas trenzas rubias y de su habilidad para cantar canciones acompañándose del laúd. Marta Tomys quedó impactada por la fuerte personalidad del joven inventor que venía de América. Por entonces mi papá era alto, erguido y sus ojos denotaban una firme y profunda mirada. Usaba un pequeño bigote y su cabeza lucía, ya, una incipiente calva.” (Gesell, R., 1993) // “Entonces ella era una joven alegre, de ojos azules y trenzas rubias, con talento para cantar lieders, acompañándose de laúd. Carlos venía de América, tenía una personalidad magnética y era inventor. (...) Marta Tomys escuchaba fascinada a este hombre alto, erguido, con un pequeño bigote, que le revelaba sus pensamientos. Ella, por su parte, había terminado sus estudios de agronomía y jardinería, amaba la naturaleza.” (Saccomanno, 1994). Los sucesos anteriores a la forestación, inventos frustrados narrados en el capítulo tercero de *Carlos I. Gesell, su vida* para probar una de las ideas fuertes de esa biografía (“vivir con él o cerca de él fue una dura prueba para todos a los que nos tocó vivirla”, adelanta la hija en la página 8 de la

introducción; “vivir con un inventor no es tarea fácil”, recuerda, en la página 26 del capítulo tercero), son resumidos en el capítulo 9 por Saccomanno para mostrar la perspectiva racional y opuesta, desde la pasividad de un personaje que no explicita su oposición (“Ahora, al escucharlo hablar de la forestación en la arena, ella tiene que fingir interés” (p.61)). El modo de relatar los acontecimientos contempla, también, diversas modalidades del contrapunto: “Parecía satisfecho con su tarea. Pero un día, en su ausencia, el quemador estalló”; “A pesar del accidente, el sistema tenía sus ventajas. Y el señor Gesell, con un socio, consiguió perfeccionarlo. Por alguna razón que ella desconocía, los hombres discutieron y el socio se quedó con la patente. El invento de las planchas anticorrosivas también quedó en la nada” (p.61).

El capítulo 10, “Viento”, que continúa la focalización en Marta Tomys aunque sobre el final se desplaza hacia una focalización externa, comienza con una negación seguida de dos adversaciones: “La casa de Punta Chica no es como la señora Gesell hubiera querido. Pero tiene algo de punto de llegada y de meta. A pesar de que la vivienda tiene tantos defectos como su marido, la señora Gesell disfruta el crecimiento de los seis hijos” (p.65). El contrapunto se elabora, también, a través de la exposición de los dos puntos de vista en estructuras anafóricas: “A veces, con las crecientes, la casa queda aislada. Y a él lo divierte. Rema en bote hasta la estación donde toma su tren para ir a la ciudad y al trabajo. Y ella queda abandonada con sus hijos y el miedo de que puedan morir ahogados.” (p.66). La perspectiva del marido se muestra como opuesta a lo normal, incluso desde el narrador, que apoya sus conclusiones en su fuente escrita privilegiada (“La vida que lleva la señora Gesell no es normal. *Mi padre no era normal*, escribiría más tarde su hija Rosemarie. *Y había que comprenderlo así como era.*” (p.66)). Así, se afirma: “Al señor Gesell estos peligros no le parecen serios. Tampoco le parece serio el aprendizaje y la educación que sus hijos puedan recibir en un colegio. Se opone a enviarlos a una escuela. Todo lo que pueda enseñarles una institución no tiene ni importancia ni utilidad.” (p.66). Si bien la esposa no logra torcer los designios del marido por debilidad de diversa índole (“A la señora Gesell, que apenas habla castellano, le cuesta convencerlo de lo contrario” (p.66)), el relato sostiene su intriga con mayor eficacia alrededor de las imposibilidades que presenta el

entorno natural: “El señor Gesell se tiene cada vez más confianza. (...) Pero un temporal de viento y arena socava su optimismo voluntarista.” (p.67).

Con frecuencia, *El Viejo Gesell* acude al símil para consolidar la interpretación que toda biografía implica. En este caso, se ha decidido, como lo observamos con anterioridad, construir un paralelo entre la crisis familiar y la hostilidad territorial: “Fijar una familia en el médano es tan difícil como fijar la arena” (p. 71), comienza el capítulo 11, “Fijación”, que focaliza inicialmente en la señora y posteriormente en el señor Gesell. La frase “La señora Gesell no olvidará lo que fue llegar hasta aquí” (p.71) reinstala el relato en el terreno de la recopilación de confidencias y, por medio del deíctico espacial, sólo por un momento, también al narrador en el lugar del detective que recorre el escenario de los hechos. La narración en pasado, inaugurada por el recuerdo de Marta Tomys, es interrumpida por el relato en presente que se inicia con un “ahora” (“Ahora, después de esta tormenta, el señor Gesell está de un humor insoportable” (p.72)), retomando los hechos narrados en el capítulo anterior y volviendo a posicionar a los actantes como personajes de la historia. Si es posible conjeturar que el título del capítulo (“Fijación”) remite a la vez a la fijación del terreno y a la obsesión de su comprador (“el señor Gesell seguía concentrándose en sus plantaciones” (p.71), podría decirse también que en él se intensificará la tensión, perfilándose diversos oponentes ya anticipados en el capítulo 5. El conflicto de intereses del matrimonio entre la preservación de la familia y la forestación del desierto es representado a través de la imposibilidad de comunicarse: “Y cuando le preguntó a su marido<sup>33</sup> qué les daría de comer a los chicos, él le habló de la grandiosidad del paisaje” (p.71). El frente natural (“Los médanos resisten sus métodos de fijación” (p.72) trae aparejados otros obstáculos (“A diferencia de Guerrero, dueño de los campos de Pinamar, el señor Gesell no avanza con una peonada numerosa desde la tierra de una estancia sobre la arena. Para reclutar peones tiene que pagar un jornal superior” (p.72)). El hermano socio en su empresa porteña representa, a la vez, la oposición familiar y la económica: “Al mismo tiempo, su

---

<sup>31</sup> Obsérvese cómo “su marido” y el posterior “su hermano” sirven para mostrar los diferentes puntos de vista privilegiados en el capítulo.

hermano Ernesto lo reclama. No puede desatender la fábrica, le reprocha. Es evidente que para Ernesto el proyecto de Carlos no tardará en fracasar” (p.72). En esta biografía que insiste en mostrarse como un relato de relatos, la desconfianza se extiende, al final del capítulo, a los meros conocidos, que apoyan también sus conclusiones en los dichos de los pocos pobladores de la zona y en la denominación que surge de esa desconfianza: “*Los pinos ya no se secan, le dice Carlos. Se mantienen verdes, como las casuarinas. Y los sauces junto a la casa brotaron con la primavera. Sin embargo, su entusiasmo no provoca en sus conocidos más que un poco de curiosidad. Hay que estar loco, piensan. Por algo, en la zona, al señor Gesell empezaron a llamarlo el loco de los médanos.*” (p.72-73).

En todo relato, el héroe en peligro requiere ayudantes. Así lo plantea desde su inicio el capítulo 12, “Tormenta” (el señor Gesell necesita ayuda. Y la busca en Alemania” (p.77)), que expurga la narración de Rosemarie Gesell de anécdotas familiares y se concentra en el vínculo del “señor Gesell” con el nuevo personaje, Karl Bodesheim, el experto ingeniero agrónomo convocado. Para plantear la oposición de forma inmediata (y con esto, su soledad más completa), Saccomanno recupera también de *Carlos I. Gesell, su vida* el vínculo entre “la señora Gesell” y la esposa de Bodesheim, Inge. “Bodesheim llega acompañado por su esposa Inge, quien alivia la soledad de la señora Gesell. Por fin ella encuentra alguien que pueda comprenderla. Aunque al señor Gesell no le ocurre lo mismo. Bodesheim es cauteloso en sus apreciaciones.” (p.77). La reproducción en discurso directo de las palabras de Bodesheim en la discusión final (“*Nunca crecerá nada en esta arena, le dice*” (p.78), que son referidas en estilo indirecto en la fuente de Rosemarie Gesell, le otorga potencia al enunciado, reforzando la contundencia de la afirmación. Unas líneas más abajo se presenta este episodio, a los ojos de Marta Tomys, como un indicio del fracaso de la empresa y se cierra el capítulo con la enumeración de los puntos de vista adversos, hasta llegar a la síntesis final del propio biografiado: la soledad que siente el personaje es la manifestación más acabada de su singularidad y, por extensión, de la de su obra (“la partida de los Bodesheim indica que todos los esfuerzos de su marido, por más empecinamiento que ponga, están orientados hacia el fracaso. Su forma de ver la situación no es muy distinta de la de su cuñado Ernesto, que acumula críticas y recriminaciones. El hombre se

siente acorralado. La mujer le pide tiempo para la familia. El hermano, tiempo para el negocio. Lo están dejando solo, piensa”, p.78-79). “El hombre” (no puede ser “el señor Gesell” para sacar conclusiones sobre su desencuentro familiar) se recorta de “la mujer” y “el hermano”, enfatizando la soledad sobre la que se lo muestra pensando.

El capítulo 13, “Crisis”, se organiza otra vez con el recurso a la narración del contexto histórico precediendo la de los hechos personales de Gesell. Apenas se menciona la crisis del 29, que otorga coherencia al capítulo, para luego recordar en el relato político local el gobierno de Justo, la persecución a los opositores y la simpatía oficial por el nazismo, junto con las denuncias de Lisandro de la Torre y la emergencia de Forja. Si bien los hechos se presentan yuxtapuestos, su interpretación conflictiva se desprende de las predicaciones y de la competencia histórica del lector. Por su parte, la biografía recupera el affaire de “el señor Gesell” con la jefa de ventas de su empresa (señalando, con esta denominación, la mirada reprobatoria del entorno laboral, que generan los rumores, fuente del disgusto que le causa a su hermano y a su familia) y se cierra con una anticipación del porvenir: “El verano del 36 será el último que el hombre pasará junto a su mujer y sus hijos en la casa de los médanos” (p.85). Ambos relatos se articulan por medio de un párrafo que resulta una clave de lectura de los acontecimientos y que muestra en su interior la función del contrapunto como forma de la evaluación. “En Buenos Aires, en Casa Gesell, *La Casa de los Artículos para la Crianza Feliz del Bebé*, hay conflictos” (p.84). Esta frase introduce la narración de lo privado, señalando el contraste entre la felicidad familiar que predica el slogan de la empresa y la interpretación crítica de los hechos (“hay conflictos”). La narración recupera los sucesos de la de Rosemarie Gesell, pero les resta el dramatismo que adquiere en la de la hija, emocionalmente implicada, por medio de la reconstrucción de las conversaciones y los sentimientos en estilo indirecto libre.

El capítulo 14, “Apuesta”, y el 15, “Lejos”, también apelan a la focalización en los otros (en el 14, los peones; en el 15, Emilia Luther) para indicar los límites de la sensatez. En “Apuesta”, capítulo parcialmente tributario de “Doscientos pasos en la arena”, de *La historia de Villa Gesell* (Masor, 1995), se reproduce el contenido de los relatos de Gesell, haciendo hincapié en el contrapunto locura / racionalidad. “Los peones de *Parque Idaho*,

como él le puso a la zona, lo ven sembrar en los médanos bajo una lluvia torrencial. *El hombre debe estar loco, dicen.*” (p. 89). Que la hostilidad natural (“la dureza de este paisaje”, p.89), referida por lo general en términos bélicos, lograra ganar la batalla (“La derrota lo flanquea”, p. 89) debería implicar un reconocimiento del triunfo de la sensatez (“Ahora duda si quienes lo llaman loco no tendrán razón”, p. 89). Este desdoblamiento, vehiculizado luego a través de una apuesta que el protagonista se hace a sí mismo, se resuelve con el hallazgo de la adesmia incana y ese hallazgo confirma al héroe en su predestinación y permite recuperar la estructura opositiva al final del capítulo: “Ensayo y fracasa. Ensayo y fracasa. Pero sigue adelante. Ya no puede volver atrás.” (p. 90). Si en el texto de Masor (1995), la interpretación de la anécdota de la adesmia incana adquiere ribetes hagiográficos, en el de Saccomanno se prefiere, sobre todo, ejemplificar con ella la tenacidad del protagonista, que se traduce en un interesante conflicto entre lo sobrenatural y lo científico. De hecho, se enfatiza del relato de Gesell a Masor su resistencia a dejarse guiar por una voz de origen desconocido (“Cree oír que alguien le habla. Es imposible en esa soledad. Además, el hombre no es de creer en esas supercherías. Sin embargo, alguien le habla. Es imposible en esa soledad”, p.89), y luego se lo define como un “creyente” (palabra más vinculada con el campo semántico de lo religioso), pero se aplica el término al ámbito científico (“creyente en el progreso ilimitado de la ciencia”, p.90). Además, se califica su intencionalidad, desacralizándola, como una “apuesta a sí mismo”, y se destaca el asombro de su espíritu positivista frente a lo inexplicable, confiriendo elípticamente a Masor la responsabilidad por la interpretación definitivamente milagrosa que sucede al relato textual de Carlos Gesell (“Para él, creyente en el progreso ilimitado de la ciencia, esta anécdota tiene un significado que, décadas más tarde, dictando su biografía, no acertará a definir. El hombre es reacio al juego. Piensa que la suerte se hace. Sin embargo, esta apuesta lo marca”, p.90).

La focalización en Emilia del capítulo 15 la convierte, a la vez, en oponente (“Aquí Emilia se da cuenta de que está lejos de todo”, p. 93; “Ahora Emilia considera con menos rencor a Marta, la mujer anterior de Carlos”, p. 95) y en inevitable ayudante, obligada por las circunstancias (“ella no está dispuesta a retroceder”, p. 93; “Al acompañar a Carlos lejos de todo, también tiene que acompañarlo lejos de la realidad”, p. 95). Este doble



posicionamiento es el que permite, en definitiva, que se sostenga la singularización del héroe, aunque esta vez la mujer no lo abandone, a pesar del paralelo que se establece, incluso en los procedimientos narrativos, con la primera mujer del protagonista. Así, “Emilia se da cuenta” (p. 93), “oye el sonido del mar mientras Carlos le cuenta del vivero” (p. 94) y de otros emprendimientos frustrados (“Como granjero, Carlos también había fracasado” (p. 95) y “se pregunta cómo, pensando en la falta de caminos” (p.95) cuando Carlos le propone crear un balneario en esas tierras, pero no lo exterioriza. Los personajes se convierten aquí, por obra de la focalización, en “Carlos”, “Marta” y “Emilia”.

“Guerra”, el capítulo siguiente, apela nuevamente a la articulación del relato histórico y la historia personal, con un título que remite directamente a la conflictividad. En esta oportunidad, la historia personal introduce la política a través de la dificultad de Gesell de conseguir alambre de acero durante la Segunda Guerra. La selección de los hechos gira en torno del alineamiento nacional con el nazismo, a pesar de su proclamada neutralidad y de todas las expresiones internas, incluso menores, del conflicto. La batalla del Graf Spee con la flota británica del Río de la Plata parece justificar la lectura nacional del conflicto mundial y reconduce a la biografía propiamente dicha: “De tanto en tanto, estas noticias llegan a Madariaga” (p. 100). A la guerra mundial, reinterpretada en el escenario nacional, se asimila “otra guerra” doméstica, que exhibe polaridades irreconciliables en lo que respecta a las funciones que deben desempeñar los personajes secundarios, incluso contra su voluntad (“Mientras, en la casa de Parque Idaho se libra otra guerra. A Emilia le cuesta ser madre y maestra a la vez”, p. 100; “los chicos la odian”, p. 101; “muchas otras batallas que ella libra en su hogar”, p. 101), y, por sobre todo, en lo que respecta a la oposición entre el protagonista y los otros, que se plantea en términos intelectuales: así, haciendo referencia a los materiales con los que Emilia debe instruir a los hijos de Gesell, se sugiere una excesiva independencia de criterio (“Según él, siguen los programas del Ministerio de Educación”, p. 100) y se insiste en que “no se da cuenta” de lo que ocurre (“Él ni se da cuenta de que los chicos la odian. Como tampoco se da cuenta de muchas otras batallas que ella libra en su hogar”, p. 100, 101), justificando su actitud en la alienación que supone el proyecto (“Está siempre metido en sus cosas”, p. 101). De nuevo, el sentido común,

encarnado en las figuras secundarias del relato y su perspectiva, se opone al sueño, la aparente locura del ensimismado, y refuerza su carácter único y singular.

El capítulo 17 y el 18 no sólo continúan temáticamente al 16. La fundación que el título del 17 destaca implica la constitución del espacio, finalmente, como balneario, debido a la llegada de turistas y pioneros y, a su vez, una mayor explicitación acerca del vínculo entre los sucesos políticos y los personales. El relato del arribo de Emilio Stark, el primer turista, que también aparece, como vimos, en otros textos del corpus, se entrelaza en este caso con las microhistorias de los pioneros, que profundizan en su procedencia política y constituyen una suerte de genealogía desviada entre el fundador y los pioneros (autorizada por los comentarios sobre la identificación política de Gesell que constituyen el capítulo siguiente), y entre el primer turista y los primeros habitantes: “El capataz y mano derecha del señor Gesell se llama Paul Wolf. Es un judío alemán, fugitivo del nazismo. El señor Gesell le cuenta a Stark que Wolf nació en Eden, el mismo pueblo de sus padres” (p.106); “Este es un balneario que se recomienda de *amigo a amigo*. Stark en persona se ocupa de traer a los interesados a este balneario misterioso. Y también de transportar hacia los médanos los primeros obreros, que más tarde serán inversores.” (p.106). El capítulo se cierra con la reproducción en estilo indirecto de los pensamientos de Stark: “Si él fuera loco, se dice Stark, toda esta gente no estaría acompañándolo” (p. 107), seguida de una reflexión del narrador cronista: “Y quien más, quien menos, todos tienen una razón para seguirlo en este tiempo de posguerra. Al señor Gesell no le importa si alguien viene escapando con tal de que contribuya a su causa” (p.107). Si bien en una primera instancia, analizar este capítulo en el interior del encuadre elegido aparenta ser, a todas luces, un error (más bien es el relato de la construcción de alianzas, de la afinidad, del parentesco), resulta la antesala de la construcción confrontativa del capítulo siguiente. La cuestión del nombre aparece tematizada en su carácter indicial. Así como los nombres de los primeros pobladores son claros indicios de su procedencia (“Se apellidan Weiske, Schmidt, Guzmán, Hennequin, Cloes. En su mayoría, los primeros geselinos son de procedencia alemana. Entre ellos se encuentran tres náufragos del Admiral Graf Spee (...)”, p. 106); el cambio de denominación del lugar parece obedecer a una reapropiación, marcada por su evolución y

su nuevo destino balneario (“Los árboles del pinar han crecido. Y el parque cambia de nombre. El señor Gesell lo rebautiza con el nombre de su padre: *Parque Silvio Gesell*. (...)  
En 1943 el paraje ya se denomina *Villa Silvio Gesell*. Y recibe a los primeros compradores potenciales” (p.106).

“Sospechoso” es donde la lectura política del personaje se expresa con mayor claridad, siendo también uno de los lugares en los cuales se pone en primer plano lo anticipado en el primero, introductorio: *El Viejo Gesell* es un relato de relatos, difusos, casi secretos, suspicaces en su intención de mostrar la ambigüedad y los costados oscuros del personaje (aquí, políticos) y donde la sospecha, como forma derivada de la suspicacia, cobra valor de testimonio (“se recuerda con suspicacia”, p.111; “se cuentan historias turbias de aquellos años en que era imposible permanecer ajeno a la guerra”, p.111). Historias que el narrador califica como “un tejido de anécdotas” (p.112) para mostrar la cohesión de los relatos en un gran relato conspirativo: el señor Gesell secretamente nazi, a pesar de Wolf, su mano derecha, que aún judío, era rubio y alemán. Sin embargo, el narrador concluye señalando la escasa certeza de los comentarios: “Pero a todos y a cada uno de los que insinúan tener información sobre los contactos del señor Gesell con los nazis, cuando se les piden precisiones, contestan con evasivas” (p.112), aunque la atribuye a un sistema de deudas que parece signar la relación de los habitantes con el fundador: “Al fin de cuentas, todos y cada uno le deben algo al señor Gesell” (p.112), que introduce, como ya es habitual, los siguientes eslabones de la historia por entregas.

El título del capítulo 19, “Imagen”, anuncia su centralidad en la tematización de los procedimientos de constitución del retrato. En él se recrea a Carlos Gesell escribiendo su diario, anotando minuciosa y fríamente avances y retrocesos en la forestación, y se reproduce un fragmento que parece confirmar, con la evidencia del documento, las posteriores conclusiones del narrador: “En sus cuadernos no tienen cabida las emociones” (p.115). De esta se extraen otras, como que su apego a la vida sana se relaciona con una concepción maquinal y autoritaria del individuo: “Las emociones no cuentan demasiado para el señor Gesell, que cuida su organismo como se cuida una máquina”; “Está

convencido de que aquello que es bueno para él, lo es para todo el mundo. Pensar así le acarrea conflictos” (p.116). Las anécdotas y las máximas, características del personaje, se utilizan para definir una imagen compleja por su conflictividad y su contradicción (“No obstante, a pesar de que bloquea las emociones, a ese monte le pone Bubi, como a su hijo predilecto, con el que habrá de tener un encontronazo”, p.116), y se explicita el hecho de que se trata de una construcción progresiva (“Sus rasgos y su conducta avanzan hacia el encallecimiento de la imagen entre despótica y generosa que se construye”, p.116) y comunitaria, que transforma la ajenidad del “señor Gesell” en el conocimiento que implica el “Don Carlos” (“El señor Gesell, ahora Don Carlos”, p.116-117).

Así como en “Imagen” este cronista suspicaz convierte los méritos en defectos, la generosidad y el amor a la naturaleza del personaje se devela cálculo y olfato comercial en los capítulos 21 y 22, “Galope” y “Setenta”, gracias a su lectura interpretativa de las frases consagradas (“*Dar para recibir*, dice calculador Don Carlos”, p.128) y la escucha atenta de los informantes, desmitificadores como él (“*No te engañes*, dicen. *El Viejo lo había previsto*, dicen. *El Viejo quería esto y no otra cosa*, dicen. *Era un comerciante hábil y especulador*, dicen” (p.134). Si bien la crónica se concibe desde el inicio, tal como lo anuncian los agradecimientos y el primer capítulo, como un texto que se constituye gracias a los informantes, estos cobran una mayor relevancia sobre el final. Las transformaciones operadas por el paso del tiempo y el influjo de los procesos sobre los individuos y sus conductas se representa, también, en la evolución de la denominación, que muta desde la distancia hasta la intimidad crítica, en el caso de Carlos Gesell (“El señor Gesell, Don Carlos, el Viejo”, p.133; “*estaba más lúcido que nunca el loco*”, p.134) y de la ajenidad sujeta al rumor y la crítica al reconocimiento respetuoso, en su esposa (“su amante, su señora, Doña Emilia”, p.133).

Nando, un vecino emblemático, lo contacta con una de las fuentes que merecen dedicación especial. La hija, que se postula heredera de su padre a pesar de sus divergencias, como observamos en el análisis de su propio libro, aporta su definición, también compleja, en “Padre” y “Acacial” (“Rosemarie vive alejada del pueblo (...) Esa

tarde salió a recibirnos con una solera blanca, inmaculada, de look hippie. (...) -Mi padre fue un hippie -dijo-. El primer hippie que llegó aquí. Y a su manera era medio socialista. Pero con visión del comercio además de espíritu social”, p.138; “Papá no era nazi. Fue un hippie”, p.143; “era un hombre especial, un genio y vivir con él no era fácil”, p.143; “Papá era terrible. Pedía ayuda pero le embromaba hacerlo. Después terminaba odiando a quien lo había ayudado. En el fondo, papá era un gran inseguro”, p.144; “aunque estaba viejo, tenía proyectos para cien años más”, p.145). Del mismo modo, otras definiciones, también contradictorias o paradójales, sirven para fijar posición respecto de las voces discordantes: “El juicio [por insanía] no fue un juicio. (...) Y todos firmamos. Todos.” (p.145-146). Pero en este sistema de contrapuntos, la hija se postula diferente de su padre, en el capítulo siguiente, “Vástagos” aunque también lo atribuye a la herencia: “-Tal vez porque mi padre fue como fue (...) yo soy como soy, muy mamaza”, p.151).

En “Injusticia”, la hermana y el cuñado de Rosemarie, padres de Marta Soria, inscriben su testimonio en procedimientos semejantes, aunque su interpretación del personaje sea opuesta. La imagen heroica que aportan se refuerza con la descripción que hace el cronista de la casa del matrimonio Soria, “sentado en un sillón, con una foto del Viejo Gesell detrás y arriba en la pared” (p.156), foto que remite al valor modélico de la imagen de un prócer en una institución pública o la de un santo en un altar, con quien hasta se puede dialogar: “*Él lo está escuchando*, me dijo Juana durante la conversación” (p.156). Analistas del rumor, los Soria adjudican la maledicencia sobre Gesell al éxito de su empresa (“Se dicen muchas cosas de mi padre. Cuando se llega donde él llegó, la gente siempre dice cosas”, p.156), transformando su recuerdo en alegato defensivo, como lo prueban las diversas construcciones negativas (“Con mi papá nunca tuve problemas (...) Y con Doña Emilia tampoco tuvimos problemas”; “Nazi no era”, p.156). Don Soria también apela a los contrapuntos para intentar una definición, ahora elogiosa: “Chocamos muchas veces con Don Carlos. (...) Don Carlos, para que se dé una idea, era como el mar. Por eso encajaba en el ambiente. Pero era derecho. Bravo pero derecho” (p.156). Incluso esta hija, curiosamente, utiliza la misma frase que su hermana (y oponente interpretativa) para elogiar a su padre (“Mi padre tenía proyectos para cien años más”, p.157). Son ellos los que

derivan al cronista a otra fuente privilegiada, ya no de la interna familiar, sino de las historias que constituyen el acervo popular: Dorrego, el cuidador del cementerio, que también recuerda a Nando, cerrando el círculo.

Como en el caso de la biografía de Marta Soria, las crónicas de Saccomanno culminan en el cementerio local. En este caso, suma a la explicación genérica convencional el hecho de que el narrador acude al lugar para entrevistar a Dorrego, su cuidador, a quien el relato convierte también en el custodio de la memoria popular. Su frase final, acompañada del golpe de la pala sobre el suelo, es leído como un refuerzo de su enunciación. Dorrego dice: “Yo soy de la tierra” y agrega “Todos somos de la tierra” (p.185) y esta afirmación no responde solamente a su deseo de ser enterrado. “Yo soy de la tierra” y “Todos somos de la tierra” reafirma su carácter de integrante genuino de la comunidad y, por lo tanto, autoriza su relato. “Dorrego”, “Patrón”, “Jaulas” y “Tierra” refieren la voz de Dorrego. A pesar del respeto y el afecto que le profesa al fundador, representado en su constante apelativo “Don Carlos”, la imagen paternalista que construye también deja lugar a la negación (“Don Carlos no me retaba. Me enseñaba”, p.170) y la adversación (“Don Carlos era un buen patrón. Pero nos exigía”, p.166; “*Tiene que estudiar, Dorrego*, me dijo. Pero, ¿cuándo iba a estudiar yo?”, p.169-170; “Era bueno Don Carlos. Pero cuando se ponía furioso más valía salir disparando”, p.170; “Y tomaba ese vinagre de manzana con miel. *Pruébelo, Dorrego*, me decía. Pero a mí me gustaba tomarme mi copita”, p.170; “Ni alcohol ni tabaco podía haber frente a Don Carlos. (...) Pero Bubi tomaba y fumaba”, p.183; “Bubi lo quería mucho al padre. Pero Don Carlos lo regañaba. Y lo echó”, p.183). El testimonio del empleado fiel, portavoz de las anécdotas que pintan al biografiado como amante de los animales y la naturaleza, justiciero a la manera “fulminante” (p.178) que parece habilitarle su poder (“*En mis dominios los pájaros vivirán siempre en libertad*” es la frase que justifica, por ejemplo, en la página 178, la destrucción de las jaulas para pájaros que el ferretero del pueblo pretendía vender), revela, sin embargo, límites cuando se acerca al terreno íntimo, familiar: “Pero no quiero hablar de más” (p.170 y 183) reitera, cuando se trata de la muerte de Bubi.

El cronista, en el capítulo 30, “Juicio”, retoma su función interpretativa, en un contexto en el que se ha enfatizado su faceta investigadora, acotada a la recopilación de las versiones. En este sentido, no es casual que parte del capítulo integre la contratapa del volumen. El narrador orienta el resumen de las acciones de Carlos Gesell hacia los aspectos que pretende resaltar del personaje: el giro radical respecto de lo previsto, la excepcionalidad del gesto de abandonar la vida burguesa para llevar a cabo la acción singular, que constituye a Gesell en destacado hombre público, y la turbulenta historia familiar –demanda por insania incluida–, que, gracias al empeño riguroso del detective por llegar a la verdad, trasciende el terreno privado de los herederos o semiprivado de los pobladores que saben, pero sólo se atreven a murmurar.

Con la mirada puesta en las apetencias de un auditorio turístico (recordemos que este relato se publica por primera vez por entregas en un periódico de tirada nacional durante un período de vacaciones estival), el editor de *El Viejo Gesell* señala, en la contratapa del libro, la función informativa de la obra (“Entre la crónica y la novela, esta narración es un texto clave para conocer la historia de Villa Gesell<sup>34</sup> y de su fundador”). De esta manera, tanto en lo que hemos denominado el relato de los hechos como en el de la investigación, los procedimientos de ficcionalización, los de focalización en distintos personajes de la historia (predominantes en los capítulos “Señora”, “Viento” y “Lejos”), y aquellos que reproducen testimonios obtenidos en situación de entrevista (“Padre”, “Acacial”, “Vástagos”, “Injusticia”, “Dorrego”, “Patrón”, “Jaulas”, “Tierra”) o los que aluden a conversaciones con pobladores mayoritariamente reticentes a transformarse en informantes, son concebidos como una forma de acercar a los lectores a la verdad de los acontecimientos de una manera más vívida. También, el relato periodístico explicita las fuentes escritas (“Personaje”), y las reformula muy evidentemente o las cita en diversas ocasiones (“Señora”, “Tormenta”, “Apuesta”, “Sospechoso”). Una perspectiva de pretensión menos localista que la que

---

<sup>34</sup> En este caso, ocurre lo inverso que en las Historias de Villa Gesell que hemos examinado: la biografía del personaje no puede ignorar la historia de la ciudad que ha creado, aunque la subordine a sus expectativas y percepciones.

aparece en los otros textos del corpus pretende enmarcar los acontecimientos de esa vida particular (principalmente en los capítulos “Preparativos”, “Crisis”, “Guerra”, “Fundación”, “Sospechoso”, “Setenta”) en relación -de distintos órdenes- con los acontecimientos mundiales.

Sin embargo, es precisamente en esos mismos procedimientos donde puede observarse la dimensión argumentativa del relato. Así, las diversas modalidades de inclusión de los testimonios (Montes, 2009) destacan, en todos los casos, la desconfianza que pueden suscitar los intereses puestos en juego; del mismo modo, se cuestionan las fuentes escritas principalmente en el capítulo “Personaje”. Apelando principalmente a los subtópicos del carácter, del estilo de vida, pero también, en este texto crítico en muchos aspectos, del status socioeconómico y de la época (Plantín, 2009), el retrato del biografiado se concentra en el capítulo “Imagen”, aunque se construye y reconstruye a lo largo de la totalidad del texto. El personaje, de este modo, está siempre sujeto al juicio desmitificante que enfatiza la frialdad y el cálculo en quien tradicionalmente ha sido concebido como un generoso benefactor, y la selección de los acontecimientos que configuran el contexto mundial está orientada a sostener la duda, alimentando la hipótesis autoritaria o filonazi sobre el protagonista, aunque no pueda ser confirmada fehacientemente.

### **Observaciones finales**

Los relatos estrictamente biográficos, aunque reiteran tópicos que se desprenden de las “Historias de Villa Gesell”, como la excepcionalidad del personaje, su carácter innovador, su singularidad, exploran en los pliegues personales más profundamente que las historias del lugar, que recurren, por ejemplo a la segunda esposa solamente en su carácter de ayudante de la hazaña, “sombra” de su marido, al decir de Masor.

La irrupción del relato de la vida privada en la biografía del hombre público aporta complejidad al estereotipo, de por sí complejo debido a su condición singular, extravagante.



Cuando analiza el efecto-personaje que los diversos sistemas descriptivos yuxtapuestos producen en los textos, Philippe Hamon (1991) señala que el detalle significativo de un retrato adquiere sentido por su vínculo con una categoría más general, estereotípica. Sin embargo, reconoce que, cuando un retrato se construye como heteróclito y compuesto, resulta más problemático el horizonte de expectativas organizado por la descripción.

Dos son los textos, de los analizados en este capítulo, que problematizan la figura del héroe constituida más convencionalmente en las “Historias de Villa Gesell”: tanto la biografía de Rosemarie Gesell como las crónicas de Saccomanno muestran la heterogeneidad, el contrapunto y el conflicto como principios constructivos de sus retratos. La soledad del incomprendido que enfrenta una totalidad virtuosa y excepcional con otra atada a la doxa y por lo tanto común, tematizada por los relatos anteriores, adquiere otro cariz en estas narraciones en que la totalidad coherente del héroe se diluye en la heterogeneidad revelada por aquellos que, ya sea por la proximidad de lo íntimo o por los condicionamientos del oficio, pueden develar los aspectos oscuros, por desconocidos y por incriminadores, del biografiado.

La biografía de Marta Soria parece responder a estas figuraciones, restituyendo, también desde la intimidad, una perspectiva positiva sobre su abuelo, en tácita respuesta a la mirada cuestionadora de su tía. En ese contexto, lo que Rosemarie considera autoritario, Marta lo recuerda “muy especial” o paternal. Las lecturas divergentes de los mismos acontecimientos encuentran, en la constitución más extrema de la herencia, llevada a cabo por Marta Soria, con la postulación de un linaje que se extiende a sus hijos y sus nietos, un fundamento genético que pretende lograr mayor credibilidad en su auditorio.

La exhibición de la subjetividad, del punto de vista, es una propiedad central de todos estos relatos que, paradójicamente, pregonan la búsqueda de la verdad. En un intento por teorizar la emergencia del punto de vista, J. Fontanille (1994) lo define como el producto de una interacción conflictiva, imperfecta, entre el objeto, que impone su estructura mereológica al sujeto forzando su percepción, y el sujeto, que lo organiza subjetivamente.

Las estrategias del sujeto para aproximarse a esta incompletud del objeto oscilan, según el autor, entre la acumulación de diversos puntos de vista o la elección de un aspecto prototípico a partir del cual articular su descripción. La recurrencia con que tanto *Carlos I. Gesell, su vida* como *El Viejo Gesell* emplean diversas focalizaciones (además de la propia) para narrar la historia de Gesell parecería adecuarse al grado de complejidad que atribuyen a su objeto, heterogéneo y plural para Rosemarie, oscuro para el investigador de las crónicas, que pretende echar luz sobre él. En el caso de *Mi Abuelo... Carlos Gesell*, el punto de vista de la narradora se reivindica único y veraz, explotando una afinidad de raigambre supuestamente genética con el biografiado, que Rosemarie, en su libro, como vimos, predica y rechaza a la vez.

## SEGUNDA PARTE

### AUTORRETRATOS

#### La construcción identitaria del narrador

Tributaria de la concepción de Paul Ricoeur sobre la construcción de identidades en la narración y de la bajtiniana de valor biográfico, entendido como un orden narrativo que implica una orientación ética hacia algún modelo de vida, la propuesta de Leonor Arfuch (2002) examina, como dijimos, los diversos géneros que componen las denominadas narrativas del yo para estudiar los modos en que se constituye la subjetividad en estos textos. En el caso puntual de las biografías, que construyen una identidad otra, la perspectiva de la autora habilita a pensar, extendiendo los postulados de Ricoeur, que el concepto de refiguración, proceso de identificación por medio del cual el lector, a través de la lectura, se representa su propia experiencia temporal, podría aplicarse también a la constitución de la identidad del propio narrador. El enunciador que se construye en todo texto se perfila, en el caso de los relatos biográficos, en la valoración que hace de esa otra vida, a través de la selección, la organización, la evaluación de los hechos narrados y, sobre todo, a través del modelo de vida que esa narración convoca.

Como afirma Arfuch (2000), “si el valor biográfico adquiere una mayor intensidad en los géneros clasificables como tales, es posible inferir el efecto de sentido en cuanto al ordenamiento de las vidas en el plano de la recepción (...) [por medio de la elaboración de] lazos identificatorios, catarsis, complicidades, modelos de héroe, “vidas ejemplares”, la dinámica misma de la interioridad y su necesaria expresión pública” (p.58). Las valoraciones que los enunciadores imprimen a esas acciones son, en definitiva, las que determinan las estrategias narrativas empleadas, “los modos de nombrar(se) en el relato, el vaivén de la vivencia o el recuerdo, el punto de la mirada, lo dejado en la sombra... en definitiva, qué historia (cuál de ellas) cuenta alguien de sí mismo o de un *otro yo*. (...) En el caso de las formas testimoniales, se tratará, además, de la verdad, de la capacidad narrativa del “hacer creer”, de sus marcas enunciativas y retóricas” (p.60).

En esta sección del trabajo, analizaremos cómo se conciben a sí mismos los narradores de estas biografías, que tienen un referente próximo a los afectos de la mayoría de ellos. A partir de los géneros elegidos, de los modelos de vida convocados y de las valoraciones manifiestas sobre el biografiado, así como también de la presencia del enunciador en el enunciado por medio de evaluaciones de los hechos y de definiciones explícitas o implícitas de sí mismos y de su tarea, intentaremos reconstruir los modos en que, en la narración biográfica, se construye, también, la identidad del narrador. Conservaremos, a tal efecto, la misma clasificación de los materiales, agrupando, por un lado, las historias de la localidad, que contemplan, de alguna manera, las características del género biográfico, y por el otro, las biografías propiamente dichas, debido a que pensamos que los géneros elegidos condicionan de forma trascendente dichas valoraciones.

Las consideraciones acerca del *ethos*, concebido como la imagen que el enunciador da de sí, capaz de convencer al auditorio ganando su confianza, están indisolublemente ligadas a la construcción de la identidad, dado que el locutor orienta su discurso también hacia ese fin, constituyendo un *ethos* más convencional o más original en relación con la escena englobante (en este caso, el espacio biográfico, con la amplitud con la que lo concibe Arfuch (2000)), pero, sobre todo, en relación con la escena genérica (historias de la ciudad / historias de su fundador) y con las diversas escenografías que propone cada uno de los textos (Maingueneau, 2002)<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> En su artículo "Problèmes d'ethos", Maingueneau se propone diferenciar, en el análisis de la escena de enunciación, tres tipos de escenas: la englobante, la genérica y lo que denomina "escenografía". Mientras que la escena englobante integra al discurso en un tipo, la genérica lo vincula a un género o a un sub-género del discurso y la escenografía es la que construye el texto mismo, "la escena de habla" presupuesta por el discurso para ser enunciado.

### CAPÍTULO 3

#### HISTORIAS DE VILLA GESELL

##### Figuras de creador: *El domador de médanos*, de Dante Sierra (1985)

En *El domador de médanos*, Dante Sierra se construye a sí mismo como un enunciador autorizado para componer la semblanza del fundador de la ciudad por su conocimiento de la historia, pero, por sobre todo, avalado por los saberes que la exceden y que la justifican, otorgándole inteligibilidad. De este modo, la exposición sobre la manera en que se generó la vida en el universo o en la que las selvas se convirtieron en desiertos, por ejemplo, se constituye en matriz explicativa de los hechos y en garante de los juicios de valor que esos hechos suscitan. La presencia del enunciador es aprehensible en la totalidad del volumen gracias a estos procedimientos explicativos en los que nos detuvimos cuando describimos aquellos por medio de los cuales se configuraba la semblanza del pionero, en su afán propositivo, conciliador y esclarecedor (en la segunda parte, “BromAnálisis de Villa Gesell”), y en su parcial identificación con el creador de la ciudad, manifiesta en diversas zonas del texto.

“Nuestro pionero”, reitera Sierra para aludir al personaje de su semblanza. Ese uso del nosotros remite, en una primera instancia, a un procedimiento narrativo, característico de la ficción, que la competencia de los lectores permite reconocer rápidamente. Al mismo tiempo, funciona de manera bivalente: por un lado, podría pensarse en un nosotros excluyente, que señala el grado de compromiso del enunciador con el referente y con la ciudad por él fundada y, por el otro, como un nosotros inclusivo, que permite involucrar al receptor, aproximarle a la comunidad a la que el texto refiere, particularmente en su segunda parte. La identificación ligada a la valoración que el concepto bajtiniano de “valor biográfico” supone se expresa elocuentemente en este libro, plagado de subjetivemas que señalan la admiración por el personaje y su gesta. Ahora bien, ¿en qué sentido podría decirse que la exaltación de la hazaña “ordena la vivencia de la vida misma”,

transformándose en “una forma de comprensión, visión y expresión de la propia vida”, como lo sugiere Bajtín (Arfuch 2002)? ¿Qué clase de enunciador se configura en este relato con una orientación argumentativa que lo inscribe en el género epidíctico, qué *ethos* se manifiesta, qué identidad se constituye a la par de la del protagonista de la semblanza?

Asimismo, ciertas observaciones que el narrador realiza sobre la ciudad y sus habitantes y que analizaremos cuando estudiemos la constitución de la identidad colectiva, comunitaria, consolidan un *ethos* que pretende, desde su posición de guía que incluso propone paseos, recorridos por la ciudad y por algunos estereotipos de habitantes y visitantes de la época, conciliar supuestos extremos, comprender –y principalmente hacer comprender– fenómenos, aleccionar, aconsejar, prescribir, pronosticar, promover, suscitar entusiasmo. Aunque enfatice su pertenencia, podría decirse que la posición analítica adoptada en su “BromAnálisis de Villa Gesell” distancia al enunciador de su objeto, en el caso de la comunidad, lo cual le permite, por ejemplo, urdir historias que pretenden representar situaciones o personajes propios de la ciudad. Sin embargo, su propio posicionamiento respecto de la figura del fundador es diferente, ya que establece semejanzas parciales respecto de Carlos Gesell creador.

En primer lugar, la afirmación “En Villa Gesell hay historia escrita sobre arena” (p.41), del capítulo “La arena tiene historia”, que alude a la idea de que los hechos, por su propia entidad, adquieren una dimensión histórica y merecen ser narrados, es significativa en este texto, con un autor que se presenta como un escritor cuya difusión –y, por lo tanto, su reconocimiento como tal– depende, también, como en el caso de la ciudad balnearia, de la temporada veraniega. Sobre el final de su ensayo se lee: “Ahora que la temporada llegó a su fin, sin sol, sin arena caldeada, mi quehacer se reencuentra con las cuartillas donde borro historias. Vuelvo a ser solitario. Si tengo suerte, la invernada me servirá para concluir media docena de cuentos. Sólo los conoceremos, por ahora, mi esposa y yo. Mis amigos, los que saben leer los borradores para opinar y criticar estarán ausentes. Con ellos tengo cita recién para noviembre. Deseo que el plazo termine rápidamente. Tampoco yo sirvo para ser solitario.” (p.208-209). La conciencia de estar historiando la ciudad a través

de un relato admirado de su fundación y de la recuperación de sus aspectos salientes (o, más bien, concebidos como tales) hace que a la “historia escrita sobre la arena”, en el sentido del conjunto de acciones que merecen ser consideradas históricas (y, en consecuencia, destacables del simple devenir y narrables), se agregue, efectivamente, su redacción, en un texto que, en gran medida, podría pensarse como una historia sobre (“acerca de”) la arena y su domesticación. Sin embargo, el modo en que Sierra parece concebir la historia, más ligado con lo mítico, como observamos en la sección anterior de esta tesis, aproxima los procedimientos de la historia a los de la memoria (Nora, 1984; Candau, 2001), y le permite postular incluso, a través de la acción creativa, una semejanza con matices y gradaciones entre el escritor y el fundador, y entre este último y Dios.

En el capítulo “El ave pide su nido”, el enunciador se presenta original, poniendo en duda un lugar común de los relatos constitutivos de lo nacional (“Aquella romántica historia del campo argentino, del campo que abría sus brazos al intruso que pronunciaba el ¡Ave María! Tal vez sea verdad. Yo no lo sé”, p.65) e, inmediatamente, construye la identificación de sí con el pionero, al que concibe, también, escéptico: “Creo que don Carlos Gesell tampoco [la creyó]. Especialmente debió dudar aquel día que, por intentar forzar el paso, tuvo pesados careos en la comisaría.” (p.65).

A su vez, en “Busca a la mujer”, la vocación creadora del enunciador se evidencia en su capacidad nominadora. Como el pionero, que les daba sus propios nombres a las plantas, el enunciador renombra a la esposa de Gesell, valiéndose, como él, de una planta, que se convierte así, también, en su colaboradora. Además, como un fundador, se permite sentenciar, augurar, crear futuro a través de las palabras: “Con la ayuda del mundo que amó, quisiera cambiarle el nombre, llamarla [a la esposa de Gesell] Melilotus y, al hacerlo, sentenciar: mientras una flor de trébol se abra (...), estarás presente en esta Villa, Doña Melilotus: paisanita del médano, de la cortadera y del espartín” (p.100).

Sin embargo, es en “Cronología en letra menuda” donde se percibe con mayor intensidad esta cercanía entre el enunciador y la figuración del personaje, en lo

concerniente a su faceta creadora. El capítulo comienza con una extensa sentencia que sólo adquiere sentido en el libro a través de un inmediato ejemplo personal: “Los hombres activos y de empuje derrochan vitalidad de enseñanzas aprovechables. Para ello es necesario estar en la disposición de aprender. Para estar en esa disposición de aprender hay que poseer la humildad del aprendizaje. El que por saber algo de algo cree que sabe algo es inepto para tales cursos” (p.74). Por un momento, la semblanza hasta parece haber cambiado su objeto: “En mis años jóvenes tenía la manía de las invenciones. Inventé cómo fabricar calentadores con chapa galvanizada, el tanque galvanizador auto-decantador de impurezas y acabé inventando el método ya inventado de galvanizar en caliente” (p.74). El introito alude a los consejos de dos mentores del autor, uno que lo orienta hacia la escritura (“Don Manuel Gurmendi, quien con infinita paciencia leía mis monografías, diagnosticó que mi imaginación no era de empresario sino de escritor”, p.74), y otro, que le advierte sobre la diferencia entre inventar y, efectivamente, concretar lo ideado (“Años después repetí esa tendencia a la innovación con don Pablo P. Bardin. Sus enseñanzas fueron más concretas. No me traiga ideas, me dijo, tráigame al hombre capaz de concretarlas”, p. 75). Es –invirtiendo los términos- la anécdota personal la que da pie a mencionar la “vocación de la invención” de Carlos Gesell y a establecer una diferencia, que es la que permite seguir sosteniendo la jerarquía del héroe, instalándolo, por comparación, en el panteón de las celebridades inventoras: “él, el pionero, disponía de la doble vocación: invención-aplicación, al igual que Henry Ford, Tomás A. Edison, Firestone” (p.75). A pesar de lo afirmado, Sierra sigue proponiendo a lo largo de “Cronología...”, cuyo tema central es la obra de Gesell, ideas propias que piensa que alguien “que transpire el 90%” podría llegar a poner en práctica y postula que posee un “otro yo inventor [que] se atreve a planos más trascendentales” (p.77). La relación maestro/ alumno, que al comienzo del capítulo se vincula con la obediencia a los que lo inclinaron a ser escritor, se revela, más adelante, como un patrón en el cual también podría moldearse la relación entre el Creador y otro, con *c* minúscula, objeto de la semblanza: ambos “hacen la Historia”: uno la protagoniza y el otro la escribe (recordemos, en este sentido, que en “Tú eres la paz”, Sierra declarará haber comprendido –lo que lo habilitaría para contarlo- “el móvil y el secreto de todo pionero”



(p.106), e imaginará un posible encuentro con Gesell, al que sostiene poder confundir con Dios por su correspondencia con el estereotipo)<sup>36</sup>.

### **Representaciones del historiador I. *La Historia de Villa Gesell*, de Omar Masor (1995)**

Como vimos, Masor se preocupa en los prólogos de destacar la fidelidad a las fuentes y su propia prolijidad a la hora de seleccionar el material y verificarlo con documentos. Así, justifica la calificación de “novela” otorgada a su obra por su amenidad estilística y no por la invención del referente, “hechos reales y probados puntualmente por los testimonios”. Su estatuto de historiador amateur se fundamenta en el reclamo de su auditorio privilegiado, los habitantes de la ciudad (“tuve que relevar el verdadero interés geselino – comunitario y turístico que traería una nueva puesta en escena de esta historia”, p.3), auditorio también presente en la selección de los documentos fotográficos que publica en el anexo “Los documentos de la historia”, para cuya elaboración declara haber dejado de lado el “alarde gráfico” en pos de la fidelidad, y en su organización (“se buscó que el lector accediera a una percepción más rápida, ágil y comparativa del material”, asegura, aunque no lo demuestra satisfactoriamente). Sin embargo, su público local se amplía cuando sostiene la trascendencia que su obra puede otorgar al material (“colecciones que habían añejado por décadas como aguardando que algún día fueran difundidas a remotas y disímiles latitudes. Esta sección del libro pretenderá ser el vehículo”, p.160).

El pequeño prólogo de Schmidt, un pionero que se autodefine como “testigo de la mayoría de los acontecimientos que se relatan en este libro”, insiste en el carácter testimonial de *La Historia de Villa Gesell* (“un verdadero testimonio de la epopeya geselina”, p.4) y califica su contenido de “exacto y cronológico” (p.4), en obvia alusión a la

---

<sup>36</sup> “Me preocupa pensar que, si llego a dar con un viejo cansado, de larga barba blanca, que aún sigue sembrando, no sabré discernir con claridad si estoy frente a Don Carlos Gesell o si estoy frente a Él.” (p.106/107).

datación de los acontecimientos y el uso de las fuentes. Incluso, su entusiasmo lo lleva a cometer un error revelador cuando afirma que “el título de la obra está cabalmente plasmado en la realidad” (p.4) y no a la inversa. Aunque no desdeña la metáfora, sobre todo en los casos en que esta transmite la valoración de la gesta, podría decirse que, en el discurso de Masor, predomina una modalidad epopéyica, propia de una historia metonímica (Barthes, 1994), en la que la apelación al documento ocupa un lugar central.

Así como en la totalidad del texto los testimonios, como vimos, adquieren un papel preponderante, el “Epílogo” reproduce el procedimiento en una puesta en escena que ficcionaliza un paseo del matrimonio fundador, interrumpido frecuentemente por fragmentos del propio libro, en todos los casos consignados como citas textuales entrecomilladas. Este curioso procedimiento merece una atención particular, ya que – consideramos– requiere una lectura doble: hacia el interior del epílogo mismo, y hacia el libro en su conjunto y la concepción de la historia que parece sostener.

En el discurso académico, la cita recupera los conceptos vertidos por los expertos en el área que se investiga, indicando la procedencia de ese conocimiento, y permite establecer relaciones entre los textos existentes y el que se encuentra en elaboración, con el fin de comentar, asentir, disentir o señalar incongruencias (Massi, 2005). Esa sería su función en el interior de un libro de Historia convencional y esa parece haber sido su función en este libro en particular: las citas de documentos y testimonios que jalonan *La Historia de Villa Gesell* avalan las afirmaciones, autorizan el relato y lo vuelven emotivo. Sin embargo, en el epílogo, se recurre a citas de fragmentos del propio libro que parecen tener, como decíamos, una función doble: por un lado, reproducir el procedimiento constructivo de la obra; por el otro, autenticar sus dichos en la relación que explícitamente se establece entre la representación de un posible paseo del fundador y su esposa en un momento contemporáneo a la aparición del volumen, ya realizada la hazaña, y las palabras vertidas en el volumen, en el cuerpo del texto, para contar la historia, en un movimiento inverso que sugiere lo mismo que el yerro del testimonio de Schmidt mencionado anteriormente: la Historia (su relato) construye el pasado.

El paseo imaginario del matrimonio Gesell, en el que ambos integrantes examinan sus plantaciones, va habilitando temáticamente cada uno de los fragmentos recuperados, en este caso en cursiva y entre comillas, para evidenciar la polifonía y recordar su carácter recapitulativo. El análisis puntual de las relaciones entre texto y cita, presente y pasado del epígrafe, resultará útil para ejemplificar el procedimiento. Las citas más extrañas, en este sentido, son la primera y la última. La primera reproduce un fragmento de la inicial ficcionalización del testimonio de Stark, que alude al agobio de Buenos Aires en verano (*"Buenos Aires se debate bajo un cielo de estío. Sus calles son un largo camino donde gira, laborioso y empecinado, el resignado enjambre cotidiano"*, p.153). Es probable que la intencionalidad de contrastar la placidez de Villa Gesell y la vorágine de Buenos Aires sea una hipótesis secundaria frente a la que nos anima a sostener la referencia a la estructura del libro, que comienza con el capítulo "Una cita en la tranquera". La recorrida imaginaria del fundador por el territorio ya "conquistado" abre paso a la cita, que recuerda los paseos solitarios de Gesell por el otrora páramo, también imaginados en el interior del libro (*"Sus interminables caminatas con el viento salado y sempiterno como único acompañante, concluyen en crepúsculos fríos, forjados en la meditación y el soliloquio junto al mar"*, p. 154). El supuesto intento de Emilia Lüther de "olvidar las penurias del pasado y regocijarse contemplando un panorama diferente, alentador" (p.154) se continúa con otra cita que retoma el lexema "alentador" negativamente y manifiesta el espíritu optimista de Gesell (*"A desmedro del panorama desalentador, Carlos Gesell continúa adelante."* (p.154). Al encuentro de miradas entre los esposos y a su "tácita correspondencia" (p.155) le sigue la cita: *"... Una alquimia misteriosa más profunda que el raciocinio los alienta a la acción. Son amos absolutos de su utopía y su quimera. Por eso logran doblar la realidad..."* (p.155). La última cita, que predice un futuro verde doblando la arena, cierra al mismo tiempo el paseo y el ciclo de la gesta. El propio matrimonio Gesell es presentado como la voz que difunde entre los turistas la historia ya contada: "Con paciencia sorprendente reiteran en cada caso los pasajes más insólitos de la epopeya: la exigente curiosidad de los paseantes así lo demanda" (p.155), autorizando, en ese acto, indirectamente también, la veracidad del relato de Masor y la configuración de un

*ethos* (Maingueneau, 2002) que basa su confiabilidad en el respaldo documental y en el aval que representa el hipotético relato del fundador a los transeúntes.

La recreación ficcional de las palabras de Gesell a su esposa (“-¿Ves, Emilia? Esto es extracto químicamente puro de arena, aire, sol y agua. Nada más...”, p.156) son corregidas, en el final del “Epílogo”, por la posterior valoración del historiador, que se ha amparado en toda su obra en los documentos, para dar cuenta de la gesta, aunque, también, para interpretarla: “... Pero el pionero en su encendida metáfora olvidó un detalle. Esa flor no hubiera llegado jamás a semejante belleza de no intervenir dos factores químicamente imperfectos, pero de mayor fortaleza: el amor con que se persigue una idea, una obsesión y la mano de un hombre que sepa hacerla crecer en un desierto inhóspito que debió resignar su alucinante espejismo” (p.156).

### **Representaciones del historiador II. Las fundaciones de Villa Gesell, de M. García y C. Palavecino (2007)**

A la publicación de la ponencia de Palavecino y García la anteceden la presentación de cada autora y sus agradecimientos. En ambos casos, parece necesaria la reconstrucción de las propias biografías en lo atinente a la relación de cada una con la ciudad y su fundador. Claudia Palavecino reivindica su pertenencia (“Soy geselina ciento por ciento, por elección y por convicción”) y su percepción cambiante -pero siempre admirada- de su objeto de estudio, inevitablemente múltiple: “Desde chica comencé a palpar la historia de Villa Gesell y sus protagonistas, sin tener la real magnitud de lo que ella representaba. La imagen de Don Carlos se me presentaba sencillamente, pero cuando yo lo veía sentía una emoción profunda, algo así como si el mundo se parara. De la mano de los pioneros, percibí e internalicé la grandeza de todos ellos, en la sencillez que los caracteriza.” Mónica García, por su parte, relata su llegada más reciente a la ciudad, a la que define como “un lugar nuevo, que se ha elegido en la madurez de la vida” y describe su tarea como un “descubrimiento” en el ámbito personal (“me dispuse a descubrir un pueblo, un mar y un

bosque”) y en el profesional (“El trabajo en el Museo y Archivo Histórico significó (y significa) para mí descubrir cada día la historia de don Carlos Gesell, de los pioneros y de la ciudad”). Su concepción de la historia de la ciudad, a la que cree “única y fascinante”, radica en su percepción personal (“lo que yo llamo *los otros valores*”) que, como vimos más arriba, sugiere, sin mencionarla, la caracterización moral del fundador. Ambos agradecimientos conciben la publicación de la ponencia como un homenaje a la ciudad y su gente, y recuperan, además, el origen y la descendencia en los términos de “legado”, dado que el discurso se nutre y se presenta tributario, al menos en su ideación, de palabras anteriores: “a la memoria de mis padres, que cuando era chica me hablaron por primera vez de este lugar mágico” (todas página 5).

El prologuista, director de Cultura de la Municipalidad y del Museo y Archivo Histórico de Villa Gesell, es quien destaca el valor historiográfico del trabajo, instalando a las autoras en el lugar de historiadoras que, a partir de un arduo trabajo de indagación documental, aportan, a su vez, “un nuevo material documental sobre el origen y la evolución de la ciudad”, cuyo principal aporte sería de orden conceptual (“desarrollan en pocas páginas (...) la teoría de las varias ‘fundaciones’”).

Si bien se insiste en que se basan en documentación (y se percibe una influencia no declarada de los escritos biográficos sobre Carlos Gesell, principalmente del escrito por su hija), perdura una representación admirada del personaje, aunque las características de la situación comunicativa morigeran esa representación y la alejan de la identificación con el personaje sugerida en los anteriores intentos de pretensión histórica de Sierra y Masor. Ignorándolos, *Las fundaciones de Villa Gesell* se presenta como un texto novedoso, un punto de partida para “ir abriendo camino para una historia integral de Villa Gesell” que se conjetura posible. Otra vez, en el final, se concibe la tarea de las historiadoras como un “descubrimiento” fruto de la investigación (“Como sucede en la historia de toda población joven, hay mucho por descubrir”; “Nos comprometemos a seguir en la búsqueda”, p.32) y un necesario registro posterior (“El desafío de continuar registrando esta maravillosa historia de acontecimientos está abierto”, p.32).

## Observaciones finales

Las “Historias de Villa Gesell” construyen enunciadores estrechamente ligados a las escenas genéricas y las escenografías (Maingueneau, 2002) que proponen. En la historia de Sierra, menos apegada a la documentación que a la consideración metafórica e hiperbólica del panegírico, la identidad del narrador se constituye en los límites del ensayo que ha escogido como género. Así, el enunciator se equipara a sí mismo con Carlos Gesell en su faceta creativa -en el caso de Gesell, de una ciudad; en el de Sierra, de la epopeya que pretende recordarla-, y culmina su texto, incluso, con una escenografía propicia para la escritura que, por sus condiciones de soledad, alude lejanamente al solitario héroe fundador: “En el momento en que estoy dando fin a este libro” –refiere Sierra- “el Otoño aproxima sus fríos. (...) El escenario, que fuera cuidadosamente preparado, quedó deslucido. Semeja al teatro finalizada la función (...). Ahora que la temporada llegó a su fin, sin sol, sin arena caldeada, mi quehacer se reencuentra con las cuartillas donde borroneo historias. Vuelvo a ser solitario. (...)” (p.199, 207 y 208).

En los casos de quienes se proponen construir la historia de la ciudad reivindicando el respaldo documental, es destacable el empeño por construir su confiabilidad en su particular manejo de los documentos. En *Historia de Villa Gesell*, si bien la historia cede un lugar a la ficción en la dramatización de la llegada de Stark, al inicio del volumen, y en la recreación de un paseo del fundador y su esposa por el bosque en el epílogo, Omar Masor se perfila como un historiador aficionado, pero no por ello poco riguroso, que consigna sus fuentes escritas en un apartado final al que denomina “Publicaciones consultadas” y destaca, en el “Prólogo original”, su propia búsqueda de la veracidad, ejemplificándola con su cuidadosa selección –y desbroce- de los testimonios de los pioneros (“La tarea devastadora del tiempo sobre la memoria no se ha hecho esperar (...). De allí la deliberada omisión de cuantos pudieran arrogarse el título de pioneros aun cuando asegurasen que sus memorias abrigaban recuerdos como para escribir diez historias”, p.7).

En su exposición sobre la retórica aristotélica, Roland Barthes (2009) distingue tres tipos de *ethé*, atributos del orador utilizados para conmover al auditorio. Por un lado la *phronesis*, “el buen sentido”, la “sabiduría objetiva” del que “delibera bien”; en segundo lugar, la *areté*, la virtud de la franqueza; y, en tercer lugar, la *éunoia*, por medio de la cual busca resultar simpático al auditorio, entrar en complicidad con él.

La publicación oficial, *Las fundaciones de Villa Gesell*, reivindica el trabajo con documentos que todo texto académico requiere y hasta organiza la interpretación de los hechos alrededor de un eje teórico (la teoría de las cuatro fundaciones) que es necesario fundamentar. Si bien es el texto que, en la práctica, construye el enunciador más apegado a validar con documentos no sólo la narración de la historia sino también y principalmente su hipótesis de lectura de la misma, las narradoras no desdeñan manifestar en el paratexto las motivaciones afectivas de su aproximación a la tarea, construyendo un *ethos* que combina en dosis desiguales la *phronesis*, del que delibera bien por su sabiduría, con la *éunoia*, del que basa en la afinidad con el referente la posible complicidad que requiere del auditorio.

## CAPÍTULO 4

### BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS

#### El yo de la narración de vida

Tanto el relato de Rosemarie Gesell como el de su sobrina, Marta Soria, pertenecen al género testimonial; son, más precisamente, narraciones de vida. Se distingue la narración de vida del testimonio propiamente dicho por el hecho de que, mientras el testimonio implica la denuncia de un hecho propio de la vida pública del sujeto que lo narra y, por lo tanto, el cuestionamiento de un *statu quo* social, la narración de vida se centra en la vivencia de un sujeto singular, que puede pertenecer a su vida íntima (Beverly, 1987). Salvadas estas diferencias, ambos relatos tienen en común el compromiso personal y afectivo con lo narrado y el pacto de lectura que implica la creencia del lector en la verdad de lo relatado, fundamentalmente por su procedencia.

Creemos que, para abordar las biografías de una figura pública como fue Carlos Gesell, escritas por familiares que cuentan su propia experiencia con el personaje, resultan de utilidad algunas consideraciones que sobre el testimonio han realizado diversos autores, aplicables también, con los límites mencionados, a las narraciones de vida. En primer lugar, el señalamiento de Ricoeur ([1983] 1995) acerca de que el presente ejerce una hegemonía sobre el pasado según la cual el sujeto que rememora condiciona ese pasado que narra, intentando cerrar sentidos y otorgar un significado que unifique la interpretación desde su presente. Por otro lado, pero en la misma dirección, la idea de Sarlo (2005) que, apoyándose en las consideraciones de Paolo Rossi en *El pasado, la memoria y el olvido*, sostiene que la reconstrucción testimonial del pasado es un intento por superar la fragmentariedad de la memoria por medio de operaciones discursivas, subjetivas y sociales que involucran tipologías y modelos narrativos de la experiencia, principios morales y religiosos, el posible trauma que los hechos hayan ocasionado en el que testimonia, los juicios ya realizados que podrían incidir como orientaciones de la evaluación. Así, esta



reconstrucción testimonial se convierte en una “autodefensa” por la que se pretende persuadir al lector y asegurarse una posición en el futuro a través de, por ejemplo, la profusión detallista.

Por otra parte, como afirma Sylvie Sagnes al considerar la labor del genealogista, en “De terre et de sang: la passion généalogique” (mencionado en Candau, 2001), proteger la memoria de los ancestros es proteger la propia, transmitirse a sí mismo, dado que la memoria de la estirpe produce la ilusión de la memoria compartida y, por lo tanto, un imaginario de continuidad. Es cierto que la memoria familiar sirve de principio organizador de la identidad del sujeto, pero, a la vez, el sentido que cada individuo les otorga a los acontecimientos familiares es singular y distinto del que otro integrante puede otorgarle, por lo que las diversas identidades requieren diferenciarse por medio de sus distintas versiones y sus posicionamientos respecto del referente y de su propia tarea como narradoras.

El estudio de la configuración identitaria de las enunciatoras en las narraciones de vida publicadas como biografías del fundador de la ciudad, en las cuales aparecen relevados al mismo nivel los datos públicos y los privados del personaje junto con las vivencias personales de las biógrafas, resulta particularmente interesante debido a que sus identidades parecen determinarse en un relato que persigue, por medio de la lectura del pasado desde el presente y de recursos que procuran asegurar la credibilidad, una reconfiguración, un reposicionamiento protagónico del yo que enuncia en la saga.

### **1- Rosemarie Gesell en *Carlos I. Gesell, su vida* (1983)**

Aunque en el prólogo de *Carlos I. Gesell, su vida*, Rosemarie Gesell se pretenda objetiva (“Escuchando los puntos de vista de todos [mis hermanos] traté de llegar al fondo de la cuestión, de por qué su vida fue como fue”, p.8), su libro es, junto con el de su sobrina, que extrema el procedimiento, uno de los ejemplos más evidentes en el corpus de

la intención de construir la identidad del biógrafo a la vez que la del biografiado, dado que la hija se propone mostrar al personaje central en su intimidad, desde la perspectiva de la experiencia personal, que por eso mismo se reivindica como verídica y reveladora. La confiabilidad del *ethos* que acredita la calidad múltiple y desacralizada del biografiado se basa en su carácter de testigo de los hechos, mientras que su propia consolidación identitaria radica en que haya sido partícipe de los mismos y, de manera oblicua, entonces, su protagonista (“Doy fe absoluta de ello”, reafirma la narradora en la página 99, como si fuera necesario). De hecho, si bien se reponen las biografías del padre y de sus antecesores previas al nacimiento de Rosemarie a partir de comentarios familiares, la mayor parte del libro está compuesta por recuerdos personales, y la historia de Carlos Gesell está signada por la convivencia de la enunciativa con él, los conflictos, todo aquello que podría funcionar como soporte de la evaluación. La orientación que el presente impone al relato del pasado (Ricoeur, 1983) se manifiesta en las conclusiones de orden interpretativo que extrae la narradora, que intentan justificar lo que se encargan de no explicitar: la biografía pretende saldar las cuentas de la hija con su padre, sin aludir directamente al final tortuoso de la relación (debido a su participación en un juicio por insanía realizado por la mayoría de los hijos contra Carlos Gesell en su vejez) que el lector local conoce y por el cual podría haberla condenado previamente. Así, la metáfora “viejo león que de un zarpazo, me eliminó de sus cercanías”, aplicada a su padre, y la que denomina “chacales que merodeaban el botín” a quienes no identifica pero condena (ambas en página 131), conducen a la compasión de la narradora (“¡Pobre papá!”, p. 132) y, de un modo elusivo, a su propia exculpación.

Cuando analiza la evaluación final, explícita o implícita, de toda secuencia narrativa, J.-M. Adam (1984) señala la orientación argumentativa que cualquier narración supone, justificando las acciones e intentando persuadir al lector de los valores que determinan los comportamientos de los personajes. Como vimos en “Retratos”, en su biografía, Rosemarie Gesell evalúa permanentemente los actos de su padre, pero esta evaluación no sólo apunta a constituir una imagen novedosa del héroe para los lectores, sólo accesible a los íntimos, sino también a constituir una imagen de sí misma como enunciativa y como actante. No se

trata solamente de narrar y juzgar la historia de la vida de un padre: al mismo tiempo se narra y se juzga la de sus familiares (“vivir con él o cerca de él, fue una dura prueba para todos a los que nos tocó vivirla”, p.8), principalmente la de la enunciativa y su hermano Buby, con el que por momentos parece conformar una unidad. De hecho, las notas que todas las ediciones de *Carlos I. Gesell, su vida* incorporan a la manera de un apéndice final del libro sólo incluyen como dato de Carlos la fecha de nacimiento; seguidamente se hace, en ese orden, una referencia al final de la vida de su segunda esposa y de la primera y, encabezada por la frase “De sus hijos”, la actualización de datos de cada uno de ellos, incluso de los que únicamente aparecen mencionados en el cuerpo de la biografía por su nombre a propósito de su nacimiento y no se los vuelve a nombrar hasta estas notas. Al referirse a sí misma en ese espacio, Rosemarie recrea en su casa actual su pasado paradisíaco, confirmando la importancia de su herencia: “Desde mi casa, escucho en el total silencio que me rodea el sonido del mar y el canto de los pájaros (...) como antes...” (p.139).<sup>37</sup>

Decíamos más arriba que una narración de vida requiere la consolidación de un *ethos* confiable y que esa confianza radica en la autoridad que deviene de la vivencia. Sin embargo, en la tarea de narrar ambas caras de la moneda, incluyendo el “lado oscuro” que las precedentes historias de Villa Gesell ignoraban, la enunciativa necesita, tal vez como ninguno de los enunciativos analizados precedentemente, operar sobre las pasiones del

---

<sup>37</sup> Resulta interesante observar los cambios que registran las sucesivas ediciones en esas notas finales. En la última edición, de 2008, además de la obvia actualización de la información, Rosemarie también modifica el orden en que incorpora sus datos personales. En la edición de 1983, privilegiando la cronología, menciona en primer lugar su mudanza a un espacio agreste, luego el emprendimiento comercial allí realizado, la apertura de un camping, posteriormente la organización de excursiones al faro Querandí, y, sobre el final, sus plácidas percepciones de la naturaleza desde su casa actual, que recuerda su pasado. En la de 2008, más distante de los objetivos catárticos de la primera publicación, puede reordenar los datos según un criterio ligado, por un lado, a la topografía y, por otro lado, a la constitución de un enunciativo actual: menciona en primer término las excursiones al faro, de las que ya no es responsable, como una empresa personal exitosa, luego su mudanza al sur de la ciudad y la instalación del camping y, por último, retoma la reivindicación de su pasado natural desde ese bucólico lugar. La contratapa, sin embargo, insiste en recalcar la identificación entre la autora y su padre, publicando, bajo la fotografía de Rosemarie Gesell, el fragmento final de las notas, en el que recupera el presente que pretende remedar el pasado: “Desde mi casa escucho en el total silencio que me rodea el sonido del mar y el canto de los pájaros, y en los días de sudestada, el aullido del viento mientras los ventanales lloran sus lágrimas de arena y lluvia... como antes...”.

auditorio para lograr su favor. En el caso de Sierra, Masor y García y Palavecino, en diferentes medidas, la apelación a los valores socialmente constituidos para evaluar la figura del protagonista garantizaba la construcción de la emoción en el auditorio. El tópico que refiere al visionario, innovador y creador es, con mayor o menor entusiasmo, evocado por cada uno de los enunciadores para lograr la “construcción de la emoción” (Amossy, 2000) en el auditorio y la consecuente aceptación de su propio posicionamiento. Como señala Amossy, “la emoción del alocutario no debe suscitarse solamente de manera tácita o argumentada; a menudo debe presentarse como la reacción que debe sustituir la emoción experimentada por el alocutario, emoción que se le presenta por diversos contradiscursos como única legítima”, y, en este caso, Rosemarie Gesell necesita llevar al auditorio a identificarse con sus sentimientos como hija, logrando una empatía que también puede vincularse con un tópico (en este caso, el que supone la divergencia entre el hombre público y el privado), pero que es necesario generar en el auditorio para lograr la aceptación de una nueva imagen del héroe y, por lo tanto, la confirmación de la fiabilidad de la enunciativa.

Así, resulta necesario establecer cierta complicidad con el lector (“Como se puede apreciar, había algunos temas de discordia”, p.41); explicar la utilidad de los procedimientos narrativos (“He hecho esta pequeña reseña sobre mi abuelo [Silvio], porque su vida de lucha sin cuartel por lo que fueron sus ideas pese a que muchas veces lo consideraron loco, influyó en gran medida en el espíritu de lucha demostrado a su vez por mi padre durante toda su vida”, p.16); modalizar sus afirmaciones con un reiteradísimo “indudablemente” para establecer contrapuntos irónicos respecto de la perspectiva paterna (“-¿Comer? Oh, no te hagas problemas. Ya nos arreglaremos. Mira por la ventana, ¿no es un paisaje grandioso? // Indudablemente, lo era. La arena corría libremente tapando una de las puertas de entrada y el ruido del mar era ensordecedor”, p.50) o para subrayar sus propias conclusiones (“Indudablemente las actividades de granjero no iban a solucionar los problemas económicos”, p.75; “Indudablemente, como todas las conclusiones las sacaba él solo, de allí nació su famosa frase...”, p.92; “Indudablemente papá no dejaba librado nada al azar. Todo fue pensado...”, p.94); exhibir sus diferencias por medio de la introducción de recursos más propios de la oralidad (“Bueno, ese era el proyecto, pero el dinero no

alcanzó...”, p.24; “Traía (...) los encargues. Claro, siempre podía suceder que se olvidara cuáles eran estos”, p.58-59; Bubi miraba a su padre con admiración. Las relaciones con él eran buenas y con Emilia...<sup>38</sup> bueno, se toleraban”, p.94); con el fin de presentificar los hechos, reproducir diálogos entre los personajes en estilo directo o utilizar estilo indirecto libre para representar las posiciones de los diversos personajes focalizados (“¿Qué se había imaginado? ¿O acaso todavía no había aprendido que al lado de él nada podía ser normal y lógico?”, p.50; “En la vida hay que ser prácticos. Ella ya lo había aprendido”, p.51; “¿Acaso Silvio Gesell, su padre, no había tenido otras mujeres y su esposa se lo había permitido? ¿Por qué no lo iba a hacer la suya?”, p.65; “¿Qué hacer? Había que encontrar la forma mediante la cual ese predio redituara algo de dinero”, p.73).

Dominique Maingueneau, en su artículo ““Problèmes d’ethos” (2002), agrega a la concepción aristotélica de *ethos*, el vínculo entre lo discursivo y el imaginario físico y actitudinal que ese enunciador convoca. La heterogeneidad que Rosemarie destaca en el biografiado se desplaza a la propia figura de la enunciativa, que, por un lado, consolida el estereotipo de “[hija] rebelde”, como se autotitula, dado que se muestra crítica de su padre<sup>39</sup>, pero al mismo tiempo, semejante, incluso en esa misma rebeldía, lo que le permite asumirse como su heredera, en términos similares a los que la biografía emplea para describir la relación entre Silvio y Carlos, e inscribirse, así, en una genealogía constitutiva de su identidad familiar (“una familia distinta a la mayoría”, p.8) y social (Candau, 2001). Es por ello que insiste en señalar su participación en el plan paterno cuando niña, como vimos en “Retratos”, y plantea como necesaria para su concreción su colaboración adulta: “Un día venció su orgullo de hombre que quería ser omnipotente y en mi casa (...) me dijo con una voz que denotaba un infinito cansancio: -Necesito que me ayudes. No puedo más solo” (p.131). En posteriores declaraciones a la prensa, publicadas en el diario *Página 12*, en el artículo “Hija de Gesell y pionera de la Villa” (Rodríguez, 2007), Rosemarie extrema

---

<sup>38</sup> Obsérvese el uso de los puntos suspensivos, muy habitual en este relato para manifestar puntos de vista. Un ejemplo significativo: “Y estaba... Emilia Luther.” (p.63).

<sup>39</sup> Y, a su vez, muestra a su propia hija heredando su rebeldía: ““Mi hija Claudia consiguió un día curarlo de sus costumbres. Cuando su abuelo le hizo una pregunta a la cual no pudo contestar, le retrucó con otra que ella sabía y papá no.” (p.121).

la identificación, legitimándola en coincidencias y legados de interpretación necesaria: “En marzo de 1931, mi papá comenzó con la idea de comprar tierras en esta zona y al poco tiempo mi mamá quedó embarazada de mí. Yo nací en enero de 1932. Esto significa que mi gestación y la de Villa Gesell son casi de la misma fecha. Eso significa que lo mío es fundacional”; “esa fue la esencia de Villa Gesell y yo la mantengo. Yo vivo acá todo el año, cuando no hay nadie, cuando los álamos pierden las hojas. Todo es hermoso. Ser una Gesell es una responsabilidad. Todos me dicen: ‘Ay, todo lo que hizo tu papá’ y parecen preguntar ‘¿Y vos qué hiciste?’. Yo fui pionera de las excursiones al faro cuando nadie sabía que existía el faro. Con 25 años, cuando no había más que caracoles y una huella de nada. Diez años como guía. Y toda mi niñez junto a papá. Yo también tengo que ver con la historia de Villa Gesell”.

El anclaje (Barthes, [1964] 1986) que proponen los epígrafes a las fotos familiares, ubicadas todas juntas y cronológicamente en una posición central del volumen, exhibe la importancia que adquiere en el libro la biógrafa en tanto tal: si se trata de fotografías en las cuales Rosemarie o Carlos aparecen junto a otras personas, se los menciona por su nombre; sin embargo, el epígrafe de una imagen de 1970 en la cual aparecen ellos dos solos la presenta como “la autora” y a Gesell como “su padre”<sup>40</sup>.

### **Marta Soria Gesell en *Mi abuelo... Carlos Gesell* (2007)**

Los comentarios que pueden hacerse acerca de la constitución identitaria de la narradora en el caso del libro de Marta Soria resultan inevitablemente complementarios de

---

<sup>40</sup> Incluso, Rosemarie Gesell se convierte en referente de otros autores que desean escribir la historia de pioneros de la costa. Así lo registra en el periódico platense *Diario Hoy*, en un artículo del 6 de mayo de 2006, “Un libro que recupera la obra de uno de los pioneros de San Clemente del Tuyú”, el nieto de un pionero de San Clemente, que fuera amigo de Carlos Gesell, quien narra su visita a Rosemarie para pedirle material y recibe su aliento para escribir la historia de su abuelo. El epígrafe de la fotografía que los reúne señala la legitimidad de su acción narrativa basándola en el linaje y, además, comete un error bastante significativo: “Descendientes. Almeida junto a Rosemarie Gesell, autora de *Carlos I. Gesell. Mi padre*.” Como sabemos, el verdadero título del libro de Rosemarie Gesell, *Carlos I. Gesell. Su vida*, es más distante y no recuerda la relación parental; la confusión del epígrafe revela la importancia otorgada en el artículo a la transmisión familiar.

los ya realizados en la sección “Retratos” de la tesis. Nuestros esfuerzos por discriminar las observaciones sobre el biografiado de las observaciones sobre la biógrafa no fueron sencillos, debido a las características del volumen ya comentadas, por lo que nos extenderemos aquí en algunos aspectos que hemos reservado especialmente.

El “Prólogo”, escrito por Luis Korpíc, quien tiene en sus manos la tarea de redactar el libro, no sólo adelanta los contenidos de esta historia de vida, sino también la forma en que debe ser interpretada (“Este libro, además de resaltar aspectos poco conocidos de sus protagonistas, trata de su nieta y la presencia, significado y perpetuidad en el tiempo que la figura de este particular abuelo hicieron (*sic*) en la autora. Destacando obviamente que todo lo narrado está basado exclusivamente en la relación que Marta tuviera con don Carlos Gesell”, p.10 (*sic*)). La “Introducción”, en la voz atribuida a Marta, lo confirma. Si bien el protagonista es el abuelo, la nieta adquiere un papel relevante no sólo porque es la encargada de narrar la vida del personaje, sino también porque su perspectiva será la que condicione lo narrado, provocando que su figura compita en importancia con la del biografiado, que por momentos parece funcionar como un mero pretexto para referirse a sí misma. El recorrido que protagonizan la autora y sus descendientes, ya descrito en “Retratos”, del cementerio a la casa de la autora, que incluye una parada en la casa de su abuelo, actual Centro Cultural, consolida la memoria social (Candau, 2001) y activa la memoria individual, postulada aquí como un acceso privilegiado a los hechos: así, por ejemplo, Soria dice que la visión del mangrullo provocó el recuerdo de su niñez y “a uno especial de aquellos tiempos” (p.11) y se atribuye a sí misma la conservación de una memoria que puede dar vida al pasado (“La casa mantiene, mas no sea en mi interior, los latidos de vida de aquellos años”, p.11-12). Ahora bien, ¿qué es lo que este recorrido pretende poner en escena? La historia de Carlos Gesell no puede ser ajena, por supuesto, a una habitante adulta del lugar y descendiente directa de su fundador. La nieta, convertida en un doméstico Virgilio, guía a su propia hija, María Victoria, como si esta representara al lector, instituyéndose en la voz autorizada del pasado. Del mismo modo, se escenifica la decisión de publicarlo (“me asaltó la firme idea de poder volcar todo en un libro”, p.13). La enumeración de los contenidos de la publicación, a la que se le da el status de “obra

literaria”, comprende al mismo nivel, “el esfuerzo de mi abuelo y las historias familiares, mi relación con él, la creación de la villa balnearia y mucho más” (p.13). Aquí y al cierre de varios capítulos, la autora invita al lector a “recorrer” o “revivir” los recuerdos, como si se tratara también de un camino de reconocimiento y transmisión. La primera fotografía (y la única a color) presenta a “la autora en el paisaje otoñal de 2007” (p.13), atestiguando el momento original; las siguientes muestran a la hija y el nieto en la playa, el mangrullo, la primera vivienda y el chalet histórico (p.14 y 15), ilustrando y testimoniando el recorrido.

De esta manera, los personajes –con la excepción, por razones obvias, de la segunda esposa de Carlos Gesell- paulatinamente abandonan su nombre en el relato para ser definidos cada vez más por el lazo familiar que los une a la autora (“mi abuelo”, “mi abuela”, “mis padres”, “Tante Laura”, etc.). El caso de la pequeña biografía de Silvio Gesell, a quien Marta no conoció y del que sólo tiene referencias indirectas, resulta ejemplificador del procedimiento: sólo en una oportunidad se lo denomina “mi bisabuelo”, el resto de la historia será “Silvio” o “Silvio Gesell” o el “padre de Carlos”, delatando así la apropiación de relatos ajenos sobre los cuales opera una simple selección abreviada y no una reconstrucción realizada a partir de la vivencia.

Como ya señalamos, la narración va cobrando mayor autonomía respecto de la figura central a medida que se reconstruye con mayor definición la historia de Marta Soria propiamente dicha. La importancia que adquiere el matrimonio de sus padres, episodio narrado extensamente en “Juana y Roberto, mis padres...”, hecho que incluso merece la única fotografía del capítulo, parece plantearse como el punto de partida de la historia personal: después de resumir la vida de los padres y de su hermano hasta la actualidad, el relato se cierra con una retrospectiva que narra el nacimiento de la autora, personaje prácticamente protagónico a partir del capítulo siguiente: “El 12 de agosto de 1949 en la ciudad de La Plata llego yo a este mundo. La seguimos en el próximo capítulo” (p.59).

“La primera nietita” reitera el evento del nacimiento, subordinado ahora a la vivencia del biografiado, cuyas palabras, resaltadas en el original, confirman su relevancia: “Los



abuelos estaban chochos. Había nacido la primera nieta. Esa era yo. Mi abuelo siempre me lo decía desde su mirada dulce... **“mi primera nieta”**<sup>41</sup> (p.61). Es más, Villa Gesell se vuelve el escenario de lo relatado sólo cuando Martita está allí, en sus vacaciones o circunstancialmente. De nuevo, el orden de las fotografías y sus epígrafes es el que organiza la lectura: la primera no es la de Martita bebé, como la cronología podría hacerlo prever, sino la de la niña en los hombros de su abuelo. A esa le siguen una del abuelo, la nieta y sus padres, claramente contemporánea de la anterior; luego, la de la bebita con su madre y, posteriormente, en consonancia con el orden anteriormente descrito según el cual las fotos familiares preceden a las locales, la de la primera escuela, edificio con el que se encontraba Martita, según se narra, cada vez que ingresaba a la ciudad en el auto del abuelo y cuya inclusión sólo parece hallar pertinencia en esa narración. Los epígrafes de las fotos estimulan la lectura autobiográfica, construyendo un enunciador variable: el primero marca una distancia respecto de los retratados: “Carlos Gesell y su nieta Marta” (p.62); en el siguiente, “Mi abuelo, mi mamá, mi papá y Martita” (p.63), la objetividad sólo se mantiene en la mención de la niña; “Martita y su mamá Juana, a poco de nacer” (p.64) la recuperan completamente y el último agrega al dato referencial (“Edificio de la primera escuela”) una recontextualización completamente extemporánea (“Al lado del vivero de Marta Soria Gesell”) que vuelve a posicionar a la autora en un lugar central.

El título del capítulo 14, “Rumbo a la pasarela, entre carreras y progreso”, anuncia la relevancia del relato personal. Si bien se hace referencia a los cambios de la ciudad y al reconocimiento de los turistas hacia Carlos Gesell, estos datos aparecen sólo vinculados con las vivencias de la autora (“Para ese entonces comenzaba una de mis vacaciones más lindas”, p.79; “Solía pasear del brazo de mi abuelo por el centro, a la tardecita, y me encontraba con un montón de gente que se acercaba a saludarlo y yo me ponía muy orgullosa”, p.80; “es la época más importante de mi vida y también de la villa balnearia”, p.82). Las fotografías, de nuevo, se ubican en una línea que va de lo íntimo (la imagen de Marta modelando en su primer desfile: “Primer desfile. Año 1969. Confitería del Pinar”, p.79), a lo familiar (“Carrera de jeeps. Mi tío Buby y mi hermano Carlos”, p.80) y, por

---

<sup>41</sup> En negrita en el original.

último, lo público (“Confitería del Pinar y un selecto grupo de turistas. De los de antes”, p.81). Otra vez, las fotos: a “Casamiento de Marta Soria y Carlos LaCasa” (p.84), le siguen “Navidad con mi abuelo y Paulita” (p.85), luego la fuera de época, sólo admisible en un corpus que exhibe la unión familiar “La última Navidad de mi abuelo. Lo acompañan (*sic*) Sonja, Paulita, Emilia y yo esperando a Vicky” (p.86), y posteriormente “Reunión familiar” (p.86) y “Carlos Gesell y sus hijos e hijas” (p.87). Para el final, quedan las correspondientes al hombre público, “Época en que las calles eran mantenidas. Tarea a cargo de las máquinas de mi abuelo” y “Don Carlos en su escritorio” (ambas, p.88).

“La bisnieta de mi abuelo” parece profundizar la idea de que la descendencia hereda el mérito, desarrollada en el libro a través de la estrecha relación abuelo/nieta. Así, se destaca que la hija de Marta cumple el vaticinio de su abuelo, configurando la proyección del vínculo inicial (“me comentó, mientras le acariciaba la cabecita, que: **“va a ser una niña muy inteligente y con mucho carácter...”**<sup>42</sup>”. El vaticinio se cumplió a rajatabla, así es mi hija y así era el buen ojo del abuelo”, p.89). La narración se concentra en las actividades laborales, turísticas y sociales de Marta, y el abuelo cede su protagonismo para convertirse en el aliado y benefactor de la nieta, hasta el final, donde comienza a cambiar los papeles con ella (“Por mi parte, yo había comenzado una etapa de orgullo personal ya que fui la compañera de actos de mi abuelo, p.93), reinstaurándose el orden biográfico en el capítulo siguiente, “Honras al fundador”, en el cual el abuelo reasume su rol central.

El capítulo “Sombras grises en la Villa” comienza en octubre de 1978, con el segundo embarazo de la narradora, simultáneo al juicio por insania que estaban llevando adelante algunos de los hijos de Carlos. En mayo del año siguiente, la simultaneidad se establece entre el embarazo y la enfermedad y muerte del abuelo, signadas estas últimas por los cuidados y preocupaciones de un parcializado entorno familiar en el que la nieta, para la que la muerte de su abuelo significará “el fin del mundo” (p.102), desempeña un rol exclusivo (“...cuando quise entrar a verlo, protestó diciendo que no quería ver a nadie. Fue ahí que Emilia y Sonja me acompañaron y le dijeron: **“es Martita, tu nieta...”** Entonces,

---

<sup>42</sup> En negrita en el original.

con su clásico acento alemán, dijo: “**pasá, pasá**”<sup>43</sup>, p. 101). Si bien la factura casera y descuidada de la edición nos precave de sacar conclusiones definitivas en este sentido, podemos decir que, en los casos en que, en este y otros capítulos, se emplean negritas para reproducir diálogos por medio de estilo directo, estas destacan intercambios entre ambos, a esta altura, protagonistas de la biografía.

El anexo de la biografía propiamente dicha se divide en tres partes, antes de exhibir un conjunto de fotos del lugar que, según el subtítulo, “hacen historia”. La primera y la segunda parte incluyen relatos pintorescos del primer policía y de la primera empresa transportista. La tercera, denominada “Carta histórica”, en la que Carlos Gesell refiere su hazaña ante las autoridades de General Madariaga, incluye, después de una alusión final destacada en negrita al legado a las generaciones venideras, dos fotografías de la familia de Marta Soria. Como ya dijimos en la sección “Retratos” de esta tesis, representan, de un modo íntimo, la descendencia más amplia a la que Gesell transmite su legado. Pero, por otro lado, son, también, las fotos de la familia de la autora y así son presentadas (“Esta es mi familia”, “Mis hijas, yernos y nietos”, p.115; “Mi madre, Juana Gesell”, p.116); estas fotos parecen cerrar su propia historia, esa que, según el “Prólogo”, también “trata sobre su nieta y la presencia, significado y perpetuidad en el tiempo que la figura de este particular abuelo hicieron (*sic* en la autora” (p.10).

Por último, es necesario decir aquí que *Mi abuelo... Carlos Gesell* declara, desde su inicio, una autoría compartida, aunque con diferencias jerárquicas: por un lado, la prioritaria, que aporta el contenido, la de la nieta del fundador de la ciudad; por el otro, la secundaria, del redactor, José Luis Korpíc, quien, para señalar dicha jerarquía y legitimar el texto, organiza los materiales bajo la forma de un relato en primera persona narrado por Marta Soria (“Al ingresar en el primer capítulo, una imaginaria voz, la de su nieta Marta, nos presenta a “...mi abuelo, Carlos Gesell”, advierte Korpíc, en la décima página del “Prólogo”). Ambas biografías aparecen como paratexto en la obra, pero en diferentes lugares (la de Korpíc, en la última página y la de Marta Soria, en la contratapa), y en todo

---

<sup>43</sup> Las negritas pertenecen al original.

momento refieren a una y a otro como “la autora” y “el coordinador” de la obra respectivamente.

Sin embargo, Korpíc no se limita a ceder el mérito a Marta Soria, sino que aprovecha otras zonas del paratexto (ver “Detrás del teclado”) para, con la excusa de contar los entretelones de la confección del libro, constituir también para sí un *ethos* paciente, de “escriba” razonable que actúa conteniendo el desborde, representado por la verbosidad y los obsequios gastronómicos de la autora. Si bien “Detrás del teclado” se articula en la oposición actitudinal y funcional entre ambos enunciadores, el nosotros que aparece al referirse al trabajo concreto en diversos momentos del apartado se confirma en el último párrafo, en el que la tarea los identifica y los reúne en la autoría y en la relación con el enunciatario (“El que usamos para hacer este libro. Y comentarios risueños que quisimos hacer con usted. (...) les (*sic*) aseguro que las lágrimas de emoción estuvieron y por partida doble. Así que ahora, a vender muchos libros, porque debemos recuperar lo gastado en pañuelos y en té” (p.124)).

#### **El cronista / detective. *El viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994)**

A caballo entre la crónica y el trabajo de investigación (Atorresi, 1996), este texto que inicialmente se publicó por entregas en *Página 12* y luego, a través de una editorial local, en formato libro, transformando las entregas en capítulos, contempla de la crónica el relato cronológico de los hechos sobre los que se investiga y los intentos de producir un efecto de objetividad verosimilizante en la materia narrada, y del trabajo de investigación su distancia respecto de la actualidad, la fragmentación de las entregas, el relevamiento y cotejo de fuentes oficiales y extra oficiales, que en su interior toman el carácter de documentos, y una mayor presencia del enunciador, con la aparición de segmentos comentativos y deícticos personales.

Como en los relatos policiales clásicos, aquí pueden distinguirse dos historias: la del propio Gesell -identificable con la historia del crimen, en esta suerte de trasposición de la teoría de Todorov ([1974] 1992) acerca del policial- y la de la investigación, que enmarca, en este caso, la primera.

Ahora bien, ¿cómo se perfila el biógrafo en este libro? En lo que hemos denominado el relato de los hechos (que convive con el relato de la investigación), el enunciator opta por narrar en presente histórico, sin mediaciones explícitas. La recreación de los acontecimientos, desde que Guerrero lo entusiasma con la compra de los medanales hasta su vejez, muestra a Gesell en acción. Como a personajes literarios, el cronista atribuye a los actores sentimientos, pensamientos, emociones; como lo haría con personajes literarios, repone diálogos e intencionalidades. La subjetividad se manifiesta en esa recreación, como vimos, en las formas de tratamiento, en los contrapuntos que establece, y en la selección de hechos históricos con los que se pretende contextualizar las acciones y decisiones del personaje. En este último caso, resulta interesante el capítulo 13, en el que se relaciona la irrupción del nazismo a nivel mundial con los hechos políticos locales; el affaire entre Gesell y su jefa de ventas que se narra luego no tiene vínculo aparente con ese desarrollo histórico, su única justificación pareciera ser la sospecha de nazismo que se cierne sobre el personaje, abordada en varios capítulos y tematizada en “Sospechoso”, con la reproducción de los dichos de los informantes. Por otra parte, la utilización de juegos de palabras que procuran la consolidación de analogías (“Ignora que, esta vez, allí, en el fin del mundo, espera el fin del matrimonio”, p.55) y de paradojas (“Paradoja o casualidad, el hombre que fabrica cunitas vino a dar al País de las cigüeñas”, p.33) evidencian la presencia de un narrador que no se limita a contar el producto de sus investigaciones, sino que, a la manera de los detectives, saca conclusiones que orientan argumentativamente esos hechos.

Por otro lado, es necesario considerar la figura de detective que se teje en lo que hemos dado en llamar el relato de la investigación. De hecho, como dijimos, el primer capítulo tematiza el viaje hacia “el lugar de los hechos” y la situación de investigación, y queda claro que el cronista se encuentra frente a una historia con matices y repliegues, que admite,

por lo tanto, valoraciones polémicas. El proceso de recopilación, análisis y expurgación de datos es condicionado por el carácter mítico del referente, el cual parece obligar al narrador a convertirse en un detective que pretende llegar a la verdad o, por lo menos, exhibir sus diversos costados, sobre todo aquellos postulados como oscuros, intentando deconstruir el mito<sup>44</sup>. En este primer capítulo, la enunciación es asumida por un uso particular de la tercera persona y de la impersonalidad que permite reunir al enunciador con el enunciatario (“Si uno viene en invierno se encontrará un pueblo quieto”, p.13; “todo hace pensar en un pueblo fantasma, intimida”, p.13; “Al indagar sobre el Viejo Gesell se tropieza con una leyenda, todo un mito, con su correspondiente lado de sombra”, p.14). La aparición de la segunda persona<sup>45</sup> en la reproducción de la palabra de un vecino, cuya identidad se oculta y se masifica por medio del repetido verbo “dicen” para introducir testimonios (“*Pero eso no lo pongas, dicen*”, p.15), deja en claro que ese hipotético viaje invernal, la otra cara de la moneda de un viaje de placer a una ciudad balnearia, ha sido efectivamente realizado por el investigador para elaborar su trabajo.

El sexto capítulo, “Personaje” interrumpe la historia propiamente dicha de Carlos Gesell, que ha comenzado en el capítulo segundo, “Madera”, para reflexionar sobre las fuentes. Si el capítulo se titula, justamente, “Personaje”, es porque se pretende señalar su carácter construido, “de papel”. La tercera persona utilizada no impide la manifestación evidente de la subjetividad del enunciador que evalúa y selecciona material para su libro. Se analizan, entonces, los tres libros anteriores a *El Viejo Gesell*, en un recorrido desde el panegírico absoluto (*El domador de médanos*) y la admiración (*Historia de Villa Gesell*), tributarios ambos de los contactos y las deudas con el fundador de la ciudad y, por lo tanto, de contenido monitoreado (“dictado” se atreve a decir el narrador) por Gesell, que “ya se

---

<sup>44</sup> Roland Barthes, en “El mito, hoy” (Barthes, R. ([1957] 1999)), considera que la actividad del mitólogo, al descifrar el mito, comprende la deformación que el sentido produce sobre la forma en la actividad mítica. En este caso, el enunciador de *El Viejo Gesell* se convierte, dentro del corpus, en la contracara del delineado en el libro de Dante Sierra (1985).

<sup>45</sup> La segunda persona ya había aparecido sobre el final del capítulo anterior, cuando el narrador reproduce los testimonios desmitificadores: “*No te engañes, dicen*”.

sabía leyenda y recomendaba a su biógrafo expurgar todo aquello que no configurase el mito” (p.43). El último, el de su hija, escrito tras la muerte del padre, y fuente principal de *El Viejo Gesell*, como hemos visto, es el que se juzga “menos reverencial y panegírico”, “confesional” y más preciso, ya que “aparecen no sólo las contradicciones sino también las anécdotas que sugieren el carácter obsesivo y autoritario de quien pensaba que los hombres son imbéciles y no piensan”, p.44).

A partir del capítulo 23 y hasta el final, se retoma la historia de la investigación, a través de la reproducción de las conversaciones con las fuentes orales: la de la hija rebelde, las de la hija sumisa y su marido, y la del cuidador del cementerio son las voces seleccionadas por Saccomanno, del conjunto invocado en el primer capítulo, para mostrar la intimidad del personaje desde posiciones que evidencian el contrapunto por medio del cual se lo construye en el relato de los hechos. En ellos, reaparece la segunda persona en el diálogo con Nando, el vecino que, como un baqueano, orienta la pesquisa del narrador (“una vez más comprobé que para obtener información en la Villa había que moverse con un lugareño”, p.165) y, en numerosas ocasiones, la primera persona, para referir el proceso, como en una suerte de bitácora (“mientras dejábamos atrás el asfalto y avanzábamos a los saltos y a los tumbos por el camino de tierra y arena tuve la impresión de que este sería un viaje en el tiempo”, p.138), y para dar cuenta de la operaciones, típicas del cronista, de recepción (el reiterado “me dijo”, de p.145 y siguientes; “conversamos sobre aquello que pudo haber dejado fuera del libro”, p.139) y transcripción de la información (“Transcribo algunas anotaciones de esa tarde”, p.143; “transcribo algunas anotaciones que hice entonces en esa sala chica y comfortable en la que fui recibido”, p.156).

Por otra parte, los segmentos descriptivos perspectivizan la narración, instalando un sujeto percipiente sensible, cuyo cuerpo es el centro estructurante de la significación (Dorra, 1997), en convivencia con un sujeto inteligible, guiado por la actividad reflexiva. Así, la impresión de “viaje por el tiempo” que tiene el narrador se argumenta con la descripción del paisaje, que se torna cada vez más primitivo (“Hacia donde íbamos, el paisaje era agreste como había sido la Villa en sus comienzos”, p.138) ) a medida que

avanzan hacia la casa retirada de Rosemarie<sup>46</sup>, cuya vestimenta parece repetir el carácter hippie que la hija reconoce en su padre (“Esa tarde salió a recibimos con una solera blanca, de look hippie. Pronunció *hippie* en inglés. (...) -Mi padre fue un hippie –dijo-. El primer hippie que llegó aquí”, p.138). Del mismo modo, pero en sentido opuesto, las opiniones y la personalidad de los Soria se hacen previsibles gracias a su cálida recepción en su chalet de Barrio Norte “a la tardecita” (p.155) (“una señora de su casa, apacible y maternal”, p.155; “esa sala chica y comfortable”, p.156). También, el aspecto rústico de Dorrego, “su energía (...) agazapada, de reserva para alguna astucia física” (p.166) se condice con su narración fiel y recelosa, que se niega a profundizar en los conflictos, aunque sin quererlo muestre sus siluetas, así como el “gesto [que realiza] para encontrar el encendedor” revela, según el cronista, “que el cinto le apretaba un faconcito de plata”, p.166).

No siempre los juicios del narrador se explicitan. A veces, se sugieren por medio de las asociaciones que él mismo genera entre los datos. Tal es el caso de la conexión entre anécdotas que establece, cuando escucha que Dorrego refiere la destrucción de las jaulas para pájaros que Gesell halló en la ferretería de Pincirolli e inmediatamente recuerda el relato de Rosemarie del modo en que su padre los “encerró pupilos en un colegio alemán” a ella y a su hermano (p.179). La mera superposición de ambos relatos, que depende de la asociación del narrador, permite al lector inferir su juicio contradictorio sobre el personaje, que libera a los pájaros y encierra a los hijos, sin necesidad de reponerlo.

En este conjunto de entregas en las que predomina el relato de la investigación (Todorov, [1974] 1992), dos capítulos lo integran de manera anómala, ya que vuelven al relato de los hechos por parte del narrador. Por un lado, en el 25, “Vástagos”, se resume el destino de cada uno de los hijos del fundador, después de que en el capítulo anterior, Rosemarie había hecho referencia, a instancias del investigador, al tema tabú, el juicio por insanía. La descripción de una foto familiar, que muestra la expresión “crispada” en la cara de Doña Emilia en contraste con la “beatífica” de Don Carlos, introduce la

---

<sup>46</sup> Recuérdese el símil que establece la propia Rosemarie en su libro entre su casa actual y el Villa Gesell originario.



contextualización de Rosemarie, que explica que fue tomada en ocasión de que el padre les regalara terrenos a sus hijos, lo cual permite concluir la función evaluativa –en este caso de la relación entre los miembros de la familia- del procedimiento descriptivo en el interior del texto.

Por otro lado, en el capítulo 30, “Juicio”, ejemplificando con Dorrego, el cronista cuestiona la veracidad del testimonio, inevitablemente amenazada por el punto de vista, y resume la aventura del fundador para desembocar en la demanda iniciada por sus hijos, dato álgido no contemplado en los relatos precedentes, pero que era materia preponderante del rumor de los vecinos. Por su carácter sintético, parte de este texto integra, junto con una aclaración sobre sus diversas modalidades de publicación, la contratapa del libro, develando la importancia que el enunciador otorga a ese aspecto de la vida del biografiado (“En la década del ’30, a una edad en que la mayoría de los burgueses siente haber alcanzado la edad de la razón, con algo más de cuarenta años, Carlos Idaho Gesell liquidó una próspera empresa familiar y un matrimonio con seis hijos<sup>47</sup>, se apartó del mundanal ruido, se acorazó con su dogmatismo en las dunas y fue apodado *el loco de los médanos* mientras se abocaba a forestar esto que hoy es la Villa. Las relaciones con sus hijos, se dice, fueron a menudo conflictivas. En 1979, murió a los ochenta y ocho años de un edema pulmonar, en el Hospital Alemán de Buenos Aires, después de haber sido sometido a un interrogatorio de ochenta y ocho preguntas que apuntaban a demostrar insanía mental en una demanda originada por casi todos sus hijos.”). La conclusión final del narrador: “Y uno podía pensar entonces en el paternalismo despótico de aquel hijo de alemanes que pretendía que sus peones consultaran enciclopedias y manuales de agricultura” (p.174) deriva de la reflexión que realiza sobre la memoria de Dorrego, cuya fidelidad hipotetiza más cercana a sus propios pensamientos sobre los hechos que a los hechos mismos, en lo que termina siendo un alegato a favor de la interpretación (“Contaba una historia y otra. Y después volvía sobre la anterior, corrigiéndola, puliendo la memoria, buscando una fidelidad con los hechos que no era tal vez fidelidad con lo que él, este hombre de sesenta y

---

<sup>47</sup> Adviértase la influencia del relato de Rosemarie en el uso del verbo “liquidó” y la vinculación entre la prosperidad de la empresa familiar y el primer matrimonio –la familia- de Carlos Gesell.

pico de años, pensaba que eran los hechos.”, p.174). Es así que la conclusión del cronista sobre el “paternalismo despótico” del héroe depende exclusivamente de una interpretación que no olvida señalar la marca de pertenencia a la familia, sugerida por el nombre propio y realizada por la herencia, como un condicionante necesario (“Y uno podía pensar entonces en el paternalismo despótico de aquel hijo de alemanes que pretendía que sus peones consultaran enciclopedias y manuales de agricultura”, p.174).

A su vez, de modo inverso, el relato de los hechos aparece claramente rodeado de testimonios en el capítulo 18, “Sospechoso”, donde el otro tema sujeto a comentarios maliciosos en el libro, el vínculo entre Gesell y el nazismo, se muestra rodeado de conjeturas de los pobladores anónimos, conformando, en palabras de Saccomanno, un “tejido de anécdotas” (p.112) que no logran precisarse como documentos debido a los vínculos turbios con el biografiado. La conclusión del narrador: “Al fin de cuentas, todos y cada uno le deben algo al señor Gesell” (p.112) instala al personaje en la sospecha que no se resuelve y a su cronista, en la suspicacia permanente.

### **Observaciones finales**

Los relatos más plenamente biográficos del corpus delinean dos tipos de enunciadores claramente distinguibles. Por un lado, el familiar, que por medio del relato de sus memorias sobre el personaje público de la familia, plagado de anécdotas personales, se inscribe en una línea sucesoria a través de la cual reconfigura su propia identidad (Candau, 2001). Por el otro, el del investigador que trata de echar luz sobre una historia conocida, pero a su juicio incompleta.

Tanto la hija como la nieta de Carlos Gesell, como vimos, se perfilan a sí mismas en el interior de la biografía de su antecesor, del que ambas se sienten legítimas herederas<sup>48</sup>. Si

---

<sup>48</sup> En este sentido, resulta significativa la confusión inicial –corregida más adelante– que comete el redactor de la nota “Villa Gesell: la obra de un pionero con visión de futuro” (2010), publicada en el portal de turismo argentino [www.argentinaonview.com](http://www.argentinaonview.com), cuando identifica a Rosemarie como la nieta de Carlos Gesell.

bien la mirada crítica de Rosemarie la distancia de su padre, la asimilan las referencias a su vida en la actualidad (instala su vivienda en un sector de la ciudad alejado que conserva el espíritu de los inicios, “como antes”) y las esporádicas semejanzas que establece entre ellos. Desde un punto de vista casi opuesto, ya que devuelve al héroe el aura perdida, Marta Soria fundamenta su herencia –y la confiabilidad de su versión- en la proximidad física y afectiva con su abuelo, y convierte la biografía de Gesell en la suya propia, en una suerte de movimiento metonímico que termina equiparando a los sujetos como objetos del relato.

La vocación de trascendencia de sus autoras, que ambas biografías sugieren a través del modo en que se constituyen como enunciadoras, se ve también representada –y por lo tanto confirmada- en sus declaraciones a la prensa. En tanto Rosemarie Gesell enfatiza el legado de su padre, como lo analizamos en el artículo “Hija de Gesell y pionera de la villa” (Rodríguez, 2007), basándolo en su (de ambos) carácter pionero; Marta, en las entrevistas que anuncian su libro, reitera, resumiéndolos, los argumentos expuestos en él: “Algunos tienen una historia distorsionada en algunas cosas. Yo acá pongo la historia de mi abuelo desde adentro. Yo fui la nieta mayor, por eso quise escribir el libro, porque tuve una relación muy íntima con él desde siempre, desde chiquita, vos vas a ver en las fotos – más de 70 imágenes del archivo personal acompañan la publicación– cómo yo lo miraba con admiración. Después cuando vine a vivir a Gesell estaba todo el tiempo que podía estar, sentada en el escritorio con él. Y después cuando me casé mi abuelo festejaba los años nuevos y las navidades solo conmigo y mi familia. Después, cuando se hizo el municipio, cuando se hicieron las escuelas y en cuanto acto había o inauguración, yo hacía de dama de compañía” (Ruiz y Louis, 2007). Esta concepción se reitera en aquellos que consultan a la nieta para referir la historia de la fundación, quienes acentúan la identificación entre la biógrafa y el biografiado, incluso en lo concerniente a su carácter mítico (“Hilvanar su nombre [el de Gesell] es pronunciar el de Marta (57), quien ingresa al comedor rozagante y afable. Dialogar con ella es entablar una conversación con un mito viviente: “la” testigo de cómo Villa Gesell llegó a ser Villa Gesell”), en parte debido a su propio razonamiento: ““Conviví 26 años junto a mi abuelo”, lanza la nieta mimada de la Villa (como la llaman los lugareños).” (Revista Nueva, 2008).

El enunciador construido en el relato de Saccomano, en cambio, se destaca por su condición de investigador que intenta encontrar y transmitir una verdad escurridiza, deliberadamente oculta, y que, además de informar, pretende formar la opinión de sus lectores, dado que les muestra aspectos no accesibles para ellos sobre el hecho que indaga (en este caso, una vida, con la complejidad que toda vida implica):

En este sentido, creemos importante volver al capítulo 20 de *El Viejo Gesell*, “Lömpel”, que parece develar el procedimiento. Este capítulo se centra en una figura de escaso desarrollo dentro del grupo de vecinos que suele reivindicar el corpus, el arquitecto Heinrich Lömpel, quien “callado, introvertido, observador”, adquiere entidad por contraste con su hermano, el técnico en construcciones Georg, de “temperamento fuerte” (p.122). Sobre el final del capítulo, Saccomano reúne a Georg y Gesell, en oposición a Heinrich, por su pragmatismo y por su afán de notoriedad (“Heinrich se da cuenta de que no tiene mucho en común con esos dos hombres: el hermano que entiende la construcción como un negocio y el dueño de la tierra que pretende construir un pueblo a su imagen y semejanza”, p.122-123; “Mientras Heinrich Lömpel dibujaba, el señor Gesell escribía en uno de sus cuadernos: 22 de junio. Se plantan 50 kg. de habas, abonadas con guano, sulfato de potasio y salitre”, p.123), privilegiando en el notable arquitecto su costado de artista sensible (escultor, dibujante, acuarelista). El hecho de que el enunciador lo constituya en uno de los personajes “claves en la creación del pueblo” (p.121), enmarcando su breve biografía en la mayor, de Gesell, implica una mirada aguda, de un cronista que indaga (Atorresi, 1996) más allá de lo evidente, con la intención de develar lo oculto de un personaje importante también a través del detenimiento en un personaje menor que, por su introversión y sus intereses, parece constituirse en su contrafigura.

Si bien su propio relato se basa en los de los pobladores, de diversa proximidad respecto del biografiado, el enunciador se posiciona ajeno a ese sistema de afectos y deudas (“Al fin de cuentas, todos y cada uno le deben algo al señor Gesell”, p.112), y se postula, por lo tanto, creíble, destacándose un *ethos* cuya característica saliente es la *areté*, la voluntad de decir verdad, incluso en contextos poco favorables.

## **TERCERA PARTE**

### **POSTALES**

#### **La construcción de la identidad comunitaria**

Con frecuencia se ha destacado de las tarjetas postales su valor comunicativo. Diseñadas para el envío económico (dado que no requerían sobre) de mensajes cortos y casuales (Derrida, 2001), las imágenes no fueron centrales en sus inicios. Prueba de lo dicho es que recién comenzaron a aparecer en ellas a fines del siglo XIX, y fueron invadidas por el texto hasta comienzos del siglo XX, momento en que se dispuso un espacio propio para lo escrito en el reverso, en las denominadas postales de dorso dividido, y, por lo tanto, se recuperó el valor referencial o artístico de las imágenes que las ilustraban.

La postal fotográfica surge en los últimos años de la década de 1910 y domina luego el mercado. Los estudiosos de su historia señalan que el valor testimonial de sus imágenes se diluye a partir de 1930, debido a la repetición de edificios y paisajes que remiten a modelos anteriores. La postal se convierte, así, en un souvenir turístico de valor indicial (el que la envía lo hace desde el lugar en ella retratado) y afectivo (se ha acordado de sus familiares y amigos), pero –y esto es lo que queremos enfatizar aquí– su carácter seriado trasciende la singularidad del remitente, que elige la imagen deseada dentro de un conjunto limitado, de determinación externa. Así, podría decirse que en las tarjetas postales de venta pública se reproducen, junto con los estilos de época, miradas más o menos estandarizadas sobre lo que merece ser visto y sobre lo que resulta representativo de un lugar, miradas que incluso tiñen la percepción turística del viajero actual, quien gracias a los adelantos tecnológicos puede crear sus propias postales, aunque en muchos casos recurre, para hacerlo, a esos modelos preestablecidos.

Al respecto, vale la pena apuntar la diferencia que establece Beatriz Sarlo (2009) entre la mirada del habitante de un lugar y la de un turista, para luego pensarla en relación con la

percepción de “lo turístico” que se construye en la propia ciudad, sobre todo cuando esa es su función principal, como en el caso de los balnearios. Según la autora, dicha diferencia se funda en que, libre de reminiscencias, el extranjero observa detalles para tratar de establecer lo “característico” del espacio que visita, mirada que muchas veces no coincide con la experiencia del habitante, debido a los condicionamientos que sufre cada una de esas miradas. Sin embargo, si analizamos las postales, productos a través de los cuales la localidad se muestra a sí misma como una marca que la diferencia de otras posibles, observamos cómo se depositan en su composición referencias reales e imaginarias sobre esa marca, no tan orientadas por su significación o su belleza, sino, más bien, por su celebridad. Las postales, entonces, parecerían recuperar en imágenes esa celebridad que, en otros términos, podríamos considerar como una interpretación local de lo turístico, originada en la intersección de los discursos producidos acerca de la ciudad por sus propios habitantes y lo que la comunidad considera esperable para la perspectiva ajena. En este sentido, los relatos que estamos examinando, con una doble circulación que interpela al receptor local y al mismo tiempo desea uno turista, ansioso por conocer la historia, actúan como postales que tratan de fijar una visión (una versión) de la identidad comunitaria, incluso en los casos (como el del libro de Saccomanno (1994)) en que se ficcionaliza una mirada externa que intenta develar lo que la sociedad en su conjunto mantiene oculto.

El uso metafórico del vocablo “postal” también resulta significativo para nuestra perspectiva. Con esa palabra se suele aludir al producto de una percepción rápida pero característica (con pretensiones estereotípicas) de un espacio o asunto, el cual se identifica con lo amigable y apacible, lo pintoresco. Así, por ejemplo, un acontecimiento violento en una ciudad turística es calificado por la prensa como el revés de una tarjeta postal, el costado que una postal no sólo omite, sino que, por sobre todo, oculta<sup>49</sup>.

En esta sección de la tesis, y en la comprensión de que toda biografía es en cierta medida colectiva, en tanto remite ineludiblemente a una pertenencia familiar, a una clase, a un grupo o a una comunidad (Candau, 2001; Arfuch, 2002), examinaremos los modos por

---

<sup>49</sup> Un ejemplo, entre muchísimos otros, es el titular que varios medios gráficos y electrónicos reiteraron para registrar episodios de gatillo fácil en Bariloche en julio de 2010: “Bariloche a espaldas de la postal turística”.

medio de los cuales los relatos biográficos construyen la identidad comunitaria, su percepción del espacio físico y de sus habitantes (permanentes o circunstanciales: la identidad de un balneario no puede descuidar a sus turistas). Esta percepción se encuentra condicionada por su centralidad declarada, en las historias de Villa Gesell, o por su tangencialidad, en las biografías de su fundador. Nuestra recuperación del término “postal” recuerda el carácter turístico del lugar, así como reivindica la representatividad que cada una de las diferentes miradas sobre el espacio físico y social pretende alcanzar.

## CAPÍTULO 5

### HISTORIAS DE VILLA GESELL

#### La receta del “sabor peculiar”: *El domador de médanos*, de Dante Sierra (1985)

El subtítulo de la segunda parte de *El domador de médanos* es extraño y extenso. “BromAnálisis de Villa Gesell” refiere, por una parte, a la tarea exploratoria que desempeña la Bromatología y, por el otro, al tono jovial que evidencian la mayor parte de los capítulos y que aparece directamente aludido en el título de uno de ellos, “Porque te quiero te bromeo”. Más abajo, “Algo con el Sabor Peculiar de esta pequeña Caldera del Diablo” destaca la especificidad del lugar, su peculiaridad, y la idea de que se trata de una comunidad activa y conflictiva (como la de la serie televisiva de la época, basada en un libro también exitoso, *La Caldera del Diablo*, que a su vez remite al dicho popular “Pueblo chico, infierno grande”). El paréntesis “(En buenas dosis exclusivo para geselinos)” no es una mera dedicatoria: también indica el lector ideal privilegiado por el texto, el poblador.

No se trata, como en la primera parte, de recurrir a la narración de los acontecimientos originarios para fijar la memoria colectiva (Candau, 2001) y realizar una semblanza del fundador. Aquí, más bien, la construcción identitaria se juega en la recuperación de personajes y lugares de la ciudad que se juzgan representativos de esa identidad. Saccomano, en *El Viejo Gesell* (1994), acierta al calificar a estos textos como aguafuertes, en alusión a la manera en que Roberto Arlt había denominado –por desplazamiento del concepto de las artes plásticas a la literatura- a sus breves escritos sobre la ciudad que pretendían analizar y comentar sus cambios. En los ensayos de Sierra, cuando se incorporan narraciones, estas son ficticias y parecen funcionar ejemplarmente. La ciudad se presenta como un esforzado producto colectivo (“La gente de pueblo es la que sopla con mayor fuerza. Con esos pulmones se hizo la villa. Sin esos pulmones la respiración se hace difícil”, p.186), y la identidad geselina es mencionada como un dado, hasta se habla de un



definido “espíritu de Gesell” y de supuestos conocedores que lo avalarían: “quien conoce el espíritu de Gesell, sabe que no podrá ser de otra manera. El cenáculo no es flor para nuestra villa alegre y despreocupada” (p. 184).

En su trabajo sobre estereotipia, que recorre diversas perspectivas sobre el concepto, Amossy (2003) recupera las aproximaciones de la psicología social, la etnopsicología y la sociología, que sostienen la importancia del estereotipo para la consolidación de una identidad colectiva, debido a su función cognitiva e integradora de los individuos en un grupo social: si el estereotipo, de cuño social, permite al individuo conocer el mundo, “las variantes culturales e históricas propias de una (su) sociedad” (Angenot, 1982), ese conocimiento es, por lo tanto, el que le permite también construir su identificación social. En los textos de Sierra, los estereotipos no son puestos en duda como tales (la libertad sexual de los jóvenes asociada a la liberalidad de las costumbres propias de la ciudad, las características de grupos sociales como los artesanos o los hippies); sí, en algunos casos (y esto es lo interesante también para pensar el rol del enunciador en estos discursos), se cuestionan las valoraciones que –supone el narrador– suelen asociarse a ellos. Sin embargo, los estereotipos ligados a ciertas identidades de constitución más antigua y, por lo tanto, ancladas en la tradición, como la de los inmigrantes, son reafirmados en estos textos sin discusión, lo que podría conjeturarse como una sobrevaloración de los orígenes, aplicada en este caso a la constitución de la identidad local, consecuente con la óptica de Sierra desplegada en la construcción de la imagen del fundador y de su propia imagen enunciativa.

El capítulo “La pícara glandulilla” tomará como tema de argumentación la moral sexual de la juventud. El enunciador se autodefine como un conciliador (“Las viejas generaciones sufren de sexofobia. Las nuevas padecen de sexofinalidad. Indudablemente ambas exageran. La villa ha resultado, por fortuitas circunstancias, palestra donde estos dos opuestos conceptos luchan por imponerse. Trataremos de conciliarlos”, p.112) y nuevamente, como ya lo había hecho al explicar la “domesticación” de los médanos, se respalda en la Ciencia –incluyendo referencias bibliográficas– cuando se propone revisar las

creencias: “La Ciencia puede proveernos de adecuadas explicaciones para la mecánica de las conductas” (p.112) y, también como entonces, utiliza para persuadir comparaciones entre animales y personas (“... la mayoría de los animales que viven en estado natural tienen cría en primavera. (...) También en primavera los hombres y las mujeres se buscan con mayor ahínco”, p.112), o entre personas y desarrollos tecnológicos (La química del cuerpo es más rápida en la juventud. Es como si dos trenes corrieran el uno junto al otro y en la misma dirección.”, p.116). El procedimiento se desarrolla por todo el capítulo, se explicita y se justifica, cuando afirma “El paralelismo parece adecuado” (p.114). La conclusión aconseja: “Al tocar los temas de la juventud, el tiempo pasado y la moral del día, será conveniente tener en cuenta la presencia de tiempos distintos”, p.118), y adelanta el contenido y la función del capítulo siguiente, “Felicia”, en su frase final: “Hay ejemplos que lo demuestran” (p.118).

“Felicia” es un relato ficticio en el que su narrador pretende aleccionar a los lectores por medio de un personaje adulto quien, a su vez, cuestiona estereotipos a través de otro relato, enmarcado. La acción se ubica en Villa Gesell (la playa y la enumeración de negocios representativos funcionan como indicios). Por medio de un relato de vida de un padre de familia, los jóvenes aprenden a no discriminar a las muchachas liberales. Los apodosos se perfilan como las marcas de la discriminación (“A mí me llamaban “Palillos”, por mis piernas flacas. Cada cual tenía su apelativo. No sé por qué no podíamos decir los nombres sin agregados. Carmelo “El Albañil”, Manolo “El Boxeador” (...). A un viejo policía de jeta achinada, aficionado al folklore, lo apodamos “El negro guitarra”. A este de quien les hablo lo llamábamos “El negro Nery”, p.127), y es un sobrenombre con atribución descubierta sobre el final (“Felicia” es en realidad la actual esposa del dueño de casa, improvisado maestro moral) el que mantiene la intriga. “Los jóvenes, finalmente, entendieron la lección” (p.130), se asegura, y la narración pretende cumplir el mismo objetivo con los lectores.

Diversas construcciones identitarias se comentan en el capítulo “A la sombra de un cabello”: “Los argentinos constituimos un pueblo contagiante” (p.132); los ingleses que,

“durante muchos años proveyeron al mundo con la repetida imagen de sus hombres enjutos, abotonados en sacos oscuros...” (p.132), “se lanzaron imprevistamente al uso de pantalones usados-de-nuevos” (p.133); “En la vida social la barba posee valor selectivo. Basta verse al barbudo con su libro bajo el brazo para deducir que es alguien enredado en los vericuetos de la dialéctica o del silogismo” (p.134); “En Villa Gesell, categóricamente, sin discusión, nació la artesanía a la vista” (p.135); “El artesano de buen nivel trabaja con materiales nobles (...) El artesano Geselino<sup>50</sup> trabaja con lata y latón...” (p.135); etc. La extensa caracterización tipologizante de los artesanos geselinos es precedida de dos procedimientos ya empleados en la primera parte: se vuelve a mencionar la utilidad de la comparación con el mundo animal para comprender al humano (“Nosotros comprendemos mejor a los hombres a medida que comprendemos el funcionamiento de los animales”, p.133) y se introduce la descripción por medio de, en este caso, la comparación con otras conductas identitarias que podrían, incluso, abarcar la que será objeto de análisis. Así, los artesanos geselinos son barbados como los pintores, trabajan con materiales vulgares, reciclan objetos para elaborar otros, exhiben sus procedimientos al público (aunque si emplean procedimientos de tecnología más avanzada lo ocultan), denominan sus negocios con nombres que manifiestan su espíritu inconformista. Otra vez, la afirmación final del capítulo de intención desenmascaradora (ahora, “la realidad suele encarar a los artesanos y, si bien no acaba por hacerles caer las barbas, pone en descubierto la naturaleza de la piel donde los pelos de marras están implantados”, p.139), introduce la narración ejemplificadora del capítulo siguiente, “¡Hippi... hippie... hurra!”, en el cual los artesanos mantienen diálogos revolucionarios y anticapitalistas pero, en el momento en que son atendidos por un médico de aspecto hippie, se horrorizan.

Como decíamos más arriba, cuando se trata de estereotipos de constitución más reciente, como la liberalidad sexual de los jóvenes, la sexofobia de los adultos o el hippismo de los artesanos geselinos, el enunciador construye un *ethos* reflexivo y cuestionador de las apariencias; en cambio, cuando retoma un estereotipo más acendrado, como el de los inmigrantes españoles, se limita a reproducirlo, utilizando terminología y

---

<sup>50</sup> Mayúscula en el original.

expresiones que traslucen conservadurismo. De esta manera, así como se postula que el estereotipo inglés que se remonta a las épocas en que “Inglaterra era categórica dominadora de los mares”, según el cual la conducta de un individuo indica la de la clase: “esto es inglés” (p.156), se asegura: “Con la raza de mis antepasados ocurre algo similar en otro orden de cosas. Donde uno de ellos está presente, está España” (p.156). La utilización reiterativa de términos subjetivamente cargados como “raza”, “sangre hispánica” (p.156), “estirpe” (p.157), asociados a “honra y moral” (p.156), “espíritu tenaz” (p.157) y “coraje” (p.159), podría adscribirse a una formación discursiva –y consecuentemente a una formación ideológica– opuesta a la del enunciador anteriormente analizado. Este enunciador, que se reclama heredero (y, por lo tanto, partícipe de estas características, en un texto tan marcado por la importancia de los linajes), deplora “el relajamiento de las costumbres” como un indicio de la “debilidad intelectual y material de los pueblos”, distingue el impulso innovador de los pioneros de “las violaciones que ellos [los vulgares, no los pioneros] hacen infringiendo costumbres y normas que exigen ascetismo, severidad, sacrificio” (p.157), califica la caída de dichos principios como una “claudicación”, una “promiscuidad”, una “sarna moral que acompaña el ocaso de las civilizaciones o la caída de los imperios” (p.157) y afirma, tajante, el valor de la castidad femenina: “No se necesitan cualidades superiores para entregar el sexo al primero que lo solicita. Sólo la hembra de agallas se lo retacea al hombre que ama” (p.157). A pesar del cambio de inscripción ideológica aparente del enunciador, el capítulo “Sangre y arena”, cuyo título recuerda la película de Robert Mamoulian, de 1941, recurre a procedimientos similares: busca el respaldo científico (“Tal vez la Ciencia nos diga pronto la íntima composición de hematíes y glóbulos blancos de la sangre de esta o aquella raza, como fundamento de sus conductas”, p.156), establece asociaciones metafóricas a partir de las cuales saca conclusiones, en este caso, relacionando los desfiles de Gigantes y Cabezudos para el significativo festejo del Día de la Raza de la “España Geselina” (p.157) con elevadas características morales: “El hombre llega a Gigante en su pasión de vivir alzado sobre la punta de los pies. (..) Sólo un Cabezudo persiste en ese fanatismo de subir, la cabeza hacia arriba, la dorsal sin planchaduras. Tal quiere significar Gigantes y Cabezudos” (p. 158). La crítica a una costumbre ancestral, la corrida de toros, no proviene del enunciador, sino de la voz de “una

piadosa viejecita” (p.159), portavoz de la ley Sarmiento de defensa del animal. El narrador sentencia: “La razón es buena y hay que aceptarla” y aconseja: “Nuestros hermanos de raza no deben persistir”, argumentando con la virtud: “No necesitan mostrar coraje aquellos que lo tienen a manos llenas” (p.159).

La genealogía del camping inaugura el capítulo “La carpa de oxígeno”: “En 1901, T. H. Holding inventó el camping. Treinta años después la costumbre se había propagado por toda la tierra” (p.160). En él se describe minuciosamente la actividad hasta que, casi imperceptiblemente, y a medida que la descripción se vuelve más informal y admite notas simpáticas, se la particulariza en una familia que la lleva adelante en los campings geselinos, y la descripción se desliza hacia la narración. El capítulo se cierra acudiendo, de nuevo, al linaje, ya no de la actividad misma, sino familiar y turístico: “«El Pinar», transitoria vivienda de libertad, pasará a ser para siempre la inolvidable carpa de oxígeno. La amarán frenéticamente. La heredarán sus hijos” (p.170). La metáfora del título, retomada en el cierre, destaca el valor natural de la actividad. En este caso, más que a definir la identidad de los mochileros, la postal parece orientarse a valorizar la oferta silvestre de la ciudad de los '60.

Por su parte, la ciudad se presenta en recorridos. La denominada Avenida Mayor es descrita a través de uno dinámico, que sitúa negocios y personas en el lugar de hitos destacables. La avenida no organiza el paseo por sí sola: además de su sucesión en el espacio, los hitos se articulan por similitud formal: “En Villa Gesell se levanta el primer edificio redondo construido en Argentina (...) En su forma debieron inspirarse Los Geselinos para hacer sus alfajores” (p.187); por rubro comercial: “El prosaico yantar tiene otro pequeño templo en El Pollo Dorado” (p.187); por reino: “El cerdo me sugiere cabra” (p.187); por enciclopedia del paseante: “y de esta recuerdo que tira hacia el Monte” (p.187); por oposición: “A los pocos pasos de ella saca pecho la Cooperativa de Crédito. (...) Este ideal de cooperativismo se cumple en silencio, a la inversa de lo que hacen los chiquillos en Luiggi Patín” (p.189); entre otros. Apreciaciones del aguafuertista, anécdotas pintorescas y sentencias varias prologan y valoran las menciones, construyendo el mapa de ruta de un

hipotético viajero advenedizo. En ocasiones, la intención persuasiva del enunciador se revela en la explicitación de la estrategia: lo particular (la sofisticación de la “Pastelería Holandesa”, que inaugura la mención de otras sofisticaciones en el capítulo “Algunas gotitas de limón”) se comenta con el fin último de “decir estas pequeñas verdades [como el reclamo autonómico para una ciudad que, como villa turística, no puede ser gobernada por “sangre agrícola-ganadera”, p.197] tratando de molestar lo menos posible. Por ello usamos como excusa a los holandeses. Tal vez los temas no están totalmente disociados” (p.198), sugiere el enunciador.

### **“Esta es su historia”. *La Historia de Villa Gesell*, de Omar Masor (1994)**

Con la intención, manifiesta en el “Prólogo original” y en el capítulo anterior al epílogo, de evitar el mero registro catastral y la sospecha de intereses económicos y, en cambio, inaugurar la “explicación del nexo entre la villa actual y su pasado” (p.151), el texto de Masor se detiene en los detalles de la urbanización para mostrar el progreso de la ciudad. Años, cifras, documentos, folletos de venta, modalidad y bondades del Plan Galopante, así como las continuas menciones a las curvas de crecimiento edilicio y poblacional, le permiten reconstruir el desarrollo sostenido de la localidad. Pero la historia de la Villa, calificada por el autor como un “ensueño” de sus pobladores, a los que dedica “su historia”, sólo puede ser narrada *gracias* a esos hombres (que aportan su testimonio: se registran como documentos, además de los relatos de Gesell y su esposa, los de los pioneros Schmidt, Gúsman, Leni, Helm) y *con* esos hombres (que, como personajes destacados, les dan carnadura a los hechos narrados).

Los ayudantes, en principio familiares (su mujer) o empleados fieles, se multiplican con la urbanización, organizando una genealogía horizontal: la “hermandad” reivindicada en el capítulo 12 (“La fangosa hermandad de los pioneros”) ya se anuncia en el 9 (“Los compradores pasarían a integrar la naciente cofradía de geselinos”, p.83) y se consolida en el relato de la historia, que reúne nombres (“Sus nombres quedarían registrados junto al

pionero conformando un monolítico puntal”, p.82; “Sus nombres están emparentados con la epopeya: Schmidt, Weiske, Hennequin, Cloes”, p.83). Dicha genealogía horizontal que desarrollará el balneario da pie al recuerdo de la vertical, de los orígenes, a partir, justamente, de su nombre: “Villa Silvio Gesell –así comenzaba a ser nombrada en algunos corrillos- era un lugar ‘para conocedores’. Se recomendaba sólo a amigos especiales.” (p.84). Así, la confusión frecuente sobre la atribución del nombre de la ciudad a un arranque autorreferencial del fundador es interpretada en el texto como una consecuencia necesaria de la herencia que funde a los seres y los iguala (“Esta designación [Villa Silvio Gesell], al popularizarse, caerá en una deformación que no es rara en estos casos. (...) La dialéctica del tiempo funde la memoria del padre con la existencialidad del hijo. No es necesario indagar sobre la curiosa amalgama que el correr de la vida produce en la raíz de las cosas. (...) Alto nombre, honda y granítica su aureola de prestigio, Silvio Gesell también perdura en la brizna de pino, en el hombro del mar, en la arenisca. Un monolito (...) recuerda su memoria. La hierática presencia de hormigón parece reverdecer permanentemente en la legendaria vida del hijo” (p.84).

Los capítulos subsiguientes, en los que se narra el devenir de la ciudad, su crecimiento, serán protagonizados por algunos de los pioneros que, por su carácter representativo de la institucionalidad (el primer policía, el primer maestro, los que integran la primera Sociedad vecinal geselina) o por las acciones individuales que conllevaron progresos económicos, como la construcción de los primeros hoteles, el almacén, la creación de una línea de transportes, la instalación de un surtidor de nafta, la creación de la cooperativa eléctrica, etc., merecen una semblanza que profundice la mención. Cada uno de estos emprendimientos son considerados hitos que se traducen en la reiterada figuración ascensional, como peldaños de una escalera (“Este episodio es un peldaño más –junto a otros, disímiles en su contexto y sin embargo idénticos en su fondo- de la empinada escalera que Villa Gesell empezó a subir merced al empuje de los pioneros, y que continuará acercando su objetivo a un pico que a poco se tornará más diáfano y visible”, p.120) o como curvas de crecimiento cuyo carácter científico otorga a las apreciaciones del autor un carácter confirmatorio y concluyente.

El capítulo 19, “Todos contra el meteoro” muestra a los pioneros, ya hermanados con el fundador (que, gracias al ingenioso y salvador Plan Galopante devendrá más adelante en “el urbanizador” (p.147)), enfrentando a las fuerzas de la naturaleza. Si bien se invoca la autoridad del fundador (“Carlos Gesell está en Europa. La ansiedad con que lo aguardan es una prueba irrefutable de la confianza que inspira en los habitantes su capacidad de decisión”, p.136), los *Relatos* de Gesell, del año 1973, recrean en plural (“debíamos conseguir alimentos”; “debíamos decidir”, p.137) las acciones emprendidas para impedir que las inundaciones destruyeran la ciudad y su accesibilidad.

La hazaña de los pobladores/seguidores está signada por el esfuerzo, su perseverancia contra la adversidad (su hermandad es calificada de “fangosa” (p.95) por su lucha por la accesibilidad del lugar) y se destacan su “empuje” (p.120), su unión (“Todos contra el meteoro”, p.139) y, con tono épico, su derecho de inscripción en la historia (la curva de evolución ascendente que coloca a la ciudad entre las de más rápido desarrollo del país se interpreta como un “tributo con que la historia retribuyó el esfuerzo de los que empeñaron sus vidas en la legendaria transformación del desierto”, p.151). Los términos del campo semántico de la batalla aparecen también aquí, convirtiéndose los residentes en “legión” que, incorporada al “territorio conquistado” sufre “los mismos embates [que los que sufre el fundador] del guante torvo de la burocracia” (p.144). En este sentido, el capítulo “El guante torvo de la burocracia” resulta claro para observar el desplazamiento de las atribuciones del fundador a los pioneros por la vía del liderazgo. Comienza con un epígrafe de autoría de Carlos Gesell (“Me resultó más difícil vencer al médano que conmover a un burócrata”, p.141) que anticipa, por medio de la comparación, el carácter también epopéyico de la urbanización. El desarrollo retoma la asimilación, ahora entre las curvas ascendentes que representan el crecimiento de una ciudad y una posible curva que representara la tenacidad “oblicua y ascendente” (p.141) del personaje, que desemboca posteriormente en la emulación de la “legión”: “La brusca caída de la línea de evolución denuncia el grave inconveniente de la medida municipal. Es allí donde el pionero atraviesa el gráfico de crecimiento con su ascendente criterio. Todo un pueblo se adhiere a la resistencia” (p.145).



Entre la resignificación del acontecimiento y el informe demográfico. *Las fundaciones de Villa Gesell*, de M. García y C. Palavecino (2007)

Si, como observa Candau (2001), toda narración identitaria estructura el campo de lo memorable a partir de la selección de un momento de origen y la experiencia fenoménica de los acontecimientos -hechos reales o imaginarios que organizan cognitivamente la experiencia temporal-, podría decirse que la innovación propuesta por el trabajo de García y Palavecino radica en su pretensión de distinguir y datar, en función de la perspectiva comunitaria privilegiada, diversos momentos fundacionales. Así, según esta perspectiva, cada uno de esos momentos daría pie a una nueva etapa que, por su importancia para el desarrollo del lugar, adquiriría un carácter próximo al del momento original, congregando los diversos acontecimientos alrededor de cada uno de esos “orígenes”. La permanente reivindicación por parte de las autoras del documento como fuente de las afirmaciones que realizan pretende garantizar la veracidad, reservando la intervención subjetiva a la interpretación, en este caso basada en una reorganización de la memoria colectiva que resignifica acontecimientos constituidos como tales, volviendo a jerarquizarlos, con la finalidad de construir una imagen comunitaria dinámica, en permanente elaboración, consecuente con las consideraciones finales del trabajo (“Como sucede en toda población joven, hay mucho por descubrir”; “El desafío de continuar registrando esta maravillosa historia de acontecimientos está abierto... Nos comprometemos a seguir en la búsqueda”, p.32).

Por otra parte, esta misma reivindicación del documento que mencionábamos con anterioridad es la que acerca la construcción de la identidad comunitaria al tratamiento del informe demográfico, observando la dimensión, estructura, evolución y características generales de la población. Sin embargo, los indicadores cuantitativos no son tan abundantes ni precisos: en los apartados “Década de los 40” y “Década de los ’60 y los ’70, se utilizan términos indeterminados (“mayoría”, “muchos”, p.26, o “significativo aporte de población”, p.29, para describir la integración poblacional) y sólo se menciona que a comienzos de los ’50, “Villa Gesell contaba con unas trescientas unidades de vivienda para

aproximadamente cuatrocientos pobladores estables” (p.27) o que en 1974 ya había 12400 unidades de vivienda y 10000 habitantes estables, probablemente debido a la inexistencia de otro tipo de documentación censal.

La composición variada, los diferentes aportes inmigratorios son registrados en ambas décadas. Pero en la del '40, considerada la “verdadera década fundacional” por las autoras, su mención, antecedida por los hitos del desarrollo urbano (primer hotel, almacén de ramos generales, estafeta, usina, primera escuela, otros hoteles y comercios), adquiere un mayor desarrollo, debido, probablemente a la posición de privilegio que en las historias de las ciudades adquieren los pioneros. Así, se registra el origen europeo de la mayoría de los primeros pobladores y luego se especifica su procedencia: “Había alemanes, suizos, suecos, austríacos, húngaros, polacos, judíos, rusos, y una gran cantidad de italianos...” (p.26), se reponen sus motivaciones exaltando las virtudes del lugar por medio del estereotipo del paraíso original (“Muchos de estos pioneros habían dejado el infierno de sus países de origen en guerra para “nacer de nuevo” en Villa Gesell, en este paraíso de paz y trabajo, donde todo estaba por hacerse, y donde todo se hacía solidariamente”, p.26) y se mencionan sus ocupaciones principales (“La inmigración italiana y, más tarde y en menor medida, la española, abocadas a la construcción, la hotelería y la gastronomía, fueron relevantes durante esta década y la siguiente”, p.26/27). En cambio, la inmigración de los países limítrofes, ubicada en las décadas del '60 y '70, se registra como “un significativo aporte de población que proviene de países limítrofes, muy especialmente de Bolivia y Paraguay, y en menor grado de Chile y Uruguay” (p.29) solamente ligado al crecimiento poblacional y del índice de construcción.

### **Observaciones finales**

Cada historia de Villa Gesell aborda la construcción de la identidad local en consonancia con los procedimientos empleados en la construcción de la identidad del fundador.

En la de Dante Sierra, se intensifica la operación estereotípica observada en la elaboración heroica del personaje central. Si, en ese caso, el estereotipo se orienta a la singularización, a resaltar el carácter único del protagonista, en este, los estereotipos identitarios tienden a clasificar, agrupar: los hippies, los acampantes, los artesanos, los jóvenes, los inmigrantes. Esta clasificación, a su vez, se distingue según su tradición: los grupos de conformación más reciente (concebidos como rasgos de época ligados a peculiaridades espaciales que los promueven) son revisados y reconfigurados por el filtro moral del narrador, con una finalidad didáctica que se manifiesta con mayor claridad en “La pícara glandulilla”; mientras que los grupos más antiguos y consolidados, integrados por españoles e italianos, explícitamente valorados por su condición de antepasados, se presentan como indiscutibles por constituir el linaje y, por lo tanto, una supuesta esencia inmodificable. Así, descripciones, comparaciones, metáforas y apelaciones a la ciencia se ponen al servicio de la conformación discursiva de tipos sociales, como, en su momento se habían subordinado a la conformación discursiva del biografiado –recordemos que el libro se encuentra dividido en partes que distinguen la fundación y el fundador de la ciudad, de sus habitantes y la vida cotidiana-. La mención de espacios físicos reconocibles, particularmente negocios, se vincula también con el reconocimiento y la consolidación de una identidad, la conversión de los espacios en símbolos.

La historia de Omar Masor, por su parte, tiene como objeto mostrar a Villa Gesell como una ciudad pujante, por lo que el progreso se convierte en su mayor valor y su parámetro. De esta manera, la urbanización se muestra como una consecuencia necesaria de la acción de los pioneros, cuyas voces, por su parte, son las que nutren el relato y lo legitiman. La genealogía horizontal que establece la hermandad de los pioneros se vuelve necesaria para sostener el desarrollo de la ciudad (traducido en la narración por la recurrencia a datos estadísticos y curvas de crecimiento), y el fundador deviene en urbanizador gracias al apoyo popular, que adhiere a su resistencia ante los embates burocráticos, equiparables a los naturales del momento de la creación.

Por último, la perspectiva adoptada por *Las fundaciones de Villa Gesell* otorga tal importancia al desarrollo urbanístico que lo identifica con el momento fundador. Es interesante señalar, sin embargo, que esta perspectiva se encuentra parcialmente distorsionada cuando se considera a la década del '40 como la "verdadera década fundacional", ya que instala jerarquías que se traducen en una distinta valoración por parte de las enunciadoras de las corrientes migratorias recibidas por la ciudad, distinguiendo la acción creadora de los pioneros europeos de los meros aportes poblacionales y económicos de la inmigración latinoamericana posterior.

## CAPÍTULO 6

### BIOGRAFÍAS, MEMORIAS, CRÓNICAS NOVELADAS

#### VILLA [de] GESELL

##### “Su hija predilecta”. La identidad local en *Carlos I. Gesell, su vida (1983)*

Resulta lógico, casi necesario, que la perspectiva biográfica organice la construcción de la identidad local alrededor de la figura del fundador biografiado. En mayor medida en el caso de Villa Gesell, en que la ciudad no hubiera sido posible sin la intervención de su fundador, que es su creador intelectual y material. A pesar de que *Carlos I. Gesell, su vida* no dedica su mayor extensión al relato de la lucha civilizatoria del hombre contra las adversidades del desierto, sino a las vivencias de la familia, no puede de ninguna manera omitirla: esa lucha y su triunfo constituyen las condiciones de posibilidad del personaje como tal.

En un relato en el que se incluyen todos los inventos o proyectos de inventos, Villa Gesell resulta ser, sobre todo, un invento más. Sin dejar de lado el trabajo físico, la “lucha contra el médano”, ni la permanente inversión económica, en todo momento, la biografía de la hija de Gesell parece enfatizar el acto creador, el plan, la concepción individual de su padre (“la sola idea de comenzar algo nuevo, ya le ponía la mente en ebullición”, p.43; Con la mente puesta en la meta de que no podía fracasar”, p.70; “Todo estaba bien organizado”, p.72; “Sobre el papel, papá diagrama la fisonomía que el daría al futuro sitio turístico”, p.80; “Villa Silvio Gesell ya estaba en marcha (...). De allí en más mi padre dedicó todo su esfuerzo, imaginación, capacidad y técnica para lograr que su recién nacida criatura llegase a ser lo que él quería que fuese”, p.85; “papá era un profundo observador. Observaba y pensaba y las conclusiones a las que llegaba tras un profundo análisis las ampliaba mediante la consulta a sus enciclopedias”, p.91; “todas las conclusiones las sacaba él solo, de allí nació su famosa frase (...): - Nadie piensa. Toda la gente es imbécil”, p.92; ¿Ningún

detalle, por sencillo que este fuese, escapaba a su pregunta: ¿Por qué esto y no aquello? De esa manera resolvió los problemas de forestación y de caminos”, p.92; papá no dejó nada librado al azar. Todo fue pensado. Detalle por detalle”, p.94; “Mi padre ya había decidido consigo mismo los planos de la urbanización de Villa Gesell, p.100; “Con su gran inventiva daba solución a cualquier problema”, p.102; “Debido a su creatividad, imaginación, esfuerzo y dedicación, y por sobre todas las cosas, el amor a su obra, Villa Gesell estaba teniendo todo lo necesario para la comodidad de sus pobladores estables y turistas”, p.107; “Papá había logrado convertir a la Villa en el lugar especial que él quería”, p.109; “mantenía su constante vigilancia, interés y directivas sobre el pueblo”, p.109; “Los años de la gran creación que podría decirse que terminan con la década del 50 fueron los que papá realmente disfrutó, pues la Villa era, en imagen y esencia, lo que él había querido que fuera”, p.110; “Días y noches de cavilación llevaron a mi padre al descubrimiento de un sistema de ventas que aseguraría la edificación de las nuevas parcelas que se vendiesen (...). El éxito del plan fue total. Nuevamente Carlos Idaho Gesell había triunfado”, p.112; “Para la radicación de familias no pudientes, concibió barrios obreros”, p.113; “Bajo la inteligente dirección de su fundador, el cual no estaba ajeno en todo momento a toda necesidad, se amplió la usina, se forma la Cooperativa Telefónica y se inicia la actividad bancaria, con el Banco de la Provincia de Buenos Aires, en el local previsto por papá para tal fin””, p.113; “consideraba su capacidad intelectual muy por encima de la mayoría de los mortales”, p.121; “[con el pavimento] la Villa dejaría de ser Ese Lugar que él planeara”, p.125).

Las circunstancias de Villa Gesell se identifican necesariamente con las circunstancias de su creador. De hecho, el crecimiento concreto de la localidad (los cambios se introducen en un par de oportunidades con la frase “Villa Gesell crecía, crecía y crecía” para dar cuenta de su dinamismo) se ve acompañado por el crecimiento de papeles en el escritorio de la casa. De hecho, también, el prólogo adelanta: “la personalidad de mi padre, (...) como sucede con toda creación, ha quedado prendida aquí en los mil matices de la Villa”, p.7.

Como dijimos más arriba, la autora comienza el prólogo intentando definir Villa Gesell por su excepcionalidad: “su sutil encanto”, que estriba en su no convencionalidad. Cuando analiza las causas, encuentra dos: la inmigración europea de posguerra y la personalidad de su padre, postulando esta última como la más importante. Sobre el final del libro, cuando narra los últimos días de Carlos, solo y amenazado por los “chacales” (expresión metafórica con la que define a su entorno interesado y extra-familiar), distingue la Villa diseñada por él, de la ciudad, lejana a su sueño. La impronta paterna estará presente, entonces, en todos y cada uno de los comentarios sobre el espacio físico y sobre la población, a la que muestra completamente dependiente de las acciones de su creador. Cada uno de los capítulos, que reúnen los progresos por décadas, focaliza en los beneficios que Carlos Gesell brinda a los pobladores de una ciudad diseñada a su medida, prestando inicialmente los servicios esenciales para la comunidad, regalando o cobrando baratos los terrenos para que se afinque el comercio o para que se propicie la población a través de la construcción, ayudando a todo aquel que lo necesite, edificando la primera escuela (predio que posteriormente funcionó como el primer consultorio médico) y pagando al maestro durante el primer año hasta su reconocimiento oficial, donando el predio para el destacamento policial, comprando el primer proyector de cine, construyendo una confitería y canchas de tenis, acondicionando los caminos, proveyendo los primeros medios de locomoción para entrar y salir de Villa Gesell<sup>51</sup>, haciendo traer los víveres de Madariaga cuando el barro lo impide, donando tierras para construir el Golf Club, una pista de aterrizaje y el primer colegio secundario (al que también solventa), construyendo el muelle, la terminal de ómnibus, colaborando con la instalación de una clínica médica de urgencias, etc.

---

<sup>51</sup> Es notable cómo el desarrollo de la ciudad es percibido por Rosemarie o Buby en cada uno de sus viajes, mediados por años de distanciamiento de su padre, a partir de los cambios tecnológicos en los modos de acceso al lugar. El primer retorno de Buby, luego del intento de fuga y la deportación de los hermanos, es recibido por “la primera sorpresa”: una camioneta de doble tracción para llevar a los pasajeros a la Villa; en el retorno de 1952, “ya no estaba la camioneta. Había un ómnibus para el traslado de los pasajeros. Papá había comprado dos. Uno común y otro de doble tracción para el traslado de los pasajeros”, p.97; años más tarde, los colectivos paternos se encargan del transporte de pasajeros y, tiempo después, el servicio de transporte de pasajeros ya lo hacía la mítica empresa de ómnibus Antón a la que, posteriormente, Marta Soria le dedicará un apartado en su libro.

Si bien varios pioneros son mencionados como actores importantes, narrando sus acciones en pretérito perfecto (“Así comenzaron a venir miembros de la colectividad alemana, como Juan Weiske”, p.84; “llegaron los Ritter, que iniciaron el primer cine comercial”, p.108; “hizo su aparición una farmacia, la Pérez Esquivel”, p.109), la mayoría de sus acciones son narradas en pretérito imperfecto (“El pan fresco lo proveía Dabove y Silvio Leni, el primer almacenero, tenía su negocio propio. Para la construcción, el corralón de Pincirolí aseguraba la provisión de material. Almark tenía el surtidor de nafta, Pinilla se dedicaba a parques y jardines (...). Los residentes se visitaban, jugaban a las cartas y se ayudaban mutuamente como una gran familia”, p.101), conformando una escenografía en la cual los aportes de los pioneros se manifiestan como imágenes que representan distintos estados de la localidad, casi como estampas de su crecimiento. Así, el lector se constituye en un espectador que se aleja de lo que mira, dado que, como lo concibe Jean Pouillon, el pretérito imperfecto no tiene una función temporal, sino, más bien, una función espacial (Weinrich, 1975).

Aún cuando, con su entusiasmo por el asfalto, los vecinos de la Villa de la década del '70 se vuelven enemigos (“Todo lo que había luchado para domar los salvajes médanos no le sirvió para domar las mentes de los residentes de la Villa que no veían eso”, p.126; “Villa Gesell dejó de ser eso, una Villa, para transformarse en una ciudad”, p.127), el fundador, convertido por la enunciativa en un “viejo león (...) que todavía sacudía la melena y rugía pese a sus años”, no deja de actuar sobre el espacio, incluso en contra de sus convicciones: “- ¿Quieren el progreso? ¿Quieren la ciudad? Pues bien. La tendrán. A la pequeña pista de aterrizaje de tierra (...) la transformó pagándolo de su dinero, en una pista pavimentada (...). Dejó que la mitad del pinar se transformase en campings y miró con benevolencia rechinada entre los dientes, levantarse edificios torre de cada vez más pisos...” (p.127).

De esta manera, tanto por el hecho de haber sido creada por él como por el modo en que la ciudad depende de las decisiones de su fundador, cobra inteligibilidad dentro de la biografía la metáfora filial: “Papá se maravillaba por ello [el crecimiento de la familia de



Rosemarie], y yo, por el crecimiento del otrora desierto y al cual él llamaba su hija predilecta: Villa Gesell” (p.107).

### **La identidad local en *Mi abuelo... Carlos Gesell* (2007). La ciudad/cobijo**

En consonancia con lo que ya mencionamos en “Retratos” cuando analizamos el valor de la recuperación patrimonial en el interior de la biografía de Marta Soria, y en consonancia, también, con lo que implica la reconstrucción del linaje familiar en un pueblo cuya independencia de su fundador y propietario original se diluye en los relatos, la identidad colectiva parece poder consolidarse de manera preponderante alrededor de la vivencia (Arfuch, 2002).

Luis Korpíc, en el “Prólogo” de *Mi abuelo... Carlos Gesell*, remite a sus orígenes, a su fundación, las características de la ciudad. Si Villa Gesell es, para el periodista, “Una ciudad que nos cobija a todos” (p.10), es, justamente, porque la definen las características de su creador (“tiene el espíritu del soñador y del aventurero”, p.10). Esta concepción, que de alguna manera retoman todos los textos del corpus, es más evidente en los textos escritos por los familiares-coprotagonistas de la historia, y más aún en el caso del libro de Marta Soria, en el cual el objeto de la narración, Carlos Gesell, se encuentra decididamente filtrado por su percepción personal hasta el punto de convertirse ella misma en ese objeto.

La figuración de la ciudad/cobijo, acuñada por el prologuista de este relato, con su connotación afectiva de amparo y protección, nos parece interesante para reflexionar sobre la constitución identitaria comunitaria en el interior de este relato. Por una parte, la imagen de Carlos Gesell como un patriarca protector, formulada al final de los libros de Rosemarie y de Marta<sup>52</sup>, se ve fortalecida en este último por su persistencia: mientras que en el ámbito

---

<sup>52</sup> Dice Rosemarie, en referencia al reconocimiento popular tras la muerte de su padre: “el interminable cortejo siguió al patriarca a su última morada” (p.133). Dice Marta, en referencia al reconocimiento popular en vida de su abuelo: “... fui la compañera de actos de mi abuelo. Generalmente entraba del brazo de él y los aplausos nos conmovían. Claro, por la aparición del Patriarca Geselino” (p.93).

íntimo Rosemarie encuentra flancos negativos en el héroe y escribe su versión de la historia con el fin de mostrar esa dualidad, Marta destaca permanentemente sus virtudes: la dulzura, la sabiduría y, sobre todo, el carácter protector de su abuelo con los suyos, en primera instancia, y con los pobladores, por extensión, lo que queda plasmado, por ejemplo, en la mención de su generosidad con las tierras, basada en una concepción prolífica de la familia que se inicia en la propia (“Mi abuelo regaló a cada uno de sus hijos 32 hectáreas que con los años todos fueron vendiendo”, p.83) pero que excede sus límites, ocultando incluso las aristas políticas<sup>53</sup> que ciertas donaciones podrían implicar (“Mi abuelo era partidario de que toda familia debía tener entre seis y once hijos. Hasta regaló lotes a familias numerosas como la [de la] hija de Onganía, que tenía catorce hijos”, p.91 y 93). En consecuencia, lo que en la biografía de la hija era autoritarismo y rispidez, en la de la nieta se vuelve pintoresca peculiaridad o espíritu didáctico, como lo prueban las diferentes perspectivas con las que cada relato aborda los mismos hábitos madrugadores o métodos pedagógicos del personaje.

“Desierto en venta” y “La creación de un paraíso verde” son los únicos capítulos dedicados a la etapa previa a la constitución de la ciudad. En ellos se resume la lucha del hombre contra una naturaleza inhóspita por medio del dominio del paisaje. Para Marta Soria, la narración de esa hazaña es un gesto necesario si desea fundamentar la dimensión del personaje, pero se detiene un poco más en el lugar de sus recuerdos, la ciudad, cambiante con el paso de los años, periodizados por épocas, en principio vitales y por lo tanto más difusas, como la niñez, y luego más convencionales (década del '60 o del '70).

---

<sup>53</sup> Es llamativo cómo *Mi abuelo... Carlos Gesell* evita la interpretación política en la reflexión sobre el personaje, al contrario de lo que ocurre en el libro de Rosemarie Gesell, que enfrenta, por ejemplo, las acusaciones de nazismo que se ciernen sobre su padre y, por supuesto, las rechaza, a diferencia del libro de Saccomano, que las convierte en un eje privilegiado de la sospecha. En una de las escasas referencias a la situación política, Soria concibe a la ciudad como una muestra neutra, ideológicamente híbrida, de lo que ocurría en el país. Así, cuando refiere a la década del '70, realiza una digresión del relato personal al afirmar: “La Argentina vivía por entonces momentos tristes, de violencia y vaivenes políticos. En el hotel se alojaba por esos años tumultuosos mucha gente variada, desde miembros de organizaciones subversivas hasta integrantes de las Fuerzas Armadas, en una extraña mezcla de pasajeros que reflejaba las inquietantes historias que ocurrían en el país” (p.91).

La Villa Gesell/cobijo de la infancia se circunscribe a los diversos recorridos que la niña suele hacer. La mención de edificios de una ciudad en formación (“Había muy pocas construcciones, todo era verde”, p.63) se subordina al camino de llegada a la casa y si bien se mencionan la primera escuela, unos cuantos hoteles y la primera casa veraniega, parecen estructuras despobladas. Los paseos con el abuelo muestran las bellezas naturales (los médanos, el pinar); los paseos con Emilia, la mujer de mundo que había abandonado su vida acomodada para seguir a su enamorado, la urbanización en su máxima expresión: los negocios de la avenida 3, donde empiezan a aparecer algunas personas concretas (los hermanos Pincirolli, los ingleses del almacén de Johnny, Paul Vaneste, cuya evolución de vendedor de boletos a agente inmobiliario y, posteriormente, propietario de un camping parece sintetizar en su persona el progreso del lugar).

Los años '60 se identifican con el crecimiento acelerado, expresado por medio de lugares comunes del lenguaje (“éramos testigos de cómo la Villa se iba desarrollando vertiginosamente”, p.71; “Entre los años sesenta y setenta la Villa creció vertiginosamente. Se veían aparecer las casas como hongos después de la lluvia”, p.82). El relato incorpora personajes emblemáticos (Tante Puppi) y edificaciones que delatan el crecimiento poblacional, como la capilla, la estación de servicio o la cantidad de escuelas. En él, se mencionan las primeras divergencias representadas por la coexistencia conflictiva de dos estilos de vida opuestos: por un lado, los chalets con techos de tejas, el respeto a la naturaleza, la vida reposada y los habitantes europeos, identificados con las proyecciones y deseos del fundador (“Así lo quería mi abuelo”, p.72) y, por el otro, “las construcciones de propiedad horizontal, que desentonaban bastante con el perfil original diseñado por el fundador” (p.82) junto con la proliferación de lugares bailables y la filmación de una película escandalosa, que configuraban el perfil alocado (“aquellos años locos” titula el capítulo 13) de una ciudad con la que el abuelo no está muy de acuerdo, pero que la joven Marta, a pesar de algunas críticas (“el Plan [Galopante] facilitó la llegada de mucha gente a la ciudad, hubo ciertas fallas en la planificación urbanística que provocaron un crecimiento desparejo de la Villa”, p.82), disfruta: el recuerdo “A mi abuelo, que era una persona no partidaria de la noche (...) no le gustaban mucho los boliches ni esa fama de la ‘dolce vita’

que su Villa iba teniendo por esos años” (p.74), contrasta con la afirmación “Luego de los bailes todos concluíamos nuestra gira en el Bar Italia, de 105 y 3” (p.75). La perspectiva de la autora, que no ignora esa discrepancia con la del abuelo, justifica su postura con argumentos de todos modos semejantes a los que recuerda en él: “Todo en esa época era muy diferente a hoy. En esa época era todo muy tranquilo” (p.75); argumentos que se extienden a sus juicios sobre la ciudad actual: “cada uno de nosotros, los que hoy vivimos en esta Villa Gesell, deberíamos pensar muy bien antes de cortar un árbol, arrojar un vidrio en la arena o basura en alguna calle. Porque actuando así, no sólo denigramos el concepto de ciudad civilizada, sino que también estaremos agravando la figura de un grande de la historia” (p.104); “esta Villa veraniega, hoy convertida en una ciudad con sus pro y sus contras” (p.117).

La ciudad crece con Marta, que se identifica con ella, al punto de que la periodización se vuelve definitivamente personal (“Los años setenta están asomando, es la época más importante de mi vida y también de la villa balnearia”, p.82). La vida social del lugar, así, se circunscribe a lo que puede describir desde su propia experiencia y la de sus familiares: los desfiles en los que participaba, las reuniones en la confitería del pinar (“centro de reunión para un grupo de gente”, p.80), las carreras de jeeps en los médanos de las que participaban su tío y su hermano, sus paseos por el centro, los homenajes públicos al fundador, a quien, por supuesto, secundaba.

Con respecto a la consideración de Soria que piensa el patrimonio como la condición de posibilidad del recuerdo, ya hemos hecho varias observaciones cuando analizamos la construcción identitaria del biografiado. Sólo resta agregar aquí que, consecuentemente con la configuración de una enunciativa completamente identificada con la figura del biografiado, muerto el abuelo, se invierte la relación entre la enunciativa y la ciudad, que pasa de ser un cobijo a ser cobijada. Así, Soria llega a atribuirse, en el artículo periodístico “Un sueño a orillas del mar” (Revista *Nueva*, 2008), la recuperación y conservación de las propiedades de su abuelo como parte del patrimonio municipal –expropiadas por el gobierno- y, en ese acto, se constituye en custodia de la identidad local: “Gracias a Dios, pude ir alcanzando ciertas metas, como recuperar el chalet y la casa de las cuatro puertas –agrega–.

Cuando mi abuelo murió, la familia de Emilia, quien falleció un año después que él, heredó las propiedades. Pero ellos no tenían el cariño que una tiene por Gesell. Me encantaría vivir en el chalet, pero me conformo ordenándolo como cuando mi abuelo vivía, contando anécdotas, y organizando exposiciones y conciertos, ya que él adoraba la música clásica”.

### **La voz del pueblo. *El viejo Gesell*, de Guillermo Saccomanno (1994)**

En el análisis de la identidad local construida en *El viejo Gesell*, debemos distinguir la que se construye en el relato de los hechos de la que se construye en el relato de la investigación, tal como lo hicimos anteriormente al estudiar la construcción de la identidad del personaje central y la del enunciador en el texto de Saccomanno. En cada caso, analizaremos el modo en que se representa la ciudad y a sus habitantes, permanentes u ocasionales.

La ciudad de lo que hemos dado en llamar el relato de los hechos es, como en todos los textos del corpus, aunque en cada caso con valoraciones diferenciales, una ciudad en proceso, donde la cualidad más destacable es su crecimiento. Llama la atención aquí que el capítulo “Fundación” no se refiera a la compra de los terrenos ni a su forestación o al surgimiento de la idea de Gesell de convertirlos en balneario, sino a la llegada del primer turista, Stark, quien se encarga de promoverlo en el interior de la sociedad alemana. Así, la conformación principalmente germana de la población de los inicios aparece descrita en el libro con ciertas características sectarias, apoyando el análisis incluso en la publicidad de la época (“A Stark lo atrae este lugar. Conversando con el señor Gesell le propone difundir su encanto y sus virtudes en la comunidad alemana. (...) Este es un balneario que se recomienda *de amigo a amigo*. Stark en persona se encarga de traer a los interesados a este balneario misterioso. (...) Se apellidan Weiske, Schmidt, Gussman, Hennequin, Cloes. En su mayoría, los primeros geselinos son de procedencia alemana. Entre ellos se encuentran tres náufragos del Admiral Graf Spee. (...) Si él fuera loco, se dice Stark, toda esta gente no estaría acompañándolo. Y quien más, quien menos, todos tienen una razón para seguirlo en

este tiempo de posguerra. Al señor Gesell no le importa si alguien viene escapando con tal de que contribuya a su causa”, p.106-107). En este sentido, Saccomanno es quien con mayor claridad parece suscribir la interpretación conflictiva que realiza Hall (1996) acerca de la constitución de las identidades. El autor destaca que el “cierre” que toda unidad identitaria supone es, en realidad, el producto de un proceso de naturalización de una construcción que se realiza dentro del juego del poder y la exclusión; toda identidad supone, en su determinación, su contracara, la construcción discursiva de un afuera constitutivo con sujetos marginados del campo de lo simbólico que luchan por redefinir esa identidad e integrarla. Así, la uniformidad del grupo no sólo denota unidad, como en los otros textos analizados, sino que se vuelve eje de la suspicacia del narrador y los pobladores actuales de la región (“Aunque en la Villa aparecen algunos apellidos italianos, como los de Pincirolli, el primer ferretero, y Leni, el primer almacenero, los alemanes son mayoría. Todavía hoy se recuerda con suspicacia el origen de aquel grupo que se apodó *la fangosa hermandad de los pioneros*. Y se cuentan historias turbias de aquellos años en que era imposible permanecer ajeno a la guerra”, p.111), y los pobladores se convierten en seguidores de la palabra del líder (“Entonces, para quienes ya se instalaron en la Villa, los Weiske, los Schmidt, los Gussman, los Turre, los Firnschrot, los Baurer, los Helm, lo que dice el señor Gesell son aforismos de eficacia probada y suenan como máximas.”, p.116). Si bien se predica una conformación mutua (“Suizos, alemanes, austríacos, centroeuropeos. Don Carlos los hace a su manera. Pero ellos, a la vez, lo hacen a él”, p.121), el ejemplo de Heinrich Lömpel que se invoca en el capítulo 20, funciona, prácticamente, como una contrafigura: también creador, su materia es el arte, no los negocios. Las diferencias de Lömpel con Gesell se basan en que “el dueño de la tierra quiere construir un pueblo a su imagen y semejanza” (p.123). La simultaneidad en que se expresan sus acciones manifiesta el contrapunto entre la sensibilidad de uno y el espíritu práctico del otro: “Mientras Heinrich Lömpel dibujaba, el señor Gesell escribía en uno de sus cuadernos: *22 de junio. Se plantan 50 kg. de habas, abonadas con guano, sulfato de potasio y salitre.*” (p.123).

El relato recurre al registro estadístico en el capítulo “Galope” para exhibir la velocidad del crecimiento urbano con un título tributario del Plan Galopante (“A mediados del ’40 la

Villa tiene quince casas, un almacén y una ferretería. (...) A fines de la década ya hay trescientas casas”, p.127). La enumeración rápida, de oraciones cortas que parecen conformarse al ritmo del galope del plan, cuyo texto se reproduce fragmentariamente en el interior del capítulo, proporciona los datos que permiten constatar el crecimiento: “En 1957 llega Antón con sus autobuses. Y en 1961 Río de la Plata. Se incentiva la hotelería y la gastronomía. La Villa se convierte en un balneario que combina la naturaleza agreste con una atmósfera de libertad. Los veranos irradian un aura permisiva. Rodolfo Kühn ambienta su film *Los jóvenes viejos*. (...) En la década del '60 la Villa se consagra como un lugar de moda. La tierra que fue franja costera de arena, ahora forestada, se cotiza cada vez más” (p.128). Esta brevedad se acentúa en las oraciones mayoritariamente unimembres del capítulo “Setenta”, que mencionan tanto espacios físicos como aficiones intelectuales en un intento por componer un clima de época: “Campings. Pensiones. Albergues. Boliches que se llaman Traca-Traca, Tom Tom Macoute, Los Picapiedras y El Huevo. Hippies, mochileros y estudiantes acuden respondiendo al llamado de la naturaleza, el amor libre y las corrientes contestatarias. Café concerts y fogones. Solidaridad con Cuba y poemas de Nicolás Guillén. Allende y Quilapayún. Cortázar en el mismo estante que Gyap y Mao” (p.131).

La descripción de los cambios arquitectónicos que dividen la ciudad en norte y sur preside una serie de transformaciones de sus inversores, relacionadas con lo que significó el llamado Proceso de Reorganización Nacional en sus propias vidas y, consecuentemente, en la conformación de la ciudad. Así, “los psicólogos que, después de la dictadura, pasarán de la crítica al sistema a conectarse con la propia identidad”, “el montonerismo esclarecido, signado por su estigma de clase, el de los jóvenes creyentes en la teología de la liberación, que imbuidos de un mesianismo sobrador, después de la dictadura, devendrán en yuppies cínicos de los ochenta” y “los futuros sociólogos, atribulados por las miserias de los condenados de la tierra, que después de la dictadura serán estudiosos del marketing y el comportamiento de las masas consumidoras” (p.132) manifiestan en sus metamorfosis personales (“quienes se salven, grandes y chicos, años más tarde ya serán otros”, p.133) los cambios operados en los usos del espacio representativo, la playa, donde se contrasta el

nocturno escenario amoroso de los '70 con el diurno de los '90, en el cual los adultos aburguesados comentan sus atracones nocturnos mientras los niños piensan en jueguitos electrónicos.

En lo que respecta al relato de la investigación que toda crónica supone, la Villa Gesell invernal que muestra el primer capítulo es la contracara de la ciudad balnearia. Su crudeza y soledad se postulan necesarias para lograr una comunicación genuina con los habitantes. Desde el inicio, entonces, la ciudad turística se concibe como un artificio alejado de una realidad no tan grata de “pueblo chico, infierno grande” (p.15), más propicia para el desarrollo de una crónica que se pretende desmitificadora.

Consecuentemente con esta imagen de la ciudad, los pobladores-informantes son seres tan complejos como ella, descubren intenciones ocultas del fundador (“En el fondo él quería que la Villa fuera esto que es ahora”, p.15), confiesan pero a la vez responden con evasivas (“Pero no quiero hablar de más”, p.170) y hasta los críticos se muestran distantes, aunque sus actitudes delatan su dependencia (“Al fin de cuentas, todos y cada uno le deben algo al señor Gesell”, p.112). Como el narrador, asumen posiciones dicotómicas, sospechan, conjeturan, comentan, aunque lo que él publica, ellos lo dicen a media voz. Nando<sup>54</sup>, el ecuánime (“Nando suele hablar con admiración del viejo. Y suele también mantenerse equidistante entre quienes lo critican y quienes lo elogian sin medida queriendo hacer del Viejo un prócer”, p.137), es el elegido para guiar al investigador entre los pueblerinos, justamente porque lo que se busca es una mirada plural, alejada del cliché (y probablemente este haya sido el motivo de la elección del libro de Rosemarie Gesell como fuente privilegiada). Los agradecimientos de *El Viejo Gesell* recuerdan que se trata de una crónica: los nombres allí mencionados son de amigos geselinos, informantes, que proporcionan la materia, y de periodistas y escritores, cuyas prácticas y consejos alientan la escritura.

---

<sup>54</sup> La edición con la que trabajamos cuenta, en su primera página, con una dedicatoria manuscrita por el autor para “Nando”, Fernando Stolis. En ella, Saccomanno confirma nuestro análisis de los informantes, considerando a Stolis “co-autor protagonista”, ya que concibe al relato “un cuento que espero refleje tu voz”.



## Observaciones finales

En los textos más claramente biográficos del corpus es, nuevamente, la mirada sobre el personaje la que articula la configuración identitaria local. La unidad que la procedencia familiar otorga a los relatos de Rosemarie Gesell y de Marta Soria, en contraste con el relato del investigador foráneo, se manifiesta particularmente en la procedencia de la información, aunque no necesariamente en su valoración, en la que, por ejemplo, se encuentran diversas coincidencias entre el texto de Rosemarie Gesell y el de Saccomanno, dado que de hecho, como dijimos, el primero es una de las fuentes principales del segundo.

Si bien en los tres textos la ciudad es, incluso en su desarrollo posterior, una obra que no puede independizarse de su autor, las vivencias de la hija ponen en primer plano el diseño y la ejecución. El fundador de la ciudad es su hacedor, con todo lo que ello implica, fundamentalmente una concepción paternal de la creación por medio de la cual la hija biológica registra a la “hija” urbana. De esta manera, como vimos, el padre polifacético, genial y generoso al tiempo que controlador y algo déspota, proyecta una ciudad a su medida, e incluso en su vejez se muestra combativo con los que le ofrecen resistencia. La hija, que en lo personal reniega del autoritarismo paterno, se inscribe, sin embargo, en el linaje, particularmente en su acuerdo con el diseño original, intentando reproducir las condiciones primitivas en su actual lugar de residencia (“En cuanto a mí, hace diez años consideré que mi casa en la Avenida Buenos Aires se había convertido en un sitio demasiado céntrico y ruidoso y me mudé al sur de la Villa donde (...) rescato mi vieja Villa Gesell. (...) Desde mi casa escucho en el total silencio que me rodea el ruido del mar y el canto de los pájaros, y en los días de sudestada, el aullido del viento mientras los ventanales lloran sus lágrimas de arena y lluvia como antes...” (p.139).

*Mi abuelo... Carlos Gesell*, por su parte, profundiza la identificación entre el autor y su obra a través del filtro perceptivo de la enunciativa. La ciudad es la de sus recuerdos, sus recorridos y sus cambios personales, y la protege, igual que se considera protegida por su creador. La apreciación de Marta Soria del lugar es más indulgente que la de su abuelo

(disfruta de su vida nocturna, por ejemplo), aunque sus comentarios finales sobre la conducta que los habitantes deberían observar traslucen una crítica a los usos urbanos en la época actual.

*El Viejo Gesell* pretende desentrañar la verdad, más que meramente exponerla, y es por eso que, en él, la población adquiere una importancia crucial. El ámbito privilegiado para la búsqueda del narrador no es ya el del balneario amable, sino el de la desierta Villa Gesell invernal; la comunidad no es un conjunto de estereotipos más o menos simpáticos ni pioneros cuasi heroicos ni la consecuencia de los deseos del fundador de la ciudad (aun cuando muchos los traicionan), sino que, desde una visión deliberadamente desencantada, está compuesta por primeros habitantes de intenciones políticamente sospechables en vez de los otrora audaces pioneros, actuales visitantes aburguesados que olvidaron sus supuestos ideales revolucionarios acompañando los avatares políticos de la Argentina, y, sobre todo, por una serie de informantes que, o bien brindan opiniones polémicas sobre los hechos cuando aparecen identificados con nombre y apellido, o bien funcionan como un Coro que, con la cautela de la media lengua y el susurro, advierte al investigador (como si lo necesitara) sobre el inevitable lado oscuro de los mitos.

## ANEXO: LOS LUGARES DE MEMORIA

Debido a que las identidades se definen en la trama simbólica, conformada no sólo por textos (nuestro objeto de análisis), sino también por imágenes, imaginarios, rituales, homenajes oficiales y privados, en suma, todo lo que construye y sostiene una pertenencia a la vez individual y colectiva, creemos pertinente incluir, en esta sección de la tesis, pero a la manera de un anexo, testimonios fotográficos del modo peculiar en que la ciudad de Villa Gesell organiza la memoria de su fundador. La hipótesis que guía esta inclusión es que estas imágenes permiten recuperar una modalidad de consolidación del patrimonio que parece materializar los procedimientos identificatorios que pretendimos abordar, en el plano discursivo, en las páginas anteriores. Mientras que los homenajes populares consagran al fundador como un prócer ciudadano, algunos recordatorios individuales que se manifiestan en la esfera pública, en ciertos negocios de la zona, además de remitir a la identidad local en consonancia con la del personaje, también parecen intentar construir una identificación entre el fundador de la ciudad y los negocios mismos –en el sentido de que sean reconocidos principalmente como pioneros- e incluso, con sus propios dueños.

Habitualmente, los lugares de memoria (Nora, 1984) se consagran oficialmente a través de celebraciones de aniversarios, emplazamientos de monumentos, reconocimiento como tales de edificios que, a través de una resemantización conmemorativa del espacio, se convierten, por ejemplo, en museos. La ciudad de Villa Gesell no escapa a esta modalidad y exhibe imágenes del fundador, tanto en publicaciones oficiales como en monumentos propiamente dichos. Del mismo modo, las diferentes viviendas de Carlos Gesell fueron expropiadas y convertidas en patrimonio municipal –bajo la forma de museos- con posterioridad a su muerte. En lo referente a la memoria institucional, oficial, mientras que la intensa difusión de la imagen del fundador de la ciudad hace que sea innecesario preservar el texto de la placa identificatoria de un busto que lo recuerda, prolijamente ocluido con pintura (ver foto 1), unos carteles cercanos a la primera vivienda, devenida museo, reponen, con mayor conciencia turística, su valor patrimonial (ver fotos 2 y 3).

Lo que resulta peculiar en el uso del espacio público es el modo en que las imágenes de Carlos Gesell y su familia aparecen en negocios –emblemáticos o no–, garantizando la pertenencia al lugar de sus dueños, que manifiestan diversos grados de identificación con el “prócer”. En este sentido, muchos comercios reivindican el valor de ser pionero, por medio del nombre –aunque en algunos casos no lo sean efectivamente (foto 4)–, o por medio de la incorporación de imágenes de las primeras épocas de la ciudad y del fundador con la familia, en el caso en que sean negocios cuya antigüedad avala ciertamente su condición precursora (fotos 5, 6, 7, 8 y 9). Por otra parte, estas imágenes también testimonian la devoción de quienes las exhiben. En las foto 10 y 11, por ejemplo, se observa un retrato más convencional de Carlos Gesell, superpuesto a una foto, enmarcada, donde él intenta abrazar un árbol en un gesto de amor y ostentación, colocada en un espacio central en una pequeña tienda cercana al centro. Su dueña solicita incluir en nuestra toma fotográfica el duende de cerámica que parece descansar bajo la foto; esa pieza no se vende, ya que, en su opinión, representa al fundador en esa suerte de altar pagano que recrea un bosquecito. Su “sacerdotisa” concibe al creador de la ciudad como el creador de su propio destino: “Gracias a Gesell estamos aquí”, explica cuando indagamos sobre las razones de la instalación.

Sin embargo, la conmemoración se extrema por medio de procedimientos que parecen asimilar a los dueños de los negocios con el fundador. Así, la imagen de Carlos Gesell en el cartel de la gomería “Miguel” parece identificarlo con el propietario (foto 12), y la ochava del quiosco “El Marroquí” exhibe y equipara, de un lado, un retrato del fundador de la ciudad junto a una de sus frases célebres, de pretensión didáctica (“Es mayor el deleite del éxito cuando se vencen aquellas dificultades que otros han querido derrotar sin conseguirlo”), y del otro, un retrato del dueño del quiosco, el “Marroquí”, con una frase de su autoría, tan sentenciosa como la anterior (“Con el deporte te fortalecerás y vivirás. Con los libros aprenderás y sonreirás. Con la droga enfermarás y morirás”). Íconos de la ciudad, como los pinos, el mar, el faro y el más moderno tótem de la entrada, convertidos en monumentos, refuerzan el valor simbólico y el sentido de pertenencia que buscan instaurar las imágenes (fotos 13 y 14).

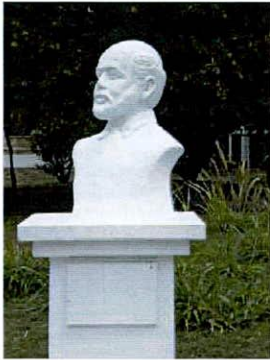


Foto 1. Busto del fundador en la Plaza de los Inmigrantes.



Fotos 2 y 3. Museo y Archivo Histórico Municipal Casa Histórica.



Foto 4. El nombre del comercio reivindica una condición, aunque efectivamente no la detente.



Fotos 5 y 6. El restaurante *La Jirafa Azul* se transforma en un museo informal, adornando sus paredes con imágenes de Carlos Gesell, de las primeras épocas de la ciudad, una bandera argentina en un lugar destacado, y antiguos recortes periodísticos.



Foto 7.



Foto 8.



Foto 9.

Fotos 7, 8 y 9. La cafetería *La Jirafa Roja*, devenida en *La antigua Jirafa*, preserva su pasado con carteles antiguos, fotos del fundador en su escritorio y con su familia en las puertas de su casa, y celebraciones que comprometen al local con la ciudad, el habitante y el turista cuando convocan a seguir haciendo historia.



Foto 10.



Foto 11.



Foto 12.

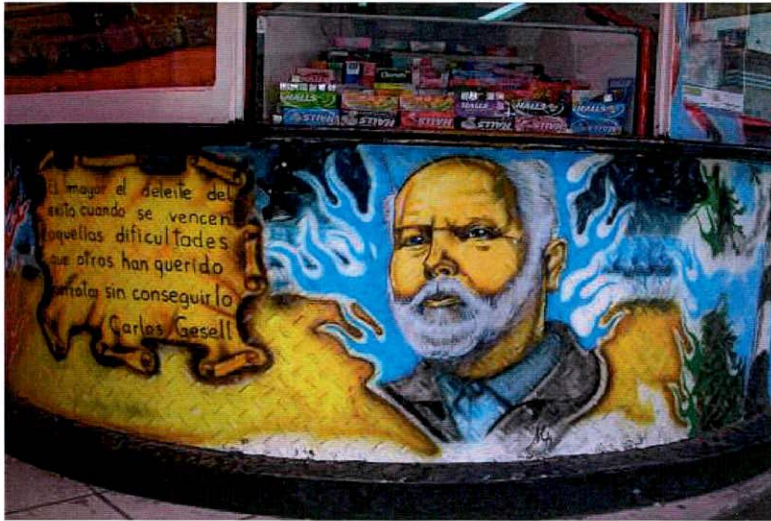


Foto 13.



Foto 14.



## CONCLUSIONES

En la presente Tesis de Maestría hemos abordado la cuestión de la conformación identitaria en relatos que, con un tópico común (la historia de una ciudad –Villa Gesell- y la de su fundador –Carlos Gesell-, habitualmente asimiladas), pertenecen por sus características constitutivas al denominado espacio biográfico (Arfuch, 2002). Sus diferentes autores, construcciones enunciativas, subgéneros y puntos de partida lo instituyen, de por sí, en un corpus interesante en lo concerniente al tratamiento del personaje central. Si bien nuestras observaciones se detuvieron con mayor detalle en el análisis de las diversas identidades del referente privilegiado (Carlos Gesell) construidas en el interior del corpus -lo cual las presentaría como un ejemplo, entre otros posibles, del carácter narrativo de las identidades (Ricoeur, [1983] 1995; 1999)-, creímos necesario analizar, en cada uno de los relatos, la construcción identitaria del enunciador y, en este caso puntual, también de la comunidad, con la hipótesis de que se determinan mutuamente. Así, nuestro trabajo ha pretendido ampliar los límites de los estudios identitarios en relación con las actuales observaciones sobre el espacio biográfico, en el entendimiento de que el examen de las identidades enunciativas y colectivas es necesario, incluso para realizar un abordaje más completo del objeto de estudio tradicional en este tipo de narraciones.

De nuestra aproximación a estos textos se desprenden observaciones aplicables a cualquier relato biográfico, por ejemplo, las necesarias relaciones entre el tratamiento del biografiado y las características del *ethos* discursivo -con una pretensión de visibilidad mayor en el caso de las biografías escritas por familiares, quienes se convierten también en protagonistas de la historia- o la utilidad de estudiar, en la idea de que una identidad se encuentra en permanente construcción a través de las narraciones (Hall, 1996), los vínculos intertextuales que sus distintos componentes van estableciendo a lo largo del corpus, dado que su diversidad supone, por parte de cada uno de los autores, la lectura y el posicionamiento por refiguración (Ricoeur, [1983] 1995) frente a los materiales que antecedieron al propio, tanto como las prevenciones ante los que podrían venir. Sin embargo, creemos que es preciso recapitular someramente aquí las peculiaridades que

presenta este caso concreto, en el cual la búsqueda de la unicidad del personaje que, según Schowb ([1896] 1987) gobierna el trabajo del biógrafo, es permanentemente destacada.

Con el objetivo de ordenar el análisis, dividimos el escrito en tres partes: una –la más extensa- referida a la configuración de la identidad del personaje, y las dos siguientes, dedicadas al estudio de las identidades enunciativas y comunitarias, que contemplan su imprescindible relación con la primera. Procurando utilizar un criterio clasificatorio que atendiera a la inscripción genérica de los materiales, dado que esa perspectiva permite analizar su orientación ética (Arfuch, 2002), los organizamos en dos grandes grupos en el interior de cada parte: por un lado, reunimos los textos que se presentan como Historias de la ciudad, aunque contienen de algún modo la biografía de su fundador, y, por otro lado, los materiales de intencionalidad biográfica más evidente. Esta primera discriminación nos permitió señalar, en cada encuadre genérico, con los condicionamientos que la inevitable inscripción tipológica de las tramas les confiere a las diferentes figuraciones identitarias, la dimensión argumentativa de los relatos (Adam, 1984), recurriendo al concepto bajtiniano de “valor biográfico” (Bajtín, 1982), clave para pensar la articulación e intersección de los procedimientos narrativos, que organizan temporal y lógicamente la historia, y de los descriptivos, que consolidan los retratos, en relación con la orientación persuasiva que ellos suponen.

En lo que respecta al personaje, constatamos que las Historias de Villa Gesell, de diverso grado de apego a la rigurosidad y el método, describen una trayectoria que va de la figuración del fundador como un creador asimilable al Creador del mundo, en el texto que inicia la serie, pasando por el visionario y desarrollador genial, que se perfila en un intento más documentado de escribir la historia, hasta la conformación de un modelo de vida apegado a valores como el tesón, el espíritu práctico y el apego a la aventura que, conviviendo armónicamente, lo acercan a un ideal admirable, pero humano, en un trabajo más apegado al registro historiográfico. Hemos visto que estas diferencias en el abordaje histórico determinan, también, grados en el uso de ciertos recursos, como la metáfora, el establecimiento de linajes y la apelación a estereotipos, los cuales, llevados al extremo en esa reconstrucción casi mitológica de la creación de la ciudad que resulta ser la Historia de Dante Sierra ([1969] 1985), con claras pretensiones ensayísticas, se atemperan en la de

Masor ([1975] 1995), que los utiliza –sobre todo en el caso de las metáforas- en los sectores más propiamente evaluativos del relato y parece diluirlos cuando incluye documentos y estadísticas, mientras que no resultan tan frecuentes en “Las fundaciones de Villa Gesell” (2006), que suma a la pretensión divulgadora, la académica.

Por su parte, los textos predominantemente biográficos del corpus presentan un retrato en el cual la figura de la persona (Plantin, 2009) adquiere un lugar central. Una vez establecida la notoriedad del personaje, cimentada discursivamente por las dos Historias iniciales, las biografías no olvidan la consideración de Carlos Gesell como hombre público, dado que esa consideración es su razón de ser, su posibilidad, pero se distancian de ella para ingresar en el territorio más inaccesible de la intimidad, a la cual la subordinan: lo que importa es la vida del hombre que produjo la hazaña, y por lo tanto, profundizar en la indagación de un carácter particular, excéntrico, en necesaria relación con un estilo de vida atípico y, especialmente en este caso, con una inserción familiar, sociocultural y en alguna medida nacional (el texto de Saccomanno, que insinúa la dimensión política de las actividades del personaje, destaca la procedencia alemana de sus progenitores e insiste en una identificación, que cataloga como voluntaria, con un estereotipo sujeto a crítica). La perspectiva familiar aporta en el corpus una mirada validada por la proximidad al referente y la herencia, material y simbólica. En ambos casos se perfila un personaje que comparte su protagonismo (excesivamente, en *Mi abuelo... Carlos Gesell*) con las autoras y son las vivencias las que determinan la selección y la valoración de los hechos. En el análisis de los textos de Rosemarie Gesell y Marta Soria hemos observado sus modalidades específicas, aunque también las hemos puesto en relación señalando sus coincidencias y discrepancias, como propias de la reconstrucción de la memoria familiar (Candau, 2001), a la vez que como un efecto del contradiscurso que ambos relatos implican, en el primer caso, respecto de un juicio social de orden moral, y en el segundo, respecto de la palabra instituida de la tía (que incluso funciona como fuente para un relato oficial, que lo expurga de connotaciones negativas, como vimos en el relato de Oestreicher). Así, la hija presenta a Carlos Gesell como un hombre dual, genial y despótico, bueno y malo, mientras que, posteriormente, la nieta intenta reivindicarlo. El aporte de Saccomanno a la figuración del personaje parece partir de un supuesto teórico que encuentra en Carlos Gesell un ejemplo

eficaz: las personas dignas de investigación para una crónica periodística novelada son complejas. La reconstrucción del personaje hace hincapié en su lado oscuro, oculto por políticamente incorrecto, lo que explica la recuperación del relato de Rosemarie Gesell como fuente principal, aunque utilice, como corresponde al género elegido, otras.

Posteriormente, hemos analizado la configuración identitaria del enunciador de las Historias como subsidiaria del tratamiento del objeto y el tipo de texto elegido para llevarlo a cabo. La creencia de Dante Sierra de estar, como Carlos Gesell, “haciendo historia” (dado que es el primer libro sobre una gesta que en todo momento se muestra única y, por lo tanto, inicial) convierte al enunciador en un espejo deformado, en dimensiones reducidas, de las predicaciones que el autor realiza sobre el objeto del ensayo: así, se presenta como un creador aunque de estatura inferior, explícitamente al final de la obra, e implícitamente a lo largo de la misma, apelando a sentencias e imágenes de carácter original y revelador. Una mayor conciencia histórica promueve, en el texto de Omar Masor, un enunciador que, desde un lugar de saber justificado por la proximidad al referente y la posesión de información documentada y testimonios válidos, selecciona y ordena el material en función de su capacidad probatoria de la genialidad del urbanizador, un *ethos* fiable por el valor de verdad que a los hechos suele otorgar el testimonio (Candau, 2001; Sarlo, 2006). El *ethos* construido en el trabajo de Mónica García y Claudia Palavecino podría considerarse dividido por la circulación del texto, en un ámbito académico y en uno turístico: asentado en la fidelidad documental, no descuida mostrar su cercanía afectiva en la valoración que construye del referente, sobre todo en los paratextos, pero también en un relato que intenta suscitar la admiración con matices y gradaciones signadas en gran parte por la representación del género en el que se inscriben.

El examen de los textos predominantemente biográficos del corpus, específicamente los escritos por las familiares, nos condujo a postular la herencia -material y simbólica- como factor legitimante del *ethos*, de su identidad social, en la terminología de Charadeau (2009). La oscilación entre la identificación y la diferencia, propia de todo proceso hereditario (Derrida, 2003) y de la constitución identitaria familiar o tribal en particular (Candau, 2001), se manifiesta con mayor evidencia en la biografía de Rosemarie Gesell, mientras que la de Marta Soria profundiza la asimilación con el referente, en tácita

respuesta a la disrupción que produce la mirada crítica de su tía en un corpus hasta ese momento laudatorio. La biografía de Saccomanno, en tanto, único autor que se presenta libre de vínculos con el referente (recordemos que su relato comienza con la llegada al lugar de los hechos para iniciar la investigación), se instala en las antípodas del supuesto hereditario para construir una identidad enunciativa marcada por la sospecha y la interpretación sagaz, ligada a los presupuestos genéricos de la crónica que se pretende construir.

Las observaciones realizadas sobre las diversas construcciones identitarias del biografiado y las de los enunciadores se enlazan con las identidades comunitarias descritas en este trabajo. El texto inaugural de Dante Sierra se detiene en la revisión y confirmación de estereotipos sociales que, sobre todo, contribuyen a reforzar la singularidad identitaria local. La Historia de Masor, que transforma la Creación de la versión de Sierra en producto, destacando el progreso local, lo interpreta como una continuidad de la labor del líder en el respaldo y el esfuerzo sostenido de la comunidad geselina de los comienzos, los pioneros. La reconstrucción muy posterior de las encargadas del Museo Histórico, que perspectiviza la historia del lugar a través de la periodización en fundaciones, muestra una ciudad en permanente desarrollo, siempre joven en su constante renacer, guiado en todos los casos por la figura ejemplar del fundador.

La recuperación de la ciudad y sus pobladores se subordina, en las biografías escritas por familiares, a los recuerdos personales. En este sentido, hemos señalado la importancia que adquiere la vivencia (Gadamer, 1977) en la construcción de una identidad local que, en el texto de Rosemarie, se concibe con las características de una hija más (y dilecta) de ese conflictivo padre-inventor-fundador. De hecho, al mismo tiempo que los recuerdos son contaminados inevitablemente por el presente del narrador (Candau, 2001), es destacable cómo, en sentido inverso, los recuerdos de Rosemarie tiñen su presente hasta el punto de intentar recrear la Villa Gesell de los comienzos en su residencia actual, alejada del núcleo urbano que se apartó parcialmente de los diseños de su fundador. La ciudad de Marta Soria es, como vimos, un espacio propio organizado a partir de sus usos particulares, y el recorrido por los lugares de la memoria (Nora, 1984) que se reproduce al principio del libro, postulado como el motivo de la narración, culmina significativamente en la casa de la

protagonista, otorgando materialidad, concreción, a la metáfora “ciudad/cobijo” que la autora plantea y despliega en su escrito. En el caso de la comunidad retratada por Guillermo Saccomanno, su identidad, más que mostrarse, se devela. Así, en un escenario invernal, que se reivindica como el verdadero, en abierta oposición a la aparente identidad balnearia, de rasgos burgueses (Oviedo, 2008), los testimonios no pertenecen ya a personajes destacados (quienes, por otra parte, son presentados como sospechosos) sino a pobladores comunes, temerosos de darlos (excepto en el caso de las hijas accesibles de Gesell, que prestan testimonio de la intimidad); por su parte, los habitantes ocasionales, los turistas, viajeros por placer, contracara de los vagabundos, nómades por necesidad (Bauman, [1996] 2003), se develan, también, en esta obra, como el otro lado, desencantado y consumista, de los otrora revolucionarios.

Con respecto al género, por un lado, nos parece relevante la consideración de los aspectos biográficos que contemplan las Historias de Villa Gesell, debido a la ya mencionada relación entre el creador y su obra que se establece de modos diversos en distintos niveles. Por otro lado, retomando las observaciones de Adam (1984) sobre el carácter persuasivo de las narraciones y las de Arfuch (2002) que, a partir del concepto bajtiniano de valor biográfico, propone analizar los valores subyacentes a la ejemplarización que todo relato del espacio biográfico implica, esta tesis ha pretendido mostrar la importancia de la dimensión argumentativa de los relatos propios del espacio biográfico. En este sentido, el rescate de algunos tópicos propios de la construcción de la figura de la persona (Plantin, 2002) en los relatos biográficos, en este caso, especialmente los vinculados con el linaje, el carácter, la formación educativa y cultural, el estilo de vida y las ocupaciones del protagonista son retomados en todos los textos y relacionados entre sí con diferente intensidad, de manera que, aunque se plantea la excepcionalidad del personaje, la pertenencia familiar parece resignificar y justificar el resto de los tópicos. En la misma dirección, creemos valiosa la consideración de las anécdotas, de aparición recurrente en los materiales, y a las que, habiendo aludido en diversas oportunidades, analizamos en profundidad haciendo referencia a un ejemplo en particular que revisamos a lo largo del corpus. Dichas anécdotas, junto con los hechos elevados a la categoría de

acontecimientos, constituyen la memoria colectiva (Candau, 2001), funcionando como nexos de sucesión (Perelman, ([1977] 1997) que permiten identificar a la persona por sus actos y confirman, aquí, un modelo de vida extraordinario, aun cuando las valoraciones – sobre todo las relacionadas con el carácter- puedan variar de enunciadador en enunciadador.

Finalmente, el análisis nos permite también realizar una reflexión acerca de la productividad del marco teórico construido para la interpretación del corpus, cuya virtud fue integrar aportes de la perspectiva antropológica y sociológica con los estudios discursivos sobre el género, aspectos textuales, enunciativos, polifónicos, narratológicos y de la teoría de la argumentación.

## **BIBLIOGRAFÍA**

### **Corpus**

García, Mónica y Claudia Palavecino (2006): "Las fundaciones de Villa Gesell", Villa Gesell, ed. de Mónica García.

Gesell, Rosemarie (1983): *Carlos I. Gesell. Su vida*, Villa Gesell, ed. de la autora.

\_\_\_\_\_ (2008): *Carlos I. Gesell. Su vida*, Villa Gesell, ed. de la autora.

Masor, Omar ([1975] 1995): *La historia de Villa Gesell*, Villa Gesell, Ediciones Gesatel.

Oestreicher, Amalia (2003): "Biografía de Carlos Idaho Gesell", Villa Gesell, Museo Archivo Histórico Municipal.

Sacomanno, Guillermo (1994): *El Viejo Gesell*, Avellaneda, ed. Alfonsina.

Sierra, Dante ([1969] 1985): *El domador de médanos. Historia de Villa Gesell*, Villa Gesell, ed. del autor

Soria, Marta (2007): *Mi abuelo... Carlos Gesell*, Villa Gesell, ed. de la autora.

### **Artículos relacionados**

Paternostro, Ana (2007) "Historia de Villa Gesell (Argentina)", disponible en Internet en <<http://www.clipsite.com.ar>> [visitado el 15 de marzo de 2008].

Soria, Marta (2008): "Escribí la historia de mi abuelo bajo mi visión", *Villa Gesell On line* (Romina Mangani, entrev.), disponible en Internet en: <<http://www.gesell.com.ar/08/home/martasoria.asp>> [visitado el 19 de marzo de 2008].

Rodríguez, Carlos, "Hija de Gesell y pionera de la Villa" (2007): *Página 12*, Buenos Aires, 21 de enero.

Ruiz y Louis (2007): "Mi abuelo... Carlos Gesell", *El mensajero de la costa*, Madariaga, Pinamar, Villa Gesell, 23 de julio, disponible en Internet en: <<http://www.diario-elmensajero.com.ar/07/07/23/gesell.htm>> [visitado el 19 de marzo de 2008].



Revista *Nueva* (2008): "Un sueño a orillas del mar", Bs. As., 24 de febrero, disponible en Internet en: <<http://www.revistanueva.com.ar/numeros/00868/nota/4r>> [visitado el 15 de marzo de 2008].

### Específica

Arfuch, Leonor (1992): "Identidad y discurso: espacios de lo biográfico", *Signo y seña*, Buenos Aires, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Número 1, noviembre.

\_\_\_\_\_ (2002): *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, FCE.

Bajtín, Mijail (1982): *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.

Bauman, Zigmunt ([1996] 2003): "De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad", en Hall, S. & Du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.

Beverly, John (1987): *Del Lazarillo al Sandinismo: estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, Prisma Institute.

Bourdieu, Pierre (1997): "La ilusión biográfica", en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

Candau, Joël (2001): *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Del Sol.

Charaudeau, Patrick (2009): "Identité sociale et identité discursive. Un jeu de miroir fondateur de l'activité langagière", en Charaudeau, Patrick (dir), *Identités sociales et discursives du sujet parlant*, Paris, L'Harmattan, 2009.

de Man, Paul (1991): "La autobiografía como desfiguración", Suplemento *Anthropos*, Barcelona).

Edel, León ([1984] 1990): *Vidas ajenas. Principia Biographica*, México, FCE.

Groupe  $\mu$  (1982): "Retóricas particulares. Las biografías del *Paris-Match*", en AA.VV., *Investigaciones retóricas II*, Barcelona, Ed. Buenos Aires.

Hall, Stuart ([1996] 2003): "¿Quién necesita 'identidad'?", en Hall, S. & Du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.

Lejeune, Philippe (1975): *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil.

\_\_\_\_\_ (1980): *Je est un autre. L'autobiographie de la littérature aux médias*, Paris, Seuil.

Masine, Beatriz (2000): "Acerca de la biografía", en Alvarado, Maite y J. Setton (comp.) *Vidas posibles*, Bs. As., Eudeba.

Maurois, André (1935): *Aspectos de la biografía*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla.

Montes, Rosa (2009): "Citations, énoncés rapportés et allusions: la construction de l'identité dans le discours", en Charaudeau, Patrick (dir), *Identités sociales et discursives du sujet parlant*, Paris, L'Harmattan, 2009.

Muñoz, Nora y otros (2006): "'Convertir el azar en destino": territorio y memoria colectiva en escritores santacruceños", en *Espacios Nueva Serie N° 2 Estudios literarios y del lenguaje* (pp. 221-230), Río Gallegos, UNPA.

Nora, Pierre (1984): *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard.

Oviedo, Juan Jesús (2008): *Balneario rico pueblo pobre. Una mirada crítica a los centros turísticos de la costa bonaerense*, Villa Gesell, ed. del autor.

Plantin, Christian (2009): "La personne comme ressource argumentative: *ethos* et résistance à l'autorité", en Charaudeau, Patrick (dir), *Identités sociales et discursives du sujet parlant*, Paris, L'Harmattan, 2009.

Rest, Jaime (1991): *Conceptos de literatura moderna*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Ricoeur, Paul ([1983] 1995): *Tiempo y narración I*. México, Siglo XXI.

\_\_\_\_\_ (1999): *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós.

Robin, Régine (1996): "Identidad narrativa, autobiografía y autoficción", en *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*, Buenos Aires, Cuadernos de Posgrado, Facultad de Ciencias Sociales., UBA.

Sibilia, Paula (2008): *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, FCE.

Schowb, Marcel ([1896] 1987): "El arte de la biografía", en Schowb, M. *Ensayos y perfiles*, México, FCE.

### **General**

Adam, Jean-Michel y A. Petit Jean (1989): *Le texte descriptif*, Paris, Nathan.

- \_\_\_\_\_ (1984): *Le texte narratif*, Tours, Nathan Université.
- Alvarado, Maite (1994): *Paratexto*, Bs. As., CBC UBA Col. “Enciclopedia Semiológica”.
- Amossy, Ruth (2000): *L'argumentation dans le discours*. París, Nathan.
- Amossy, Ruth y Anne Herschberg Pierrot (2003): *Estereotipos y clichés*, Bs. As., Eudeba.
- Angenot, Marc (1982): *La Parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot.
- Artal, Susana (1998): *Del rey Arturo a los héroes del espacio*, Bs. As., Cántaro.
- Atorresi, Ana (1996): *Lengua y Literatura. Los estudios semióticos. El caso de la crónica periodística*, Bs. As., Conicet.
- Augé, Marc (2006): “Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana”, disponible en Internet en <http://tijuana-artes.blogspot.com> [visitado el 20 de enero de 2011].
- Barthes, Roland ([1957] 1999): “El mito, hoy”, en *Mitologías*, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ ([1964] 1986): “Retórica de la imagen”, en *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona, Paidós Comunicación.
- \_\_\_\_\_ (1970): *Introducción al análisis estructural de los relatos*, Bs, As, Tiempo Contemporáneo.
- \_\_\_\_\_ ([1985] 2009): “La retórica antigua. Prontuario”, en Barthes, R. *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós.
- Benveniste, Émile (1974): *Problemas de lingüística general*, t. I, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (1979): *Problemas de lingüística general*, t. II, México, Siglo XXI.
- Derrida, Jacques ([1986] 2001): *La tarjeta postal: de Sócrates a Freud y más allá*, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2003): “Escoger su herencia”, en Derrida, Jacques y É. Roudinesco, *Y mañana... qué*, Buenos Aires, F.C.E.
- Dorra, Raúl (1997): *Fundamentos sensibles de la discursividad*, Puebla, UAP/CECyT (Cuadernos de trabajo, 28).

- Fontanille, Jacques (1994): "El retorno al punto de vista", *Morphé* 9/10.
- Guillaume, Marc (1990) : "Invention et stratégies du patrimoine", en Jeudy, H.P., *Patrimoines en folie*. Paris, Éditions de la maison des sciences de l'homme.
- Hamon, Philippe (1991): *Introducción al análisis de lo descriptivo*, Bs. As., Edicial.
- Lakoff, Georg y Mark Turner (1995): *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Klein, Irene (2007): *La narración*, Bs. As., Eudeba.
- Maingueneau, Dominique (2002): "Problèmes d'ethos", en *Pratiques N°113/114*, junio de 2002.
- Massi, María (2005): "Las citas en la comunicación académica escrita" [en línea]. Disponible en Internet en: <<http://www.rieoei.org/deloslectores/1011Palmira.PDF>> [visitado el 20 de septiembre de 2010].
- Perelman, Chaïm ([1977] 1997): *El imperio retórico*, Bogotá, Norma.
- Sarlo, Beatriz (2009): *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Todorov, Tzvetan (1974): "Tipología del relato policial", en Daniel Link (comp.). *El juego de los cautos*, Buenos Aires, La Marca, 1992.
- Weinrich, Harald (1975): *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos.
- Sitios web sobre postales:
- "Algo de historia", en "Antiguas postales argentinas". Disponible en Internet en: <<http://www.antiguaspostales.com.ar/home/historia.html>> [visitado el 15 de octubre de 2010].
- "Breve historia de las tarjetas postales". Disponible en Internet en : <<http://webs.ono.com/tarjetaspostalesnet/historia.html>> [visitado el 15 de octubre de 2010]